CERO DIVORCIOS



FRANCISCO M. MOLINA

CERO DIVORCIOS

Francisco M. Molina

Cero divorcios
© Francisco M. Molina
Todos los derechos reservados.
Primera edición.

Índice

Capítulo 1. Cero divorcios
Capítulo 2. El candidato
Capítulo 3. Amparo
Capítulo 4. Mi madre sabe cosas
Capítulo 5. No era una cita
Capítulo 6. Situación
Capítulo 7. Las manos
Capítulo 8. Experiencia
Capítulo 9. El marcador
Capítulo 10. Con cebolla
Capítulo 11. La próxima
Capítulo 12. Una hora
Capítulo 13. Antonio
Capítulo 14. Aura
Capítulo 15. Visto
Capítulo 16. La segunda
Capítulo 17. La farmacéutica
Capítulo 18. Señales
Capítulo 19. Nada serio
Capítulo 20. El sábado
Capítulo 21. Croquetas
Capítulo 22. La tercera
Capítulo 23. Con hambre
Capítulo 24. Equipaje
Capítulo 25. Planes
Capítulo 26. Seis
Capítulo 27. Cuarenta y ocho horas
Capítulo 28. El mando
Capítulo 29. La segunda cerveza
Capítulo 30. La mesa

Capítulo 31. Normal
Capítulo 32. El rey Arturo
Capítulo 33. Tiempo
Capítulo 34. Un miércoles
Capítulo 35. Los jueves
Capítulo 36. Lo que era
Capítulo 37. La próxima ex

CAPÍTULO 1

CERO DIVORCIOS

A los cuarenta y cinco años había conseguido algo que ninguno de mis amigos casados parecía valorar lo suficiente: nunca me había divorciado.

Tampoco me había casado, pero me parecía bastante mezquino quitarme mérito por un tecnicismo.

Cero divorcios.

Cuarenta y cinco años.

Expediente impecable.

Sergio llevaba uno.

Miguel estaba estrenando el suyo.

Javi todavía ninguno, aunque llevaba tres años diciendo «como siga así me divorcio» cada vez que su mujer compraba algo en Ikea, así que entendía que era cuestión de tiempo.

Yo seguía invicto.

—Me tengo que ir de casa.

Miguel bebió un poco de cerveza.

—¿De tu casa?

—De nuestra casa.

—Pero ¿no la compraste tú?

—Los dos.

—Ya.

Nunca había entendido demasiado bien cómo funcionaban esas cosas.

Comprabas una vivienda entre dos personas durante treinta años y confiabas en seguir queriendo desayunar enfrente de la misma cara hasta que el banco considerase saldada la deuda.

Me parecía un acto de fe considerable.

Yo tenía una hipoteca.

La diferencia era que el banco era la única entidad que podía echarme de casa.

Me daba tranquilidad.

—De momento se queda ella con los niños —dijo Miguel—. Hasta que decidamos qué hacemos.

—¿Y tú?

—Con mis padres.

Lo miré.

—¿Qué?

—Nada.

—Has puesto cara.

—No he puesto ninguna cara.

—La has puesto.

—Estoy asimilándolo.

Miguel tenía cuarenta y cinco años, dos hijos, un Volkswagen Tiguan y una bicicleta que había costado más que mi primer coche.

El lunes volvía a vivir con sus padres.

Yo tenía cuarenta y cinco años, una PlayStation y tres dormitorios.

No quería competir.

Pero tampoco estaba claro quién iba ganando.

—Mi madre está encantada —dijo.

—Normal.

—Dice que así me recupero.

—Las madres llevan toda la vida esperando que volvamos.

—La tuya también.

—La mía no tiene sitio. Convertí mi habitación en un despacho.

—¿Tu madre convirtió tu habitación en un despacho?

—Yo. Para que no tuviera ideas.

Miguel sonrió por primera vez desde que nos habíamos sentado.

Aquello era buena señal.

Llevábamos casi una hora hablando de su divorcio.

Bueno.

Él hablaba.

Yo bebía cerveza y decía «joder» aproximadamente cada cuatro minutos.

Hay momentos en los que un amigo no necesita consejos.

Necesita que alguien diga «joder» con la entonación adecuada.

Yo tenía bastante experiencia.

—Quince años —dijo.
Esta vez no dije nada.
—Quince putos años.
—Ya.
—¿Tú sabes lo que es eso?
—Sé contar hasta quince.
—No seas gilipollas.
—Estoy intentando animarte.
—Pues no lo parece.
—Es que todavía estoy calentando.
Bebió.
—Quince años con una persona y de repente se acabó.
—No se han borrado.
—Ya lo sé.
—Tienes dos hijos.
—Ya lo sé, Raúl.
—Pues eso.
—¿Eso qué?
—Que no han sido quince años tirados.
Miguel miró la mesa.
Yo también.
Había cosas con las que era mejor no hacer chistes.
No muchas.
Pero alguna.
—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó.
—Volver a casa de tus padres.
—Aparte de eso.
—Que tu madre vuelva a lavarte los calzoncillos.
—No va a lavarme los calzoncillos.
—Eso dices ahora.
—Raúl.
—Vale.
Esperé.
—Empezar otra vez.
—¿Otra vez qué?
—Todo.

Hizo un gesto con la mano.
No aclaró nada.
—Conocer gente. Salir. Ligar. Todo eso.
—Ah.
—No tengo ni puta idea de cómo se hace.
—Yo tampoco.
—Tú estás soltero.
—Precisamente.
Me miró.
—Pero conocerás mujeres.
—Sí.
—Pues ya está.
—También conozco hombres. No significa que me los folle.
—No me refiero a eso.
—Menos mal.
Miguel apoyó los brazos sobre la mesa.
—¿Cuánto llevas tú soltero?
La pregunta parecía sencilla.
No lo era.
Había varias fechas posibles.
La fecha oficial.
La fecha real.
La fecha en la que Marta se marchó de casa.
La fecha de la última vez que nos vimos.
La última vez que nos acostamos.
En la Administración habría abierto un expediente.
—Unos once años.
Miguel parpadeó.
—¿Once?
—Más o menos.
—Hostia.
No me gustó aquel «hostia».

Llevábamos una hora hablando de que su matrimonio se había terminado, tenía que abandonar su casa, compartir la custodia de sus hijos y volver a dormir a cuatro metros de sus padres.

Pero aparentemente **yo** acababa de introducir una tragedia en la conversación.

—¿Qué?

—Nada.

—Has dicho hostia.

—Once años.

—Sí.

—Soltero.

—Sí.

—¿Y desde entonces...?

Dejó la frase en el aire.

—¿Qué?

—Ya sabes.

—No.

—Sí sabes.

—Quiero oírte decirlo.

—Follar, Raúl.

—Ah.

Bebí.

—No.

Miguel dejó el vaso.

—¿No qué?

—No.

—¿En once años?

—Aproximadamente.

—¿Cómo que aproximadamente?

—No llevo un Excel.

Era mentira.

No llevaba un Excel.

Pero sabía perfectamente cuánto tiempo había pasado.

Todo el mundo sabe esas cosas.

Quizá no recuerdes el día exacto, pero recuerdas el contexto.

Yo recordaba el piso.

Recordaba la ropa de Marta sobre una silla.

Recordaba que después pedimos comida.

Y recordaba quién gobernaba España.

Mariano Rajoy.

Habían pasado varios presidentes del Gobierno y yo seguía en la misma legislatura sexual.

—¿Once años sin acostarte con nadie?

—No hace falta que sigas repitiéndolo. No se reduce la cifra.

—Joder.

—Ese es mi «joder». Búscate otro.

Miguel se echó hacia atrás.

Me observó de una manera nueva.

Aquello empezaba a molestarme.

—¿Y estás bien?

—Tengo un poco de acidez.

—Lo digo en serio.

—Yo también. No debería haber pedido las bravas.

—Raúl.

—¿Qué quieres que te diga?

—Once años.

—Miguel.

—Vale.

Cogió la cerveza.

Yo cogí la mía.

Durante unos segundos ninguno habló.

—¿Y no echas de menos tener pareja?

Me encogí de hombros.

—A veces.

—¿A veces?

—Claro.

—Pues no lo parece.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Llevar un crespón negro?

—No.

—Estoy bien.

Y era verdad.

Eso era algo que la gente parecía tener problemas para comprender.

Estaba bien.

Tenía trabajo.

Tenía casa.

Tenía amigos.

Mi madre seguía llamándome para preguntarme si había comido como si llevara cuarenta y cinco años sobreviviendo accidentalmente.

Mi hermana me prestaba a sus hijos cuando necesitaba recordar las ventajas de la vasectomía sin haberme hecho una.

Viajaba cuando quería.

Dormía atravesado en la cama.

Podía cenar cereales.

Nadie me preguntaba por qué había comprado otro mando para la PlayStation si ya tenía uno.

Mi vida no era perfecta.

Pero tampoco tenía ningún motivo para pedir disculpas por ella.

—Además —dije—, míralo de otra manera.

—¿Cómo?

—Tengo cuarenta y cinco años y nunca me he divorciado.

Miguel me miró.

—Porque nunca te has casado.

—Eso son detalles administrativos.

—Eres gilipollas.

—Tú llevas uno.

—Hace dos semanas que me he separado.

—Y ya vas perdiendo uno a cero.

Se rio.

Esta vez de verdad.

—Vete a la mierda.

—Estadísticamente, a nuestra edad me he ahorrado mínimo un divorcio.

—Y once años de sexo.

—Todo producto financiero tiene costes.

Miguel volvió a reírse.

Bien.

Para eso había venido.

No para solucionar su matrimonio.

No podía.

Ni para decirle que todo saldría bien.

No lo sabía.

Había venido para que durante un rato dejara de pensar que su vida se había ido a la mierda.

Aunque para conseguirlo tuviera que explicarle que la mía llevaba once años sin actividad sexual conocida.

Los amigos servían para esas cosas.

—Tienes que hacer algo —dijo.

—¿Con qué?

—Con tu vida.

—Acabo de explicarte que estoy bien.

—Con las mujeres.

—Ah.

—No puedes llevar once años así.

—Parece que sí.

—Me refiero a que no deberías.

—¿Hay un límite?

—No.

—Pues avísame cuando salga en el BOE.

Miguel sacó el teléfono.

—¿Qué haces?

—Tinder.

—No.

—Sí.

—Miguel.

—Yo también voy a tener que usarlo.

—Tú tienes una excusa.

—¿Cuál?

—Estás vulnerable.

—Que te den por culo.

Tecleó algo.

—Mira.

Me enseñó la pantalla.

Tinder.

Reconocía el logotipo.

No había vivido en una cueva.

Incluso había tenido la aplicación hacía años.

Duró poco.

Deslizar fotografías de mujeres desconocidas mientras estaba sentado en el váter había terminado pareciéndome una actividad difícil de defender ante mis antepasados.

—Instálatelo.

—No.

—¿Qué pierdes?

Pensé la respuesta.

Dignidad.

Tiempo.

Batería.

Probablemente datos personales.

—Nada.

—Pues ya está.

Saqué el teléfono.

Abrí la tienda de aplicaciones.

Busqué Tinder.

—No puedo creer que estemos haciendo esto juntos.

—Yo tampoco.

—Dos hombres de cuarenta y cinco años instalándose Tinder en un bar.

—Tú estás recién divorciado.

—Y tú llevas once años sin follar.

—No sé cuál de los dos debería dar más pena.

—Tú.

—Lo suponía.

Pulsé **Instalar**.

La barra empezó a avanzar.

Once años.

Tinder tardó cuarenta segundos.

Once años de abstinencia y cuarenta segundos de solución.

Empezaba a sospechar que parte de la responsabilidad había sido mía.

CAPÍTULO 2

EL CANDIDATO

A los veinticinco años uno tenía fotografías.

A los cuarenta y cinco tenía pruebas.

Eran cosas distintas.

Abrí la galería del móvil.

Dos mil ochocientas cuarenta y siete imágenes.

Parecía suficiente.

No lo era.

Tenía fotografías de comida.

Muchas.

No recordaba haber sentido nunca la necesidad de fotografiar un plato de croquetas, pero allí estaban.

Doce croquetas.

Julio de 2023.

No sabía dónde me las había comido.

Ni con quién.

Ni por qué había considerado importante conservar aquel momento.

Pero ahí seguían.

También tenía capturas de pantalla.

Memes.

El contador de la luz.

Una humedad que salió detrás del frigorífico.

El DNI de mi madre.

Mi sobrino haciendo el gilipollas.

Mi otro sobrino haciendo exactamente el mismo gilipollas dos años después.

Una foto de una matrícula que no recordaba por qué había hecho.

Y gatos.

No tenía gato.

Eso era lo preocupante.

Seguí bajando.

Yo aparecía aproximadamente una vez cada cuatrocientos archivos.

Y casi nunca solo.

En una estaba con Sergio.

En otra con Miguel.

En otra con mi hermana.

En otra con siete personas en una boda.

En otra salía detrás de una tarta.

En otra detrás de Sergio.

En otra detrás de un señor que no conocía.

Amplié esa.

Ni siquiera sabía dónde estaba.

El señor sonreía.

Yo también.

Parecíamos amigos.

Quizá lo éramos.

A ciertas edades empiezas a perder personas de Facebook y ganar desconocidos en tus propias fotografías.

Encontré una en la que salía solo.

La abrí.

No estaba mal.

Camisa azul.

Barba.

Sonriendo.

La luz era buena.

Incluso tenía pelo.

Comprobé la fecha.

La cerré.

Volví a abrirla.

Técnicamente era yo.

También técnicamente Jordi Hurtado había tenido treinta años alguna vez y no utilizaba esas fotografías para renovar el DNI.

Seguí buscando.

—¿Qué haces?

Bloqueé el teléfono.

Patricia dejó el bolso sobre su mesa.

—Nada.

—Has bloqueado el móvil.

—Es una función que traen.

—Cuando he entrado.

—Casualidad.

—Estabas haciendo algo.

—Estaba mirando fotografías.

Patricia encendió el ordenador.

—¿Porno?

—Son las ocho y doce.

—No he preguntado la hora.

—No era porno.

—Entonces no me interesa.

Llevábamos ocho años trabajando juntos.

Durante los tres primeros todavía conservábamos cierta educación.

Después se nos pasó.

Patricia tenía cuarenta y tres años, estaba divorciada y poseía una capacidad extraordinaria para saber cuándo yo intentaba ocultarle algo.

También sabía utilizar tablas dinámicas.

Cada persona tenía sus talentos.

—Me he instalado Tinder.

Dejó de escribir.

Giró la cabeza.

—¿Qué?

—Tinder.

—Sé lo que es Tinder.

—Me alegro.

—¿Tú?

—No entiendo la sorpresa.

—Yo tampoco. Dame un segundo.

Se levantó.

—¿Dónde vas?

—A por café. Esto merece café.

—No hay nada que ver.
—Raúl, llevo ocho años esperando este momento.
—Eso es tristísimo.
—Más triste es que hayas tardado ocho años.
Volvió con un vaso de la máquina.
Se sentó a mi lado.
Extendió la mano.
—Dámelo.
—No.
—Raúl.
—Tengo trabajo.
—Son las ocho y catorce.
—Precisamente.
—Llevas veinte años en la Administración. No intentes impresionarme ahora.
Le di el teléfono.
Patricia tardó cuatro segundos.
—No.
—¿Qué?
—Esta foto no.
—¿Por qué?
—Pareces divorciado.
—Nunca me he divorciado.
—Pues tienes talento natural.
Cogí el móvil.
Era una fotografía del verano anterior.
Estaba sentado en una terraza con gafas de sol.
—¿Qué tiene de malo?
—Todo.
—Concreta.
—Las gafas.
—Hacía sol.
—La camiseta.
Miré la camiseta.
—Es una camiseta.
—Exacto.

—¿Y?
—¿No tienes ninguna foto arreglado?
—¿Arreglado cómo?
—Camisa.
—Sí.
Busqué.
Encontré una boda.
—Esta.
Patricia amplió la imagen.
—¿Quién es esa?
—Mi hermana.
—Fuera.
—¿Por qué?
—Porque parece tu pareja.
—Es mi hermana.
—Las mujeres de Tinder no tienen acceso al libro de familia.
—La recorto.
Recorté la fotografía.
Mi hermana desapareció.
Quedó su brazo.
Patricia miró la pantalla.
—Ahora parece que tienes una mujer secuestrada fuera de plano.
—Puedo quitar el brazo.
—No.
—¿Por qué?
—Porque quiero ver hasta dónde eres capaz de llegar.
Recorté un poco más.
El brazo desapareció.
También media oreja mía.
—Perfecto —dijo—. Ahora parece que huyes de la policía.
Deshice los cambios.
—No entiendo por qué necesito tantas fotos.
—Para que vean cómo eres.
—Tengo cuarenta y cinco años. Soy así.
Me señalé.
—Podría hacerme una ahora.

Patricia me miró.

—No.

—¿Por qué?

—Porque tienes cara de funcionario.

—Soy funcionario.

—Pero no hace falta anunciarlo visualmente.

—¿Qué cara tiene un funcionario?

—La que tienes tú a las ocho y veinte de un lunes.

Miré la cámara frontal.

Tenía razón.

No me gustó que la tuviera.

A las nueve y cuarto habíamos tramitado tres expedientes y descartado diecisiete fotografías.

Yo empezaba a sospechar que encontrar pareja requería más documentación que una subvención europea.

—Necesitas una haciendo algo —dijo Patricia.

—Estoy trabajando.

—Algo interesante.

—Eso ha dolido.

—Una afición.

Pensé.

—Juego a la PlayStation.

—Siguiente.

—Veo fútbol.

—Siguiente.

—Leo.

—Eso puede servir.

—¿Me hago una foto leyendo?

—No.

—Entonces ¿cómo demuestro que leo?

—No tienes que demostrarlo.

—Acabas de decir que necesito una foto haciendo algo.

—Algo que quede bien.

—Ah. No una afición. Una actividad fotogénica.

—Exacto.

—Eso no es mentir.

—Eso es Tinder.
Empezaba a comprender el procedimiento.
—¿Viajas?
—Sí.
—Pon una viajando.
—Tengo una en Roma.
—Enséñamela.
La busqué.
Patricia la observó.
—¿De cuándo es?
—No sé.
—Raúl.
—2018.
—No.
—Tenía treinta y siete.
—Precisamente.
—Mi cara no ha cambiado tanto.
Patricia levantó la vista del teléfono.
Después miró la fotografía.
Después volvió a mirarme.
—¿Qué?
—Nada.
—Patricia.
—Estoy comparando.
—No compares.
—Has cambiado.
—Todo el mundo cambia.
—Tú bastante.
—Devuélveme el móvil.
Sonrió.
—Estás mejor ahora.
Me detuve.
—¿Eso es verdad?
—No lo sé. Pero mira cómo te has puesto.
—Que te den por culo.
El problema no eran solo las fotografías.

Había que escribir.

Sobre mí.

Dos palabras que conseguían que cuarenta y cinco años de existencia parecieran un examen sorpresa.

¿Qué cojones ponía?

Funcionario.

No.

Cuarenta y cinco.

Eso ya aparecía.

Soltero.

También.

Sin hijos.

Eso podía ser relevante.

Piso propio.

Sonaba a anuncio inmobiliario.

Coche.

ITV hasta noviembre.

No fumador.

Bebo socialmente.

Aquello empezaba a parecer un historial médico.

—¿Qué pongo?

—Algo sobre ti.

—Eso intento.

—¿Qué te gusta?

—Muchas cosas.

—Ponlas.

Escribí:

Me gusta viajar, el cine, salir con amigos y disfrutar de una buena conversación.

Patricia leyó.

—Madre mía.

—¿Qué?

—No eres tú.

—Claro que soy yo.

—¿Te gusta viajar?

—Sí.

—Odias los aeropuertos.
—Eso no significa que odie viajar.
—Odias hacer maletas.
—Todo el mundo odia hacer maletas.
—Odias conducir lejos.
—Existe el tren.
—Te quejaste durante cuatro días porque el AVE a Madrid costaba ochenta euros.
—Era caro.
—Raúl, a ti no te gusta viajar. Te gusta estar en otros sitios.
Pensé.
—Eso es viajar.
—No.
—¿Cuál es la diferencia?
—Todo lo que hay entre tu sofá y el hotel.
Borré «viajar».
—¿Cine?
—Me gusta el cine.
—¿Cuándo fuiste por última vez?
No contesté.
—¿Raúl?
—Estoy pensando.
—¿Este año?
—No.
—¿El anterior?
—Vi *Oppenheimer*.
—Eso fue hace tres años.
—Hostia.
Borré «cine».
Quedaba:
Me gusta salir con amigos y disfrutar de una buena conversación.
—Parece que tienes una lesión cerebral —dijo Patricia.
Borré todo.
—Escribe tú.
—No.

—¿Por qué?

—Porque tienes que ser tú.

—Llevas una hora impidiendo que sea yo.

—Estoy impidiendo que seas gilipollas.

—Es diferente.

—Muchísimo.

A las diez y media mi productividad había bajado aproximadamente un treinta por ciento.

No me preocupaba.

Había visto descensos mayores por una impresora.

Volví a abrir el perfil.

Sobre mí.

Pensé un momento.

Escribí:

45 años. Funcionario. Sin hijos. Me gusta comer bien, reírme de casi todo y estar tranquilo. Tengo trabajo y todos mis dientes. Intentando conocer a mi próxima ex.

Se lo enseñé a Patricia.

Lo leyó.

Después volvió a leer la última frase.

—Esto sí eres tú.

—¿Lo de los dientes?

—Lo de tu próxima ex.

—Hay que ser optimista.

—Estás empezando una relación pensando en que termine.

—No. Estoy reconociendo todas las posibilidades.

—No has empezado ninguna relación.

—Por eso he dicho posibilidades.

—¿Y no crees que puede echar para atrás?

—Puede.

—¿Entonces?

—Si una frase consigue evitarme seis meses de relación incompatible, está haciendo un trabajo excelente.

Patricia negó con la cabeza.

—Alguna va a pensar que eres gilipollas.

—Entonces ya tenemos algo en común.

—Déjalo.
—¿En serio?
—Sí.
—¿También lo de los dientes?
—Especialmente lo de los dientes.
Guardé el perfil.
A la hora del desayuno ya tenía cuatro fotografías.
Una actual.
Una en una comida.
Una de cuerpo entero que mi hermana había hecho en Navidad.
Y la de Roma.
Patricia había cedido con la de Roma después de comprobar que conservaba aproximadamente el mismo número de ojos.
—Falta una —dijo.
—¿Para qué?
—Para que se vea que haces cosas.
—Hago cosas.
—¿Cuáles?
—Trabajo.
—Raúl.
—Compro.
—Raúl.
—Limpio.
—Vas a morir solo.
—Eso estadísticamente es bastante probable incluso teniendo pareja.
—Una foto.
—No tengo más.
Patricia me observó.
—Te hago una.
—¿Aquí?
—No.
—¿Dónde?
—Fuera.
—Estamos trabajando.
—Son diez minutos.

—No puedo abandonar mi puesto para una sesión fotográfica de Tinder.
—La gente abandona su puesto para fumar.
—Yo no fumo.
—Pues tú sales a intentar follar.
No pude discutir aquello delante de Recursos Humanos.
Fuimos al patio.
—Ponte ahí.
—¿Dónde?
—Junto al árbol.
Miré el árbol.
—¿Por qué?
—Porque hay luz.
—Parecerá que me gustan los árboles.
—A todo el mundo le gustan los árboles.
—No especialmente.
—Raúl, ponte junto al puto árbol.
Me puse.
—Sonríe.
Sonreí.
Patricia bajó el teléfono.
—No hagas eso.
—¿Qué?
—Eso.
—Estoy sonriendo.
—Parece que sabes dónde está enterrado alguien.
—Esta es mi sonrisa.
—Pues no la uses.
—¿Qué hago?
—Normal.
—¿Qué significa normal?
—No sé. Mira hacia otro lado.
Miré hacia otro lado.
—Ahora.
Giré.
Hizo varias fotos.

—A ver.
Me acercó el móvil.
No estaba mal.
Eso me preocupó.
—¿Has puesto algún filtro?
—No.
—¿Seguro?
—Tienes una autoestima fascinante.
—Es una buena foto.
—Sí.
—Parezco hasta atractivo.
Patricia guardó el móvil.
—Tampoco nos vengamos arriba.
A las doce y siete el perfil estaba terminado.
Cinco fotografías.
Descripción.
Edad.
Distancia.
Preferencias.
Quedaba establecer el rango.
—¿Qué edad? —preguntó Patricia.
—¿Qué?
—De mujeres.
—No sé.
—Tendrás que poner algo.
Pensé.
Yo tenía cuarenta y cinco.
No quería convertirme en uno de esos hombres de cuarenta y cinco que consideraban que una mujer de su edad era demasiado mayor mientras ellos seguían creyendo que parecían de treinta y seis.
—Treinta y ocho a cincuenta y dos.
Patricia asintió.
—Razonable.
—Gracias.
—Me sorprende.

—Que te den por culo.
Guardé los cambios.
Tinder empezó a mostrarme mujeres.
La primera tenía cuarenta y uno.
Laura.
Le gustaba viajar.
Por supuesto.
También el vino, los atardeceres y «vivir intensamente».
Deslicé a la izquierda.
—¿Por qué no?
—No sé.
—Pues empieza bien.
La siguiente.
Mónica, cuarenta y cuatro.
Si quieres saber algo de mí, pregunta.
—No.
—¿Por qué?
—Porque ya trabajo atendiendo procedimientos incompletos.
Izquierda.
Ana, cuarenta.
Sorpréndeme.
—No.
—¿Ahora qué?
—Demasiada responsabilidad.
—Eres imbécil.
—Estoy empezando a entender por qué llevo once años.
La siguiente me gustó.
Cristina.
Cuarenta y seis.
Sonrisa bonita.
Profesora.
Dos fotografías normales.
Ninguna encima de una montaña.
Ninguna copa de vino.
Ninguna frase atribuida falsamente a Paulo Coelho.
Le di a la derecha.

No ocurrió nada.
—¿Ya está? —pregunté.
—Ya está.
—¿Y ahora?
—Esperas.
Miré la pantalla.
—¿Cuánto?
Patricia sonrió.
—Bienvenido a Tinder.
A las cinco salí del trabajo.
Nada.
A las seis hice la compra.
Nada.
A las siete y media estaba en casa.
Nada.
A las nueve cené.
Nada.
No estaba pendiente.
Simplemente miraba el teléfono de vez en cuando.
Cada tres minutos.
A las diez y diecisiete vibró.
Lo cogí.
A alguien le gustas.
Me quedé mirando la pantalla.
No quería darle importancia.
Era una aplicación.
Una desconocida había movido un dedo hacia la derecha.
Eso era todo.
Pulsé.
La fotografía estaba desenfocada.
—No me jodas.
Tinder sabía quién era.
Yo no.
Había una mujer interesada en mí y la aplicación había decidido retener su identidad hasta que pagara.
Aquello no era una aplicación de citas.

Era un secuestro.
Y la rehén era mi autoestima.
Miré el precio de Tinder Gold.
16,99 €.
Me pareció obsceno.
Cerré la aplicación.
Fui a la cocina.
Bebí agua.
Volví al sofá.
Abrí Tinder.
Dieciséis con noventa y nueve.
Podía cenar dos veces por ese dinero.
Tres si cocinaba.
Cerré Tinder.
Abrí Google.
Escribí:
cómo ver quién te ha dado like en Tinder sin pagar
No porque estuviera interesado.
Por curiosidad técnica.
Leí dos páginas.
No había manera.
Volví a Tinder.
16,99 €.
Pensé en los once años.
Dividí mentalmente.
Un euro con cincuenta y cuatro céntimos por año de abstinencia.
Visto así, tampoco parecía una inversión irresponsable.
Pagué.
La fotografía dejó de estar desenfocada.
Amparo, 67.
Me quedé quieto.
Volví a comprobarlo.
Sesenta y siete.
Abrí mis preferencias.
Edad: 38-52.
Correcto.

Volví a Amparo.

67.

Veintidós años más que yo.

Mi primer like.

Había tardado menos de un día en descubrir que el algoritmo tenía para mí unos planes bastante diferentes de los míos.

Cogí el teléfono.

Abrí WhatsApp.

Raúl: Tengo un problema.

Patricia tardó diez segundos.

Patricia: ¿Qué has hecho?

Raúl: ¿Por qué asumes que he hecho algo?

Patricia: Porque eres tú.

Raúl: Me han dado mi primer like.

Aparecieron los dos ticks.

Después:

Patricia: 😱😱😱

Patricia: QUIÉN

Raúl: Amparo.

Patricia: Qué edad

No contesté.

Patricia: Raúl.

Raúl: 67.

Los dos ticks.

Nada.

Cinco segundos.

Diez.

Después:

Patricia: JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA

Raúl: Tiene buena presencia.

Patricia: ME MUERO

Raúl: No veo qué tiene de gracioso.

Patricia: TU RANGO ERA HASTA 52

Raúl: Precisamente estoy investigando una posible incidencia técnica.

Patricia: Dale like.
Raúl: No.
Patricia: DALE
Raúl: Tiene 67 años.
Patricia: Y le gustas.
Aquello era difícil de rebatir.
Volví al perfil de Amparo.
Tenía cinco fotografías.
En una aparecía en un crucero.
En otra junto al mar.
En otra cenando.
Vestía bien.
Sonreía.
Parecía una mujer perfectamente normal.
Seguí leyendo.
Divorciada. Dos hijos. Jubilada. Me gusta viajar, bailar y disfrutar de la vida. Busco hombre maduro.
Me detuve en la última frase.
Busco hombre maduro.
Sonreí.
No iba tan mal.
Por fin alguien apreciaba mi experiencia.
Tenía dos opciones delante.
Una X.
Un corazón.
No iba a acostarme con una mujer de sesenta y siete años solo porque me hubiera dado like.
Tenía principios.
Tampoco tenía claro cuáles eran.
Pero confiaba en que alguno cubriera aquella situación.
Miré el corazón.
Después la X.
Volví a mirar a Amparo.
Cerré Tinder.
Lo abrí otra vez.
Amparo seguía allí.

Llevaba once años sin acostarme con una mujer.

Pero todavía conservaba algo de dignidad.

No tenía claro cuánta.

Aquella noche descubrí que tardaba exactamente nueve segundos en decidir si quería conservarla.

CAPÍTULO 3

AMPARO

Le di al corazón.

No tardé nueve segundos.

Tardé doce.

Los tres últimos fueron para convencerme de que lo hacía por curiosidad.

La pantalla cambió.

¡Es un match!

Ahí estaba.

Mi primer match en once años.

Amparo, 67.

Había imaginado mi regreso al mercado sentimental de muchas maneras.

Ninguna incluía la posibilidad de que mi primera candidata hubiera hecho la Primera Comunión más de una década antes de que yo naciera.

No era un problema.

Era un dato.

Un dato que mi cerebro había decidido calcular sin que nadie se lo pidiera.

Tinder nos mostró juntos.

Mi fotografía.

La suya.

Tú y Amparo os gustáis.

Me pareció una afirmación excesiva.

Amparo había pulsado un corazón.

Yo había realizado una investigación.

No era exactamente lo mismo.

Escribí a Patricia.

Raúl: Le he dado.

Los dos ticks aparecieron inmediatamente.

Patricia: JAJAJAJAJAJA
Raúl: No sé por qué te cuento nada.
Patricia: Porque no tienes a nadie más.
Raúl: Tengo amigos.
Patricia: Que ya están dormidos.
Miré la hora.
22:41.
Raúl: Son las once menos veinte.
Patricia: Tienes amigos de 45.
No pude discutirlo.
Volví a Tinder.
Nada.
Amparo no había escrito.
Me pareció bien.
Perfectamente normal.
Quizá estaba ocupada.
Quizá dormía.
Quizá no había visto el match.
Quizá tenía activado el modo avión porque las personas de su generación utilizaban correctamente las funciones del teléfono.
Dejé el móvil.
Puse la televisión.
Lo cogí otra vez.
Nada.
No estaba esperando que escribiera.
Simplemente comprobaba que la aplicación funcionara.
Funcionaba.
A las 22:46 vibró.
Amparo: Hola, jovencito.
Me quedé mirando la pantalla.
Jovencito.
Hacía aproximadamente veinte años que nadie utilizaba aquella palabra conmigo sin intención de venderme algo.
Sonreí.
Después de once años fuera del mercado había regresado convertido en carne fresca.

No sabía qué responder.

Aquello me molestó.

Llevaba cuarenta y cinco años hablando.

Había mantenido conversaciones con inspectores, jefes de servicio, funcionarios de Hacienda y mi madre cuando encontraba una mancha en una camiseta que yo consideraba limpia.

Pero un «Hola, jovencito» me había dejado sin competencias.

Escribí:

Hola, Amparo.

Lo miré.

Correcto.

Educado.

Absolutamente incapaz de provocar lubricación en ningún mamífero conocido.

Borré.

Hola 🙄

Peor.

Parecía un vecino.

Borré.

Hola, guapa.

No.

Demasiado.

Borré.

Volví a:

Hola, Amparo.

Lo envié.

Hay derrotas que conviene aceptar pronto.

Contestó casi inmediatamente.

Amparo: ¿Qué tal?

Raúl: Bien. Terminando el día. ¿Tú?

Tres puntos.

Amparo: Con unas amigas.

Miré la hora.

22:49.

Yo estaba en pijama.

Amparo estaba con unas amigas.
Primer dato preocupante.
Raúl: ¿De cena?
Amparo: De copas 😂
Segundo dato.
Abrí WhatsApp.
Raúl: Amparo está de copas.
Patricia: Y?
Raúl: Son casi las 11.
Patricia: Tienes 45 o 85?
Cerré WhatsApp.
Tenía razón.
Eso me molestó todavía más.
Amparo: Tú qué haces?
Miré alrededor.
Televisión.
Pijama.
Un vaso de agua.
Una bolsa de frutos secos.
No parecía una campaña publicitaria de mi estilo de vida.
Raúl: Tranquilo en casa.
Era verdad.
También era una forma elegante de decir que llevaba veinte minutos viendo un documental sobre aeropuertos.
Amparo: Muy bien. Hay que saber estar solo también.
Aquello me gustó.
No «qué aburrido».
No «tienes que salir más».
No «así no vas a conocer a nadie».
Hay que saber estar solo también.
Raúl: Se me da bastante bien.
Amparo: Ya veo 😂
Me quedé mirando.
No sabía si aquello era una referencia a los once años.
Imposible.

No lo había puesto en el perfil.

Patricia era la única persona que tenía aquella información además de Miguel.

Y Miguel estaba legalmente obligado por nuestra amistad a no comunicársela a mujeres jubiladas.

Raúl: ¿Por qué lo dices?

Amparo: Porque estás en casa un lunes a las once hablando conmigo.

Miré la televisión.

El aeropuerto de Singapur tenía un sistema automatizado de gestión de equipajes fascinante.

Apagué.

Hablamos veinte minutos.

Amparo había trabajado de enfermera.

Llevaba cuatro años jubilada.

Tenía dos hijos.

Tres nietos.

Estaba divorciada desde hacía dieciocho años.

Viajaba bastante.

Bailaba dos veces por semana.

Iba al gimnasio.

Tenía un apartamento en Almuñécar.

Y aparentemente los lunes salía de copas.

A las once y cuarto yo empezaba a sentir que la diferencia generacional estaba jugando en mi contra, pero no de la manera que había previsto.

Raúl: Tienes más vida social que yo.

Amparo: Eso parece.

Ni siquiera añadió un emoji.

Dolió más.

Raúl: Gracias.

Amparo: 😂😂😂

Me cayó bien.

Ese era el problema.

No me atraía.

O no sabía si me atraía.
Era una mujer guapa.
Punto.
Pero tenía sesenta y siete años.
Mi madre tenía setenta y dos.
Cinco años.
No debía haber hecho esa cuenta.
La hice otra vez.
Cinco.
Cerré los ojos.
No.
Amparo: Por qué me has dado like?
Buena pregunta.
Podía mentir.
Decirle que me había parecido atractiva.
Era parcialmente cierto.
Podía decir que su perfil me había resultado interesante.
También era cierto.
Podía contarle la verdad.
Había pagado dieciséis con noventa y nueve para descubrir quién coño me había dado mi primer like y después me había parecido feo rechazarla sin más.
Decidí no utilizar la verdad.
La verdad estaba sobrevalorada en las primeras conversaciones.
Raúl: Me has parecido interesante.
Amparo: Interesante es lo que se dice cuando no quieres decir guapa.
Hostia.
Raúl: También eres guapa.
Amparo: Mejor.
Sonreí.
Amparo: Pero sigo teniendo 67.
Me incorporé.
Aquella mujer estaba empezando a complicarme el procedimiento.
Raúl: Eso he visto.

Amparo: Y tú 45.
Raúl: También.
Amparo: Entonces sabes restar.
Raúl: Trabajo en la Administración. No exijas tanto.
Tardó unos segundos.
Amparo: 😂😂😂😂
Bien.
Aquello había funcionado.
Primer éxito.
No sexual.
Pero éxito.
A las once y media Amparo se despidió.
Amparo: Me voy que estas quieren ir a otro sitio.
Estas.
Querían ir a otro sitio.
Un lunes.
A las once y media.
Yo había apagado el televisor porque empezaba a tener sueño.
Raúl: Pásalo bien.
Amparo: Gracias jovencito.
Raúl: Lo de jovencito empieza a gustarme.
Amparo: Lo imaginaba.
Después:
Amparo: Buenas noches 😘
Un beso.
No sabía qué valor administrativo tenía aquel beso.
Probablemente ninguno.
Pero allí estaba.
Contesté:
Buenas noches 😘
Me pareció excesivo.
Ya lo había enviado.
No había recurso.

* * *

El martes Patricia estaba esperándome cuando llegué a la oficina.

Ni buenos días.
Ni café.
Ni dignidad.
—¿Qué pasó?
Dejé el bolso.
—Buenos días.
—¿Hablaste con Amparo?
—Buenos días, Patricia.
—Buenos días. ¿Hablaste con Amparo?
Encendí el ordenador.
—Sí.
—¿Y?
—Bien.
—¿Bien qué?
—Conversación normal.
—¿Vas a quedar con ella?
—No.
—¿Por qué?
La miré.
—Tiene sesenta y siete años.
—Eso ya lo sabías cuando le diste like.
—Fue una decisión científica.
—Claro.
—Quería comprobar algo.
—¿Qué?
No tenía respuesta.
Patricia sonrió.
—Te gusta.
—No.
—Te cae bien.
—Eso sí.
—Pues queda con ella.
—¿Para qué?
—Para tomar algo.
—No quiero acostarme con ella.
—Raúl, se puede tomar algo con una mujer sin acostarse con ella.

—Eso llevo haciendo once años.
—Imbécil.
Abrí el correo.
Tenía veintitrés mensajes.
Aquello sí sabía gestionarlo.

* * *

A las nueve y media recibí otro aviso de Tinder.

A alguien le gustas.

Miré el teléfono.
Después miré a Patricia.
—Otro.
Se acercó.
—¿Quién?
—No sé.
—Tienes Gold.
Era verdad.

Había pagado dieciséis con noventa y nueve y ya había olvidado una de sus principales prestaciones.

Abrí.

Pilar, 71.

Patricia vio la pantalla.
Se tapó la boca.
—Ni se te ocurra.
—No he dicho nada.
—Estás a punto.
—No.
—Raúl...
Empezó a reírse.
Yo miré a Pilar.
Setenta y uno.
Después miré a Patricia.
—Tengo un nicho.
Eso la terminó de romper.
—No te rías —dije—. Esto es importante.
—¿El qué?

—Encontrar tu público objetivo es una de las cosas más difíciles en cualquier mercado.

—Tu público objetivo está jubilado.

—Tiene tiempo libre.

Patricia apoyó la cabeza sobre la mesa.

Yo volví a mirar el perfil.

Pilar.

Me gusta caminar, viajar y disfrutar de las pequeñas cosas.

Suspiré.

Dos días en Tinder.

Dos likes.

Amparo, 67.

Pilar, 71.

No estaba triunfando en mi franja de edad.

Pero tenía un nicho.

Coca-Cola tampoco empezó vendiendo en todo el mundo.

CAPÍTULO 4

MI MADRE SABE COSAS

Mi madre sabía cuándo me pasaba algo.

No porque existiera una conexión especial entre nosotros.

Porque preguntaba mucho.

Si interrogas a una persona durante cuarenta y cinco años, acabas acertando alguna vez.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Sí te pasa.

—Estoy comiendo.

—Estás mirando el móvil.

Dejé el teléfono boca abajo.

—Ya no.

—¿Quién es?

—Nadie.

Mi hermana levantó la cabeza.

Error.

Laura podía ignorar una conversación durante veinte minutos hasta que apareciera la posibilidad de que yo estuviera ocultando algo.

Entonces recuperaba capacidades auditivas que la medicina todavía no había explicado.

—¿Quién es quién?

—Nadie.

—Mamá ha preguntado quién es.

—Ya estaba aquí cuando lo ha preguntado.

—¿Una mujer?

Seguí comiendo.

Mi madre y mi hermana me miraron.

Mi sobrino mayor no.

Tenía dieciséis años y llevaba toda la comida mirando su teléfono con una impunidad que a mí se me había negado a los cuarenta y cinco.

La vida no era justa.

—¿Por qué tiene que ser una mujer?

—Porque si fuera Miguel lo dirías —dijo Laura.

—Puede ser Sergio.

—También lo dirías.

—Puede ser el banco.

—Al banco no le sonríes.

Me detuve.

—No estaba sonriendo.

Mi madre miró a Laura.

Laura miró a mi madre.

Aquello empezaba a parecer una junta de evaluación.

—Has sonreído —dijo mi madre.

—Estaba leyendo una cosa.

—¿Qué cosa?

—Una cosa graciosa.

—Enséñala.

—No.

—Entonces es una mujer.

La lógica materna no necesitaba pruebas.

Solo ausencia de colaboración.

Era martes.

Comíamos en casa de mi madre porque los martes comíamos en casa de mi madre.

No todos.

Yo casi todos.

Laura cuando podía.

Mis sobrinos cuando coincidía.

Mi cuñado, Carlos, aquel día no había podido venir.

Mi madre llevaba años diciendo que no hacía falta que fuéramos.

También llevaba años comprando comida para seis por si aparecíamos.

Era su manera de no presionar.

—¿Cómo se llama? —preguntó.
—No hay ninguna mujer.
El móvil vibró.
Las tres miradas fueron hacia él.
Incluida la mía.
Lo cogí.
Amparo: Buenos días jovencito. Cómo va el martes?
Lo bloqueé.
—Amparo —dijo Laura.
Levanté la cabeza.
—¿Qué?
—He visto el nombre.
—Eso es cotillear.
—Eso es tener ojos.
Me quedé quieto.
Patricia había utilizado exactamente la misma frase alguna vez.
Empezaba a sospechar que el problema no era la gente.
Era yo dejando pantallas a la vista.
Mi madre sonrió.
—Amparo.
No me gustó cómo dijo Amparo.
Había esperanza en aquellas tres sílabas.
—Es una conocida.
—¿De dónde? —preguntó Laura.
—De Tinder.
Silencio.
Mi sobrino levantó la cabeza.
Por fin.
Después de cuarenta minutos había conseguido recuperar un hijo para mi hermana.
—¿Tienes Tinder? —preguntó.
—Sí.
Se rio.
—¿Qué pasa?
—Nada.
—¿Por qué te ríes?

—Por nada.

—Tienes dieciséis años. Todo te hace gracia y nada sabes explicarlo.

Volvió al móvil.

—¿Qué es Tinder? —preguntó mi madre.

Laura me miró.

Yo la miré.

—Una aplicación para conocer gente —dijo ella.

—¿Como Facebook?

—No exactamente.

—¿Para encontrar pareja?

—También.

Mi madre volvió a mirarme.

Aquello era justo lo que necesitábamos.

Una plataforma tecnológica para potenciar sus esperanzas.

—¿Y has conocido a Amparo ahí?

—Sí.

—¿Y cómo es?

—Normal.

—¿Qué edad tiene?

Laura sonrió.

La miré.

—Ni se te ocurra.

—Yo no he dicho nada.

—Pero lo sabes.

—No.

—Entonces ¿por qué sonríes?

—Porque te conozco.

Mi madre esperaba.

—Sesenta y siete.

No dijo nada.

Mi hermana tampoco.

El silencio duró aproximadamente dos segundos.

—Bueno —dijo mi madre.

Ese «bueno» contenía una cantidad extraordinaria de información.

—¿Bueno qué?
—Nada.
—Has dicho bueno.
—Porque está bien.
—¿El qué?
—Que conozcas gente.
—Tiene cinco años menos que tú.
Mi madre dejó el tenedor.
—¿Y?
No esperaba aquello.
—Nada.
—Pues entonces.
Laura empezó a reírse.
—No sé de qué te ríes.
—De vosotros.
Mi madre continuó comiendo.
—A mí me parece estupendo.
—Mamá, no voy a casarme con Amparo.
—Yo no he dicho nada de casarte.
—Lo estabas pensando.
—No.
—Te conozco.
—Pues te equivocas.
Bebió agua.
—Primero tendrás que conocerla.
Ahí estaba.
—No voy a quedar con ella.
—¿Por qué? —preguntó Laura.
—Porque no.
—Eso no es una razón.
—Tiene sesenta y siete años.
Mi madre suspiró.
—Otra vez.
—¿Qué?
—Con la edad.
—No tengo ningún problema con su edad.

—Llevas cinco minutos hablando de su edad.
—Porque estamos hablando de por qué no voy a quedar con ella.
—Entonces sí tienes un problema con su edad.
Miré a Laura.
—¿Puedes ayudarme?
—No. Estoy disfrutando muchísimo.
Cogí pan.
—Además, no busco pareja.
—¿Entonces para qué te has instalado Tinder? —preguntó Laura.
Buena pregunta.
—Para conocer gente.
—Como Facebook —dijo mi madre.
—Exacto.
—Entonces tenía razón.
—Sí, mamá.
Mi sobrino volvió a intervenir.
—Tinder no es para conocer gente.
Lo miré.
—Tú no deberías saber para qué es Tinder.
—Todo el mundo sabe para qué es Tinder.
—Tienes dieciséis años.
—No la tengo.
—Más te vale.
Laura levantó un dedo.
—Esto sí me interesa.
Mi sobrino desapareció de la conversación.
Había cometido un error de principiante.
Nunca aportes información voluntariamente delante de tu madre.
Yo había aprendido eso en 1994.
Tenía trece años.
Mi madre me había preguntado al volver del instituto:
—¿Qué tal?
Yo cometí el error de responder:
—Mal.
Hay decisiones que condicionan una vida.
Aquella fue una.

—¿Por qué?
—Por nada.
—Si ha ido mal será por algo.
—No pasa nada.
—Raúl.
Yo llevaba varios meses siendo Tetitas.
No era un apodo especialmente sofisticado.
Tenía sobrepeso.
Tenía pecho.
Mis compañeros habían realizado la asociación.
Eran los noventa.
La creatividad tenía unos límites y la sensibilidad ninguno.
No quería contárselo a mi madre.
No porque no confiara en ella.
Precisamente porque confiaba demasiado.
Mi madre era capaz de presentarse en el instituto.
Hablar con el tutor.
Hablar con el director.
Hablar con los padres.
Hablar con los niños.
Probablemente hablar con el ministro de Educación si encontraba el teléfono.
Yo solo quería sobrevivir hasta junio.
—Me han puesto un mote.
Su cara cambió.
—¿Quién?
Primer error.
No preguntó cuál.
Preguntó quién.
—Nadie.
—¿Qué mote?
—Da igual.
—Raúl.
—Tetitas.
Mi madre se quedó callada.
Yo también.

Esperaba muchas reacciones.
Indignación.
Tristeza.
Un abrazo.
Una denuncia ante Naciones Unidas.
No esperaba que mirara mi pecho.
—Mamá.
—No estoy mirando.
—Estás mirando.
—No.
—Acabas de bajar los ojos.
—Porque estaba pensando.
—¿Con las tetas?
—Raúl.
Fue la primera vez que conseguí reírme de aquello.
No la última.
—¿Dónde estás?
Laura me miraba.
Volví al comedor.
—Aquí.
—Te has quedado empanado.
—Estaba pensando.
—¿En Amparo?
—No.
Mi madre sonrió.
—Ya piensa en ella.
—Mamá.
—No he dicho nada.
—Acabas de decir que pienso en ella.
—Porque Laura ha preguntado.
—Eso sigue siendo decir algo.
Mi sobrino pequeño me miró.
—¿Te vas a casar?
—No.
—La abuela dice que sí.
Miré a mi madre.

—Yo no he dicho eso.
—A mí sí —dijo el niño.
Traición.
Mi madre señaló al nieto.
—No hagas caso. Se inventa muchas cosas.
—Tengo doce años.
—¿Ves?
No entendí el argumento.
Tampoco hacía falta.
Después del postre, Laura me ayudó a llevar los platos a la cocina.
—Déjame ver a Amparo.
—No.
—Venga.
—¿Por qué?
—Curiosidad.
—Eso no es una razón.
—Es exactamente la razón.
Saqué el teléfono.
Abrí Tinder.
Le enseñé el perfil.
Laura pasó las fotografías.
—Es guapa.
—Sí.
—Tiene estilazo.
—Sí.
—Parece divertida.
—Sí.
—Te gusta.
—No.
—Has dicho que sí tres veces.
—A tres afirmaciones distintas.
—Queda con ella.
—¿Por qué estáis todos empeñados?
—Porque llevas once años sin...
Se detuvo.

Miró hacia el comedor.

Mi madre estaba allí.

—...pareja.

—Buena recuperación.

—Gracias.

Bajó la voz.

—Once años, Raúl.

—Tú también.

—Yo estoy casada.

—Precisamente. Once años con la misma persona me parece muchísimo más difícil.

Me dio con el trapo.

—Gilipollas.

Sonreí.

—Estoy bien.

Laura dejó el plato.

—Ya lo sé.

Eso me hizo mirarla.

No había lástima.

No había preocupación.

No había esa cara que había puesto Miguel cuando descubrió la cifra.

Simplemente lo sabía.

—Pero estar bien no significa que no puedas hacer cosas nuevas —añadió.

—Eso ha sonado a taza de Mr. Wonderful.

—Vete a la mierda.

—Mejor.

—Solo digo que tomar un café no te obliga a casarte.

—Eso espero.

—Ni siquiera a acostarte con ella.

—Sois ya dos personas que hoy me habéis explicado que se puede quedar con una mujer sin follar.

—Por algo será.

—Once años de experiencia me avalan.

Laura sonrió.

Después volvió a mirar el teléfono.

—Además, puede presentarte a una hija.

Le quité el móvil.

—Fuera.

—¿Qué?

—Se acabó.

—Era una idea.

—Es horrible.

—¿Por qué?

—No voy a utilizar a una mujer de sesenta y siete años para acceder a su descendencia.

—Dicho así...

—¿Cómo quieres que lo diga?

—Menos delictivo.

Guardé el teléfono.

Cuando me iba, mi madre me acompañó hasta la puerta.

—Raúl.

—¿Qué?

—La farmacéutica.

Cerré los ojos.

—¿Qué farmacéutica?

—La de aquí.

—¿Qué pasa con ella?

—Es muy agradable.

—Es farmacéutica, mamá. Le pagan por no mandarte a la mierda.

—No está casada.

—¿Cómo sabes eso?

—No lleva alianza.

—Tampoco lleva estetoscopio y no has descartado que sea cardióloga.

Mi madre ignoró aquello.

—Tendrá cuarenta y pocos.

—Mamá.

—Solo lo digo.

—No digas nada.

—Se llama Elena.

—¿Cómo sabes cómo se llama?
—Lo pone en la bata.
—Claro.
—Y siempre pregunta por ti.
Me detuve.
—¿Qué?
Mi madre sonrió.
No me gustó aquella sonrisa.
—Cuando voy, me pregunta cómo estás.
—Porque sabe que soy tu hijo.
—Podría no preguntar.
—Es educación.
—Eso dices tú.
Abrí la puerta.
—Adiós, mamá.
—Un día podrías venir conmigo.
—Sé comprar ibuprofeno solo.
—No siempre estoy hablando de casarte.
—No.
—También puedes conocerla.
—Como Facebook.
—Exacto.
Le di un beso.

* * *

Salí.
En el ascensor miré el teléfono.
Tenía un mensaje.
Amparo.
Amparo: Qué haces el jueves?
Lo leí dos veces.
El ascensor bajó un piso.
Después otro.
Raúl: De momento nada. Por?
Los tres puntos aparecieron casi inmediatamente.
Amparo: Tomamos una cerveza?

Llegué al portal.

Las puertas se abrieron.

No salí.

Volvieron a cerrarse.

Pulsé otra vez el botón.

Cuarenta y cinco años.

Once sin acostarme con una mujer.

Dos días en Tinder.

Una invitación.

Estadísticamente aquello era un éxito.

El único inconveniente era que mi madre podía haber ido al colegio con mi cita.

Abrí el teclado.

Lo cerré.

Volví a abrirlo.

No sabía si quería quedar con Amparo.

Pero empezaba a tener bastante claro que quería saber qué pasaría si lo hacía.

Escribí:

Vale. Una cerveza.

Lo envié.

Las puertas volvieron a abrirse.

Esta vez salí.

No estaba seguro de que aquello contara como una cita.

Pero tampoco pensaba preguntárselo a mi madre.

CAPÍTULO 5

NO ERA UNA CITA

No era una cita.

Eso era importante.

Había quedado con una mujer que había conocido en Tinder para tomar una cerveza.

* * *

Por la noche.

Los dos solos.

Pero una cosa no implicaba necesariamente la otra.

—Es una cita —dijo Patricia.

—No.

—La has conocido en Tinder.

—También puedes conocer gente en LinkedIn y no por eso te contratan.

—No sé qué tiene que ver.

—Yo tampoco, pero jurídicamente me parece sólido.

Patricia siguió trabajando.

Era jueves.

Quedaban siete horas para que viera a Amparo.

No las estaba contando.

Sabía que eran siete porque sabía sumar.

—¿Dónde habéis quedado?

—En un bar.

—Eso ya lo suponía.

—Pues no preguntes cosas cuya respuesta conoces.

—¿Qué bar?

Se lo dije.

Patricia asintió.

—Está bien.

—Ya.

—¿Lo has elegido tú?
—Ella.
—Mejor.
—¿Por qué?
—Porque tú habrías elegido uno con ofertas de tapas.
—Eso no es un defecto.
—Para una cita sí.
—No es una cita.
Patricia suspiró.
—¿Qué te vas a poner?
—Ropa.
—Bien. Ya tenemos una base.
—Lo mismo que llevo.
Me miró.
Camisa.
Pantalón.
Zapatos.
—No.
—¿Qué tiene de malo?
—Que pareces un gestor que viene a comunicarme que Hacienda me reclama mil doscientos euros.
—Trabajo vestido así.
—Precisamente.
—No voy a ir a casa a cambiarme para tomar una cerveza.
—Claro.
—¿Qué?
—Nada.
—Has dicho claro.
—Porque está claro.
—¿El qué?
—Que no vas a cambiarte.
—Exacto.
—Porque no es una cita.
—Exacto.
—Perfecto.
Volvió al ordenador.

La conocía.

—¿Qué estás haciendo?

—Trabajando.

—Estás sonriendo.

—Me gusta mi trabajo.

—Nunca te ha gustado tanto.

* * *

A las tres salí de la oficina.

A las tres y veinte estaba en casa.

A las tres y veintidós me quité la camisa.

No porque fuera a cambiarme.

Porque estaba en mi casa.

Hay gente que llega a casa y sigue vestida como una persona funcional.

Yo no.

Yo cruzaba la puerta y empezaba un proceso de degradación textil que terminaba siempre en pantalón corto.

Abrí el armario.

No buscaba nada.

Simplemente estaba abierto.

Vi una camisa azul.

La saqué.

Me la puse delante.

No.

La guardé.

Saqué una negra.

Demasiado.

No sabía qué significaba demasiado, pero lo era.

La guardé.

Cogí una camiseta.

La miré.

La dejé.

Volví a la camisa azul.

A las tres y media tenía cuatro prendas sobre la cama.

No era una cita.

Era un problema de vestuario.
Cosas completamente distintas.
A las cuatro y diez me duché.
Siempre me duchaba.
No necesariamente a las cuatro y diez.
A las cuatro y media me afeité el cuello.
Mantenimiento.
A las cuatro y cuarenta y cinco me recorté un pelo de la nariz.
Salud pública.
A las cinco me puse colonia.
Ahí empezaba a quedarme sin argumentos.
A las seis me escribió Patricia.
Patricia: Te has cambiado?
Miré la camisa azul.
Raúl: No.
Tardó cinco segundos.
Patricia: Foto.
No contesté.
Patricia: JAJAJAJAJA
Raúl: No he enviado nada.
Patricia: Precisamente.
Bloqueé el teléfono.
Habíamos quedado a las ocho.
Llegué a las siete y cincuenta y uno.
Eso tampoco significaba nada.
Yo era puntual.
Normalmente.
A veces.
Entré.
Amparo no estaba.
Elegí una mesa.
Me senté.
Me levanté.
La mesa estaba demasiado cerca del baño.
Elegí otra.
Me senté.

Había una televisión justo detrás.

No quería pasar una hora mirando por encima del hombro de Amparo si había fútbol.

Cambié otra vez.

La camarera empezó a observarme.

—¿Te pongo algo?

—Estoy esperando.

—Vale.

Su tono indicaba que ya había llegado a esa conclusión.

Me senté junto a la ventana.

Miré el teléfono.

7:54.

Lo guardé.

7:55.

Lo saqué.

Nada.

Lo guardé.

No estaba nervioso.

Llevaba once años sin una cita.

Que aquello no fuera una cita ayudaba muchísimo.

* * *

A las ocho y dos entró Amparo.

La reconocí inmediatamente.

Eso fue un alivio.

Las fotografías de Tinder introducían un concepto que no existía cuando yo tenía veinte años: la posibilidad de que una persona llegara y tuviera una relación meramente aproximada con su propia cara.

Amparo era Amparo.

Pelo corto.

Pendientes grandes.

Vaqueros.

Blusa.

Una chaqueta ligera.

Y una seguridad al caminar que hizo que pareciera que ella había elegido el bar, la mesa y probablemente el edificio.

Me levanté.

—Hola.

—Hola, jovencito.

Me dio dos besos.

Yo ejecuté los dos besos correctamente.

Puede parecer sencillo.

No lo es.

Años sin conocer gente nueva habían hecho que olvidara cuándo se empieza por la izquierda, cuándo por la derecha y en qué momento exacto existe riesgo de acabar besando a alguien en la boca por un error de coordinación.

No ocurrió.

Primer éxito de la noche.

—Estás muy guapo —dijo.

—Gracias.

No supe qué más hacer con aquello.

—Tú también.

—¿También estoy muy guapo?

—Guapa.

—Menos mal.

Se sentó.

Sonreía.

Yo también.

Esperaba que esta vez mi sonrisa no indicara que sabía dónde había un cadáver.

Pedimos dos cervezas.

Amparo sin alcohol.

Yo normal.

—¿Sin alcohol? —pregunté.

—Conduzco.

—Responsable.

—Y ayer salí.

—También.

—¿Qué?

—Responsable.
—Ah.
Me miró.
—Estás nervioso.
—No.
—Sí.
—No estoy nervioso.
—Has colocado el posavasos tres veces.
Miré el posavasos.
Estaba perfectamente alineado con el borde de la mesa.
—Me gusta el orden.
—Funcionario.
—Eso es discriminación.
Se rio.
Bien.
Ya tenía una.
No llevaba la cuenta.
Llevaba una.
Los primeros diez minutos fueron normales.
Eso me sorprendió.
Había imaginado silencios.
Preguntas incómodas.
Momentos en los que uno de los dos miraría hacia la puerta calculando cuánto tardaría en llegar a ella.
Nada.
Hablamos del trabajo.
De Granada.
De viajes.
De comida.
De sus hijos.
De mi hermana.
Amparo hablaba mucho.
Pero escuchaba.
Era una diferencia importante.
Hay personas que escuchan únicamente mientras preparan su siguiente frase.

Ella no.
—¿Y nunca has tenido hijos? —preguntó.
—Que yo sepa, no.
—Eso dicen todos.
—En mi caso tengo bastante confianza.
—¿No querías?
Me encogí de hombros.
—Nunca tuve claro que quisiera.
—Eso es no.
—No necesariamente.
—A tu edad sí.
Pensé.
—Pues no.
—¿Ves qué fácil?
—Me has ahorrado años de terapia.
—Son treinta euros.
—Pensaba que la primera consulta era gratis.
—Eso era la cerveza.
—¿Y llevas mucho soltero?
Ahí estaba.
La pregunta.
Podía decir once años.
Era verdad.
También podía decir «bastante».
También era verdad y ocupaba menos.
—Once años.
Amparo levantó las cejas.
—¿Once?
—Sí.
—¿Sin pareja?
—Sí.
Bebió.
No preguntó lo siguiente.
Esperé.
Nada.
Me pareció extraño.

Todo el mundo preguntaba lo siguiente.
—¿Ya está?
—¿Qué?
—Nada.
—¿Qué quieres que te pregunte?
—Nada.
—Pues entonces.
Bebí.
Pasaron cinco segundos.
—¿Once años sin pareja o sin follar?
Ahí estaba.
—Las dos.
Amparo dejó el vaso.
—Hostia.
—Gracias. Esa reacción ya la tengo homologada.
Se rio.
—Perdona.
—No pasa nada.
—¿Once años?
—Si seguimos repitiéndolo no va a bajar.
—No, claro.
Me miró.
—¿Por elección?
—Al principio no especialmente.
—¿Y después?
Pensé.
—Por falta de insistencia.
Amparo sonrió.
—Eso me lo creo.
—He tenido aplicaciones alguna vez. He conocido gente. Simplemente no ha ocurrido.
—¿Y estás bien?
Otra vez.
La pregunta universal.
—Sí.
—Vale.

Esperé.
—¿Vale?
—Vale.
—¿No vas a decirme que tengo que abrirme al amor?
—No.
—¿Que todavía estoy a tiempo?
—¿A tiempo de qué?
—No sé. Es lo que suele decir la gente.
Amparo bebió.
—La gente dice muchas gilipolleces cuando no sabe estar callada.
La miré.
—Me caes muy bien.
—Ya lo sé.
Pedimos otra.
Yo había dejado de colocar el posavasos.
Eso probablemente significaba algo.
—¿Y tú? —pregunté.
—¿Yo qué?
—Tinder.
—¿Qué pasa con Tinder?
—¿Qué buscas?
Amparo sonrió.
—Hombres.
—Eso ya lo había deducido.
—Pues vas muy bien.
—Me refiero a pareja, conocer gente...
—Depende.
—¿De qué?
—Del hombre.
Era una respuesta tan razonable que me molestó no haber pensado nunca en ella.
—He tenido pareja —dijo—. Después del divorcio.
—¿Mucho tiempo?
—Uno seis años. Otro tres.
—Ah.
—Y cosas más cortas.

—Ah.

Amparo sonrió.

—Dices mucho «ah».

—Estoy recopilando información.

—Funcionario.

—Otra vez.

—Te lo has puesto en el perfil.

—Fue un error.

—No. A mí me gustó.

—¿Por qué?

—Tengo una pensión. Me tranquiliza saber que alguien va a comprender mis trámites.

—Eso sí que es seducción.

La conversación siguió.

En algún momento dejamos de hablar de Tinder.

Eso me gustó.

Me contó que una vez había viajado sola a Estambul porque una amiga canceló dos días antes y se negó a perder el dinero.

Yo le conté que una vez había pagado un seguro de cancelación y cancelé un viaje principalmente para sentir que había amortizado el seguro.

Me llamó miserable.

Le expliqué que era una cuestión de principios.

No lo entendió.

Mejor.

A las nueve y cuarto miré el reloj.

Llevábamos más de una hora.

No me había dado cuenta.

Aquello también significaba algo.

Probablemente.

—Voy al baño —dijo Amparo.

Se levantó.

Cogí el teléfono.

Tenía tres mensajes de Patricia.

Patricia: ???

Patricia: Sigues vivo?

Patricia: AMPARO TE HA SECUESTRADO?
Contesté.
Raúl: Todo bien.
Los ticks aparecieron.
Patricia: ESO ES TODO?
Raúl: Sí.
Patricia: Te odio.
Guardé el móvil.
Amparo regresó.
—¿La amiga?
—¿Qué amiga?
—La que está esperando el informe.
Me quedé quieto.
—No sé de qué hablas.
—Has cogido el móvil en cuanto me he levantado.
—Puede ser cualquiera.
—Es la del trabajo.
—¿Cómo sabes que hay una del trabajo?
—Porque me has hablado de ella.
Cierto.
—Patricia.
—Esa.
—No está esperando ningún informe.
El teléfono vibró encima de la mesa.
Patricia: PREGÚNTALE SI TIENE HERMANA PEQUEÑA.
Amparo miró la pantalla.
Yo también.
La bloqueé.
—Tiene cuarenta y tres años —dije.
—Me cae bien.
—No la conoces.
—Ya me cae bien.
A las diez pedimos la cuenta.
Amparo hizo el gesto de sacar el bolso.
—Invito yo.
—No.

—Te he invitado a tomar una cerveza.
—Eso no significa que pagues tú.
—Claro que sí.
—No.
—Raúl.
—Amparo.
Nos miramos.
—Mitad —dijo.
—Mitad.
Pagamos.
Aquello me gustó más de lo que debería.
Salimos.
Hacía buena noche.
Nos quedamos un momento delante del bar.
Había llegado la parte complicada.
La despedida.
No sabía qué protocolo correspondía.
Dos besos.
Abrazo.
Apretón de manos.
Una reverencia me parecía excesiva.
Amparo me solucionó el problema.
Me dio dos besos.
—Me lo he pasado muy bien.
—Yo también.
—Y estabas nervioso.
—Al principio.
—Mucho.
—Un poco.
—Has cambiado tres veces de mesa antes de que llegara.
Me quedé mirándola.
—¿Cómo sabes eso?
Señaló hacia la esquina.
—Estaba allí.
Miré.
Había una cafetería enfrente.

—¿Me estabas observando?
—Había llegado pronto.
—¿Cuánto?
—Diez minutos.
—¿Y no entraste?
—Quería verte llegar.
—Eso es inquietante.
—Tú cambiaste tres veces de mesa.
—Estaba seleccionando.
—Claro.
Sonrió.
—Buenas noches, jovencito.
—Buenas noches.
Se dio la vuelta.
—Amparo.
Giró.
—¿Qué?
—¿Por qué me diste like?
Lo había pensado varias veces durante la noche.
Amparo sonrió.
—Por lo de tu próxima ex.
—¿En serio?
—Y por los dientes.
—Sabía que funcionaría.
—No te vengas arriba.
Se marchó.
Me quedé allí.
No había ocurrido nada.
Y, sorprendentemente, aquello no me parecía un fracaso.
Había tomado dos cervezas con una mujer.
Habíamos hablado.
Nos habíamos reído.
No había intentado venderme criptomonedas.
Yo no había hecho el ridículo de manera irreversible.
Después de once años, mis estándares para considerar buena una noche eran bastante razonables.

Saqué el teléfono.
Escribí a Patricia.
Raúl: Ha ido bien.
Contestó inmediatamente.
Patricia: SEGUNDA CITA???
Miré hacia donde se había marchado Amparo.
No sabía la respuesta.
Entonces vibró Tinder.
Amparo.
Abrí.
Amparo: Me lo he pasado bien 😊
Sonreí.
Aparecieron los tres puntos.
Amparo: Pero te tengo que decir una cosa.
Dejaron de aparecer.
Esperé.
Volvieron.
Amparo: No creo que tengamos que repetir.
Me quedé mirando la pantalla.
Ah.
Eso no me lo esperaba.
Raúl: Tranquila. Yo tampoco sabía muy bien qué estábamos haciendo 😂
La respuesta llegó rápido.
Amparo: Conociéndonos.
Raúl: Eso sí.
Amparo: Y eres encantador.
Mala señal.
Nadie quería nada bueno para ti después de llamarte encantador.
Amparo: Pero eres demasiado mayor para mí.
Me quedé quieto.
Leí otra vez.
Demasiado mayor para mí.
Sesenta y siete.
Yo cuarenta y cinco.

Volví a leerlo.

Raúl: Creo que en algún momento de la noche hemos cometido un error matemático.

Amparo: 😂😂😂

Amparo: A mí me gustan más jóvenes.

Miré la calle.

Necesité unos segundos.

Raúl: Tengo 45.

Amparo: Ya.

Raúl: Cuánto más jóvenes?

Tardó.

Amparo: 35-40 normalmente.

Hostia.

Raúl: Entiendo.

No entendía nada.

Amparo: Pero me has caído muy bien.

Raúl: Tú también.

Amparo: Podemos ser amigos.

Ahí estaba.

Cuarenta y cinco años.

Once sin follar.

Dos días en Tinder.

Y acababa de meterme en la friendzone una mujer de sesenta y siete porque **era demasiado viejo para ella**.

Guardé el teléfono.

Lo volví a sacar.

Abrí WhatsApp.

Raúl: Patricia.

Patricia: QUÉ

Raúl: Amparo no quiere repetir.

Tardó cuatro segundos.

Patricia: 😢

Patricia: Por qué?

Escribí.

Lo borré.

Volví a escribir.
Raúl: Soy demasiado mayor para ella.
Los dos ticks se pusieron azules.
No contestó.
Cinco segundos.
Diez.
Quince.
Entonces empezó a llamar.
Rechacé la llamada.
Volvió a llamar.
La rechacé.
Patricia: CÓGEME EL TELÉFONO HIJO DE PUTA
Lo guardé en el bolsillo.
No necesitaba escucharla reírse.
Podía hacerlo perfectamente yo solo.

CAPÍTULO 6

SITUACIÓN

El viernes a las ocho y siete de la mañana Patricia seguía riéndose.

No continuamente.

Eso habría requerido asistencia médica.

Pero sí cada vez que me miraba.

—¿Has terminado?

—Sí.

Esperó tres segundos.

Volvió a reírse.

—Pues menos mal.

Encendí el ordenador.

—No tiene tanta gracia.

—Sesenta y siete.

—Ya.

—Tú cuarenta y cinco.

—Conozco las cifras.

—Demasiado mayor.

—Patricia.

Se tapó la boca.

—Perdón.

—No lo sientes.

—Nada.

Abrí el correo.

Diecinueve mensajes.

Mucho mejor.

Los correos tenían asunto.

Remitente.

Fecha.

Incluso cuando eran absurdos mantenían una estructura.

Las personas no.

—No se lo cuentes a nadie.

Patricia dejó de reírse.
—Por favor.
La miré.
—Lo digo en serio.
—Raúl, ¿por quién me tomas?
—Por alguien que lleva desde ayer deseando contarlo.
—Me ofende.
—¿No se lo has contado a nadie?
—No.
—¿Seguro?
—Completamente.
Me relajé.
—Gracias.
—De nada.
—Buenos días.
Álvaro dejó la mochila junto a su mesa.
—Buenos días —dije.
Patricia también.
Álvaro encendió el ordenador.
Se quedó unos segundos mirando la pantalla.
—¿Qué tal la cita con la señora?
Cerré los ojos.
Patricia empezó a trabajar con enorme concentración.
—¿Qué señora? —pregunté.
—La de sesenta y...
—Patricia.
—Fue antes de que me dijeras que no lo contara.
—Eso no cuenta.
—Claro que cuenta.
—No sabía que era información protegida.
—¿Qué pensabas que era?
—Una historia maravillosa.
Álvaro sonrió.
—¿Qué pasó?
—Nada.
—Le fue muy bien —dijo Patricia.

—Cállate.
—Pero no van a repetir.
Álvaro me miró.
—¿Por qué?
Patricia inspiró.
La señalé.
—Ni se te ocurra.
Se mordió el labio.
—Patricia.
Asintió.
—No voy a decir nada.
—Gracias.
Álvaro esperaba.
Yo volví al correo.
—Porque soy demasiado mayor para ella.
Hubo silencio.
No sé por qué lo dije.
Quizá porque hay información que, una vez ha empezado a destruir tu dignidad, conviene dejarla terminar el trabajo.
Álvaro frunció el ceño.
—Pero ¿cuántos años tiene?
—Sesenta y siete.
Miró a Patricia.
Después a mí.
—No entiendo.
—Bienvenido.
Álvaro tenía veintiséis años.
Llevaba algo menos de un año con nosotros y todavía decía «buenos días» con entusiasmo.
Ya se le pasaría.
No sabía exactamente qué hacía fuera del trabajo.
Sabía que iba al gimnasio.
Sabía que jugaba al pádel.
Sabía que tenía Instagram.
Y sabía que algunas mañanas llegaba cansado por razones que a los veintiséis años podían ser interesantes y a los cuarenta y cinco

requerían ibuprofeno.

—Pues a mí me parece normal —dijo.

Lo miré.

—¿Qué?

—Que quede con gente más joven.

—No digo que no sea normal.

—Entonces.

—Lo que no me parece normal es que yo sea el mayor.

—Porque lo estás viendo desde tu edad.

—Normalmente veo las cosas desde mi edad. Es una limitación física.

Patricia volvió a reírse.

Álvaro abrió una aplicación.

—¿Vas a seguir con Tinder?

—Supongo.

—¿Tienes más matches?

—No.

—Likes.

—Uno.

—¿Quién?

—Pilar.

—¿Edad?

—Setenta y uno.

Álvaro asintió.

—Vas fuerte.

—Tengo un nicho.

—Eso dice él —añadió Patricia.

—Es bueno tener nicho.

Señalé a Álvaro.

—Gracias.

—Aunque quizá deberías revisar el algoritmo.

—Gracias menos.

* * *

A las diez fuimos a desayunar.

Patricia pidió tostada.

Yo café y media con tomate.
Álvaro solo café.
Eso era otra cosa que no entendía de los jóvenes.
Podían pagar una hipoteca emocional a tres personas diferentes pero desayunar únicamente líquido.
Miró el teléfono.
Sonrió.
Escribió.
Volvió a sonreír.
—¿Una mujer? —pregunté.
Levantó la cabeza.
—¿Qué?
—Estás sonriendo al móvil.
Patricia me miró.
—Mira quién se ha convertido en tu madre.
No me gustó aquello.
—Solo preguntaba.
Álvaro dejó el teléfono.
—Sí.
—¿Novia?
—No.
—¿Tinder?
—No.
Esperé.
Él bebió café.
—¿Entonces?
—Una chica.
—Eso ya lo había supuesto.
—Estamos en una situación.
Miré a Patricia.
Ella se encogió de hombros.
—¿Qué situación?
—Pues eso.
—No has explicado nada.
Álvaro pensó.
—Nos estamos viendo.

—¿Sois pareja?
—No.
—¿Amigos?
—Tampoco.
—¿Os acostáis?
Patricia dejó la tostada.
—Raúl.
—Estoy intentando entenderlo.
Álvaro no pareció molesto.
—Sí.
—Entonces follamigos.
—No exactamente.
—¿Por qué?
—Porque hay sentimientos.
—Pareja.
—Tampoco.
Lo miré.
—Repasemos.
—No hace falta.
—Para mí sí. Os gustáis.
—Sí.
—Os acostáis.
—Sí.
—Quedáis.
—Sí.
—Hay sentimientos.
—Sí.
—Pero no sois pareja.
—No.
—Ni amigos.
—No exactamente.
—¿Y qué sois?
Álvaro se encogió de hombros.
—Estamos viendo qué pasa.
Me apoyé en la silla.
—Eso se ha hecho toda la vida.

—Sí.
—Se llamaba estar empezando a salir con alguien.
—No es lo mismo.
—¿Por qué?
—Porque no queremos ponerle etiqueta.
—Acabas de ponerle «situación».
Patricia soltó una carcajada.
Álvaro sonrió.
—Bueno, sí.
—Habéis inventado una etiqueta para explicar que no queréis etiquetas.
—Más o menos.
Bebí café.
Once años sin sexo.
Pero al menos todavía dominaba el castellano.
—¿Y cuánto lleváis? —preguntó Patricia.
—Cinco meses.
Casi escupo el café.
—¿Cinco meses?
—Sí.
—Eso ya no es una situación. Es una legislatura.
—Raúl.
—Cinco meses acostándoos, quedando y teniendo sentimientos.
—Sí.
—¿Conocéis a vuestros amigos?
—Sí.
—¿Dormís juntos?
—A veces.
—¿Habéis viajado?
—Fuimos a Málaga un fin de semana.
Dejé la taza.
—Álvaro, tienes novia.
—No.
—Tienes una novia sin convenio colectivo.
—No es mi novia.
—¿Ella lo sabe?

Patricia me dio una patada por debajo de la mesa.
—¿Qué?
—Déjalo.
—Estoy aprendiendo.
Álvaro se rio.
—Es complicado.
—No. Lo habéis complicado.
—Vosotros también teníais cosas así.
—Claro.
—Pues eso.
—Pero no teníamos una palabra en inglés para cada fase.
—Situationship.
Me quedé callado.
—¿Qué?
—Se llama situationship.
—No.
—Sí.
—Te lo acabas de inventar.
—Que no.
Miré a Patricia.
Sacó el móvil.
—Existe.
—No busques.
Buscó.
—Existe.
—Me niego.
Álvaro sonreía.
—También hay ghosting.
—Sé lo que es ghosting.
—Breadcrumbing.
—Eso es rebozar.
—Benching.
—Fútbol.
—Orbiting.
—Satélites.
Patricia se estaba riendo.

Levanté una mano.

—Basta.

—Solo intento ayudarte con Tinder.

—No quiero ayuda si necesito un B2.

* * *

Volvimos a la oficina.

Durante la siguiente hora trabajé.

De verdad.

Dos expedientes.

Tres correos.

Una llamada.

Una incidencia que llevaba dos semanas dando vueltas porque alguien había adjuntado un documento distinto al que decía haber adjuntado.

Aquello me devolvió la fe en el mundo.

Los problemas normales.

A las once y cuarenta vibró el teléfono.

Tinder.

Abrí.

Cristina, 46.

Me quedé quieto.

La profesora.

La del lunes.

La que me había gustado.

¡Es un match!

Noté algo.

No mucho.

Pero algo.

Patricia lo vio.

—¿Qué?

—Nada.

—Raúl.

Álvaro levantó la cabeza.

—¿Match?

Los miré.

—¿Podéis trabajar?
—Es un match —dijo Patricia.
—No he dicho eso.
—Tu cara lo ha dicho.
—¿Qué cara?
—La de no jubilada.
—Eres una hija de puta.
Le enseñé el móvil.
Patricia cogió aire.
—Cuarenta y seis.
—Sé leer.
—Profesora.
—También.
—Es guapa.
—Ya.
Álvaro se acercó.
—Déjame ver.
Aparté el teléfono.
—No.
—¿Por qué ella sí?
—Porque yo decidí enseñárselo.
—¿Y a mí no?
—Correcto.
—Eso es discriminación por edad.
—Aprendes rápido.
Cristina tenía un perfil corto.
Profesora. Dos hijos. Me gusta leer, caminar y las conversaciones que se alargan sin mirar el reloj.
Cinco fotos.
Normales.
Una con un perro.
Una en una terraza.
Una en la playa.
Nada de «sorpréndeme».
Nada de «si quieres saber algo pregunta».
Nada de exigencias sobre alturas.

Nada de fotografías desde la cima del Everest.

Me gustaba.

Eso era inconveniente.

—Escríbele —dijo Patricia.

—Ya.

—Ahora.

—No hace falta que sea ahora.

Álvaro negó con la cabeza.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque acabáis de hacer match.

—¿Hay plazo?

—No.

—Entonces.

—Pero escríbele.

—Estoy trabajando.

Patricia miró el reloj.

—Hace cuarenta minutos estabas investigando qué significa breadcrumbing.

—Formación continua.

Abrí el chat.

Vacío.

Escribí:

Hola, Cristina.

Lo miré.

Otra vez no.

Después de Amparo había aprendido algo.

No sabía exactamente qué.

Pero «Hola, Cristina» seguía pareciéndome el inicio de una comunicación del ayuntamiento.

Borré.

Miré su perfil.

Profesora.

Perro.

Libros.

Caminar.

Conversaciones.
Podía preguntar por el perro.
Demasiado evidente.
Por los libros.
Entrevista.
Por dónde era la playa.
Interrogatorio.
—¿Qué le pongo?
Patricia sonrió.
—Ah.
—No hagas eso.
—¿Qué?
—Disfrutar.
—Llevo esperando este momento desde el lunes.
Álvaro extendió la mano.
—Déjame.
—Ni de coña.
—Te escribo algo.
—Precisamente.
Volví al teléfono.
Escribí:
Hola. Prometo no preguntarte cuál es tu libro favorito si tú no me preguntas cuál es mi lugar favorito para viajar.
Lo releí.
—¿Qué tal?
Patricia leyó.
—Bien.
Álvaro también.
—Un poco señor.
—Tengo cuarenta y cinco años.
—Ya.
—Entonces es perfecto.
Patricia asintió.
—Mándalo.
Lo envié.
Nada.

Bloqueé el teléfono.
Dos minutos después lo desbloqueé.
Nada.
Cinco minutos.
Nada.
Diez.
Nada.
No estaba pendiente.
Simplemente el teléfono estaba encima de la mesa y mis ojos funcionaban.
A las doce y doce vibró.
Cristina: Trato hecho 😂
Debajo apareció otro mensaje.
Cristina: Aunque viajar me gusta bastante menos desde que tengo que pagar cuatro billetes.
Sonreí.
Dos hijos.
Eso ya lo sabía.
Raúl: Yo he encontrado una solución bastante económica para eso.
Cristina: ¿Cuál?
Raúl: No tenerlos.
Los tres puntos desaparecieron.
Me quedé mirando.
Patricia también.
—¿Qué has puesto?
—Nada.
—Raúl.
—Un chiste.
—¿Cuál?
Se lo enseñé.
Cerró los ojos.
—¿Qué?
—Tiene dos hijos.
—Ya lo sé.

—Y acabas de decirle que tu solución es no tenerlos.
—No he dicho que los suyos estén mal.
—No.
—Entonces.
Álvaro miró.
—Yo lo veo bien.
—Gracias.
—Pero yo tengo veintiséis.
—Retiro las gracias.
Pasaron diez segundos.
Veinte.
Treinta.
—La has cagado —dijo Patricia.
—No.
Un minuto.
Empezaba a pensar que quizá sí.
Dos.
El teléfono vibró.
Cristina: 😂😂😂
Después:
Cristina: Llegas unos 17 años tarde con el consejo.
Respiré.
Raúl: La Administración es lenta.
Cristina respondió con otro emoji.
Patricia negó con la cabeza.
—No sé cómo te funciona.
—Carisma.
—No.
—Experiencia.
—Once años.
—Vete a la mierda.
A las tres recogimos.
Álvaro se puso la mochila.
—¿Vas a seguir hablando con ella?
—Supongo.

—No tardes mucho en quedar.
—Acabamos de hablar.
—Precisamente.
—¿Qué prisa tenéis?
—Si os caéis bien, quedáis.
—¿Y después?
—Ya veréis.
—¿Entramos en situación?
Álvaro sonrió.
—Puede.
—No quiero.
—Pues se lo dices.
—¿Así de fácil?
—Sí.
Lo miré.
Veintiséis años.
Cinco meses acostándose con una mujer con la que tenía sentimientos, viajaba y compartía amigos, pero se negaba a llamarla novia.
Y me estaba dando consejos sobre claridad emocional.
La juventud era maravillosa.

* * *

Salí.
Miré Tinder.
Cristina había escrito.
Cristina: Por cierto, lo de tu próxima ex me ha hecho gracia.
Sonreí.
Raúl: Está teniendo más éxito del previsto.
Cristina: Cuántas candidatas hay?
Pensé en Amparo.
En Pilar.
Raúl: Hay un proceso selectivo abierto.
Cristina: 😂
Cristina: Y muchas solicitudes?
Miré la pantalla.

Podía mentir.
No tenía ninguna necesidad.
Raúl: Dos.
Los tres puntos aparecieron.
Cristina: Solo?
Raúl: Estoy intentando controlar la demanda.
Tardó un poco.
Cristina: Pues tendrás que mejorar la campaña de captación.
Raúl: Acepto propuestas.
Los tres puntos.
Cristina: Una cerveza funciona mejor que cinco fotos.
Me detuve en mitad de la acera.
Leí otra vez.
Una cerveza.
No necesitaba a Patricia.
No necesitaba a Álvaro.
No necesitaba consultar ningún término en inglés.
Aquello lo entendía.
Raúl: Eso me han dicho.
Cristina: Mañana?
Sábado.
Miré el mensaje.
Una mujer de cuarenta y seis años acababa de proponerme quedar.
Por iniciativa propia.
Sin cobrar pensión.
El algoritmo había corregido la incidencia.
Raúl: Mañana me viene bien.
Guardé el teléfono.
Seguí andando.
A los veinte metros lo saqué otra vez para comprobar que el mensaje seguía allí.
Seguía.
No estaba emocionado.
Simplemente verificaba.
Funcionario.

CAPÍTULO 7

LAS MANOS

* * *

El sábado descubrí que tenía dos manos.
Lo sabía de antes.
Pero nunca me habían preocupado.
Aquella tarde sí.
No sabía dónde ponerlas.
En los bolsillos parecía que ocultaba algo.
Cruzadas sobre el pecho, enfadado.
En las caderas, entrenador de fútbol.
Colgando a los lados, primate.
Cogí el móvil.
Mejor.
Una mano ocupada.
La otra seguía siendo un problema.
Había quedado con Cristina a las ocho.
A las siete y cuarto estaba vestido.
No porque tuviera prisa.
Porque había empezado a vestirme a las seis y media.
No era lo mismo.
Esta vez nadie podía decirme que no era una cita.
Cristina y yo nos habíamos conocido en Tinder.
Nos gustábamos.
Habíamos hablado el viernes por la tarde.
Después por la noche.
Después el sábado por la mañana.
Y habíamos quedado para tomar una cerveza.
Era una cita.
Lo había aceptado.
Había avanzado mucho como persona en cinco días.

A las siete y veinte me miré al espejo.
Camisa azul.
La misma de Amparo.
Me pareció feo.
No sabía hacia quién.
Las camisas no tenían exclusividad.
Me la quité.
Me puse otra.
Me miré.
Me la quité.
Volví a la azul.
No porque fuera mejor.
Porque empezaba a hacer el gilipollas.
El teléfono vibró.
Patricia.
Patricia: Foto.
No contesté.
Patricia: FOTO.
Raúl: No.
Patricia: Quiero ver qué llevas.
Raúl: Ropa.
Patricia: Te has puesto la camisa azul?
Miré la camisa.
Aquella mujer empezaba a dar miedo.
Raúl: Qué camisa azul?
Patricia: 😂😂😂😂😂
Patricia: LA DE AMPARO.
Me la quité.
La tiré sobre la cama.
Me quedé en camiseta.
Cinco segundos después comprendí lo que acababa de hacer.
Volví a cogerla.
—Que te den por culo, Patricia.
Me la puse.
Llegué a las siete y cincuenta y siete.

Me pareció una hora razonable.
Ni desesperado.
Ni impuntual.
Tres minutos antes transmitían interés sin dependencia emocional.
No sabía si aquello estaba respaldado por algún estudio.
Lo decidí mientras aparcaba.
Cristina llegó a las ocho y cuatro.
La reconocí.
También fue un alivio.
Cuarenta y seis años.
Pelo castaño.
Vaqueros.
Una blusa blanca.
Sonrisa bonita.
Exactamente como en las fotografías.
Bueno.
No exactamente.
Mejor.
Eso era inconveniente.
—Hola.
—Hola.
Dos besos.
Correctos.
Ya tenía experiencia reciente.
Amparo había servido de formación práctica.
—¿Llevas mucho esperando?
—No. Tres minutos.
Mentira.
Siete.
No sabía por qué mentí.
Probablemente porque «siete» transmitía abandono.
—Pues soy puntual —dijo.
—Has llegado cuatro minutos tarde.
Cristina me miró.
Primeros diez segundos.

Bien, Raúl.
—Era broma.
Sonrió.
—Funcionario.
—Eso ha sido rápido.
—Lo llevas escrito en la cara.
Patricia tenía razón.
Otra vez.
Empezaba a resultar insoportable.
Nos sentamos.
Esta vez no cambié de mesa.
Había aprendido.
Pedimos cerveza.
Cristina miró el posavasos.
Después me miró.
—¿Vas a recolocarlo?
—¿Qué?
—El posavasos.
Bajé la vista.
Estaba ligeramente torcido.
—No.
—¿Seguro?
—Completamente.
Lo enderecé.
Cristina sonrió.
—Funcionario.
—¿Otra vez?
—Me lo estás poniendo muy fácil.
Aparté las manos de la mesa.
Empezábamos bien.
—¿Y por qué Tinder? —preguntó.
—Por culpa de un divorcio.
—Buen comienzo.
—No el mío.
—Eso mejora.
Le conté lo de Miguel.

No todo.
Lo suficiente.
Su separación.
La cerveza.
La conversación.
La instalación conjunta de Tinder.
—Qué romántico.
—Fue precioso.
—Dos hombres de cuarenta y cinco años descargándose Tinder juntos.
—Él estaba emocionalmente vulnerable.
—¿Y tú?
—Solidaridad.
Cristina sonrió.
—Claro.
—Soy buen amigo.
—¿Y llevabas Tinder antes de que tu amigo necesitara apoyo emocional?
—Eso es irrelevante.
—No lo llevabas.
—No.
—Entonces fue solidaridad.
—Gracias.
—De nada.
Bebió.
—¿Y funcionó?
—Para él no sé.
—¿Y para ti?
La miré.
—Estoy aquí.
Cristina sonrió.
—Buen punto.
Aquello había sonado mejor de lo que lo había pensado.
Principalmente porque no lo había pensado.
Cristina tenía dos hijos.
Una chica de diecisiete.

Un chico de catorce.
Estaba divorciada desde hacía cuatro años.
Profesora de Historia en un instituto.
—Adolescentes todo el día —dije.
—Sí.
—Y después vuelves a casa con dos más.
—Sí.
—¿Qué hiciste en otra vida?
—Algo horrible.
—Tiene que ser.
—Aunque en casa puedo castigarlos.
—Eso ayuda.
—En el instituto también.
—Pero hay papeleo.
—Mucho.
—Entonces pierde encanto.
Me contó que su hija estaba en esa etapa en la que cualquier cosa que ella hiciera provocaba vergüenza.
Respirar demasiado fuerte.
Bailar.
Decir «TikTok».
Utilizar un emoji incorrecto.
—¿Hay emojis incorrectos?
—Al parecer.
—¿Cuál?
Me enseñó el móvil.
👍
—¿Qué tiene de malo?
—No lo sé.
—Es un pulgar.
—Mi hija dice que es de borde.
—¿Un pulgar es de borde?
—Parece ser.
—Llevo toda la vida utilizándolo.
—Pues llevas toda la vida ofendiendo a gente.

Aquello explicaba algunas cosas.
La primera cerveza se convirtió en una segunda.
Después pedimos algo de comer.
Ninguno dijo «¿cenamos?».
Simplemente ocurrió.
Eso me gustó.
Hablamos de nuestros padres.
De trabajo.
De divorcios.
Del suyo.
Sin drama.
Sin detalles que no me correspondían.
—¿Y tú nunca te casaste?
—No.
—¿Estuviste cerca?
Pensé en Marta.
—Supongo.
—¿Supones?
—Estuvimos siete años juntos.
—Eso es bastante cerca.
—Vivimos juntos.
—Más cerca.
—Teníamos una cuenta común para los gastos.
Cristina dejó el tenedor.
—Raúl, estabas casado.
—No.
—Tenías convivencia, relación estable y cuenta conjunta.
—Pero cero divorcios.
—Ah.
—Ese dato es importante.
—¿Presumes de no haberte divorciado porque nunca te has casado?
—No presumo.
—Estás presumiendo.
—Simplemente tengo un expediente limpio.
Cristina se rio.

—¿Y ella?
—Marta.
—Marta.
—Se casó.
—¿Con otro?
—Habría sido extraño que fuera conmigo.
—Sabes a qué me refiero.
—Sí. Se casó. Tiene dos niños.
—¿Os lleváis bien?
—Sí.
—¿Os veis?
—No. Algún mensaje por cumpleaños. Poco más.
Cristina asintió.
No preguntó por qué terminó.
Se lo agradecí.
—¿Y cuánto llevas sin pareja?
Ahí estaba.
Otra vez.
—Once años.
Cristina dejó de beber.
—¿Seguidos?
—No. He ido intercalando algunos años entre medias.
Me miró.
—Vale. Pregunta estúpida.
—Un poco.
—Once años.
—Eso sí lo has entendido bien.
—Es mucho.
—Depende. Para una hipoteca no.
Cristina sonrió.
—¿Y no has conocido a nadie en todo ese tiempo?
—He conocido a muchísima gente. La mayoría no ha querido acostarse conmigo.
Se rio.
—No me refería a eso.
—Ya.

—Digo alguien que te gustara.
Pensé un momento.
—Sí.
—¿Y?
—No pasó nada.
—¿Nunca?
—Nunca es una palabra muy grande.
Cristina me miró.
No dije nada.
—¿Once años sin pareja o...?
Dejó la frase sin terminar.
—También.
Esta vez no respondió inmediatamente.
Le dio un trago a la cerveza.
—Vale.
—¿Vale?
—Sí.
—¿Eso es todo?
—¿Qué quieres que haga?
—No sé. La gente suele reaccionar.
—Estoy reaccionando por dentro.
—¿Y qué tal va?
Cristina me miró de arriba abajo.
Solo un segundo.
—Todavía estoy valorando.
Cogí la cerveza.
Eso no estaba en el protocolo.
A las diez y media seguíamos allí.
A las once también.
No había mirado el reloj hasta entonces.
Me acordé de la frase de su perfil.
Conversaciones que se alargan sin mirar el reloj.
Sonreí.
—¿Qué?
—Nada.
—Has sonreído.

—Me he acordado de tu perfil.
—¿Qué parte?
—Lo del reloj.
Cristina miró el suyo.
—Vaya.
—Exacto.
—Son las once.
—Eso parece.
—¿Te quieres ir?
La pregunta me sorprendió.
—No.
Respondí demasiado rápido.
Cristina sonrió.
—Vale.
—¿Tú?
—Tampoco.
Aquello era nuevo.
No completamente.
Había tenido treinta años.
Había ligado.
Había tenido pareja.
Había sabido hacer todo aquello.

El problema era que mi última experiencia pertenecía a una época en la que Facebook todavía servía para ver fotografías de tus amigos y nadie utilizaba la palabra algoritmo fuera de una facultad.

Me sentía como alguien que había conducido toda su vida, llevaba once años sin hacerlo y acababa de incorporarse a una rotonda de seis carriles.

Sabía lo básico.
Lo preocupante eran las normas nuevas.
A las once y veinte pagamos.
Mitad.
Sin negociación.
Otro punto para Cristina.
Salimos.
Caminamos un poco.

No habíamos hablado de hacerlo.
Simplemente ninguno había señalado todavía su coche.
Eso también parecía buena señal.
Mis manos volvieron a convertirse en un problema.
Mientras estaba sentado no.
Había mesa.
Vaso.
Tenedor.
Infraestructura.
Caminando no había nada.
Cristina llevaba las suyas en los bolsillos de la chaqueta.
Muy inteligente.
Yo no tenía chaqueta.
Error logístico.
Metí una mano en el bolsillo.
La otra no.
Asimétrico.
La saqué.
Las dos fuera.
Primate.
Volví a meterlas.
Las dos.
Ahora parecía que tenía frío.
—¿Te pasa algo en las manos?
La miré.
—No.
—Llevas un rato metiéndolas y sacándolas de los bolsillos.
—Estoy buscando una configuración cómoda.
Cristina se rio.
—¿Estás nervioso?
—No.
—Vale.
—¿Por qué nadie me cree nunca?
—Porque das demasiadas explicaciones.
Aquello era cierto.
Llegamos a su coche primero.

Mal.
O bien.
No sabía.
La noche había entrado en una fase para la que no existía manual.
Nos paramos.
—Me lo he pasado muy bien —dijo.
—Yo también.
—De verdad.
—Yo también de verdad.
Sonrió.
Yo sonreí.
Silencio.
Dos segundos.
Tres.
Ahí estaba.
El momento.
Sabía reconocerlo.
No estaba muerto.
Podía besarla.
Probablemente.
Quizá.
Cristina me miraba.
Yo la miraba.
Di medio paso.
Ella también.
Perfecto.
Entonces pensé en mis manos.
Error.
¿Dónde se ponían?
Cintura.
Brazo.
Cara no.
Demasiado.
Cintura quizá.
¿Las dos?

No.
Eso parecía una maniobra de rescate.
Una.
¿Cuál?
Tenía aproximadamente un segundo para decidir.
Mi cerebro abrió una comisión de estudio.
Cristina me dio un beso.
En la mejilla.
—Buenas noches, Raúl.
—Buenas noches.
Abrió el coche.
Yo me quedé allí.
Bien.
Perfecto.
Estupendo.
Había conseguido pensar tanto en dónde colocar las manos que había perdido la oportunidad de utilizar la boca.
Once años de experiencia.
Caminé hacia mi coche.
No estaba decepcionado.
Bueno.
Un poco.
Tampoco sabía si ella había querido que la besara.
Quizá no.
Quizá el beso en la mejilla había sido exactamente lo que quería.
Quizá yo había interpretado una situación que no existía.
Quizá...
El teléfono vibró.
Cristina.
Abrí.
Cristina: Has pensado demasiado 😂
Me detuve.
Mierda.
Raúl: No sé de qué hablas.
Cristina: Claro.

Raúl: Estaba siendo respetuoso.
Cristina: Tenías cara de estar resolviendo una ecuación.
Raúl: Había muchas variables.
Tres puntos.
Cristina: 😂😂😂
Después:
Cristina: La próxima vez piensa menos.
Me quedé mirando esas cuatro palabras.
La próxima vez.
No el beso.
No el emoji.
No la ecuación.
La próxima vez.
Había una próxima vez.
Once años sin pareja me habían preparado perfectamente para muchas cosas.
Dormir solo.
Viajar solo.
Ir al cine solo.
Comer solo.
No depender de nadie.
Tener toda la cama.
Elegir siempre la película.
No discutir por la temperatura del aire acondicionado.
Lo que no me habían enseñado era qué cojones se hacía cuando alguien quería volver a verte.
Escribí:
Raúl: Lo intentaré.
Miré el mensaje.
Añadí:
Raúl: Pero no prometo nada. Soy funcionario. Necesito informes.
Cristina respondió:
Cristina: 👍
Me quedé mirando el pulgar.
Hija de puta.

Sonreí todo el camino hasta el coche.

CAPÍTULO 8

EXPERIENCIA

El domingo me desperté a las nueve y diecisiete.

Sin alarma.

Sin niños.

Sin nadie preguntándome si pensaba levantarme.

Me quedé en la cama.

Podía hacerlo.

Esa era una de las ventajas de estar soltero que nunca aparecía en Tinder.

Nadie ponía:

Me gusta viajar, la música y no tener que justificar por qué sigo acostado a las nueve y media.

Yo le habría dado like.

A las nueve y veintiséis seguía allí.

No dormía.

Tampoco hacía nada.

Hay gente incapaz de hacer nada.

Necesita convertir el domingo en una actividad.

Desayuno.

Paseo.

Mercadillo.

Ruta.

Brunch.

Yo tenía una relación bastante saludable con la inutilidad.

Podía dedicar cuarenta minutos a mirar el techo sin sentir que estaba desperdiciando mi potencial.

Mi potencial sabía perfectamente dónde encontrarme.

A las nueve y treinta y dos cogí el teléfono.

Tenía un mensaje de Cristina.

De las ocho y doce.

Cristina: Buenos días. Has sobrevivido a la ecuación? 😂

Sonreí.

Raúl: Aún estoy esperando el informe técnico.

Contestó casi inmediatamente.

Cristina: Funcionario hasta en domingo.

Raúl: Los valores no descansan.

Tres puntos.

Cristina: Me lo pasé muy bien ayer.

La frase me produjo algo.

No mariposas.

A los cuarenta y cinco años esperaba que cualquier movimiento extraño en el abdomen tuviera una explicación digestiva.

Pero algo.

Raúl: Yo también.

Pensé.

Añadí:

Raúl: Incluso con el 👍 final.

Cristina: 👍

Hija de puta.

Me levanté.

Café.

Tostadas.

Ducha.

Puse una lavadora.

La vida continuaba.

Eso también me gustaba.

Había tenido una buena cita.

Una mujer me había dicho que quería volver a verme.

Y el domingo seguía siendo domingo.

No había música de fondo.

No había cambiado la iluminación del piso.

La tostadora seguía necesitando dos intentos para dejar el pan como me gustaba.

Perfecto.

* * *

A las once llamó Miguel.

—¿Qué haces?

Miré la lavadora.

—Una vida apasionante.

—¿Café?

—Vale.

—¿En media hora?

—Vale.

Colgó.

No le dije nada de Cristina.

Prefería contárselo en persona.

No porque fuera importante.

Simplemente quería verle la cara cuando le explicara lo del beso que no había ocurrido.

Probablemente se reiría.

Estaba preparado.

Más o menos.

Miguel llegó doce minutos tarde.

Antes eso no ocurría.

Durante quince años había estado casado con una mujer que, aparentemente, ejercía también de sistema de control horario.

—Perdón.

—Estás divorciado.

—¿Qué tiene que ver?

—Estoy estudiando los efectos secundarios.

Nos sentamos en una terraza.

Miguel llevaba gafas de sol.

Camiseta.

Vaqueros.

Parecía descansado.

Eso me molestó ligeramente.

—¿Qué tal Tinder? —preguntó.

Intenté no sonreír.

—Bien.

—¿Sí?

—Ayer tuve una cita.

—Anda.
No era la reacción que esperaba.
—Con Cristina.
—¿Cuál era?
—Cuarenta y seis. Profesora.
—Ah, sí.
—Fue bien.
—Bien.
—Muy bien.
—Me alegro.
Esperé.
—¿Ya?
—¿Qué?
—Nada.
Miguel llamó al camarero.
Aquello estaba siendo decepcionante.
—¿Tú qué tal? —pregunté.
—Bien.
—¿Tinder?
—Bien.
—¿Has hablado con alguien?
—Sí.
—¿Con cuántas?
Miguel pensó.
Mala señal.
Cuando necesitas pensar para contar mujeres, la respuesta nunca favorece al amigo que lleva once años sin follar.
—No sé.
—¿Cómo que no sabes?
—Pues varias.
—Define varias.
—¿Para qué?
—Rigor estadístico.
Sacó el teléfono.
—Espera.
Abrió Tinder.

Miró.
—Nueve matches.
Me quedé callado.
—¿Nueve?
—Sí.
—¿Desde el lunes?
—Sí.
—Nueve.
—Eso pone.
—Enséñame.
Me enseñó la pantalla.
Nueve.
Conté.
No porque desconfiara.
Porque nueve era una cifra que merecía auditoría.
—Tienes nueve.
—Eso te he dicho.
—Yo tengo dos.
—Bueno.
—No digas «bueno».
—¿Qué quieres que diga?
—Nada. Pero no «bueno».
—¿Y quiénes son?
—Cristina y Amparo.
—¿Amparo?
—Sesenta y siete.
Miguel me miró.
—¿Sesenta y siete?
—Sí.
—¿Y Cristina?
—Cuarenta y seis.
—Pues ya está.
—¿Ya está qué?
—Tienes dos.
—Tú nueve.
—No es una competición.

—Eso lo digo yo.
—Pues no lo parece.
Llegaron los cafés.
—¿Has quedado con alguna? —pregunté.
—Sí.
—¿Una?
—Tres.
Dejé el sobre de azúcar.
—¿Tres qué?
—Citas.
—¿Has tenido tres citas esta semana?
—Sí.
—¿Cuándo?
—Martes, jueves y viernes.
Lo miré.
—El jueves yo estaba con Amparo.
—Ya.
—Tú estabas en otra cita.
—Sí.
—Y el viernes otra.
—Sí.
—¿Y trabajas?
—Contigo.
—Es verdad. Eso lo empeora.
Miguel se rio.
—¿Y qué tal con Amparo? —preguntó.
—Muy bien.
—¿Vais a repetir?
—No.
—¿Por qué?
—Soy demasiado mayor para ella.
Miguel se quedó quieto.
—¿Cómo?
—Le gustan de treinta y cinco a cuarenta.
Se quitó las gafas.
—Pero Amparo tiene sesenta y siete.

—Veo que has identificado el problema.
Miguel intentó aguantar.
No pudo.
—Puedes reírte.
Se rio.
Mucho.
Esperé.
—¿Ya?
—No.
Siguió.
—Avísame.
—Perdón.
—No lo sientes.
—En absoluto.
—Patricia estuvo unos quince minutos igual.
—Normal.
—No quiero hablar más de Amparo.
—Perfecto.
Bebió café.
Esperó unos segundos.
—¿Demasiado mayor?
—Miguel.
Volvió a reírse.
—¿Y las tres? —pregunté.
—¿Qué tres?
—Tus citas, Casanova.
—Bien.
—¿Las tres?
—Más o menos.
—¿Qué significa más o menos?
—Con una no hubo feeling.
—Bien.
—Con otra sí, pero no creo que repitamos.
—¿Por qué?
—No sé. No lo veo.
—¿Y la tercera?

Miguel bebió café.
—Bien.
Esperé.
—¿Bien?
—Sí.
—¿Qué significa bien?
—Bien, Raúl.
Lo miré.
Él me miró.
—¿Has follado?
Miguel sonrió.
Hijo de puta.
—Has follado.
—Baja la voz.
—¿Cuándo?
—El viernes.
—¿El viernes?
—Sí.
—¿Este viernes?
—Solo ha habido uno esta semana.
Me apoyé en la silla.
Seis días.
Miguel llevaba seis días en Tinder y ya había tenido sexo.
Yo llevaba once años.
No era una competición.
Eso era importantísimo.
No era una competición.
—Me alegro mucho por ti.
—Gracias.
—Muchísimo.
—Se nota.
—Prácticamente un cuarenta por ciento.
Miguel se rio.
—No entiendo nada.
—¿Qué no entiendes?
—Tú.

—Gracias.
—No, en serio. Vives con tus padres.
—Temporalmente.
—Tienes dos hijos.
—Sí.
—Te acabas de divorciar.
—Sí.
—Tienes una bicicleta que cuesta más que mi coche.
—Eso debería sumar.
—No debería.
—A algunas les gusta el ciclismo.
—A nadie le gusta tanto.
Miguel sonrió.
—¿Qué fotos tienes?
—Las normales.
—Enséñamelas.
Me pasó el teléfono.
Primera.
Miguel en una terraza.
Bien vestido.
Segunda.
Miguel en la montaña con la bicicleta.
Tercera.
Miguel en Lisboa.
Cuarta.
Miguel en una boda.
Traje.
Sonriendo.
Quinta.
Miguel en la playa.
—¿Quién te ha hecho estas fotos?
—No sé.
—Alguien lo sabe.
—Natalia, supongo.
Lo miré.
—¿Tu exmujer?

—Muchas, sí.

Volví a las fotografías.

Ahí estaba.

Quince años de matrimonio habían proporcionado a Miguel algo que yo no tenía.

Archivo gráfico.

Yo llevaba once años haciéndome fotografías únicamente cuando alguien decía:

«Venga, una todos juntos.»

Y normalmente me colocaba atrás.

—Tienes ventaja.

—¿Cuál?

—Has tenido fotógrafa.

—¿Qué?

—Natalia te ha construido el perfil de Tinder durante quince años sin saberlo.

Miguel se rio.

—No digas gilipolleces.

—Mírame a mí.

Saqué mi perfil.

Foto del patio de la oficina.

Foto de una boda de hacía dos años.

Foto de vacaciones recortada.

Miguel pasó las imágenes.

—No están mal.

—Parecen pruebas de vida.

—Esta está bien.

—La hizo Patricia.

—Pues dile que te haga más.

—No voy a organizar una sesión de fotos para Tinder.

—Entonces no te quejes.

—No me quejo.

—Llevas diez minutos realizando una auditoría de mis matches.

—Eso es curiosidad científica.

Miguel tenía veintitrés likes pendientes.

Eso fue peor.

—¿Veintitrés?
—Sí.
—¿Y no los has mirado?
—No he pagado.
Lo miré.
—¿No tienes Gold?
—No.
—¿Cuánto has gastado?
—Nada.
Aparté el café.
Dieciséis euros con noventa y nueve.
Yo había pagado dieciséis euros con noventa y nueve para descubrir que le gustaba a Amparo.
Miguel no había pagado nada y tenía veintitrés mujeres esperando detrás de una cortina pixelada.
El capitalismo había elegido víctima.
—¿Y qué vas a hacer con la del viernes?
Miguel se encogió de hombros.
—Hemos hablado.
—¿Vais a quedar otra vez?
—Puede.
—¿Te gusta?
Pensó.
—Sí.
—¿Mucho?
—Raúl, he quedado una vez con ella.
—Y te has acostado con ella.
—Eso no significa que tenga que saber si quiero casarme.
—No he dicho eso.
—Ya.
Bebió.
—Ahora mismo quiero estar tranquilo.
Aquello me sorprendió.
—¿Tranquilo teniendo tres citas por semana?
—Una cosa no quita la otra.
—La definición de tranquilidad ha cambiado muchísimo.

—No quiero pareja.

—Ah.

—Acabo de salir de una relación de quince años. No quiero entrar en otra.

Asentí.

Eso sí lo entendía.

—Pero te gusta conocer gente.

—Sí.

—Y follar.

—También.

—Eso suele tener buena prensa.

Miguel sonrió.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Cristina.

—Me gusta.

—¿Mucho?

—He quedado una vez con ella.

—Y no te has acostado con ella.

—Vete a la mierda.

Volví a casa a la una.

La lavadora llevaba terminada cuarenta minutos.

Nadie me había avisado.

Otra ventaja de vivir solo.

También un inconveniente.

Dependía del día.

Tendí la ropa.

Preparé algo de comer.

* * *

A las dos y cuarto encendí la PlayStation.

A las dos y dieciséis escribió Cristina.

Pausé.

Cristina: He estado mirando esta semana.

Raúl: Eso suena grave.

Cristina: Para ver cuándo podemos repetir.

Dejé el mando.
Ahí estaba otra vez.
Repetir.
Raúl: Yo puedo casi cualquier tarde.
Envié.
Lo releí.
Error.
Parecía un desempleado.
Raúl: Ventajas de no tener hijos 😂
Peor.
Recordé el chiste del día anterior.
No aprendía.
Cristina contestó.
Cristina: Cabrón 😂
Bien.
Seguía dentro.
Cristina: Esta semana la tengo complicada.
Raúl: No pasa nada.
Cristina: Tengo a los niños hasta el próximo lunes.
Miré el calendario.
Raúl: El martes?
Tardó.
Cristina: Reunión en el instituto.
Raúl: Miércoles?
Cristina: Mi hijo entrena.
Raúl: Jueves?
Cristina: Mi hija tiene una cosa.
Raúl: Qué cosa?
Cristina: Una cosa.
Raúl: Entiendo.
Cristina: No entiendes.
Raúl: Nada.
Tres puntos.
Cristina: Viernes cena de una amiga.
Raúl: Sábado?

Tardó un poco más.

Cristina: Partido de mi hijo por la mañana y cumpleaños por la tarde.

Miré la pantalla.

Raúl: Cristina.

Cristina: Qué.

Raúl: Creo que no tienes hueco para una relación sexual.

Los tres puntos aparecieron inmediatamente.

Cristina: 😂😂😂😂😂

Cristina: Quién ha hablado de relación sexual?

Me quedé quieto.

Mierda.

Raúl: Era una valoración administrativa.

Cristina: Ya.

Raúl: No vinculante.

Cristina: Menos mal.

Esperé.

Cristina: El domingo 20 puedo.

Abrí el calendario.

Faltaban trece días.

Raúl: Dentro de dos semanas.

Cristina: Tengo hijos Raúl.

Raúl: Yo tengo una planta.

Cristina: Y qué tal?

Miré hacia el salón.

La planta estaba bastante mal.

Raúl: No quiero hablar del tema.

Cristina respondió con una risa.

Después:

Cristina: Si consigo escaparme antes te digo.

Raúl: Vale.

Cristina: Y mientras podemos hablar.

Raúl: También.

Dejé el móvil sobre la mesa.

Cogí el mando.

Trece días.
Miguel había tenido tres citas en cuatro.
Yo necesitaba dos semanas para conseguir la segunda.
No era una competición.
Reanudé el partido.
Perdía dos a cero.
No era una competición tampoco.
Pero jodía.

CAPÍTULO 9

EL MARCADOR

El lunes cometí un error.

Le conté a Patricia lo de Miguel.

No todo.

Solo nueve matches.

Veintitrés likes.

Tres citas.

Una mujer.

Sexo.

Visto por escrito quizá sí era todo.

Patricia escuchó sin interrumpirme.

Eso debió alertarme.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cuántos tienes?

—Dos.

—Ya.

—¿Qué significa «ya»?

—Nada.

—Ha sonado a algo.

—Es una palabra muy corta, Raúl.

—Precisamente. No necesita ese tono.

Patricia bebió café.

—Tienes a Cristina.

—Sí.

—Te gusta.

—Sí.

—Le gustas.

—Eso parece.

—Quiere volver a verte.

—Sí.

—Entonces ¿cuál es el problema?
—Ninguno.
—Perfecto.
Volvió al ordenador.
Esperé.
—Miguel tiene nueve.
Patricia cerró los ojos.
—Ahí está.
—No es por eso.
—Claro.
—Solo digo que estadísticamente resulta llamativo.
—Estás celoso.
—No estoy celoso.
—Picado.
—Tampoco.
—¿Cómo lo llamarías?
Pensé.
—Interesado en comprender una anomalía.
—Picado.
Poco después de las nueve abrí Tinder.
Por curiosidad.
Cristina seguía allí.
Amparo también.
Pilar seguía esperando.
Setenta y uno.
La había visto por primera vez el martes.
Seis días.
No había hecho nada.
Ni corazón.
Ni equis.
Simplemente la había dejado allí.
Me pareció mal.
No sabía exactamente por qué.
Pilar no estaba esperando físicamente detrás de una puerta.
Probablemente ni siquiera recordaba haberme dado like.

Aun así, seis días me parecía mucho tiempo para mantener a una persona administrativamente pendiente.

Abrí su perfil.

Setenta y uno.

Jubilada.

Tres fotos.

Una en una playa.

Otra en lo que parecía una boda.

Otra con un perro pequeño.

Me gusta viajar, bailar, pasear y disfrutar de la vida. Busco alguien alegre y sin complicaciones.

—¿Qué haces? —preguntó Patricia.

Salí de Tinder.

—Nada.

—Has cerrado algo.

—Las aplicaciones se cierran.

—También los puticlubs y no por eso...

—Patricia.

—¿Era Tinder?

—Sí.

—¿Pilar?

La miré.

—¿Cómo sabes que se llama Pilar?

—Me lo dijiste.

—No recuerdo habértelo dicho.

—Yo sí.

Eso era preocupante.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Con Pilar.

—Nada.

—Pues dale a la equis.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Que puedo hacerlo.

—Pero no lo haces.

—No tengo prisa.
Patricia me miró.
—Te da pena.
—No.
—Te da pena rechazarla.
—No me da pena.
—Raúl.
—Me parece feo.
—¿El qué?
—No sé.
—¿Decir que no te atrae una mujer?
—No se lo estoy diciendo.
—Entonces.
—Precisamente.
Patricia negó con la cabeza.
—Tinder te va a durar dos semanas.
—¿Por qué?
—Porque estás intentando tramitar cada descarte con audiencia al interesado.
Le di a la equis.
No pasó nada.
Era previsible.
Pilar desapareció.
Me sentí ligeramente mal.
Eso no era previsible.
—Ya está —dije.
Patricia miró.
—Enhorabuena.
—No tiene gracia.
—Has rechazado a una mujer de setenta y uno.
—No la he rechazado.
—¿Qué has hecho?
—No he correspondido a su interés.
—Eso es rechazar.
—Hay matices.
—Funcionario.

—Sí.
—Muchos años.
Una media hora después apareció un nuevo like.
Miré.
Patricia también.
—No.
—No he dicho nada.
—Pero estás mirando.
—Tengo ojos.
—Eso es mío.
—No puedes registrar frases.
—Puedo intentarlo.
Abrí la pestaña de likes.
La ventaja de haber pagado Gold era que podía ver inmediatamente quién había cometido el error.
Sonia, 44.
Me quedé quieto.
Patricia se acercó.
—Cuarenta y cuatro.
—Sé leer.
—Está en tu rango.
—Sí.
—Y no está jubilada.
—Patricia.
—Perdón.
Abrí el perfil.
Sonia.
Cuarenta y cuatro.
Administrativa.
Divorciada.
Sin hijos.
Cinco kilómetros.
Fotos normales.
En una terraza.
En el campo.
En una boda.

Una con gafas de sol dentro de un coche.
Si quieres saber algo, pregunta.
Cerré los ojos.
—¿Qué?
Le enseñé el perfil a Patricia.
Leyó.
—Ah.
—Exacto.
—No es tan grave.
—Es una entrevista de trabajo sin salario.
—Tú tienes «mi próxima ex».
—Eso aporta información.
—Aporta una amenaza.
Volví a mirar a Sonia.
Era atractiva.
Me había dado like.
Cuarenta y cuatro.
Cinco kilómetros.
Todo correcto.
Excepto que no sabía nada de ella.
—Dale —dijo Patricia.
—¿Por qué?
—Porque te gusta.
—No he dicho eso.
—Llevas veinte segundos ampliando la segunda foto.
Aparté los dedos de la pantalla.
—Estaba intentando ver dónde era.
—Claro.
Le di al corazón.
¡Es un match!
Tres.
Ahora tenía tres.
No era una competición.
Pero tres estaba más cerca de nueve que dos.
Matemáticamente.
—Escríbele —dijo Patricia.

—No.
—¿Por qué?
—Estoy trabajando.
—Llevas toda la mañana hablando de Tinder.
—Porque no me dejas trabajar.
—Yo no he abierto la aplicación.
Tenía un punto.
Molesto, pero punto.
Dejé el móvil a un lado.

* * *

A media mañana Sonia escribió.

Sonia: Hola!
Bien.
Exclamación.
Entusiasmo.
Raúl: Hola, Sonia.
Lo envié.
Me quedé mirando.
Patricia levantó la cabeza.
—¿«Hola, Sonia»?
—No empieces.
—Una semana y no has evolucionado nada.
—Ha funcionado.
—¿Con quién?
—Amparo.
—Te rechazó por viejo.
—Pero contestó.
—Buen estándar.
Sonia respondió.
Sonia: Qué tal?
Raúl: Bien. Trabajando. Y tú?
Sonia: Igual jajaja
Esperé.
Nada.
Sonia tampoco.

Un minuto.
Dos.
—¿Qué pasa? —preguntó Patricia.
—Nada.
—¿No sabes qué decir?
—Sé muchas cosas que decir.
—Di una.
—No a ti.
Miré el perfil.
Si quieres saber algo, pregunta.
Muy bien.
Había llegado el momento de cumplir el contrato.
Raúl: Tu perfil me obliga a preguntar, así que voy a empezar por algo importante. ¿Tortilla con cebolla o sin cebolla?
Patricia leyó por encima.
—Bien.
—Gracias.
—Con cebolla.
—No te he preguntado.
—Solo te aviso de que si dice sin cebolla deberías retirarte.
Sonia contestó.
Sonia: Con!!! Si no eso no es tortilla 😂
Asentí.
—Apta.
—De momento.
Hablamos a ratos durante la mañana.
Trabajo.
Granada.
Series.
Comida.
Sonia era fácil.
No fácil de esa manera.
Fácil de hablar.
No tenía que pensar demasiado.
Ella preguntaba.

Yo preguntaba.

Ninguno estaba redactando una oposición.

Cerca del mediodía me propuso tomar algo.

Directamente.

Sonia: Si te apetece podemos tomar un café esta semana y así no hacemos aquí una entrevista 😂

Miré el mensaje.

Después miré a Patricia.

—¿Qué?

Le enseñé el móvil.

—Bien.

—Sí.

—¿Cuándo?

—No sé.

—Pues pregúntale.

—Ya.

No lo hice inmediatamente.

Pensé en Cristina.

Eso me molestó.

No porque hubiera hecho nada.

Precisamente porque no había hecho nada.

Una cita.

Ni beso.

Trece días hasta la siguiente.

No éramos pareja.

No habíamos hablado de exclusividad.

No había ninguna razón para que tomar un café con Sonia significara nada.

Y aun así mi cerebro había convocado una reunión.

—¿Qué pasa? —preguntó Patricia.

—Nada.

—Has puesto cara de funcionario.

—Siempre tengo cara de funcionario.

—Ahora más.

Le enseñé el mensaje otra vez.

—Cristina.
Patricia entendió.
—¿Qué pasa con Cristina?
—Nada.
—Exacto.
—Ya.
—Habéis quedado una vez.
—Sí.
—¿Sois pareja?
—No.
—¿Habéis hablado de no quedar con otras personas?
—No.
—¿Te apetece conocer a Sonia?
Miré su foto.
—Sí.
—Pues ya está.
—Ya.
—Aunque también puedes no hacerlo.
—Gracias por aclararme todas las opciones posibles.
—Para eso estoy.
Contesté.
Raúl: Me parece bien. ¿Miércoles?
Sonia: Perfecto 😊
Miércoles.
Tendría otra cita.
La tercera desde que había instalado Tinder.
Miguel había tenido tres en cuatro días.
No era una competición.
Pero empezaba a comprender por qué los deportes llevaban marcador.

* * *

A las dos y cincuenta y cinco estaba recogiendo cuando apareció Álvaro.
—¿Qué tal con la profesora?
—Bien.

—¿Segunda cita?
—Dentro de dos semanas.
—¿Dos semanas?
—Tiene hijos.
—Ah.
Lo dijo como si aquello explicara la tectónica de placas.
Probablemente la explicaba.
—Pero el miércoles he quedado con otra.
Álvaro sonrió.
—Bien.
Patricia levantó la cabeza.
—Está compitiendo con Miguel.
—No estoy compitiendo.
—¿Quién es Miguel? —preguntó Álvaro.
—Un amigo suyo que se acaba de divorciar y liga más que él.
—No liga más que yo.
Patricia me miró.
—Nueve matches.
—Eso no significa nada.
—Tres citas.
—Cantidad.
—Ha follado.
Álvaro hizo una mueca.
—Vale.
—¿Qué significa «vale»?
—Nada.
—Ha sonado a algo.
Patricia empezó a reírse.
—No os soporto.
Cogí mis cosas.
—Nos vemos mañana.
—Suerte el miércoles —dijo Álvaro.
—No necesito suerte.
—Claro.
—Es un café.
—Claro.

—No es...
Me detuve.
Patricia me miraba.
Álvaro también.
—Ni se te ocurra decir que no es una cita —dijo Patricia.
Pensé en Amparo.
—Es una cita.
—Muy bien.
—Estoy aprendiendo.
En el coche me escribió Miguel.
Miguel: Esta noche he quedado.
Miré el mensaje.
Lunes.
Otra vez.
Raúl: Con la del viernes?
Miguel: No.
Me quedé mirando.
Raúl: Otra?
Miguel: Sí.
Raúl: Cuarta?
Miguel: Creo.
Raúl: Cómo que crees?
Miguel: Luego te cuento.
Dejé el móvil en el asiento del copiloto.
Cuarta.
Yo tenía una el miércoles.
Miguel una esa misma noche.
No era una competición.
Arranqué.
Era absolutamente una competición.

CAPÍTULO 10

CON CEBOLLA

El miércoles Patricia no me preguntó por la cita.

A las ocho y cinco.

A las ocho y veinte tampoco.

A las ocho y cuarenta seguía sin hacerlo.

Empezaba a resultar inquietante.

—¿No vas a decir nada?

Levantó la vista.

—Buenos días.

—Buenos días.

Volvió al ordenador.

Esperé.

Nada.

—¿Qué haces?

—Trabajar.

—Ya.

—Es miércoles.

—Sé qué día es.

—Bien.

—Gracias.

Continuó escribiendo.

—He quedado con Sonia esta tarde.

—Ah.

—Lo sabes.

—Sí.

—Entonces ¿por qué no dices nada?

—Porque el lunes dijiste que no te dejaba trabajar.

—Eso no significa que tengas que comportarte de forma extraña.

Patricia sonrió.

—¿Estás nervioso?

—No.

—Pues ya está.
—No estoy nervioso.
—Te he dado la razón.
—Pero de una manera ofensiva.
—Es una habilidad.
No estaba nervioso.
Con Cristina sí lo había estado.
Un poco.
Bueno.
Bastante.
Había descubierto mis manos.
Con Sonia era diferente.
No sabía si porque ya llevaba dos citas y aquello empezaba a parecerme una actividad para la que podía desarrollar cierta competencia o porque Cristina me había gustado más antes incluso de verla.
Probablemente ambas.
Aun así, a las diez miré el perfil de Sonia.
Solo para recordar una cosa.
No recordaba cuál.
A las once volví a mirarlo.
Esta vez tampoco.
Sonia y yo habíamos quedado a las siete.

* * *

A las seis y cuarto estaba en casa.
No me cambié de camisa tres veces.
Dos.
Progreso.
La azul quedó descartada desde el principio.
No por Amparo.
Ni por Cristina.
Simplemente empezaba a parecerme excesivo que una sola prenda participara en toda mi vida sentimental.
Me puse una verde oscura.
Me miré.

Bien.

Normal.

Un hombre de cuarenta y cinco años que iba a tomar algo.

Nada más.

Cogí las llaves.

El teléfono vibró.

Miguel: Suerte.

Lo miré.

Raúl: Cómo sabes que tengo cita?

Miguel: Me lo dijiste.

Era posible.

Últimamente estaba perdiendo el control sobre quién conocía mi agenda sexual.

Raúl: Gracias.

Tres puntos.

Miguel: La del lunes bien.

Hijo de puta.

Raúl: Luego.

Guardé el móvil.

No era una competición.

Pero tampoco necesitaba recibir resultados del rival antes de jugar.

Llegué un poco antes.

Sonia apareció cuando todavía estaba decidiendo si esperar fuera o entrar.

Me ahorró la decisión.

La reconocí enseguida.

Cuarenta y cuatro.

Pelo oscuro.

Más baja de lo que había imaginado.

Vaqueros.

Chaqueta.

Sonrisa grande.

—Raúl.

—Sonia.

Nos saludamos.

—Eres igual que en las fotos —dijo.
—Eso espero.
—Hay gente que no.
—¿Mucho?
—He quedado con uno que debía de haber subido las fotos durante la primera legislatura de Zapatero.
Me reí.
—¿Cuánto había cambiado?
—Tenía pelo.
—Eso es publicidad engañosa.
—Y veinte kilos menos.
—Eso puede ser inflación.
Sonia se rio.
Entramos.
Encontramos una mesa al fondo.
—¿Cerveza? —preguntó.
—Sí.
Pidió dos.
—Así que funcionario.
—Administrativo.
—Yo también soy administrativa.
—Lo sé.
—Has estudiado.
—Me preparo las entrevistas.
—¿Tienes preguntas?
—Varias.
—Dispara.
Pensé.
—¿Excel?
Sonia frunció el ceño.
—¿Qué?
—¿Te gusta Excel?
—Raúl, dime que no utilizas eso para ligar.
—Estoy recuperando práctica.
—¿Cuánta has perdido?
—Bastante.

—Eso no es una medida.
—Once años.
Sonia tardó un segundo.
—¿Once años de qué?
—De práctica.
Otro segundo.
—¿Me estás diciendo que llevas once años sin...?
—Sí.
—Ah.
Bebió cerveza.
—Buena reacción.
—Estoy intentando no hacer preguntas.
—Puedes hacerlas.
—Tengo muchas.
—Pues dosificamos.
—¿Once años?
—Esa ya la has gastado.
Sonia se rio.
—¿Y por qué?
—Porque para llegar a doce primero tienes que pasar por once.
—Raúl.
—No hay un motivo especial. Estuve muchos años con alguien, se terminó y después no volví a tener una relación.
—Pero una cosa es no tener una relación y otra...
—Sí. También.
Sonia me observó durante un momento.
—Vale.
—¿Vale bien o vale mal?
—Vale que ahora entiendo lo de Excel.
—No están relacionados.
—Yo creo que sí.
—Pues acabas de perder el privilegio de conocer mi opinión sobre las tablas dinámicas.
—Qué pena.
—Era muy buena.
—Seguro.

Sonia levantó su cerveza.
—Por recuperar práctica.
Eso sí podía aceptarlo.
Levanté la mía.
—Por no volver a hablar de Excel.
—Eso va a ser más difícil.
Chocamos los vasos.
Sonia hablaba mucho.
No de forma molesta.
Simplemente mucho.
Trabajaba en una asesoría.
Se había divorciado hacía seis años.
No tenía hijos.
Había tenido dos relaciones después.
Una de casi tres años.
Otra de ocho meses.
—¿Y ahora qué buscas? —pregunté.
—No sé.
—Buen comienzo.
—No quiero casarme.
—Eso reduce bastante el riesgo de divorcio.
—¿Tú?
—Nunca me he casado.
—¿Nunca?
—Cero divorcios.
—¿Presumes de eso?
—Tengo un expediente impecable.
Sonia sonrió.
—Eres un poco gilipollas.
—Un poco.
—Me gusta.
No supe qué responder.
Bebí.
Funcionó.
La conversación era distinta a la de Cristina.

Con Cristina había habido momentos en los que me olvidaba de que estábamos en una cita.

Con Sonia no.

Sonia hacía evidente que aquello era una cita.

Me miraba.

Sonreía.

Se acercaba cuando hablaba.

Me tocó el brazo dos veces.

La primera podía ser casualidad.

La segunda también.

A la tercera mi sistema estadístico descartó la hipótesis.

Me estaba tocando.

No era desagradable.

En absoluto.

El problema era que llevaba demasiado tiempo sin interpretar correctamente ese tipo de información.

Podía significar interés.

Podía significar que Sonia era una persona que tocaba a la gente.

Podía significar que yo tenía algo en la manga.

Miré.

No tenía nada.

Interés ganaba puntos.

—¿Siempre piensas tanto? —preguntó.

—No.

—Acabas de mirar tu brazo.

—Tenía un motivo.

—¿Cuál?

—No era importante.

Sonia sonrió.

—Te he puesto nervioso.

—No.

Me tocó otra vez.

—Sí.

—Eso es manipular las pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Las de que estoy nervioso.

—¿Y lo estás?
—Ahora sí.
—Bien.
Bebió.
Yo también.
Aquello estaba tomando una dirección.
No sabía exactamente cuál.
Pero tenía señales.
La primera cerveza se convirtió en otra.
En algún momento aparecieron unas tapas.
Sonia me contó una cita con un hombre que había llevado a su madre.
—No.
—Sí.
—¿A la cita?
—A la cafetería.
—¿Por qué?
—Vivían juntos y tenían que hacer unas compras después.
—Eso no explica nada.
—Ella se sentó en otra mesa.
—Eso lo empeora.
—Nos saludó.
—¿Cuántos años tenía él?
—Cincuenta.
Pensé en Carmen.
—Mi madre no sabe que estoy aquí.
—Bien.
—Y aunque lo supiera no vendría.
—Mejor.
—Probablemente.
Sonia me miró.
—¿Probablemente?
—Es una mujer con iniciativa.
Cuando pedimos la cuenta habían pasado dos horas y media.
No había mirado el reloj hasta entonces.
Pensé en Cristina.

Solo un segundo.
Me molestó haber pensado en ella.
Después me molestó que me molestara.
Aquello empezaba a requerir demasiada gestión.
Cogí la cuenta.
—Invito yo.
—¿Seguro?
—Sí.
—La próxima yo.
La próxima.
No dije nada.
Pero la palabra se quedó un momento por allí.
Salimos.
—¿Dónde has aparcado? —pregunté.
—A dos calles.
—Voy contigo.
—Vale.
Y echamos a andar.
Sonia seguía hablando.
Yo también.
Cuando llegamos al coche, sacó las llaves, pero no abrió.
Se quedó apoyada ligeramente en la puerta.
Ahí estaba.
El momento.
Otra vez.
Esta vez sabía dónde poner las manos.
Más o menos.
En ninguna parte.
Era una solución perfectamente válida.
—Bueno —dije.
—Bueno.
Sonrió.
No se movió.
Yo tampoco.
El sábado había pensado demasiado.
Cristina me lo había dejado por escrito.

La próxima vez piensa menos.

Técnicamente no había especificado con quién.

Me acerqué.

Sonia también.

Nos besamos.

No fue un beso de película.

Gracias a Dios.

Los besos de película tienen iluminación, música y gente que sabe qué hacer con la nariz.

Nosotros tuvimos un coche aparcado, una farola y bastante óxido.

Pero funcionó.

Al principio con cierta prudencia.

Después mejor.

Mucho mejor.

Sonia puso una mano en mi cuello.

Yo encontré finalmente una utilidad para las mías.

Una en su cintura.

La otra...

La otra seguía sin tener instrucciones claras.

La dejé en su espalda.

Correcto.

Todo correcto.

Nadie murió.

Nos separamos.

Sonia sonrió.

—Pues no parece que hayas perdido tanta práctica.

No sabía si aquello era un cumplido.

Decidí aceptarlo.

—Memoria muscular.

Se rio.

—Idiota.

—Un poco.

Me besó otra vez.

Esta vez más corto.

—Hablamos.

—Sí.

Abrió el coche.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Esperé a que arrancara.

Después fui hacia el mío.

No sonreía.

Bueno.

Sí.

Bastante.

Me senté.

No arranqué inmediatamente.

Había pensado muchas veces que, cuando volviera a besar a alguien, ocurriría algo.

No sabía qué.

Una revelación.

Un cambio.

Alguna clase de actualización del sistema operativo.

Nada.

Seguía siendo yo.

Solo que acababa de besar a Sonia.

Y me había gustado.

Mucho.

Saqué el móvil.

Tenía un mensaje.

Cristina.

De hacía veinte minutos.

Cristina: Mi hijo finalmente no entrena el viernes. Si no te sale un plan mejor podría escaparme un rato 😉

Me quedé mirando.

Viernes.

Dos días.

Leí otra vez.

Si no te sale un plan mejor.

Miré hacia donde había estado el coche de Sonia.

Volví al mensaje.

Durante mucho tiempo mi agenda sentimental había sido extremadamente fácil de gestionar.

Ahora tenía un problema.

Un problema pequeño.

Un problema bastante agradable.

Pero un problema.

Escribí:

Raúl: Creo que puedo hacerte un hueco.

Lo borré.

Parecía imbécil.

Escribí:

Raúl: El viernes me viene perfecto.

Lo pensé.

Lo envié.

Cristina contestó poco después.

Cristina: Genial 😊

Dejé el móvil en el asiento.

Arranqué.

* * *

El viernes tenía una cita con Cristina.

Acababa de besar a Sonia.

Miguel llevaba cuatro.

No sabía exactamente qué llevaba Miguel.

Ya no quería saberlo.

Bueno.

Sí quería.

Pero podía esperar hasta mañana.

CAPÍTULO 11

LA PRÓXIMA

Patricia tardó siete minutos.

—¿Qué tal?

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué tal?

—Muy bien, gracias.

—Raúl.

—He dormido estupendamente.

—La cita.

Abrí el correo.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí.

—¿Solo bien?

—Bastante bien.

Patricia dejó de escribir.

—Te has liado con ella.

La miré.

—¿Por qué?

—Porque tienes cara.

—¿Qué cara?

—Esa.

—Eso no significa nada.

—Te has liado con ella.

—Nos besamos.

Patricia levantó las cejas.

—Anda.

Eso fue todo.

—¿Anda?

—Sí.

—¿No vas a decir nada más?

—¿Qué quieres que diga?
—No sé.
—Enhorabuena.
—Tampoco.
—Pues decide.
Volvió al ordenador.
Aquello me decepcionó ligeramente.
—Once años —dije.
Patricia giró despacio.
—¿Quieres una placa?
—No.
—Podemos pedirla.
—Déjalo.
—«Excelentísimo Ayuntamiento de...»
—Patricia.
—«A Raúl Martín, por los servicios prestados.»
—No han sido prestados.
—Es verdad. Peor todavía.
Sonreí.
—Fue bien.
—Me alegro.
Esta vez lo dijo sin reírse.
—Gracias.
—¿Y?
—¿Y qué?
—¿Vais a volver a quedar?
—Dijo «la próxima invito yo».
—Pues parece que sí.
—Sí.
—Bien.
—Sí.
Silencio.
—Mañana he quedado con Cristina.
Patricia dejó las manos sobre el teclado.
Ahí estaba la reacción que había estado esperando.
—Ah.

—¿Qué?
—Nada.
—Otra vez ese «nada».
—¿Qué quieres que te diga?
—Lo que estás pensando.
—No te va a gustar.
—Entonces seguro que lo dices.
—Probablemente.
Se giró hacia mí.
—¿Tú estás cómodo?
—¿Con qué?
—Con haber besado ayer a Sonia y quedar mañana con Cristina.
Pensé.
—No lo sé.
—Pues eso es lo único importante.
—No estoy haciendo nada malo.
—No he dicho que lo estés haciendo.
—Ni siquiera conozco a ninguna de las dos.
—Raúl.
—¿Qué?
—Que no te estoy juzgando.
Eso me desarmó un poco.
—Ah.
—Puedes quedar con cinco si quieres.
—Miguel podría.
—Tú no eres Miguel.
—Ya.
—Y tampoco tienes que demostrar que puedes serlo.
No contesté.
Patricia volvió al ordenador.
—Picado —dijo.
—Vete a la mierda.

* * *

A media mañana recibí un mensaje de Sonia.

Sonia: Buenos días 😊

Raúl: Buenos días.
Sonia: Qué tal la memoria muscular?
Miré hacia Patricia.
Estaba trabajando.
O fingía.
Raúl: Sin agujetas.
Sonia respondió con tres risas.
Después:
Sonia: Me lo pasé muy bien.
Raúl: Yo también.
Sonia: La semana que viene me debes una.
Pensé en la cuenta.
Raúl: Técnicamente me la debes tú.
Sonia: Ves? Por eso no se invita a funcionarios.
Raúl: Dejamos constancia de todo.
Sonia: Martes?
Martes.
Abrí el calendario.
No porque tuviera algo.
Por hacer el gesto.
Martes estaba vacío.
Raúl: Martes me viene bien.
Sonia: Hecho.
Ya estaba.
Mañana, Cristina.
El martes, Sonia.
Una semana antes habría podido resumir mis planes sentimentales para los próximos seis meses en una frase.
Ahora necesitaba calendario.

* * *

A la hora del café apareció Álvaro.
—¿Qué tal ayer?
Lo miré.
—¿Tú también?
—Patricia me ha dicho que tenías cita.

Giré la cabeza.
—Eso es violar mi intimidad.
—Le he dicho que tenías una cita. No una colonoscopia.
Álvaro se sentó.
—¿Bien?
—Sí.
—¿Vais a repetir?
—El martes.
—Pues bien.
—Y mañana Cristina.
Álvaro asintió.
—Bien.
Esperé.
—¿Ya está?
—¿Qué quieres?
—Nada.
—Pues bien.
Patricia sonrió sin levantar la cabeza.
—Me estáis poniendo nervioso.
—¿Por qué? —preguntó Álvaro.
—Porque todo os parece bien.
—¿Quieres que te diga que está mal?
—No.
—Pues bien.
Lo odié un poco.
Álvaro abrió una bolsa de patatas.
—¿Ellas saben que estás quedando con más gente?
—No.
—¿Te lo han preguntado?
—No.
—Entonces.
—¿Entonces qué?
—Nada.
Cogió una patata.
—¿Tú qué harías?
—Yo estoy en una situationship.

—No sé por qué sigo consultándote.
—Llevamos seis meses.
—La semana pasada eran cinco.
Álvaro se quedó pensando.
—Es verdad.
—Enhorabuena.
—Gracias.
—¿Seguís sin ser pareja?
—Sí.
—¿Os queréis?
—Sí.
—¿Sois exclusivos?
—Sí.
—¿Os veis cuatro días por semana?
—Más o menos.
—¿Conoces a sus padres?
—Sí.
—¿Ella conoce a los tuyos?
—Sí.
—¿Habéis viajado juntos?
—Dos veces.
Lo miré.
—Álvaro.
—Qué.
—Tienes novia.
—No.
—Tienes una novia que se niega a reconocer jurídicamente su personalidad.
Patricia se rio.
—No funciona así.
—Funciona exactamente así.
—No necesitamos ponerle nombre.
—Ya tiene nombre.
—¿Cuál?
—Noviazgo.
Álvaro cogió otra patata.

—Eres muy antiguo.

—Y tú llevas medio año saliendo con una mujer para evitar llamarlo salir con una mujer.

—Es diferente.

—Claro.

—Hay que vivirlo.

—Preferiría no hacerlo.

* * *

Poco antes de las dos me escribió Amparo.

No habíamos hablado desde el viernes.

Amparo: Jovencito.

Sonreí.

Raúl: Jubilada.

Amparo: Qué haces el sábado?

Miré el mensaje.

Raúl: Por?

Amparo: Vamos a bailar.

Me quedé mirando.

Raúl: Quiénes?

Amparo: Tú y yo.

Raúl: No sé bailar.

Amparo: Ya aprenderás.

Raúl: Esa frase ha precedido muchas tragedias.

Amparo: A las 10.

Raúl: Eso no es preguntar.

Amparo: Has tardado en darte cuenta.

Pensé.

Viernes Cristina.

Sábado Amparo.

Martes Sonia.

Aquello empezaba a parecer una agenda.

Raúl: Es una cita?

La respuesta llegó enseguida.

Amparo: No te emociones.

Amparo: Eres demasiado viejo para mí.

Me reí.
Patricia levantó la cabeza.
—¿Qué?
—Amparo.
—¿Qué quiere?
—Llevarme a bailar.
Patricia sonrió.
—Ve.
—No sé bailar.
—Precisamente.
—¿Qué significa eso?
—Que quiero que vayas.
—Eso ya lo había entendido.
Miré el teléfono.
Raúl: Vale.
Amparo: Bien.
Raúl: Dónde?
Me mandó una ubicación.
No conocía el sitio.
Busqué el nombre.
Sala de baile.
Salsa.
Bachata.
Kizomba.
Cerré la página.
—Patricia.
—¿Qué?
—¿Qué es kizomba?
—Ni idea.
—Bien.
Por fin una pregunta que no sabía responder.
Me tranquilizó.

* * *

Por la tarde, al llegar a casa, hice lo que hacía casi todos los jueves.
Me quité los zapatos.

Dejé las llaves.
Encendí la televisión.
Preparé la cena.
No había quedado con nadie.
No tenía que salir.
Nadie iba a venir.
Y estaba bien.
Muy bien.
Me senté con el plato en el sofá.
Durante años aquello había sido mi vida normal.
Seguía siéndolo.
Solo que ahora había una mujer a la que había besado ayer.
Otra con la que iba a quedar mañana.
Y una jubilada que pretendía obligarme a bailar kizomba el sábado.
Comí.
Vi un capítulo de una serie.
Después otro.
A las once miré el teléfono.
Ningún mensaje.
Lo dejé donde estaba.
No sentí la necesidad de abrir Tinder.
Eso me gustó.
Bueno.
No.
No necesitaba convertir también aquello en una conclusión.
Simplemente seguí viendo la serie.
A veces una noche de jueves era solo una noche de jueves.

CAPÍTULO 12

UNA HORA

Cristina tenía una hora.

Me lo dijo poco después de las seis.

Cristina: Aviso: a las 8 tengo que estar en casa.

Miré el mensaje.

Habíamos quedado a las siete.

Raúl: Una hora?

Cristina: Una hora.

Raúl: Me estás vendiendo muy bien el plan.

Cristina: Puedo cancelarlo si prefieres.

Raúl: No.

Contesté demasiado rápido.

Añadí:

Raúl: Lo de venderlo digo.

Cristina: Claro 😂

No había arreglado nada.

Llegué a las siete.

No antes.

A las siete.

Me pareció importante.

Cristina ya estaba allí.

—Has llegado puntual.

—Estoy cambiando.

—No sé si para bien.

—Dame tiempo.

—Solo tengo una hora.

—No me presiones.

Sonrió.

Eso fue suficiente para recordar por qué había querido verla.

No nos sentamos.

Cristina había propuesto dar una vuelta y tomar algo rápido si daba tiempo.

Me pareció bien.

Además, caminar solucionaba el problema de las manos.

Las manos al andar tenían una función.

Se movían.

Miles de años de evolución habían pensado en todo.

—¿Qué tal la semana? —preguntó.

—Productiva.

—Qué miedo.

—He trabajado.

—Eso no era lo que quería saber.

La miré.

—¿Qué querías saber?

—Nada concreto.

—Pues tienes que afinar más las preguntas.

—¿Siempre eres así?

—Solo cuando tengo una hora.

—Me quedan cincuenta y seis minutos para arrepentirme.

—Vas bien.

Cristina me contó por qué tenía una hora.

Su hijo iba finalmente a entrenar.

No al entrenamiento que se había cancelado.

A otro.

No entendí nada.

Su hija estaba en casa.

A las ocho tenía que volver porque después debía llevarla a casa de una amiga.

—¿No puede ir sola?

—Sí.

—Entonces.

—Tiene diecisiete años.

—Eso no responde.

—Responde perfectamente.

—A los diecisiete yo iba solo a todas partes.

—Tú tenías cuarenta y cinco años cuando tenías diecisiete.

—No entiendo esa frase.
—Yo sí.
Seguimos andando.
—Además —dijo—, si no la llevo yo tiene que coger dos autobuses.
—Ah.
—¿Ves?
—Eso sí es información.
—Y luego tengo que recogerla.
—¿A qué hora?
—No lo sé.
—¿Cómo que no lo sabes?
—Tiene diecisiete años.
—Otra vez esa respuesta.
—Te queda mucho que aprender.
—No quiero aprender.
Cristina se rio.
Entramos en un bar porque ella dijo que necesitaba una cerveza.
No discutí.
Nos quedamos en la barra.
—¿Y tus hijos están siempre contigo? —pregunté.
—No. Una semana sí y otra no, más o menos.
—¿Más o menos?
—Con adolescentes no existe el calendario.
—Eso suena agotador.
—Hay uno en la nevera.
—¿Funciona?
—Nadie lo respeta.
—Entonces no.
—Sirve para que sepamos qué era lo que se suponía que íbamos a hacer.
—Eso sí tiene utilidad.
—Mucha. Puedes mirar el martes y descubrir todo lo que salió mal el lunes.
Me reí.
Cristina miró el reloj.

—No mires eso.
—Tengo que hacerlo.
—En tu perfil dices que te gustan las conversaciones que se alargan sin mirar el reloj.
—También puse una foto en la que había dormido ocho horas. Los perfiles enseñan aspiraciones.
—Eso me parece publicidad engañosa.
—Tú pareces más alto en las fotos.
—Mido lo mismo.
—Eso dices tú.
Sonrió.
Nos quedamos mirándonos un segundo.
Solo uno.
Pero estuvo allí.
Esta vez reconocí la señal.
Progreso.
—¿Has seguido con Tinder? —preguntó.
La pregunta llegó sin aviso.
—Sí.
Cristina asintió.
—Yo también.
—Ah.
Aquello no debería haberme sorprendido.
Me sorprendió.
—¿Qué? —preguntó.
—Nada.
—Has puesto cara.
—No he puesto ninguna cara.
—Sí.
—¿Qué cara?
—No sé. Una.
—Eso no es descriptivo.
—¿Pensabas que había borrado Tinder después de conocerte?
—No.
—Raúl.
—No.

—Un poco.
—Quizá.
Cristina sonrió.
—Yo no.
Eso dolió aproximadamente un milímetro.
Lo suficiente.
—Bien.
—¿Bien?
—Perfectamente.
—Vale.
Bebí.
—Yo he quedado con alguien.
Lo dije.
No tenía pensado hacerlo.
Simplemente salió.
Cristina levantó las cejas.
—Ah.
Ahora me tocaba a mí observar.
—¿Qué?
—Nada.
—Has puesto cara.
—No he puesto ninguna cara.
—Sí.
—¿Qué cara?
—No sé. Una.
Cristina empezó a reírse.
—Gilipollas.
—Te lo he puesto fácil.
—Muchísimo.
No le dije que había besado a Sonia.
No porque quisiera ocultarlo.
Tampoco porque pensara que tuviera que contárselo.
Simplemente me pareció una información innecesaria.
Cristina tampoco me contó con quién hablaba.
Y me pareció bien.
Más o menos.

Sobre todo menos.
Eso me sorprendió.
Llevaba años sin sentir celos de nadie.
Había olvidado lo poco elegantes que eran.
—¿Y qué tal? —preguntó.
—¿Qué?
—La cita.
—Bien.
—¿Solo bien?
—Bastante bien.
—¿Vais a repetir?
—El martes.
Cristina asintió.
—Entonces tan mal no fue.
—No.
—Bien.
Bebió.
No añadió nada.
Esperé unos segundos por si añadía algo.
No lo hizo.
—¿Tú has quedado con alguien? —pregunté.
—Todavía no.
—Ah.
—Pero estoy hablando con uno.
Ahí estaba.
—¿Sí?
—Sí.
—Bien.
—Otra vez esa cara.
—No estoy poniendo ninguna cara.
—Raúl.
—¿Qué?
—No pasa nada.
—Ya lo sé.
—Los dos estamos en Tinder.
—Lo sé.

—Nos hemos visto dos veces.
—También lo sé.
—Entonces.
—¿Entonces qué?
Cristina sonrió.
—Nada.
Bebí.
El tipo podía ser perfectamente un imbécil.
No tenía ningún dato que respaldara esa conclusión.
Me pareció irrelevante.
Cristina volvió a mirar el reloj.
—Tenemos que irnos.
—Quedan veinte minutos.
—Tengo que llegar al coche.
—Ahí has hecho trampa.
—¿Por qué?
—Yo había entendido una hora contigo, no cincuenta y cinco minutos contigo y cinco andando hacia un Seat.
—Es un Toyota.
—Peor. Ni siquiera había acertado el coche.
Salimos.
Su coche estaba a cinco minutos.
Caminamos hacia allí.
Esta vez ninguno habló demasiado.
No era incómodo.
Eso era lo peligroso.
Llegamos.
Cristina sacó las llaves.
—Bueno.
Otra vez esa palabra.
La industria de las citas dependía demasiado de «bueno».
—Bueno —dije.
Cristina sonrió.
—¿Vas a pensar?
Entendí inmediatamente.
—No.

—¿Seguro?
—Estoy intentando reducirlo.
—Bien.
Se acercó.
Esta vez no hubo manos.
Ni cálculo.
Ni instrucciones.
La besé.
Fue distinto.
Eso fue lo primero que pensé.
Y pensar eso mientras besaba a Cristina me pareció una falta de educación.
Intenté dejar de hacerlo.
Funcionó.
Durante un rato.
No sabía cuánto.
No mucho.
Cristina tenía una mano en mi cara.
Yo la sujetaba por la cintura.
Aquello resultaba sorprendentemente sencillo cuando uno dejaba de explicárselo.
Se separó un poco.
—Mucho mejor.
—Estoy aprendiendo.
—Se nota.
Volvió a besarme.
Esta vez fui yo quien dejó de pensar.
Un coche pitó detrás.
Nos apartamos.
El hombre quería aparcar.
Habíamos convertido una plaza libre en una escena romántica.
—Perdón —dije.
El conductor no parecía aceptar mis disculpas.
Cristina empezó a reírse.
—Tengo que irme.
—Sí.

—Lo siento.
—Tienes una cosa.
—Tengo muchas cosas.
Abrió el coche.
—Hablamos.
—Claro.
—Y...
Se detuvo.
—¿Qué?
—Nada.
—Eso es de Patricia.
—¿Quién es Patricia?
Me quedé quieto.
—Una compañera.
—Ah.
Sonrió de una manera que no supe interpretar.
—Vete —dije.
—Me voy.
Entró en el coche.
Caminé hacia el mío.
No comparé los besos.
Bueno.
Sí.
Era inevitable.
Con Sonia había sido fácil.
Directo.
Con Cristina...
Con Cristina había sido distinto.
No mejor.
Distinto.
Me pareció importante aclarármelo aunque nadie me hubiera preguntado.
Luego pensé en el hombre de Tinder.
No sabía cómo se llamaba.
No sabía qué edad tenía.
No sabía a qué se dedicaba.

Ya me caía mal.
Aquello era completamente infantil.
También bastante humano.
Poco después llegó un mensaje.
Cristina: He llegado.
Raúl: Enhorabuena.
Cristina: Mi hija dice que llego tarde.
Raúl: Son las 8:12.
Cristina: Bienvenido.
Raúl: Estoy reconsiderando lo de los hijos.
Cristina: No tienes.
Raúl: Precisamente. Cada vez me parece mejor decisión.
Cristina: 😂
Un minuto después:
Cristina: Me ha gustado verte.
Miré el mensaje.
Raúl: A mí también.
Esperé.
Nada más.
Dejé el móvil.
Lo volví a coger.
Nada.
Muy bien.
Perfectamente normal.
Nos habíamos besado.
Había dicho que le había gustado verme.
¿Qué más quería?
No lo sabía.
Quizá un certificado.
No.
Otra vez no.
Dejé el teléfono.

* * *

El martes había quedado con Sonia.
Cristina estaba hablando con otro hombre.

Y mañana iba a bailar con una mujer de sesenta y siete años que me había rechazado por viejo.

Una semana atrás habría considerado todo aquello una vida sentimental extremadamente activa.

Probablemente lo era.

Pero había una diferencia importante entre tener planes y tener éxito.

Eso empezaba a entenderlo.

Sonia podía cansarse de mí el martes.

Cristina podía quedar con aquel hombre y descubrir que medía un metro noventa, cocinaba y rescataba perros los domingos.

Amparo podía abandonarme en mitad de una bachata por un señor de treinta y ocho años.

Las posibilidades eran enormes.

Curiosamente, pensar en ello me tranquilizó.

Aquello se parecía bastante más a la vida real.

Llegué a casa.

Cené.

Vi la televisión.

No ocurrió nada.

También estuvo bien.

CAPÍTULO 13

ANTONIO

El sábado a las nueve y media recibí un mensaje de Amparo.

Amparo: No vengas con camisa.

Miré la camisa.

Me la acababa de poner.

Raúl: Por?

Amparo: Porque vamos a bailar.

Raúl: Las camisas impiden bailar?

Amparo: La que llevabas conmigo sí.

Me miré.

Era la verde.

La azul continuaba retirada del servicio activo.

Raúl: Es otra.

Amparo: Peor.

No sabía cómo podía saberlo.

Raúl: Qué me pongo?

Amparo: Algo cómodo.

Odiaba «algo cómodo».

Era una expresión que no significaba nada.

Un pijama era cómodo.

Un albornoz era cómodo.

Ir desnudo tenía importantes ventajas de movilidad.

Finalmente me puse una camiseta negra.

Raúl: Camiseta.

Amparo: Ves como puedes tomar decisiones solo.

Empezaba a arrepentirme.

El sitio estaba a quince minutos de casa.

Desde fuera parecía un pub normal.

Desde dentro también.

Hasta que vi bailar a la gente.

Había unas treinta personas.

Quizá más.
Parejas moviéndose por la pista.
Salsa.
Bachata.
O kizomba.
No tenía elementos suficientes para distinguirlas.
Amparo estaba junto a la barra.
Vaqueros.
Camiseta roja.
Zapatillas.
Me vio.
—Muy bien.
—Gracias.
—Pareces diez años más joven.
—Entonces sigo siendo demasiado viejo para ti.
—Muchísimo.
Nos saludamos.
—¿Quieres algo?
—Una cerveza.
—Pídela.
—¿Tú?
Levantó una copa.
Ya estaba atendida.
Por supuesto.
—¿Vienes mucho? —pregunté.
—Casi todos los sábados.
—No me dijiste eso.
—No me preguntaste.
Miré la pista.
Había gente de todas las edades.
Treinta.
Cuarenta.
Cincuenta.
Sesenta.
Alguno más.
—¿Y qué hacemos?

—Bailar.
—Yo no sé.
—Ya.
—¿Entonces?
—Aprendes.
—¿Ahora?
—No creo que mejores si esperamos a junio.
Bebí.
—Necesito observar primero.
—No.
—¿Por qué?
—Porque vas a pasarte una hora observando y después dirás que es tarde.
Me conocía desde hacía una semana.
Aquello era preocupante.
—Ven.
Me cogió de la mano.
—Amparo.
—Qué.
—No.
—Sí.
—Hay gente.
—Es una sala de baile, Raúl. Era previsible.
Los primeros treinta segundos fueron humillantes.
Después empeoraron.
—Uno, dos, tres.
—Estoy contando.
—Pues cuenta mejor.
—Estoy haciendo lo que dices.
—Me estás pisando.
—Eso no estaba en las instrucciones.
—Atrás.
Fui hacia delante.
—El otro atrás.
—Solo tengo uno.
Amparo empezó a reírse.

—Relájate.
—Estoy relajado.
—Tienes los hombros en las orejas.
Los bajé.
—Ahora pareces triste.
—No puedo controlar tantas cosas a la vez.
—No controles.
—Esa filosofía ha causado muchos embarazos.
Amparo soltó una carcajada.
Una pareja que pasaba junto a nosotros nos miró.
—Mira al frente —dijo.
—Estoy mirando.
—A mí.
—Ah.
La miré.
—Sonríe.
—No abuses.
Sobreviví a una canción.
Cuando terminó regresé a la barra.
—Necesito recuperarme.
—No has hecho nada.
—Precisamente. Y estoy agotado.
Bebí.
Amparo no.
Miraba hacia algún punto detrás de mí.
—¿Qué?
—Nada.
Me giré.
Un hombre se acercaba.
Alto.
Canoso.
Delgado.
Probablemente sesenta y pocos.
—Amparo.
—Antonio.
Se besaron.

No dos besos.
Uno.
En la boca.
Breve.
Pero suficientemente informativo.
Antonio me miró.
Yo miré a Amparo.
Amparo sonrió.
—Antonio, Raúl.
—Encantado.
Nos dimos la mano.
—Igualmente.
Antonio me señaló.
—¿Tu hijo?
Amparo cerró los ojos.
Yo lo miré.
—No.
—Perdona. Pensaba que...
—No sigas —dijo Amparo.
—No, mejor no.
Antonio me miró otra vez.
—Perdona.
—Tranquilo.
Amparo estaba haciendo un esfuerzo considerable por no reírse.
—¿Bailamos? —preguntó Antonio.
—Claro.
Y se fueron.
Me quedé solo en la barra.
Con mi cerveza.
A los cuarenta y cinco años acababa de ser confundido con el hijo de una mujer que me había rechazado por viejo.
Había cierta belleza en aquello.
No mucha.
Pero alguna.
Antonio bailaba bien.
Muy bien.

Eso tampoco ayudaba.

Amparo también.

Los observé durante un rato.

No como un hombre celoso.

No estaba celoso.

Era más parecido a ver a dos personas realizar una actividad para la que uno carecía de cualquier capacidad.

Como el patinaje artístico.

O hacer una tortilla sin que se rompiera.

Cuando terminó la canción, Antonio no volvió.

Otro hombre se acercó a Amparo.

Este parecía más joven.

Bastante más joven.

Bailaron.

Después otro.

Miré mi cerveza.

Yo había besado a dos mujeres aquella semana.

Empezaba a parecerme una estadística mucho menos impresionante.

—¿No bailas?

Levanté la vista.

Una mujer estaba a mi lado.

Tendría unos cincuenta.

Quizá alguno más.

Pelo corto.

Sonrisa agradable.

—Estoy descansando.

—¿De qué?

Buena pregunta.

—He bailado una.

—Ah.

—Estoy dosificando.

Sonrió.

—¿Bachata?

—Creo.

—¿Cómo que crees?

—Hubo música.
Se rio.
—¿Quieres bailar?
Ahí estaba.
Una mujer acababa de pedirme bailar.
Directamente.
Sin Tinder.
Sin perfil.
Sin pagar dieciséis con noventa y nueve.
Quizá aquello sí era mi momento.
—No sé bailar.
—Da igual.
—No, no da igual.
—Te enseño.
Miré hacia Amparo.
Seguía bailando.
Miré a la mujer.
—Vale.
Se llamaba Mercedes.
Lo descubrí cuando ya estábamos en la pista.
—Yo soy Raúl.
—Encantada.
—Igualmente.
—Pon la mano aquí.
La puse.
—No tan arriba.
La bajé.
—Tampoco tanto.
La subí.
—Ahí.
—Hay muchas normas.
—Solo tienes que seguirme.
—Eso me han dicho antes y ha salido mal.
Mercedes sonrió.
Empezamos.
Uno.

Dos.
Tres.
Cuatro.
No.
Cuatro no.
Había una pausa.
¿Por qué?
Nadie me lo explicó.
A mitad de la canción conseguí hacer algo parecido a bailar.
Mercedes dejó de mirarme los pies.
Lo interpreté como un éxito.
Entonces intenté girarla.
No debería haberlo hecho.
Nuestros brazos quedaron en una posición que probablemente requería fisioterapia.
—Perdón.
—No pasa nada.
—He improvisado.
—No improvises.
—Aprendido.
Terminamos la canción.
—Gracias —dijo Mercedes.
—Gracias a ti.
Sonrió.
—Sigue practicando.
—Lo haré.
Se marchó.
Me quedé allí.
No me pidió el teléfono.
No preguntó si tenía Instagram.
No me dijo que nos viéramos otro día.
Simplemente había bailado conmigo.
Porque estábamos en un sitio donde la gente bailaba.
Aquello también era una posibilidad.
Volví a la barra.
Amparo apareció poco después.

—Te he visto.
—He bailado.
—Ya.
—Con una mujer.
—También lo he visto.
—Me lo ha pedido ella.
—Raúl.
—Qué.
—Aquí la gente se pide bailar.
—Ah.
—No te estaba proponiendo matrimonio.
—No he dicho eso.
—Tienes cara.
—Todo el mundo dice que tengo caras.
—Porque las tienes.
Pidió agua.
—¿Y Antonio?
—Por ahí.
—¿Es tu novio?
Amparo bebió.
—No.
—Os habéis besado.
—Muy observador.
—Entonces ¿qué es?
—Antonio.
Esperé.
—¿Solo Antonio?
—Sí.
—¿Y qué significa eso?
—Que se llama Antonio.
—No me estás ayudando.
—No quiero ayudarte.
Miré hacia la pista.
Antonio bailaba con otra mujer.
—¿Y eso?
—¿Qué?

—Está bailando con otra.
—Estamos en una sala de baile.
—Ya.
—¿Qué esperabas? ¿Que lo atara a una silla?
—No.
—Además, los jueves viene a casa.
La miré.
Amparo sonrió.
—Ah.
—Eso.
—¿Todos los jueves?
—Casi todos.
—Ah.
—Estás repitiendo mucho esa palabra.
—Estoy actualizando la imagen que tenía de tu jubilación.
—Pues la tenías muy equivocada.
Bebí cerveza.
—Entonces los jueves Antonio.
—Algunos.
—¿Y el resto de la semana descansas?
Amparo me miró por encima del vaso.
—¿De qué?
—No sé. De Antonio.
—Antonio juega al pádel los martes.
—No era exactamente lo que estaba preguntando.
—Ya.
Esperé.
Amparo bebió agua.
—No voy a preguntar.
—Bien.
—Pero ahora tengo más preguntas que antes.
—Ese es tu problema.
—Tu jubilación empieza a parecerme Sodoma y Gomorra con tensión arterial alta.
Amparo soltó una carcajada.
—Eres idiota.

—Eso me dicen mucho últimamente.
Bailé dos veces más.
Una con Amparo.
Otra con Mercedes.
La segunda con Mercedes salió mejor.
No bien.
Mejor.
Había una diferencia.
A la una decidí irme.
Amparo se quedó.
—¿No vienes?
—No.
—¿Cómo vuelves?
—Con Antonio.
Miré hacia la pista.
—Claro.
—¿Te lo has pasado bien?
Pensé.
—Sí.
Me sorprendió que fuera verdad.
—Pues vuelve cuando quieras.
—Ya veremos.
—Eso significa que sí.
—Buenas noches, Amparo.
—Buenas noches, jovencito.
Me fui.
De camino a casa pensé en Mercedes.
No porque me hubiera gustado.
Bueno, era atractiva.
Pero no era eso.
Había interpretado durante aproximadamente cuarenta segundos que una mujer me pidiera bailar como una señal de interés.
No lo era.
Solo quería bailar.
Me pareció una lección bastante útil.
También pensé en Antonio.

Y en los martes.

Y en Amparo, que a los sesenta y siete años parecía manejar una vida sentimental que yo necesitaría varias semanas para comprender.

No me sentí mal.

Al contrario.

Me hizo gracia.

Durante aquella semana había empezado a pensar que quizá estaba aprendiendo algo.

No.

Seguía sin tener ni puta idea.

Mucho mejor.

CAPÍTULO 14

AURA

* * *

El domingo mi hermana me dejó a sus hijos.

No me preguntó.

Me informó.

—De cuatro a ocho.

—¿Qué pasa de cuatro a ocho?

—Que tienes sobrinos.

—Los tengo todo el día.

—Hoy más.

Carlos apareció detrás con las llaves del coche.

—Son cuatro horas.

—Ya sé contar.

—Entonces perfecto.

Laura me dio un beso.

—Hay pizza en la nevera.

—Tengo comida.

—Es para ellos.

El pequeño entró con una mochila.

El mayor detrás.

—Hola, tío.

—Hola.

—¿Tienes Coca-Cola?

Miré a Laura.

—¿Ves? Puedo mantenerlos con vida.

—A las ocho.

—Si no habéis vuelto a las ocho, los pongo en Wallapop.

—Al pequeño puedes sacarle algo —dijo Carlos.

—Papá.

—¿Qué?

Laura empujó a su marido hacia la puerta.
—Nos vamos.
—¿Adónde vais?
—A comer y al cine.
—Eso son más de cuatro horas.
—Por eso hemos comido antes de traerlos.
—Habéis diseñado esto.
—Adiós, Raúl.
La puerta se cerró.
Miré a mis sobrinos.
Ellos me miraron.
—Bueno.
—¿La Coca-Cola? —preguntó el pequeño.
Habíamos establecido prioridades.
El mayor tenía dieciséis años.
El pequeño, doce.
A esas edades cuatro años no eran cuatro años.
Eran dos especies diferentes.
Uno tenía móvil, granos y una opinión sobre prácticamente todo.
El otro tenía móvil, menos granos y una opinión sobre absolutamente todo.
Se instalaron en el salón.
El pequeño cogió un mando de la Play.
—¿Puedo?
—Ya lo has cogido.
—Entonces sí.
—No funciona así.
Encendió la consola.
Funcionaba exactamente así.
Jugamos un rato.
El pequeño ganó dos partidas.
La primera porque era mejor.
La segunda también.
No necesitaba buscar excusas.
Tenía doce años y podía dedicar a los videojuegos una cantidad de tiempo que a mi edad habría provocado una intervención familiar.

El mayor apenas participaba.
Miraba el móvil.
Sonreía.
Escribía.
Volvía a mirar.
—¿Qué haces? —pregunté.
—Nada.
—Llevas veinte minutos haciendo nada.
—Estoy hablando.
—Eso ya es algo.
No respondió.
Su hermano sí.
—Con Lucía.
El mayor levantó la cabeza.
—Cállate.
—¿Quién es Lucía?
—Nadie.
—Es una de su clase.
—Que te calles.
—Le gusta.
—No me gusta.
—Sí.
—No.
—Le mandaste un corazón.
—Era una reacción.
—Un corazón parece una reacción bastante específica —dije.
El mayor me miró.
—No te metas.
—No me estaba metiendo hasta que ha aparecido un corazón.
—No significa nada.
—Perfecto.
—Somos amigos.
—Mejor.
—Hablamos mucho.
—Estupendo.
—Pero no me gusta.

—No he preguntado.
Guardó el móvil.
—¿Entonces por qué sigues hablando?
—Porque estás dando muchísimas explicaciones para algo que no te he preguntado.
El pequeño empezó a reírse.
—Te ha reventado.
—Cállate.
—Aura negativa.
Ahí apareció por primera vez.
No le di importancia.
Error.
Un rato después el mayor apartó la mesa del salón.
—¿Qué haces?
—Espera.
El pequeño se levantó inmediatamente.
—¿Batalla?
—Sí.
—Aquí no se pelea nadie.
Los dos me miraron.
—No vamos a pelear.
—Has dicho batalla.
—De aura.
—Eso no mejora la frase.
El mayor apoyó el móvil contra un vaso.
—No pongas eso ahí.
—¿Por?
—Porque es un vaso.
—Está vacío.
—Sigue siendo un vaso.
Lo cambió por un libro.
Me pareció una victoria suficiente.
—¿Qué vais a hacer?
—Una batalla de aura.
—Sigo sin saber qué significa.
—Mira.

El mayor puso música.
Se colocaron uno frente al otro.
Yo seguía en el sofá.
El pequeño empezó.
Dio un par de pasos siguiendo la música.
Movió los hombros.
Se señaló la cara.
Giró.
Hizo algo con las manos.
Terminó mirando a su hermano.
El mayor negó lentamente con la cabeza.
—Flojo.
—Qué dices.
—Flojísimo.
—Hazlo tú.
El mayor avanzó.
Esperó un momento concreto de la canción.
Se giró.
Hizo dos movimientos que no supe identificar.
Se quedó quieto.
El pequeño abrió la boca.
—¡Nah!
—¿Qué? —pregunté.
—Eso ha sido una locura.
Miré al mayor.
Seguía exactamente donde estaba.
—¿El qué?
Los dos me miraron.
—¿No lo has visto?
—He visto cosas.
—Ha farmeado aura.
—¿Cuánta?
Silencio.
—No sé —dijo el pequeño—. Mucha.
—¿No hay puntos?
—No.

—¿Entonces cómo sabéis quién gana?
—Se sabe.
—Yo no lo sé.
—Porque eres viejo.
Aquello empezaba a aclararse.
Repitieron.
Esta vez presté atención.
El pequeño hizo algo que aparentemente estaba muy bien.
Después hizo otra cosa que, por algún motivo, arruinó lo anterior.
—Ha perdido todo el aura —dijo su hermano.
—No.
—Sí.
—¿Por qué?
El mayor me miró.
—¿Has visto el final?
—Sí.
—Pues eso.
—Necesito más información.
—Ha forzado.
—¿Qué ha forzado?
—El aura.
—¿Se puede forzar?
—Claro.
—¿Y eso hace que pierdas aura?
—Sí.
—Pero estás intentando conseguirla.
—Sí.
—Entonces tienes que intentar conseguirla sin que parezca que estás intentando conseguirla.
Los dos asintieron.
Ah.
Eso sí lo entendía.
La humanidad llevaba siglos haciendo aquello.
—Ahora tú —dijo el pequeño.
—No.
—Venga.

—No.
—Es fácil.
—Esa frase siempre precede a algo que no es fácil.
—Solo tienes que hacer esto.
Me enseñó un movimiento.
—No.
—Ni siquiera lo has probado.
—Precisamente por eso conservo la dignidad.
El mayor sonrió.
—Eso da aura.
—Perfecto. He ganado.
—No funciona así.
—Hace treinta segundos me habéis dicho que sí.
—Tienes que hacerlo.
—Entonces no da aura.
—Tío.
—Qué.
—Venga.
—No.
—Te da miedo.
Aquello era una provocación extremadamente básica.
Funcionó.
Me levanté.
—Una vez.
—Vale.
—Y no se graba.
Los dos miraron el móvil.
—Apágalo.
—No está grabando.
—No me importa. Apágalo.
El mayor lo quitó.
—Haz esto.
Me colocaron.
Pie derecho.
Pie izquierdo.
Hombro.

Brazo.
Giro.
—Eso no es un giro.
—¿Qué es?
—No sé. Has dado la vuelta.
—Eso es literalmente un giro.
—Pero mal.
—Pues busca otra palabra.
El pequeño estaba doblado de risa.
—Todavía no he empezado.
—Ya has perdido aura.
—Me da igual.
—Eso también da aura.
—Sois agotadores.
Pusieron la música.
Esperé.
—Ahora —dijo el mayor.
Lo hice.
Pie.
Pie.
Hombro.
Brazo.
Giro.
Algo ocurrió en mi rodilla.
No dolor.
Una advertencia.
Terminé.
Silencio.
Mis sobrinos me miraban.
—¿Qué?
El pequeño se dejó caer en el sofá.
—No puedo.
—¿Tan mal?
El mayor intentaba contenerse.
—Ha sido...
—¿Qué?

—No sé.
—Pues para ser jurado tienes poca capacidad descriptiva.
El pequeño ya lloraba de risa.
—Parecías papá en una boda.
Eso sí dolió.
—Vuestro padre tiene cuarenta y nueve años.
—Por eso.
Me senté.
—Se acabó.
—Otra.
—No.
—Ahora te saldrá mejor.
—No habrá un ahora.
—Tío.
—He sentido una cosa en la rodilla. La batalla ha terminado.
Los vi continuar.
Y entonces entendí algo.
No el aura.
Eso seguía sin entenderlo.
Entendí el mecanismo.
Nosotros también lo habíamos tenido.
Claro que sí.
Solo que nadie lo grababa.
En mi instituto no farmeábamos aura.
No existía la expresión.
Si alguien hubiera dicho «farmear» en 1994 probablemente habríamos pensado que tenía tierras.
Pero el sistema estaba allí.
Hacer algo que impresionara a los demás te colocaba arriba.
Hacer el ridículo te colocaba abajo.
Solo que nosotros éramos bastante menos sofisticados.
Ellos bailaban.
Nosotros insultábamos.
Ellos competían por ver quién tenía más aura.
Nosotros competíamos por no convertirnos en el entretenimiento del recreo.

Un movimiento como el que acababa de hacer mi sobrino podía darle miles de reproducciones.

En mi instituto podía darte un mote.

Y un buen mote era mucho más difícil de borrar que un vídeo.

—En mis tiempos esto era diferente —dije.

Los dos pararon.

Había pronunciado una de las frases que juré que nunca pronunciaría.

Ya estaba hecho.

—¿Qué hacíais? —preguntó el pequeño.

—Otras cosas.

—¿Qué cosas?

Pensé.

—Gilipolleces.

—Como cuáles.

—No había redes sociales.

—Ya.

—Ni móviles.

—Ya.

—Así que si querías hacer el imbécil tenías que hacerlo presencialmente.

El mayor se rio.

—¿Y eso daba aura?

—No lo llamábamos aura.

—¿Cómo lo llamabais?

—No lo llamábamos.

—Entonces no era lo mismo.

—Era exactamente lo mismo.

—No.

—Sí. Solo que los que ahora farmeáis aura, en mi época habríais farmeado bullying.

El mayor soltó una carcajada.

—No puedes decir eso.

—¿Por qué?

—Porque suena fatal.

—Era bastante peor vivirlo.

El pequeño seguía pensando.
—¿Y cómo farmeabas bullying?
—Normalmente sin querer.
—Pon un ejemplo.
—Hacías algo ridículo.
—¿Y?
—Alguien lo veía.
—¿Y?
—Se lo contaba a los demás.
—¿Y?
—Te lo recordaban durante tres años.
Los dos se quedaron callados.
—Eso es bullying —dijo el mayor.
—Sí.
—Pues lo has dicho como si fuera gracioso.
—Ahora algunas cosas lo son.
—¿Y entonces?
—Entonces bastante menos.
Eso pareció satisfacerlos.
—¿Te pegaban? —preguntó el pequeño.
—Alguna vez.
—¿Por qué?
—Porque los adolescentes son gilipollas.
El mayor señaló a su hermano.
—Confirmo.
—Tú también eres adolescente.
—Pero con aura.
—Ah.
—Es diferente.
—Claro.
Pensé en algunos compañeros.
En el patio.
En Educación Física.
En los motes.
En lo fácil que era detectar al que estaba teniendo una mala semana y conseguir que tuviera una peor.

No éramos más duros.

Eso era una tontería que decían los adultos cuando querían sentirse orgullosos de haber sobrevivido a cosas que no deberían haber ocurrido.

Éramos niños.

Como ellos.

Solo que sin cámara.

Y con bastante menos supervisión.

—Venga —dijo el pequeño—. Otra batalla.

—Yo no.

—Tú haces de jurado.

—No conozco las reglas.

—No hay reglas.

—Eso ya lo había entendido.

Se colocaron.

Primero el pequeño.

Después el mayor.

Esta vez intenté valorar seriamente.

—Ha ganado él —dije señalando al pequeño.

El mayor protestó.

—¿Qué dices?

—Ha sido mejor.

—¿En qué?

—En aura.

—Pero si no sabes qué es.

—Ahora sí.

—¿Qué es?

Me quedé pensando.

—Hacer el gilipollas con suficiente seguridad para que parezca que sabes lo que estás haciendo.

Silencio.

El pequeño asintió.

—Más o menos.

Me sentí extrañamente orgulloso.

Pedimos pizza.

No utilizamos la que Laura había dejado en la nevera.

No porque estuviera mala.

Porque estaba allí.

A cierta edad, que tus padres hubieran previsto la cena convertía automáticamente cualquier otra opción en mejor.

Eso tampoco había cambiado.

Mientras comíamos, el mayor volvió al móvil.

Sonrió.

Lo puso boca abajo.

El pequeño lo vio.

—Lucía.

—Cállate.

—¿Otra vez Lucía? —pregunté.

—No.

—Sí.

—Somos amigos.

—Eso ya me lo has explicado.

—Pues ya está.

El pequeño sonrió.

—Hazle el baile.

—¿Qué baile?

—El de antes.

El mayor lo miró.

—Eres retrasado.

—Eh —dije.

—Qué.

—Eso no.

—Vale.

No discutió.

Me gustó más que tener que dar un discurso.

—¿Qué pasa con el baile? —pregunté.

El pequeño respondió.

—Que lo suba y así Lucía lo ve.

—No voy a subir nada.

—Porque sabes que pierdes aura.

—Cállate.

—Yo creo que deberías mandárselo directamente —dije.

El mayor me miró horrorizado.
—Ni de coña.
—¿Por qué?
—Porque no.
—Pero quieres que lo vea.
—Sí.
—Y no quieres mandárselo.
—No.
—Entonces lo subes para que lo vea fingiendo que no lo has subido para que lo vea.
Silencio.
—Más o menos.
Sonreí.
—Eso sí existía en mis tiempos.
—No teníais Instagram.
—Teníamos amigos.
—¿Y?
—Le decías a uno que le dijera a otro que comentara delante de alguien que tú ibas a estar el sábado en un sitio.
Los dos me miraron.
—Eso es tristísimo —dijo el mayor.
—Muchísimo.
—¿Y funcionaba?
—No.
—Entonces ¿para qué lo hacíais?
—Por eso tardé tanto en tener novia.
No necesitaban saber cuánto.
Poco después sonó la llave en la puerta.
Miré el reloj.
Casi las nueve.
Laura entró.
Carlos detrás.
—¿Qué tal?
—Bien.
—¿Habéis cenado?
—Sí.

Laura vio las cajas.
Después miró la nevera.
—Había pizza.
—También hemos comido pizza.
—Había pizza aquí.
—Entonces hemos acertado con el menú.
Negó con la cabeza.
—¿Qué habéis hecho?
—Nada —dijo el mayor.
Dos partidas.
Una chica llamada Lucía.
Una batalla de aura.
Un pequeño análisis sociológico de la violencia escolar en los noventa.
Y una advertencia de mi rodilla.
Nada.
Era exactamente la respuesta que yo habría dado a su edad.
Los chicos recogieron sus cosas.
El pequeño ya estaba en la puerta cuando se giró.
—Tío.
—Qué.
Hizo el movimiento.
El de la batalla.
El que me habían enseñado.
—No.
Sonrió.
—Hazlo.
—Vete.
—Venga.
—Tu madre está delante.
—Por eso.
Entendí demasiado tarde.
El mayor sacó el móvil.
—Ni se te ocurra.
Laura nos miró.
—¿Qué pasa?

—Nada.
—Tío.
—No.
—Te da miedo.
Otra vez.
La provocación más básica conocida por el ser humano.
Otra vez funcionó.
—Una vez.
Hice el movimiento.
Pie.
Pie.
Hombro.
Brazo.
Giro.
Esta vez la rodilla no protestó.
Cuando terminé, Laura me estaba mirando.
Carlos también.
Silencio.
—¿Qué coño haces? —preguntó mi hermana.
Mis sobrinos se derrumbaron.
—Farmeando aura —dije.
Laura miró a sus hijos.
Después a mí.
—No vuelvo a dejártelos.
—Eso también da aura —dijo el pequeño.
—Venga. Al coche.
Salieron riéndose.
Antes de cerrar la puerta, el mayor me miró.
Levantó el pulgar.
—Más mil.
—Gracias.
Cerré.
Me quedé solo en el salón.
No sabía si había ganado.
No sabía si había perdido.
Ni siquiera sabía si el aura podía conservarse de un día para otro.

Pero había conseguido algo bastante más difícil.

Durante cuatro horas, un chico de dieciséis años y otro de doce no habían parecido tener demasiada prisa por irse de mi casa.

Para un domingo por la tarde, me parecía suficiente.

CAPÍTULO 15

VISTO

El lunes me dolía la rodilla.

No mucho.

Lo suficiente.

Bajando las escaleras noté una pequeña molestia.

Nada grave.

Una advertencia.

Tenía cuarenta y cinco años y había descubierto que existían movimientos que podían hacerse una vez.

La segunda requería calentamiento.

Patricia llegó mientras yo tomaba café.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Andas raro.

—Estoy bien.

—Cojeas.

—No cojeo.

Di dos pasos.

Cojeaba.

Muy poco.

—¿Qué has hecho?

—Farmear aura.

Patricia se quedó mirándome.

—No quiero saberlo.

—Mejor.

—¿Es sexual?

—No.

—Entonces definitivamente no quiero saberlo.

Se sentó.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien.

—¿Cristina?
—Bien.
—¿Amparo?
—Bien.
—Qué hombre más expresivo.
—Bailé.
Patricia levantó la vista.
—¿Tú?
—Sí.
—¿Voluntariamente?
—Eso es discutible.
—¿Con Amparo?
—Y con Mercedes.
Silencio.
—¿Quién coño es Mercedes?
Me gustó aquel momento.
—Una mujer.
—Eso lo había deducido.
—Me pidió bailar.
—Mira tú.
—No significaba nada.
—¿Quién ha dicho que significara algo?
—Amparo.
—¿Amparo te explicó que una mujer puede hablar contigo sin querer acostarse contigo?
—Más o menos.
Patricia sonrió.
—Está haciendo una gran labor.
—También conocí a Antonio.
—¿Quién es Antonio?
—Va los jueves.
Patricia esperó.
—¿Adónde?
—A casa de Amparo.
Tardó dos segundos.
—Ah.

—Eso dije yo.
—¿Su novio?
—Antonio.
—¿Qué?
—Eso mismo pregunté.
Patricia me miró.
—Cada vez entiendo menos tu vida.
—Yo la mía sí. La de Amparo requiere más formación.

* * *

A media mañana llegó una notificación de Tinder.

A alguien le gustas.

Abrí la aplicación.

Elena, 47.

Morena.

Sonrisa bonita.

Cinco fotos.

Ninguna con filtro evidente.

Una en la playa.

Otra en una terraza.

Una con un perro.

La cuarta parecía de una boda.

La quinta, en el campo.

Leí el perfil.

«Me gusta viajar, el cine, salir a comer y también quedarme en casa. Busco conocer a alguien normal.»

Alguien normal.

Peligroso.

Todo el mundo se consideraba normal.

Probablemente también los que guardaban cabezas en un congelador.

Miré las fotos otra vez.

Me gustó.

Pulsé el corazón.

¡Es un match!

Cuatro.

Amparo.
Cristina.
Sonia.
Elena.
Pilar no contaba.
Pilar había sido un like.
Nada más.
No escribí inmediatamente.
Había aprendido cosas.
No sabía cuáles.
Pero alguna tenía que haber aprendido.
Esperé.
Dos minutos.
Me pareció suficiente.
Raúl: Hola. La pregunta importante: el perro es tuyo o lo utilizas para conseguir matches?
La respuesta llegó poco después.
Elena: Jajaja es mío
Bien.
Raúl: Entonces funciona.
Elena: 😂
Esperé.
Nada.
Escribí:
Raúl: Cómo se llama?
Elena: Coco
Raúl: Tiene cara de Coco.
Tardó un poco.
Elena: Jajaja sí
Y ya.
Miré la conversación.
Hola.
Jajaja.
Coco.
Jajaja.

Había interrogatorios policiales con más química.
Dejé el móvil.
Diez minutos después lo miré.
Nada.
Perfecto.
Estaría trabajando.
Yo también debería.
A la hora del café seguía sin haber nada.
No tenía por qué haberlo.
Nos conocíamos desde hacía aproximadamente cuatro mensajes.
Tres de ellos sobre un perro.
Guardé el teléfono.
Poco antes de salir del trabajo, Miguel escribió al grupo que teníamos Sergio, él y yo.
Miguel: Cerveza hoy?
Sergio respondió primero.
Sergio: imposible fútbol del niño
Miguel: Raul?
No tenía nada que hacer aquella tarde.
Raúl: Vale.
Miguel: 8?
Raúl: 👍
Sergio respondió.
Sergio: ese pulgar es de señor mayor
Raúl: Tengo 45 años.
Sergio: precisamente
Cristina tenía razón.
El pulgar empezaba a volverse contra mí.

* * *

A las ocho Miguel ya estaba sentado.
Tenía una cerveza.
Pedí otra.
—¿Qué tal?
—Bien.
—¿La cita del lunes pasado?

—¿Cuál?
Lo miré.
—¿Cuántas tuviste el lunes pasado?
—Una.
—Entonces esa.
—Ah.
—Dijiste que había ido bien.
—Sí.
—¿Y?
—Nada.
—¿Nada?
—Nada.
Me senté.
—¿No habéis vuelto a hablar?
—Sí.
—Entonces no es nada.
—Raúl.
—Qué.
—No me hagas reconstruirlo.
—Estoy intentando entender.
Miguel bebió.
—Quedamos. Nos acostamos. Hemos hablado dos veces. Ya está.
—Ah.
—¿Qué?
—Nada.
—Tienes cara.
Todo el mundo había decidido que mi cara era de dominio público.
—Pensaba que quizá...
—¿Qué?
—No sé.
—Pues yo tampoco.
Bebí.
—¿Y las otras? —pregunté.
—¿Qué otras?

—Tus nueve matches, veintitrés likes, tres citas, cuatro citas, lo que lleves.

Miguel sonrió.

—No llevo la cuenta.

—Mentira.

—Vale.

Sacó el móvil.

—Doce matches.

—Hijo de puta.

—Pero da igual.

—¿Cómo que da igual?

—Mira.

Me enseñó Tinder.

Conversaciones.

Muchas.

Algunas largas.

Otras cortas.

Una mujer no había respondido desde el jueves.

Otra conversación terminaba con un mensaje de Miguel.

Otra con un emoji.

Otra parecía haber empezado bien y acababa de repente.

—¿Y esta?

—Desapareció.

—¿Esta?

—Me dijo que no veía química.

—¿Y esta?

—Creo que ha vuelto con el ex.

—¿Y esta?

—No sé quién es.

Lo miré.

—¿Cómo que no sabes quién es?

—Tengo que abrir el perfil.

Lo abrió.

—Ah. Marta.

—Eso empieza bien.

—No tu Marta.

—Ya.

Miguel dejó el móvil.

—Al principio mola.

—¿Y ahora?

—También.

—Ah.

—Pero cansa.

Eso no me lo esperaba.

—¿Tinder?

—Todo.

Bebió.

—Hablar. Empezar otra vez. De dónde eres, qué haces, tienes hijos, qué buscas, qué música escuchas...

—Puedes preguntar por perros.

—¿Qué?

—Nada.

Miguel se quedó mirando la cerveza.

—El sábado estuve en casa de mis padres.

—Vives allí.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Sí.

Lo sabía.

—Mis hijos estaban con Natalia. No había quedado con nadie. Mi padre viendo fútbol. Mi madre haciendo punto.

—¿Tu madre hace punto?

—Ahora sí.

—No sabía.

—Yo tampoco.

Sonrió.

—Y pensé: ¿qué coño hago aquí?

No respondí.

—Hace seis meses tenía mi casa. Mis hijos entrando y saliendo. Natalia. La cena.

Se quedó callado.

—Y ahora tengo cuarenta y seis años y mi madre me pregunta si quiero Cola Cao.

—Eso está bien.
—Sí.
—Yo aceptaría.
Miguel sonrió.
Después dejó de hacerlo.
—No sé estar solo, tío.
Ahí estaba.
No como una tragedia.
Como un dato.
Yo sí sabía.
Once años daban para aprender muchas cosas.
Sabía cenar solo.
Viajar solo.
Ir al cine solo.
Pasar un domingo entero sin hablar con nadie y no convertirlo en una crisis existencial.
Sabía distinguir estar solo de sentirse solo.
No siempre.
Pero bastante.
Miguel sabía otras cosas.
Sabía convivir.
Criar hijos.
Compartir decisiones.
Discutir por un lavavajillas y seguir queriendo a la persona que lo cargaba mal.
Yo no.
No me pareció que ninguno hubiera ganado.
—Pues aprende —dije.
Miguel me miró.
—Gracias, Paulo Coelho.
—De nada.
—Qué consejo de mierda.
—No era un consejo.
—¿Qué era?
—No sé. Una orden.
—Peor.

—Puedes empezar por rechazar el Cola Cao.

—Ni de coña.

—Entonces ya tienes un plan.

Sonrió.

—Gilipollas.

—Sí.

Estuvimos otra hora.

Hablamos de fútbol.

De Sergio.

De sus hijos.

De una avería del Tiguan que costaba una cantidad de dinero que confirmó mi decisión de tener un coche viejo.

No hablamos más de Tinder.

Cuando llegué a casa eran cerca de las diez.

Me duché.

Preparé algo de cenar.

Me senté.

El teléfono estaba sobre la mesa.

Una notificación.

Tinder.

Elena.

Abrí.

Elena: Y tú tienes perro?

Sonreí.

Raúl: No.

Esperé.

Nada.

Cinco minutos.

Nada.

Diez.

Me levanté a dejar el plato.

Volví.

Nada.

Un rato después escribí:

Raúl: Aunque después de ver a Coco entiendo que debería replanteármelo.

Lo envié.

Esperé.

Nada.

Dejé el móvil sobre la mesa.

No era especialmente grave.

Elena y yo habíamos intercambiado nueve mensajes.

Cuatro eran risas.

Tres hablaban de un perro.

Nuestra relación podía darse por terminada sin necesidad de repartir bienes.

Me fui a dormir.

Elena no volvió a contestar.

CAPÍTULO 16

LA SEGUNDA

El martes Elena seguía sin contestar.

Lo comprobé una vez.

Dos.

La tercera ya no contó porque estaba buscando otra cosa.

No sabía qué.

Pero otra cosa.

—No va a contestar —dijo Patricia.

Levanté la vista.

—¿Quién?

—La del perro.

—¿Cómo sabes lo de la del perro?

—Me lo contaste ayer.

—Ah.

—Estás envejeciendo muy rápido.

—Tengo otras preocupaciones.

—¿Como cuáles?

—Trabajo.

Patricia miró mi pantalla.

—Estás en Tinder.

Cerré la aplicación.

—Estaba comprobando una cosa.

—Si te había contestado.

—Entre otras.

—¿Qué otras?

—No voy a entrar en detalles.

—Porque no existen.

Seguí trabajando.

—Además, esta noche tengo una cita.

—Sonia.

—Sí.

—Segunda cita.
—Sí.
—Después de besaros.
—Correcto.
Patricia esperó.
—¿Qué?
—Nada.
—Estás haciendo eso.
—¿Qué?
—Esperar.
—No estoy haciendo nada.
—Precisamente.
Sonrió.
Aquello empezaba a ser una tradición.
Sonia había elegido el sitio.
Un bar pequeño cerca del centro.
A las ocho.
No pensé demasiado en qué ponerme.
Eso me gustó.
Bueno.
No.
Simplemente ocurrió.
Me puse unos vaqueros, una camiseta y una chaqueta.
La camisa azul ni siquiera participó en el proceso.
Había evolucionado.
Sonia ya estaba dentro cuando llegué.
—Hola.
—Hola.
Nos besamos.
Dos besos.
En la cara.
Me di cuenta.
Ella también.
No ocurrió nada.
—¿Qué tal?
—Bien. Cansada.

—¿Mucho trabajo?
—Una barbaridad.
Nos sentamos.
La primera cita había empezado fácil.
Aquella no.
No mal.
Fácil no.
Había una diferencia.
Sonia me contó un problema con un cliente.
Yo le conté otro del trabajo.
Hablamos del tráfico.
De un restaurante que habían abierto cerca de su casa.
De una serie que ella estaba viendo y yo no.
De otra que yo había visto y ella había dejado en el segundo capítulo.
Todo normal.
Perfectamente normal.
Quizá demasiado.
—¿Y tu semana? —preguntó.
—Bien.
—¿Qué hiciste el fin de semana?
Pensé.
Cristina.
Amparo.
Antonio.
Mercedes.
Mis sobrinos.
Aura.
Había material.
—Fui a bailar.
Sonia abrió los ojos.
—¿Tú?
Empezaba a cansarme que todo el mundo reaccionara igual.
—Sí.
—No te pegaba.
—¿Qué me pega?

—No sé. Cine.
—También voy al cine.
—¿Ves?
—Eso no demuestra nada.
Sonrió.
—¿Y qué bailaste?
—Bachata.
—¿Sabes bailar bachata?
—No.
—Entonces ¿qué hiciste?
—Principalmente molestar.
Se rio.
Aquello mejoró un poco.
—¿Con quién fuiste?
—Con una amiga.
—¿Amiga?
Ahí estaba.
Una palabra.
Una entonación.
Una pregunta completa.
—Amparo.
—¿La de sesenta y siete?
La miré.
—¿Te hablé de Amparo?
—Sí.
—Estoy contando demasiadas cosas.
—Bastantes.
—Pues sí. Con ella.
—¿Y qué tal?
—Me rechazó por viejo, así que la tensión sexual está bastante controlada.
Sonia se rio.
—Eso sí me lo contaste.
—Bien.
—Lo de que te rechazó. No lo de bailar.
—Ahora somos amigos.

—¿Y bailaste con ella?
—Y con Mercedes.
Sonia dejó el vaso.
—¿Quién es Mercedes?
Sonreí.
—Esa reacción ya la he vivido.
—¿Qué reacción?
—Exactamente esa.
—Solo he preguntado quién es.
—Una mujer que estaba allí.
—¿Y?
—Bailamos.
—¿Y?
—Nada.
—Vale.
Esperé.
—¿Qué?
—Nada.
—Tienes cara.
Otra.
Todo el mundo tenía acceso a mi cara.
—No pasó nada.
—No he dicho que pasara.
—Ya.
Bebí.
No sabía por qué me estaba justificando.
Eso era nuevo.
Pedimos algo para comer.
La conversación siguió.
Mejor que al principio.
Peor que el miércoles anterior.
No sabía medir esas cosas.
Tampoco quería empezar.
Sonia estaba guapa.
Seguía pareciéndome atractiva.
Seguía siendo divertida.

Seguía tocándome el brazo alguna vez cuando hablaba.
Todo estaba aparentemente en su sitio.
Y, sin embargo, faltaba algo.
No sabía qué.
Quizá nada.
Quizá esperaba demasiado porque ya nos habíamos besado.
—Estás más callado hoy —dijo.
—¿Yo?
—Sí.
—No creo.
—Un poco.
—Estoy cansado.
Era verdad.
También era una respuesta de mierda.
—Yo también —dijo.
Y ahí quedó.
Después de cenar salimos.
Caminamos un rato.
Llegamos a una esquina.
Su coche estaba hacia un lado.
El mío, hacia el otro.
La primera vez aquel momento había tenido una dirección bastante clara.
Aquella noche no.
—Bueno —dijo Sonia.
—Bueno.
Nos miramos.
Ahí estaba otra vez.
El espacio.
La distancia exacta en la que dos adultos tenían que decidir qué coño hacer con la cara.
Sonia sonrió.
Yo también.
Me acerqué.
Ella también.
Nos besamos.

Fue un buen beso.
Objetivamente.
Si existía una inspección de besos, habría pasado.
Duración correcta.
Manos razonables.
Ningún diente.
Nada extraño.
Cuando terminamos, Sonia sonrió.
—Bueno.
—Bueno.
Segunda vez.
—Me voy, que mañana madrugo.
—Yo también.
—Hablamos.
—Sí.
Nos dimos otro beso.
Más corto.
Se fue.
Caminé hacia mi coche.
No estaba eufórico.
Tampoco decepcionado.
Eso era lo raro.

El miércoles anterior había conducido a casa pensando que acababa de besar a una mujer después de once años.

Aquella noche acababa de besar a la misma mujer seis días después.

El acontecimiento había perdido bastante valor informativo.

* * *

Al llegar a casa tenía un mensaje.

Sonia: He llegado 😊

Contesté.

Raúl: Yo también. Lo he pasado bien.

Tardó un poco.

Sonia: Yo también 😊

Y ya.

Dejé el teléfono.

A la mañana siguiente no había ningún mensaje suyo.

Tampoco de Elena.

Cristina había subido una foto nueva a Tinder.

Eso me sorprendió más de lo que debería.

Estaba en una terraza.

No sabía cuándo la había puesto.

Quizá el lunes.

Quizá antes.

La miré unos segundos.

Después cerré.

Sonia escribió cerca del mediodía.

Sonia: Oye, te voy a decir una cosa antes de que hagamos el tonto

Leí dos veces.

Aquello rara vez precedía a una invitación de cumpleaños.

Sonia: Me caes genial y me lo he pasado bien contigo los dos días

Aparecieron los tres puntos.

Desaparecieron.

Volvieron.

Sonia: Pero ayer me fui con la sensación de que no terminamos de encajar

Me quedé mirando.

No sentí un golpe.

Ni un vacío.

Ni una decepción enorme.

Más bien reconocimiento.

Porque yo había sentido exactamente lo mismo.

Escribí.

Borré.

Volví a escribir.

Raúl: Creo que a mí me pasó un poco lo mismo.

Lo envié.

Sonia respondió enseguida.

Sonia: Joder pues haber avisado 😂
Sonreí.
Raúl: Estaba esperando el informe oficial.
Me arrepentí en cuanto lo envié.
Otra vez.
Funcionario.
Tenía que vigilar aquello.
Sonia respondió.
Sonia: 😂😂
Sonia: Entonces amigos?
Miré la palabra.
Amigos.
Llevábamos dos citas.
No sabía si aquello creaba una amistad.
Raúl: Podemos empezar por no bloquearnos y ya vemos.
Sonia: Me parece razonable 😂
Raúl: Y gracias por decirlo.
Sonia: Igualmente
Sonia: Por cierto
Sonia: La próxima vez que una mujer te diga que no has perdido práctica no te vengas arriba
Me reí en voz alta.
Patricia levantó la cabeza.
—¿Qué?
—Nada.
Raúl: Pensaba utilizarlo en mi perfil.
Sonia: Ni se te ocurra
Raúl: "Avalado por una usuaria."
Sonia: Adiós Raúl 😂
Raúl: Adiós Sonia.
Dejé el teléfono.
—¿Qué ha pasado? —preguntó Patricia.
—Sonia.
—¿Qué?
—No habrá tercera cita.

Patricia dejó de sonreír.
—¿Estás bien?
—Sí.
—¿Seguro?
—Sí.
—¿Te ha dicho que no quiere seguir?
—Más o menos.
—Lo siento.
—Yo tampoco quería.
Patricia me miró.
—Ah.
—¿Qué?
—Nada.
—Otra vez esa cara.
—¿Qué cara?
—La de que no me crees.
—Sí te creo.
—Entonces.
—Estoy procesando que hayas tardado menos de dos semanas en descubrir que tú también puedes rechazar.
—No la he rechazado.
—Ya.
—Ha sido mutuo.
—Claro.
—De verdad.
—Raúl.
—Qué.
—Te creo.
—Pues deja de poner esa cara.
Sonrió.
—No puedo. Es mi cara.
Volví al trabajo.
Me sentía bien.
No contento.
No triste.
Bien.

Sonia me gustaba.

Me había gustado besarla.

Me había gustado que me tocara el brazo.

Me había gustado que dijera que no parecía llevar once años sin práctica.

Todo aquello seguía siendo verdad.

Y también era verdad que no quería una tercera cita.

Me pareció extraño.

Durante mucho tiempo había imaginado que mi problema, si alguna vez volvía a salir con mujeres, sería gustarles.

No se me había ocurrido que después habría más problemas.

Que me gustaran.

Que me gustaran lo suficiente.

Que yo les gustara lo suficiente.

Que coincidieran ambas cosas.

Que coincidieran el mismo día.

Era un sistema bastante mal diseñado.

Abrí Tinder.

Cuatro matches.

Amparo, convertida en amiga.

Cristina, hablando con otro hombre.

Sonia, archivada sentimentalmente hacía aproximadamente siete minutos.

Elena, desaparecida junto a Coco.

Visto así, mi imperio no parecía especialmente sólido.

Cerré Tinder.

Tenía trabajo.

Y hambre.

Sobre todo, hambre.

Aquello sí sabía solucionarlo.

CAPÍTULO 17

LA FARMACÉUTICA

Mi madre me llamó el miércoles a las seis y doce.

—Raúl.

—Mamá.

—¿Dónde estás?

Miré alrededor.

Mi salón.

—En casa.

—¿Puedes venir?

Me incorporé.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Entonces ¿qué pasa?

—Que necesito una cosa.

—¿Qué cosa?

—Cuando vengas te lo digo.

—Dímelo ahora.

—No quiero molestarte si estás ocupado.

Miré la televisión.

Un señor estaba restaurando una mesa del siglo XIX.

Llevaba quince minutos viéndolo.

—Estoy ocupadísimo.

—Pues nada.

—Mamá.

—Qué.

—¿Qué necesitas?

—Unas pastillas.

—¿Qué pastillas?

—Las mías.

Aquello reducía poco el campo.
—¿Y por qué no vas tú?
—Porque ya estoy en pijama.
Miré el reloj.
Seis y doce.
—Son las seis.
—¿Y?
No tenía respuesta.
Mi madre vivía a diez minutos en coche.
A quince si había tráfico.
A veinticinco si alguien había decidido aparcar en doble fila en una calle estrecha, que era una tradición local.
Cuando llegué, abrió en pijama.
No había mentido.
Eso siempre era tranquilizador.
—Hola.
—Hola, hijo.
—¿Qué pastillas?
—Pasa.
—Mamá.
—Qué prisa.
—Ninguna. Pero me has llamado como si estuvieras secuestrada.
—No exageres.
—Has dicho «puedes venir» y te has negado a explicar por qué.
—Te he dicho que eran pastillas.
—Después de un interrogatorio.
Fue a la cocina.
La seguí.
—¿Has merendado?
—Sí.
—Tengo bizcocho.
—Entonces no.
—¿No quieres?
—Claro que quiero.
—Pues siéntate.
Había ido a por medicamentos.

Estaba comiendo bizcocho.
El proceso funcionaba.
Me dio una tarjeta y una caja vacía.
—Esta.
Miré el nombre.
—Vale.
—Y pregunta si ya está la otra.
—¿Qué otra?
Sacó otra caja.
—Esta.
—¿Hay algo más?
—No.
Esperé.
—¿Seguro?
—Sí.
—Porque puedo hacer una sola expedición.
—Qué exagerado eres.
Me guardé las cajas.
—Voy.
—Espera.
Ahí estaba.
—¿Qué?
—Creo que hoy está la chica.
Cerré los ojos.
—No.
—¿Qué?
—Nada.
—La farmacéutica.
—Sé quién es la chica.
—Es muy agradable.
—Eso ya me lo dijiste.
—Porque lo es.
—También me dijiste que no está casada.
—Y no lo está.
—¿Sigue sin llevar alianza?
Mi madre me miró.

—Me fijo en las cosas.
—Eso es una forma muy elegante de llamarlo.
—¿De llamar a qué?
—A lo que haces tú.
—No hago nada.
—Claro.
Me guardé las cajas.
—Voy a por las pastillas.
—Se llama Ana.
Me detuve.
—Mamá.
—¿Qué?
—Tiene una placa con el nombre. Ya lo sé.
—Pues entonces no sé por qué te molesta que te lo diga.
No había manera de ganar aquella conversación.
—Voy.
—No tardes.
—¿Por qué?
—Por nada.
La miré.
Mi madre empezó a recoger unas migas que no existían.
Me fui.
La farmacia estaba a dos calles.
Había entrado muchas veces.
Conocía de vista a casi todos.
Y también a ella.
Ana tendría cuarenta y pocos.
Quizá algo más.
Pelo oscuro.
Gafas.
Siempre parecía estar de buen humor.
Eso, hasta aquel momento, lo había atribuido a una mezcla de profesionalidad y medicamentos cercanos.
Había dos personas delante.
Esperé.
Me tocó.

Ana sonrió.
—Hola.
—Hola.
Le di la tarjeta y las cajas.
—Vengo de parte de Carmen.
Su sonrisa cambió.
No mucho.
Lo suficiente.
—Ya me parecía raro que vinieras tú solo.
—También compro medicamentos por iniciativa propia.
—No muchas veces.
La miré.
—¿Sabes quién soy?
—Claro.
Aquello no estaba previsto.
—Ah.
—El hijo de Carmen.
Mucho mejor.
—Eso sí.
Ana pasó la tarjeta.
—Tu madre habla mucho de ti.
Mucho peor.
—Lo siento.
Se rio.
—No ha dicho nada malo.
—Eso me preocupa todavía más.
Buscó una de las cajas.
—Esta sí.
—¿Y la otra?
Miró la pantalla.
—Mañana.
—Perfecto.
—¿Quieres que se la reservemos?
—Sí.
Tecleó algo.
—Hecho.

Cogí la caja.
—Gracias.
—De nada.
Y ahí debería haber terminado.
—Por cierto —dijo Ana.
Me giré.
—¿Qué?
—¿Al final fuiste al japonés?
Tardé unos segundos.
—¿Qué japonés?
—El restaurante.
Seguía sin saber de qué hablaba.
Ana me miró.
—El que te recomendé.
Busqué en mi memoria.
Nada.
—Creo que no era yo.
—Sí eras tú.
—No recuerdo...
—Viniste a por ibuprofeno hace unos meses y me preguntaste por un sitio para cenar por el centro.
Entonces sí.
Muy vagamente.
Había sido después del cine.
Quería cenar.
Ella había mencionado un japonés.
Yo había terminado comiendo una hamburguesa.
—Es verdad.
—No fuiste.
—No.
—Muy mal.
—¿Tan bueno es?
—Sí.
—Pues tendré que ir.
—Tienes que pedir el ramen.
—Vale.

—Y las gyozas.
—Vale.
—El sushi no.
—¿Por qué?
—No está malo. Pero hay sitios mejores.
—Estoy recibiendo mucha información.
—Luego no digas que no te aviso.
Sonrió.
Yo también.
—Ramen y gyozas.
—Eso.
—Lo intentaré.
—Hazlo.
Cogí la bolsa.
—Hasta mañana.
—¿Mañana?
—La medicación de tu madre.
—Ah. Sí.
Ana sonrió.
—Hasta mañana.

* * *

Salí.
Caminé unos veinte metros.
Paré.
No físicamente.
Mentalmente.
Volví a reproducir la conversación.
Hola.
Carmen.
Medicamentos.
Japonés.
Ramen.
Gyozas.
Hasta mañana.
Nada.

Absolutamente nada.
Seguí andando.
Cinco metros después volví a pensar.
Recordaba una conversación conmigo de hacía meses.
Eso podía significar algo.
También podía significar que tenía buena memoria.
Trabajaba de cara al público.
Recordar clientes era útil.
Además, yo era el hijo de Carmen.
Mi madre podía haber convertido mi existencia en una serie por entregas.
No había pruebas.
Bien.
Cuando volví, mi madre seguía en la cocina.
—¿Te la han dado?
Dejé la bolsa.
—Una sí. La otra mañana.
—Ah.
—La han reservado.
—Muy bien.
Cogió la caja.
No preguntó nada.
Esperé.
Nada.
Mi madre abrió un armario.
Sacó un vaso.
—¿Qué?
—Nada.
—Me estás mirando.
—Tú sabrás.
—¿Sabré qué?
—Nada.
La observé.
Aquello era sospechoso.
—He hablado con Ana.
Mi madre bebió agua.

—Claro. Trabaja allí.
—Me ha recomendado un japonés.
Mi madre dejó el vaso.
—Qué bien.
—Ya me lo había recomendado antes.
—Ah.
—Se acordaba.
—Tiene buena memoria.
—Eso he pensado.
Mi madre asintió.
—Es muy lista.
—Mamá.
—Qué.
—No hagas nada.
—¿Qué voy a hacer?
—Nada.
—Pues entonces ya estamos de acuerdo.
No me tranquilizó.
—¿Tú le has hablado de mí?
—Claro.
—¿Por qué?
—Porque eres mi hijo.
—Eso no obliga.
—¿De qué quieres que hable?
—Del tiempo.
—También.
—¿Qué le has contado?
—Cosas.
—¿Qué cosas?
—Normales.
—Define normales.
Mi madre empezó a recoger unas migas.
—Que trabajas.
—Bien.
—Que tienes tu casa.
—Mamá.

—¿Qué?
—Eso ya no es una conversación normal con una farmacéutica.
—Me preguntó.
Me quedé quieto.
—¿Qué te preguntó?
—No me acuerdo.
—Hace un rato sabías hasta cuándo trabaja y ahora tienes amnesia.
—No seas pesado.
—Mamá.
—Me preguntó si vivías por aquí.
—Eso no es lo mismo que preguntar si tengo casa.
—Pues salió.
—¿Y qué más salió?
—Nada.
—¿Estoy soltero?
Silencio.
Ah.
—Mamá.
—Qué.
—¿Le has dicho que estoy soltero?
—No sé.
—Sí sabes.
—Puede.
—¿Cómo sale eso comprando medicamentos?
—Se habla.
—¿De mi estado civil?
—No eres ministro.
—Precisamente por eso.
Mi madre sonrió.
La conocía.
Aquella sonrisa era culpable.
—No vuelvas a hablarle de mí.
—Vale.
—En serio.
—Que sí.

—Ni de si tengo novia.
—Vale.
—Ni de mi casa.
—Vale.
—Ni de Tinder.
Mi madre levantó la cabeza.
—¿Qué voy a contarle yo de Tinder?
—Nada. Ese es exactamente el objetivo.
—Solo sé que te lo pusiste.
—Información más que suficiente.
—¿Y te ha servido?
La miré.
—¿Para qué?
—Para conocer mujeres.
—Mamá.
—Para eso era, ¿no?
—Sí.
—Pues te estoy preguntando.
—No vamos a hacer balance.
—¿Has conocido a alguna?
Pensé en Amparo.
Cristina.
Sonia.
Incluso Elena y Coco durante aproximadamente nueve mensajes.
—Alguna.
Mi madre sonrió.
Mala señal.
—¿Qué?
—Nada.
—No pongas esa cara.
—¿Qué cara?
—La que estás poniendo.
—Me alegro por ti.
—No hay nada por lo que alegrarse.
—Pues entonces no me alegro.
—Mucho mejor.

Cogí las llaves.

—Me voy.

—¿Mañana recoges la otra?

—Sí.

—A la misma hora está Ana.

La miré.

Mi madre cogió otra miga.

—Casualidad.

—Claro.

Bajé al coche.

Antes de arrancar pensé en Ana.

Otra vez.

No porque creyera que estuviera interesada.

No tenía ni idea.

Ese era precisamente el problema.

Dos semanas antes una mujer podía sonreírme, recordar una conversación de hacía meses y recomendarme un restaurante y yo habría pensado:

Qué farmacéutica más agradable.

Ahora existían alternativas.

Podía ser amable.

Podía caerle bien.

Podía estar flirteando.

Podía recordar a mi madre y, por extensión, a mí.

No sabía.

Y empezaba a sospechar que gran parte de volver a relacionarse con mujeres consistía exactamente en eso.

No saber.

El móvil vibró.

Lo miré antes de arrancar.

Cristina.

Cristina: Cómo va tu semana?

Sonreí.

Escribí:

Raúl: Acabo de descubrir que mi madre puede estar intentando colocarme a la farmacéutica.

Los tres puntos aparecieron enseguida.
Cristina: 😂😂😂
Cristina: Necesito toda la historia.
Miré hacia la ventana de casa de mi madre.
La luz de la cocina seguía encendida.
Raúl: Es larga.
Cristina: Tengo tiempo.
Arranqué.
No contesté todavía.
Por primera vez en varios días, tampoco tuve prisa.

CAPÍTULO 18

SEÑALES

El jueves fui a trabajar sabiendo que por la tarde tenía que volver a la farmacia.

Eso no debería haber significado nada.

Significaba recoger una caja.

Entrar.

Dar el nombre.

Recoger.

Salir.

Un proceso sencillo.

Había comprado medicamentos cientos de veces sin convertirlo en un acontecimiento.

Hasta que mi madre decidió informarme de que la farmacéutica estaba soltera.

Ahora tenía un problema.

No sabía si ponerme colonia.

No me puse.

Me pareció una victoria.

* * *

A media mañana Patricia se acercó a mi mesa.

—¿Qué haces esta tarde?

—Cosas.

—Qué misterioso.

—Tengo que ir a la farmacia.

—Eso explica todo.

—¿Todo qué?

—Nada.

La miré.

Patricia siguió andando.

—Espera.

Se detuvo.
—¿Qué?
—¿Por qué has dicho eso?
—¿El qué?
—«Eso explica todo.»
—Era una frase.
—No.
—Raúl.
—Qué.
—Tengo trabajo.
—Yo también.
—Pues hazlo.
Se fue.
Me quedé pensando.
Cinco segundos.
Después entendí.
Me levanté.
—No es por la farmacéutica.
Patricia ni siquiera giró la cabeza.
—No sé de qué me hablas.
Hija de puta.

* * *

A las tres salí.
Fui a casa.
Comí.
Vi un rato la televisión.
Me quedé dormido en el sofá.
Me desperté a las cinco y veinte con el cuello torcido y una marca del cojín en la cara.
Perfecto.
Aquello ayudaba.
La farmacia cerraba a las ocho y media.
Podía ir a cualquier hora.
Fui a las seis y cuarto.
La misma que el día anterior.

Por casualidad.
Había cuatro personas esperando.
Ana estaba atendiendo.
También había otro farmacéutico.
Calculé.
Si avanzaba aquella cola normalmente, podía tocarme cualquiera de los dos.
Me pareció bien.
Por supuesto.
No había ido a hablar con Ana.
Había ido a recoger una medicación.
Avanzó la cola.
El hombre de delante fue con el otro.
Yo quedé libre.
Ana levantó la cabeza.
—Hola otra vez.
—Hola.
Me acerqué.
El universo había decidido.
O una cola de farmacia.
Una de las dos.
—Vengo a por lo de mi madre.
—Ya.
Ana fue hacia uno de los cajones.
No me pidió el nombre.
Volvió con la caja.
—Aquí está.
—Perfecto.
Le di la tarjeta.
—¿Qué tal?
La miré.
—¿Yo?
—Sí.
Aquello era una pregunta extremadamente habitual.
Millones de personas la recibían cada día.
No era una señal.

—Bien.
—Qué entusiasmo.
—Es jueves.
—Eso es verdad.
Pasó la tarjeta.
—¿Y tú?
—Bien.
—Qué entusiasmo.
Sonrió.
Uno a uno.
Me entregó la caja.
—¿Algo más?
Ahí estaba la salida.
No.
Gracias.
Hasta luego.
Era fácil.
—Todavía no he ido al japonés.
¿Por qué había dicho eso?
Ana sonrió.
—Han pasado veinticuatro horas.
—He tenido una agenda complicada.
Había dormido una siesta.
—Tampoco tienes que ir corriendo.
—Ya.
—Aunque el ramen sigue estando bueno.
—Me tranquiliza que no haya empeorado desde ayer.
Se rio.
Bien.
O no.
La gente se reía.
Era una actividad normal.
—¿Siempre sales tan tarde? —pregunté.
No.
¿Por qué?
¿Por qué había preguntado eso?

Ana señaló alrededor.
—Trabajo aquí.
—Ya. Eso lo había deducido.
—Entonces vamos bien.
—Me refería al horario.
—Depende del turno.
—Ah.
Silencio.
No terrible.
Pero silencio.
Una señora esperaba detrás de mí.
Eso sí era terrible.
—Bueno —dije—. No te entretengo.
—No me entretienes.
Señaló a la señora.
—Pero ella quizá opine distinto.
La mujer sonrió.
—Yo no tengo prisa.
Estupendo.
Ahora había público.
—Me voy.
Ana se rio.
—Hasta luego, Raúl.
—Hasta luego.

* * *

Salí.
Otra vez.
Había vuelto a decir mi nombre.
Sin mirar ninguna tarjeta.
Eso era una señal.
No.
Sabía cómo me llamaba.
Mi madre probablemente se lo había dicho.
También podía haberlo leído en la tarjeta sanitaria el día anterior.
O durante cualquiera de las veces que había ido a la farmacia.

No significaba nada.
Llegué al coche.
Abrí la puerta.
No entré.
¿«No me entretienes»?
Podía significar:
No me entretienes.
O podía significar:
No me entretienes.
Las dos opciones eran preocupantemente parecidas.
Entré.
El móvil vibró.
Patricia.
Patricia: 💊❤️?
La llamé.
Respondió riéndose.
—Eres imbécil.
—¿Qué tal Ana?
—He ido a por una caja.
—¿Y?
—Me ha dado una caja.
—Pasión.
—Hemos hablado.
—Ah.
—Normal.
—Claro.
—Me ha preguntado qué tal.
—Boda en junio.
—Vete a la mierda.
Patricia se rio.
—¿Le has pedido el teléfono?
—No.
—Bien.
—¿Por qué bien?

—Porque trabaja de cara al público y todavía no sabes si está siendo amable o si le interesas.

Me quedé callado.

—Eso es exactamente lo que he pensado.

—Entonces vas progresando.

—Pero ha recordado mi nombre.

—Raúl.

—Qué.

—Tu madre compra allí.

—Ya.

—Tú compras allí.

—Sí.

—Ayer hablaste con ella.

—Sí.

—Puede recordar tu nombre.

—Sí.

—También puede gustarle tu culo. No tengo datos.

—Gracias.

—De nada.

Colgó.

Me quedé sentado en el coche.

Aquello era frustrante.

Las aplicaciones tenían defectos.

Muchísimos.

Pero al menos resolvían una cuestión.

Si hacías match con alguien, sabías que en algún momento aquella persona había visto tu cara y había pulsado que sí.

Fuera de Tinder no había corazones.

No aparecía un cartel.

No vibraba nada.

Había sonrisas.

Preguntas.

Miradas.

Conversaciones.

Personas que recordaban tu nombre.

Y ninguna llevaba instrucciones.

Durante once años aquello no me había preocupado porque no estaba buscando nada.

Ahora veía señales por todas partes.

Probablemente la mitad no existían.

* * *

Por la noche cené en casa.

Puse una película.

A los veinte minutos Cristina escribió.

Cristina: Necesito actualización farmacéutica.

Sonreí.

La historia de mi madre había continuado por mensajes la noche anterior.

Cristina conocía ya una cantidad preocupante de información sobre Ana.

Raúl: He vuelto hoy.

Cristina: 😂😂😂

Cristina: Por las pastillas o por amor?

Raúl: Por las pastillas.

Cristina: Qué decepción.

Raúl: Ha recordado mi nombre.

Tardó poco.

Cristina: Cásate con ella.

Raúl: Patricia ha dicho junio.

Cristina: Patricia me cae bien.

Raúl: No la conoces.

Cristina: Me cae bien igual.

Raúl: Eso le pasa a mucha gente al principio.

Seguimos hablando.

De la farmacia.

De su día.

De sus hijos.

Su hijo había perdido una sudadera por tercera vez aquel curso.

Su hija necesitaba una cartulina para el día siguiente y había decidido comunicarlo a las diez de la noche.

Cristina: Ser madre consiste en descubrir necesidades escolares cuando las tiendas están cerradas.
Raúl: Puedes dibujar una cartulina en varios folios.
Cristina: No vuelvas a dar consejos sobre maternidad.
Raúl: Entendido.
Pasaron unos segundos.
Cristina: La semana que viene tengo una tarde libre.
Miré el mensaje.
No respondí inmediatamente.
No porque estuviera calculando.
Bueno.
Un poco.
Raúl: Eso existe?
Cristina: Una vez cada varios meses.
Raúl: Deberíamos hacer algo para celebrarlo.
Cristina: Eso estaba pensando.
Sonreí.
Raúl: Qué día?
Cristina: Miércoles.
Miércoles.
Seis días.
Raúl: Puedo.
Cristina: Qué raro.
Raúl: Tengo una vida muy ocupada.
Cristina: Farmacias, jubiladas, bailes...
Raúl: No sé cómo saco tiempo.
Cristina: 😂
Cristina: Pero esta vez elijo yo.
Raúl: Me preocupa.
Cristina: Debería.
Dejé el móvil.
Volví a la película.
No sabía qué había ocurrido durante los últimos veinte minutos.
Un hombre estaba huyendo.
No sabía de quién.

Pausé.

Retrocedí.

Diecisiete minutos.

Antes de dormir abrí Tinder.

No por nada.

Cristina seguía allí.

La foto nueva también.

Elena seguía sin contestar.

Sonia seguía siendo match.

Me detuve.

No sabía qué se hacía con un match cuando ambos habían decidido que no querían seguir quedando.

¿Se deshacía?

¿Se dejaba?

¿Había una etiqueta?

Pensé en Álvaro.

No.

No iba a preguntarle.

Cerré Tinder.

Tenía una cita con Cristina el miércoles siguiente.

Tercera.

Eso sí significaba algo.

Probablemente.

Luego pensé en Ana.

No sabía si aquello significaba algo.

Probablemente no.

Después pensé que quizá era justo al revés.

Apagué la luz.

Dos semanas usando Tinder y ya había conseguido algo que no esperaba.

Desconfiar de las farmacéuticas.

CAPÍTULO 19

NADA SERIO

El viernes Álvaro llegó sin café.

Eso era raro.

Álvaro llegaba con café.

A veces con dos.

Uno de máquina.

Otro de algún sitio donde un café costaba lo mismo que un desayuno.

Aquel día no llevaba ninguno.

Dejó la mochila.

Se sentó.

Encendió el ordenador.

No saludó.

Patricia lo miró.

Después me miró a mí.

Yo negué con la cabeza.

No sabía nada.

Patricia levantó las cejas.

Yo me encogí de hombros.

Álvaro giró la silla.

—Os estoy viendo.

—Buenos días —dije.

—Buenos días.

Patricia sonrió.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Vale.

Y siguió trabajando.

Aquello fue mucho más efectivo que preguntar.

Cinco minutos después Álvaro habló.

—Es que no lo entiendo.

Patricia ni siquiera levantó la vista.
—Claro.
—¿Qué?
—Nada.
—¿Por qué has dicho claro?
—Porque no entiendes algo.
—Ya.
—Pues claro.
Álvaro me miró.
No pude ayudarlo.
—¿Qué no entiendes? —pregunté.
Suspiró.
—A Irene.
Primera noticia.
—¿Quién es Irene?
Patricia levantó la cabeza.
—La novia.
—No es mi novia.
Ah.
Esa Irene.
Hasta aquel momento había sido «ella».
Me alegró saber que tenía nombre.
—¿La de los seis meses? —pregunté.
—Sí.
—La exclusiva.
—Sí.
—La que conoce a tus padres.
—Sí.
—Con la que te vas de fin de semana.
—Sí.
—Tu novia.
—Que no.
—Perdona. Continúa.
Álvaro se pasó una mano por el pelo.
—Ayer me dijo que necesitaba espacio.
Patricia dejó de escribir.

—¿Por qué?
—No sé.
—Algo te habrá dicho.
—Que esto no le está haciendo bien.
—Eso es algo —dije.
—Ya, pero no lo entiendo.
—¿Qué parte?
—Todo.
Esperé.
—Vas a tener que aportar más datos.
Álvaro giró hacia mí.
—Llevamos bien desde que empezamos.
—Seis meses.
—Más o menos.
—Os veis cuatro días a la semana.
—Sí.
—Sois exclusivos.
—Sí.
—Habéis conocido a las familias.
—Sí.
—Os vais juntos de viaje.
—Alguna vez.
—Y no es tu novia.
—No.
—Pues a lo mejor ella también tiene problemas para entenderlo.
Patricia sonrió.
Álvaro no.
—No es por eso.
—¿Te lo ha dicho?
—No.
—Entonces puede ser por eso.
—Ella tampoco quería etiquetas.
—Hace seis meses.
—¿Y?
—Que las personas pueden cambiar de opinión.
—Ya.

—Incluso sin actualizar los términos y condiciones.
Patricia me miró.
—Te ha durado poco.
—¿Qué?
—Lo de dejar de hablar como funcionario.
—Eso no era de funcionario.
—Era de persona insoportable.
—Mejor.
Álvaro suspiró.
—No me estáis ayudando.
Fuimos a por café.
Álvaro también.
Eso parecía buena señal.
Se quedó mirando la máquina.
—Ayer cenamos.
—Vale.
—Y estaba rara.
—Vale.
—Le pregunté qué le pasaba.
—Bien.
—Me dijo que nada.
—Mal.
—Luego me dijo que sí.
—Bien.
—Y después que necesitaba espacio.
—Mal.
—¿Puedes dejar de puntuar? —preguntó Patricia.
—Sí.
Álvaro sacó el vaso.
—Dice que siente que estamos en un sitio que no va a ninguna parte.
Lo miré.
—Ah.
—¿Qué?
—Nada.
—Has dicho «ah».

—Sí.
—¿Qué significa?
—Que ahora lo entiendo bastante mejor.
—Pues explícame.
—Quiere que vaya a alguna parte.
—Ya vamos a sitios.
Patricia cerró los ojos.
Yo lo miré.
—¿Lo has dicho en serio?
—Sabes a qué me refiero.
—No estoy seguro.
—Hemos viajado.
—No creo que esté pidiendo otro fin de semana en Málaga.
Volvimos a las mesas.
Álvaro no encendió el ordenador.
—Yo fui claro desde el principio.
—¿Qué le dijiste? —pregunté.
—Que no quería una relación seria.
—¿Y ella?
—Que tampoco.
—Hace seis meses.
—Sí.
—Y desde entonces habéis construido una relación seria.
—No.
—Álvaro.
—No es lo mismo.
—Explícame la diferencia.
Abrió la boca.
Esperé.
—No hay compromiso.
—Sois exclusivos.
—Sí.
—Os veis cuatro días a la semana.
—No siempre.
—Conoce a tus padres.
—Porque coincidieron.

—¿Varias veces?
—Sí.
—Tú conoces a los suyos.
—Sí.
—Habéis viajado juntos.
—Sí.
—Dormís juntos.
Patricia intervino.
—No necesitamos esa parte.
—Me refiero a dormir.
—Tampoco.
Álvaro me miró.
—¿Qué quieres que te diga?
—Nada. Estoy intentando localizar la ausencia de compromiso.
Se quedó callado.
Yo también.
Patricia trabajaba.
O fingía.
—Entonces ¿qué hago? —preguntó Álvaro.
La pregunta iba dirigida a mí.
Miré detrás.
No había nadie.
—¿Me preguntas a mí?
—Sí.
—¿Por qué?
—No sé.
—Yo llevo once...
Paré.
No.
No otra vez.
—Yo no soy la persona adecuada.
—Has tenido una relación de siete años.
—Hace muchísimo.
—Pero la has tenido.
—También tuve un Nokia y no me preguntáis sobre móviles.
Patricia soltó una risa.

—Pregúntale qué quiere —dije.
Álvaro frunció el ceño.
—Ya sé lo que quiere.
—No parece.
—Quiere espacio.
—Eso es lo que te ha pedido ahora. Pregúntale qué quería antes de necesitarlo.
Se quedó callado.
—¿Y si quiere una relación?
—Ya tiene una.
—Sabes lo que digo.
—Sí.
Bebí café.
—Pues tendrás que decidir si tú la quieres.
—La quiero.
—No. Si quieres eso.
—No sé.
—Pues ese es el problema.
—¿Y qué hago?
—Dejar de preguntarme a mí y pensarlo.
—Gran consejo.
—Es gratis.
Patricia levantó un dedo.
—Yo añadiría una cosa.
Álvaro la miró.
—No le escribas ahora.
—¿Por qué?
—Porque te ha pedido espacio.
—¿Cuánto?
—Álvaro.
—¿Qué?
—No hay un temporizador.
—¿Entonces?
—Hoy no.
—¿Y mañana?
—Tampoco necesitas negociar cada hora.

Álvaro miró el teléfono.

Lo puso boca abajo.

Dos minutos después lo volvió a coger.

* * *

A media mañana lo vi escribir.

No dije nada.

Borró.

Escribió.

Borró.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Patricia.

—Nada.

—Perfecto.

Guardó el teléfono.

A la hora de comer seguía serio.

No hundido.

Serio.

Antes de irnos se acercó a mi mesa.

—Te puedo preguntar una cosa.

—Otra.

—Cuando terminaste con Marta...

Ahí me sorprendió.

—Sí.

—¿Cómo supiste que había que terminar?

Pensé.

Hacía once años que nadie me preguntaba aquello.

—No lo supe.

—¿Cómo?

—No hubo un día en que me despertara y pensara que se había acabado.

—Entonces.

—Fuimos tardando demasiado en reconocerlo.

Álvaro esperó.

—¿Por qué?

—Porque seis años pesan.

—Siete.

—Seis y pico.
—Siempre dices siete.
—Estoy intentando ser preciso ahora que me interrogas.
Sonrió un poco.
—¿Y qué pasó?
Pensé en Marta.
No en la ruptura.
Antes.
Los últimos meses.
Las cenas.
Los fines de semana.
Las conversaciones que empezábamos y dejábamos.
No había ocurrido nada enorme.
Ese había sido el problema.
—Queríamos vidas distintas.
—¿Qué vidas?
—Ella quería avanzar.
—¿Y tú?
—Yo pensaba que ya habíamos llegado.
Álvaro se quedó callado.
Hacía mucho que no formulaba aquello así.
Quizá nunca.
—¿Y te arrepientes?
—De algunas cosas.
—¿De dejarlo?
Pensé.
—No.
—¿Seguro?
—Sí.
—¿Y de no haber hecho lo que ella quería?
—A veces.
—Eso no es lo mismo.
—No.
Álvaro asintió.
—Vale.
—¿Te ha servido?

—No sé.
—Perfecto. Mi especialidad.
Cogió la mochila.
—Gracias.
—De nada.
Se fue.
Me quedé unos minutos más.
Marta quería avanzar.
Yo pensaba que ya habíamos llegado.
No era toda la historia.
Las frases bonitas casi nunca lo eran.
Pero había algo de verdad.
Ella empezó a hablar de cosas que para mí todavía podían esperar.
Casarnos.
Cambiar de casa.
Hijos.
No todas a la vez.
No como una lista.
Poco a poco.
Yo nunca dije que no.
Ese había sido parte del problema.
Decía:
Ya veremos.
Más adelante.
Ahora estamos bien.
Y estábamos bien.
Hasta que estar bien dejó de ser suficiente para ella.
No la culpaba.
Tampoco me culpaba a mí.
Teníamos treinta y tantos años y una capacidad extraordinaria para pensar que las conversaciones difíciles podían resolverse aplazándolas.
No podían.
El móvil vibró.
Cristina.

Una foto.
Una cartulina azul.
Cristina: CONSEGUIDA
Me reí.
La noche anterior su hija necesitaba una.
Raúl: Estoy muy orgulloso.
Cristina: He ido a tres sitios.
Raúl: La maternidad es preciosa.
Cristina: Cállate.
Guardé el móvil.
Miércoles.
Todavía faltaban cinco días.
Me pareció bien.

* * *

Por la tarde fui al supermercado.
Necesitaba leche.
Papel higiénico.
Huevos.
Detergente.
Salí con leche, papel higiénico, huevos, detergente, pistachos, una pizza, cerveza, aceitunas y un queso que estaba de oferta.
La edad adulta consistía en muchas cosas.
La mayoría no merecían una película.
Cuando llegué a casa tenía un mensaje de Álvaro.
Álvaro: No le he escrito.
Contesté:
Raúl: 👍 **
Los tres puntos aparecieron.
Álvaro: -500 de aura por el pulgar
Me quedé mirando.
Aquello había llegado al trabajo.
Raúl: Vete a la mierda.
Álvaro: 😂
Dejé el móvil.
Aquella noche jugué a la Play.

Cené pizza.
No abrí Tinder.
No pensé demasiado en Ana.
Pensé un poco en Cristina.
Y bastante más de lo que esperaba en Marta.
No con nostalgia.
No quería volver.
Ni imaginaba cómo habría sido nuestra vida si yo hubiera dicho sí a algunas cosas.
Bueno.
Lo imaginé durante aproximadamente treinta segundos.
Una casa más grande.
Dos niños.
Un coche con migas en los asientos.
Quizá un perro.
Después pensé que también podía haber acabado divorciado.
Mi expediente impecable.
Sonreí.
No.
Eso tampoco.
Marta no había sido un error que conseguí evitar.
Había sido una persona a la que quise durante años.
Y después dejamos de querer la misma vida.
Mucho menos gracioso.
Bastante más cierto.
Cerca de medianoche recibí otro mensaje de Álvaro.
Álvaro: Me ha escrito ella.
Esperé.
Llegó otro.
Álvaro: Podemos hablar mañana?
Tardé en entender que aquello era lo que Irene le había escrito.
Raúl: Y qué vas a hacer?
Álvaro: Hablar mañana.
Miré la pantalla.
Raúl: Mira qué fácil.
Álvaro: gilipollas

Sonreí.
Dejé el teléfono.
No supe qué ocurriría con ellos.
Por primera vez, tampoco intenté adivinarlo.

CAPÍTULO 20

EL SÁBADO

Sergio me llamó el sábado por la mañana.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿Nada de verdad o nada que quieras contarme?

—Nada de verdad.

—Perfecto. Ven.

—¿Dónde?

—A casa.

—¿Por qué?

—Necesito ayuda.

—No.

—Todavía no sabes para qué.

—Tengo experiencia.

—Es una estantería.

—Adiós.

—Raúl.

—Contrata a alguien.

—Son cuatro agujeros.

—Entonces hazlos tú.

—Mónica dice que está torcida.

Me quedé callado.

—¿La estantería?

—Sí.

—Tenía que preguntar.

—¿Vienes o no?

Miré el salón.

La PlayStation.

El sofá.

Una mañana entera sin obligaciones.

—No.

—Te espero en media hora.
Colgó.
Llegué cuarenta y cinco minutos después.
Me abrió Sergio.
—Llegas tarde.
—No había quedado contigo.
—Pasa.
Su casa olía a tostadas y a algo que se estaba cocinando.
Había unas zapatillas pequeñas en mitad del pasillo.
Una mochila abierta.
Una sudadera sobre una silla.
Un balón debajo de la mesa.
Entré en el salón.
La estantería estaba en la pared.
Torcida.
Mucho.
—Eso no son cuatro agujeros.
—¿Qué es?
—Un delito.
—La puse ayer.
—¿Bebiendo?
—No.
—Peor.
Sergio señaló el nivel.
—Está bien.
Lo puse encima.
La burbuja estaba prácticamente intentando escapar.
—Sergio.
—Ese nivel está mal.
—Claro.
—Es del chino.
—La gravedad no.
Su hijo apareció.
Nueve años.
Equipación de fútbol.
Un calcetín puesto.

El otro en la mano.
—Papá, ¿dónde están mis botas?
Sergio lo miró.
—Donde las dejaras.
—No están.
—¿Has mirado en tu cuarto?
—Sí.
—¿En la entrada?
—Sí.
—¿En la bolsa?
El niño se quedó quieto.
—No.
Desapareció.
Sergio me miró.
—Todos los sábados.
—¿Y siempre están en la bolsa?
—Casi siempre.
—Entonces no entiendo dónde está el misterio.
—Él sí.
Desde el pasillo:
—¡Están!
—Inesperado —dije.
Quitamos la estantería.
Había seis agujeros.
—Eran cuatro —dije.
—Los otros dos no cuentan.
—¿Por qué?
—Están mal.
—Precisamente esos son los que más cuentan.
—¿Has venido a ayudar o a tocar los cojones?
—Las dos cosas.
Estábamos tapando los agujeros cuando entró Mónica.
Llevaba bolsas de la compra.
—Hola, Raúl.
—Hola.
Miró la pared.

—Gracias.
—Todavía no he hecho nada.
—Has conseguido que la quite.
—Mi trabajo aquí ha terminado.
Sergio cogió una bolsa.
—Estaba un poco torcida.
Mónica lo miró.
—Se podía dejar un vaso en un extremo y verlo deslizarse.
—Exagerada.
—Lo probé.
La miré.
—¿De verdad?
—No.
—Una pena.
Ayudé a guardar la compra.
No porque me lo pidieran.
Porque estaba allí.
Sergio metía cosas en la nevera.
Mónica sacaba algunas porque estaban mal colocadas.
Yo observaba.
—¿Lleváis muchos años haciendo esto? —pregunté.
—¿El qué? —dijo Sergio.
Mónica sostuvo un paquete de queso.
—Poner esto donde no va.
—Ah.
—Dieciocho.
Sergio cogió el queso y lo dejó exactamente donde lo había puesto antes.
Mónica lo volvió a mover.
Ninguno parecía enfadado.
Aquello debía de ser el matrimonio.
O una enfermedad neurológica muy específica.
Terminamos la estantería cerca de la una.
Recta.
Comprobada con dos niveles distintos porque Sergio seguía cuestionando al primero.

—Ahora sí —dijo.
—Ahora sí.
Mónica apareció.
La miró.
—Está un poco alta.
Sergio cerró los ojos.
Yo cogí mis llaves.
—Ha sido un placer.
—No te vayas.
—Tengo una vida.
—No tienes nada que hacer.
—Precisamente.
Me quedé a comer.
Por supuesto.
Había venido a hacer cuatro agujeros y llevaba allí tres horas.
Su hija salió de su habitación poco antes de sentarnos.
Catorce años.
Auriculares.
Móvil en la mano.
—Hola, Raúl.
—Hola.
Se quitó un auricular.
—¿Te quedas a comer?
—Parece ser.
—Vale.
Volvió a colocárselo.
—Me alegra verte también.
Levantó el pulgar.
No sabía si aquello era afecto o una solicitud para que dejara de hablar.
A los catorce años probablemente ambas cosas.
El pequeño volvió del fútbol con barro hasta lugares anatómicamente difíciles de explicar.
Mónica lo vio entrar.
—Ni se te ocurra.
El niño se detuvo.

—¿Qué?
—Las zapatillas.
Miró hacia abajo.
—Ah.
—Fuera.
Retrocedió.
Sergio entró detrás.
—Han ganado.
—Dos a uno —dijo el niño desde la puerta.
—¿Has marcado? —pregunté.
—No.
—Ha dado una asistencia —dijo Sergio.
—Casi marco.
—Eso no es lo mismo.
—Ha dado al palo.
—Eso sí da puntos —dije.
El niño me miró.
—No da puntos.
—Entonces el fútbol está mal diseñado.
Durante la comida hablamos de fútbol.
De trabajo.
De un vecino de Sergio que llevaba tres meses intentando vender una moto.
De un restaurante que había cerrado.
De un profesor de la hija.
De si merecía la pena cambiar de compañía de internet por nueve euros al mes.
Nada importante.
Me lo pasé bien.
En mitad de la comida, la hija levantó la vista del plato.
—Papá, esta noche duermo en casa de Claudia.
Sergio dejó el tenedor.
—¿Eso es una pregunta?
—Te lo dije ayer.
—No.
—Sí.

—No me lo dijiste.
La chica miró a Mónica.
—Se lo dije.
—Me lo dijiste a mí —dijo Mónica.
—Pues eso.
—Yo no soy tu padre.
—Ya.
Sergio la miró.
—Ese «ya» me ha dolido.
La chica sonrió.
—¿Puedo?
—¿Quién está?
—Claudia.
—Eso lo he entendido.
—Lucía y Marta.
—¿Sus padres?
—También.
—¿A qué hora vuelves mañana?
—No sé.
—Pues averígualo.
La chica cogió el móvil.
—Ahora.
—Estoy comiendo.
—La información que necesitas está en ese aparato.
Me miró.
—¿Ves?
—Yo estoy disfrutando muchísimo.
—No sé para qué te invitamos.
—No me habéis invitado.
Mónica se rio.
Después, Sergio y yo nos sentamos en el balcón con café.
Mónica estaba dentro.
Los niños también.
Aunque llamar niña a una persona de catorce años probablemente podía provocar un conflicto diplomático.
—Miguel me dijo que estás quedando con gente.

Lo miré.
—Miguel habla demasiado.
—Entonces sí.
—Alguna vez.
—Bien.
—¿Por qué todo el mundo dice bien?
—¿Qué quieres que diga?
—Nada.
—Pues nada.
Bebió café.
Mucho mejor.
—¿Y qué tal?
—Bien.
—Otra vez.
—¿Qué?
—Bien.
—Es que está bien.
—No ha salido especialmente bien.
—Eso también está bien.
—Has dicho bien cuatro veces.
—Cinco.
Nos quedamos callados.
Sergio miró hacia dentro.
Su hijo estaba buscando algo.
No sabía qué.
Parecía importante.
Su hija escribía en el móvil.
Mónica recogía la mesa.
—A veces os envidio.
—¿A quiénes?
—A ti. A Miguel ahora.
—Miguel está viviendo con sus padres y su madre le ofrece Cola Cao.
—No esa parte.
—Es bastante inseparable del conjunto.
Sonrió.

—Ya sabes lo que digo.
Sí.
Lo sabía.
—Poder hacer lo que quieras.
Miré dentro de su casa.
—Tú también haces lo que quieres.
—Tengo dos hijos.
—Eso también lo quisiste.
Sergio se quedó pensando.
—Sí.
—Pues entonces.
—Ya, pero hay días...
—Claro.
—Que me gustaría levantarme y no tener que llevar a nadie a fútbol. No saber quién duerme en casa de quién. No pensar qué hacemos de comer. No buscar unas botas que están dentro de la bolsa de las botas.
—Eso último parece bastante evitable.
—No tienes hijos.
—Precisamente por eso conservo capacidades cognitivas.
Sonrió.
—¿Tú no echas de menos esto?
Miré otra vez hacia dentro.
Su hijo acababa de encontrar lo que buscaba.
Un mando de la consola.
Mónica le dijo algo.
Lo dejó.
Su hija seguía escribiendo.
Había platos en la mesa.
Una bolsa de deporte en el suelo.
La televisión encendida sin que nadie la estuviera viendo.
—A veces.
Sergio me miró.
—¿Tener hijos?
—No sé.
Era verdad.

—¿Pareja?
Pensé un poco.
—A veces también.
—¿Y?
—¿Y qué?
—Nada.
—Pues eso.
Sergio bebió café.
—Yo no sabría estar solo.
Me acordé de Miguel.
—Eso está de moda.
—¿Qué?
—Nada.
—No digo solo sin pareja. Solo de verdad. Llegar a casa y que no haya nadie.
—Te acostumbras.
—¿No te pesa?
—A veces.
—¿Y qué haces?
—Lo que hace todo el mundo cuando algo le pesa.
—¿Qué?
—Esperar a que pese menos.
Me miró.
—Eso ha sonado triste.
—Pues no era la intención.
—Un poco sí.
—También pongo la Play.
—Mejor.
—Y pido comida.
—Mucho mejor.
—Y nadie me roba las patatas.
—Hijo de puta.
El pequeño salió al balcón.
—Papá.
—Qué.
—¿Puedo jugar?

—¿Has recogido la bolsa?
El niño se quedó callado.
—Recoge la bolsa.
—Pero...
—La bolsa.
Desapareció.
Sergio suspiró.
—¿Ves?
—Sí.
—Esto.
—También te he visto sonreír cuando ha salido.
—No he sonreído.
—Sí.
—No.
—Vale.
Sergio me señaló.
—No te pongas profundo.
—Has empezado tú.
—Error mío.
Me fui después de las cinco.
Había pasado casi todo el sábado allí.
En el coche pensé que Sergio tenía una vida que yo no tenía.
Eso era evidente.
Lo que nunca había pensado demasiado era que yo también tenía una vida que Sergio no tenía.
No porque una fuera mejor.
Ni porque hubiera que elegir ganador.
Simplemente no cabían todas las vidas dentro de una sola.
Me pareció una conclusión bastante razonable.
Duró hasta que llegué a casa.
Abrí la puerta.
Silencio.
Dejé las llaves.
Me quité los zapatos.
Fui a la cocina.
Abrí la nevera.

Cerré.
Volví a abrir.
No había aparecido nada nuevo.
Pedí comida.
Me senté en el sofá.
Nadie me preguntó dónde había estado.
Nadie necesitaba que lo llevara a fútbol.
Nadie había dejado una mochila en medio.
Nadie había gastado el agua caliente.
Puse la Play.
Estuve jugando dos horas.
Fue estupendo.
A las nueve y media pensé que Sergio tenía razón.
Había días en los que llegar a una casa con gente debía de ser agradable.
A las diez pensé que yo también tenía razón.
Puse los pies encima de la mesa.

* * *

A las diez y cinco sonó el móvil.
Sergio había mandado una foto al grupo.
La estantería.
Debajo había escrito:
Sergio: Se ha caído.
Me incorporé.
Raúl: No me jodas.
Aparecieron los tres puntos.
Sergio: 😂😂😂
Sergio: Es broma.
Miguel: Ojalá se te caiga de verdad.
Escribí:
Raúl: Mañana voy y hago dos agujeros más.
Sergio: No.
Miguel: Déjale. Está soltero. Tiene tiempo.
Miré la pantalla.
Raúl: Y cero divorcios.

Sergio respondió casi inmediatamente.

Sergio: De momento.

Me reí.

Hacía tres semanas aquella frase me habría parecido una amenaza.

Ahora no estaba seguro.

Seguí jugando.

CAPÍTULO 21

CROQUETAS

El lunes Patricia llegó tarde.

Once minutos.

No era grave.

Tampoco era habitual.

Entró deprisa, dejó el bolso y encendió el ordenador.

—Buenos días.

—Buenos días.

—No.

—¿No qué?

—No preguntes.

—No iba a preguntar.

—Ya.

—Patricia, tengo cuarenta y cinco años. Puedo ver llegar tarde a una compañera sin iniciar una investigación.

Me miró.

—¿Cuánto?

—Once minutos.

—Eres gilipollas.

—Eso no es preguntar.

Trabajamos.

De verdad.

A veces ocurría.

Durante casi una hora nadie habló de Tinder, relaciones, farmacéuticas ni personas que se negaban a llamar novia a su novia.

* * *

A media mañana Patricia cogió el móvil.

Leyó algo.

Lo dejó.

Treinta segundos después volvió a cogerlo.

—¿Todo bien?
Me miró.
—Has durado una hora.
—Bastante.
—Sí.
Volvió a dejarlo.
—Todo bien.
—Perfecto.
Seguí trabajando.
—Mi padre se ha caído.
Levanté la cabeza.
—Joder.
—Está bien.
—¿Seguro?
—Sí. Se cayó ayer en casa. Mi madre lo llevó a urgencias. No tiene nada roto.
—¿Y por qué has llegado tarde?
—Porque esta mañana he ido a verlos.
—Ah.
—Y porque mi madre ha decidido que una caída sin consecuencias médicas requiere reorganizar la estructura completa de la familia.
—Eso parece razonable.
—Mi padre tiene setenta y seis años. Se subió a una silla para coger una caja.
—Eso parece menos razonable.
—Exacto.
Patricia giró la silla hacia mí.
—¿Sabes qué había en la caja?
—No.
—Luces de Navidad.
Miré el calendario del ordenador.
—Estamos...
—Lo sé.
—Vale.
—Quería comprobar si funcionaban.
—Con mucha antelación.

—Mi padre cree que las cosas pueden dejar de funcionar mientras están guardadas.
—Pueden.
—No le des la razón.
—No estoy allí.
—Da igual. Lo nota.
El móvil volvió a vibrar.
Patricia leyó.
—Mi madre.
—¿Qué quiere?
—Que vaya a comer.
—Ve.
—No puedo ir todos los días.
—Se cayó ayer.
—Mi padre está perfectamente.
—Entonces no vayas.
—Pero mi madre ha hecho croquetas.
Entendí.
—Ve.
—¿Ves?
—Eso cambia los hechos.
Más tarde apareció Álvaro.
Había estado en otra planta desde primera hora.
Se acercó.
—Buenos días.
—¿Qué tal? —pregunté.
—Bien.
Patricia lo miró.
—¿Bien de bien o bien de no quiero hablar?
Álvaro sonrió.
—Bien de bien.
—¿Hablasteis?
—Sí.
No añadió nada.
Esperamos.
Álvaro nos miró.

—¿Qué?
—Nada —dije.
—Estáis esperando.
—No.
—Sí.
Patricia señaló mi pantalla.
—Yo estoy trabajando.
Álvaro me señaló a mí.
—Él está mirando una celda vacía.
Miré el monitor.
Era verdad.
—Estoy pensando.
—Hablamos el sábado —dijo.
—Vale.
—Y hemos decidido seguir.
—Bien —dijo Patricia.
Yo no dije nada.
Álvaro me miró.
—Puedes decirlo.
—¿Qué?
—Lo que estás pensando.
—No estoy pensando nada.
—Sí.
—¿Sois novios?
—No.
Patricia soltó el aire por la nariz.
—Vale —dije.
—Pero vamos a intentar estar más claros.
—¿Qué significa eso?
—Hablar más de lo que queremos.
—Me parece bien.
—Y no cerrarnos a que evolucione.
Esperé.
—No.
—¿Qué?
—Nada.

—Dilo.
—No.
—Raúl.
—Estoy creciendo como persona.
Patricia se rio.
Álvaro negó con la cabeza.
—Sabía que no tenía que contaros nada.
—Yo no he dicho nada.
—Eso es peor.
Se marchó.
Patricia esperó a que se alejara.
—Son novios.
—Claramente.
Seguimos trabajando.
Poco antes de la una, Patricia recibió una llamada.
Esta vez contestó.
—Sí, mamá.
Pausa.
—Estoy trabajando.
Pausa.
—Porque es lunes.
Pausa.
—No, no puedo salir ahora.
Pausa.
—No.
Me miró.
—No le preguntes a Raúl.
Me incorporé.
Patricia cerró los ojos.
—Mamá.
Me señaló con un dedo.
—No.
Pausa.
—Vale.
Colgó.
—¿Qué acaba de pasar?

—Nada.
—Mi nombre ha aparecido.
—Mi madre quiere saber si quieres croquetas.
Me quedé callado.
—¿De qué?
—Jamón.
—Sí.
—Raúl.
—¿Qué?
—Era una pregunta retórica.
—Tu madre no sabe hacer preguntas retóricas.
—Eso es verdad.

* * *

A las tres salimos juntos.
Patricia llevaba prisa.
—¿Vas a casa de tus padres?
—Sí.
—Dile a tu padre que las sillas tienen una función.
—Se lo he dicho.
—¿Y?
—Dice que lleva toda la vida subiéndose.
—Argumento sólido.
—Setenta y seis años sin caerse le han generado exceso de confianza.
—Estadísticamente iba bastante bien.
—No le des la razón.
—Otra vez: no estoy allí.
Patricia abrió el coche.
—Mañana te traigo croquetas.
—Gracias.
—No son para ti. Son para evitar que mi madre pregunte por qué no te las he dado.
—Me da igual el motivo.
Llegué a casa.
Comí.

Recogí un poco.

Puse una lavadora.

La vida emocionante.

Mientras tendía la ropa pensé en el padre de Patricia subido a una silla para comprobar unas luces de Navidad.

Me hizo gracia.

Después dejó de hacérmela tanta.

Setenta y seis.

Mi madre tenía setenta y dos.

También hacía cosas que no debía.

Probablemente muchas que yo no sabía.

Hasta hacía unos días mi principal preocupación con ella había sido impedir que organizara mi vida sentimental desde una farmacia.

Había problemas peores.

Llamé a mi madre.

—Hola, hijo.

—Hola.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Entonces?

—¿Qué haces?

—Viendo la tele.

—¿Sentada?

Silencio.

—¿Cómo quieres que vea la tele?

—Era por saber.

—¿Te pasa algo?

—No.

—¿Estás malo?

—No.

—¿Necesitas algo?

—No.

—Pues qué raro.

Aquello era bonito.

—Solo llamaba por hablar contigo.

Otro silencio.

—¿Seguro que estás bien?
—Sí, mamá.
—Vale.
—¿Y tú?
—Bien.
—¿Todo bien?
—Sí.
—¿No te has caído ni nada?
—¿Por qué iba a caerme?
—Por estadística.
—¿Qué estadística?
—Ninguna.
—Raúl, ¿qué te pasa?
—El padre de Patricia se cayó ayer.
—Ay, pobrecillo.
—Está bien. No se rompió nada.
—¿Cuántos años tiene?
—Setenta y seis.
—Pues todavía es joven.
No discutí.
A los setenta y dos, setenta y seis debía de parecer una opinión razonable.
—Se subió a una silla.
—Ah.
—A coger una caja.
—Bueno.
—No es «bueno».
—Yo me subo a veces.
Me quedé quieto.
—No.
—¿No qué?
—No te subas a sillas.
—¿Y cómo cojo las cosas de arriba?
—Me llamas.
—No voy a llamarte cada vez que necesite coger una cosa.
—Pues la dejas abajo.

—No cabe todo abajo.
—Compramos una escalera.
—Tengo una.
—Entonces ¿por qué te subes a una silla?
Silencio.
Había ganado.
No estaba acostumbrado.
—Porque está más cerca —dijo.
Ahí estaba.
—Mamá.
—Qué.
—Usa la escalera.
—Sí.
—Promételo.
—Qué pesado eres.
—Promételo.
—Vale.
—Eso no es prometerlo.
—Que sí, que no me subo.
—Gracias.
—¿Algo más?
—No.
—¿Seguro?
—Sí.
—Pues voy a seguir viendo la tele.
—Sentada.
—Adiós, Raúl.
Colgó.
Me quedé con el teléfono en la mano.
Sabía perfectamente que volvería a subirse a una silla.
Quizá no mañana.
Quizá no aquella semana.
Pero ocurriría.
Las madres tenían una extraña capacidad para preocuparse durante cuarenta años porque te pusieras una chaqueta y después

considerar perfectamente razonable subirse a un mueble para alcanzar un táper.

* * *

Por la tarde no hice nada especialmente útil.

Terminé la lavadora.

Fui a comprar pan.

Contesté dos mensajes del grupo.

Vi media película.

La otra media no.

Cené pronto.

No abrí Tinder.

A eso de las diez me escribió Patricia.

Una foto.

Su padre sentado en el sofá.

A su lado había una caja de plástico llena de luces de Navidad.

Patricia: Las ha probado.

Me reí.

Raúl: Funcionan?

Patricia: Todas.

Raúl: Entonces mereció la pena.

Tardó unos segundos.

Patricia: Te odio.

Raúl: Tu padre tenía un objetivo.

Patricia: Tiene un moratón en el culo.

Raúl: Todo objetivo exige sacrificios.

Patricia: Mañana no hay croquetas.

Me incorporé.

Raúl: Retiro todo lo dicho.

Patricia: Tarde.

Raúl: Patricia.

Patricia: Buenas noches.

Raúl: Podemos hablar de esto.

No contestó.

Dejé el teléfono.

Seis croquetas de jamón habían desaparecido de mi futuro.

Aquello sí era un lunes de mierda.

CAPÍTULO 22

LA TERCERA

El martes Patricia llegó con un táper.

Lo dejó encima de mi mesa.

—No te emociones.

Lo abrí.

Seis croquetas.

—Pensaba que las había perdido.

—Mi madre no tiene culpa de que seas imbécil.

—Siempre he dicho que es una gran mujer.

—Sigues sin conocerla.

—No necesito más pruebas.

Cerré el táper.

—¿Tu padre?

—Bien.

—¿Sillas?

—Vigilado.

—Perfecto.

—Ayer intentó convencerme de que se cayó porque una pata estaba floja.

—¿De la silla?

—Sí.

—Puede ser.

Patricia me miró.

—No.

—Vale.

Guardé las croquetas en la nevera de la oficina.

Escribí mi nombre en el táper.

Patricia lo vio.

—¿De verdad?

—Hay gente aquí que roba comida.

—Son seis croquetas.

—Precisamente.
—¿Quién va a robarte una croqueta?
—Eso diría alguien que está valorando hacerlo.
—Necesitas ayuda.
—Necesito llegar a las tres con seis croquetas.

* * *

A media mañana Cristina escribió.

Cristina: Mañana a las 19:30?

Miré el mensaje.

Mañana.

Tercera cita.

Raúl: Perfecto.

Cristina: Te mando sitio luego.

Raúl: Empiezo a preocuparme.

Cristina: Haces bien.

Guardé el móvil.

—¿Qué? —preguntó Patricia.

—Nada.

—Has sonreído.

—La gente sonríe.

—Tú delante de una pantalla normalmente no.

—Cristina.

—Ah.

Seguí trabajando.

—Mañana.

—Ya.

—Siete y media.

—Vale.

—Elige ella.

—Raúl.

—Qué.

—No necesito el parte meteorológico.

—No te estaba contando nada.

—Me acabas de dar hora, persona y sistema de elección.

—Información básica.

—¿Estás nervioso?
—No.
—Vale.
—Es la tercera cita.
Patricia sonrió.
—Ya.
—¿Por qué haces eso?
—¿Qué?
—Como si significara algo.
—Significa que habéis quedado tres veces.
—Exactamente.
—No he dicho más.
—Lo has pensado.
—No puedes saber lo que pienso.
Aquella frase me sonaba.
—Todo el mundo utiliza eso últimamente.
Intenté trabajar.
Lo conseguí durante doce minutos.
Después pensé en la tercera cita.
La primera era sencilla.
Bueno.
No.
La primera era horrible.
Pero era horrible de una manera conocida.
Dos desconocidos.
Una cerveza.
Preguntas.
Trabajo.
Hijos.
Divorcios.
Aficiones.
Alguna anécdota suficientemente buena como para parecer espontánea aunque la hubieras contado veinte veces.
La segunda ya era diferente.
Habías superado una prueba que nadie reconocía como prueba.
La tercera no sabía qué era.

Busqué en Google:
tercera cita
No pulsé Enter.
Borré.
Había límites.
—¿Qué acabas de borrar? —preguntó Patricia.
La miré.
—¿Tú trabajas?
—Muchísimo.
—Pues no lo parece.
—¿Qué has buscado?
—Nada.
—Has escrito algo y lo has borrado.
—Eso es cotillear.
—Eso es tener ojos.
Ahí estaba.
—No pienso decírtelo.
—Vale.
Volvió a su pantalla.
Duró siete segundos.
—«Tercera cita».
No respondí.
Patricia empezó a reírse.
—Vete a la mierda.
—¿Ibas a buscar qué hacer en una tercera cita?
—No.
—¿Qué ponerse?
—No.
—¿Cuándo besarla?
—Ya la he besado.
Patricia dejó de reír.
Yo también.
—Eso no necesitabas saberlo.
—No, pero gracias.
—Olvídalo.
—Imposible.

—¿Entonces qué querías buscar?
Suspiré.
—No sé.
—Pues buen criterio no darle a Enter.
—Gracias.
—¿Qué te preocupa?
—Nada.
—Vale.
—Es diferente.
—¿A qué?
—A la primera.
—Sorprendente.
—Déjalo.
Patricia sonrió.
—Te gusta.
—Sí.
No había mucho que discutir.
—¿Y eso es malo?
—No.
—Pues ya está.
—No está.
—¿Por qué?
Pensé.
—Porque ahora puedo cagarla.
—También podías en la primera.
—Pero daba igual.
—No daba igual.
—Sí daba.
—¿Por qué?
—Porque no la conocía.
Patricia se quedó callada.
—Ahora un poco sí —dije.
No añadió ninguna broma.
Eso casi me molestó más.
—No pongas esa cara.
—¿Qué cara?

—La de entender cosas.
—Perdona.
—Gracias.
Seguimos trabajando.
Álvaro apareció antes de comer.
—¿Tenéis cargador?
—¿De qué? —pregunté.
—iPhone.
—No.
Patricia abrió un cajón.
Sacó uno.
—Toma.
—Gracias.
Álvaro lo conectó.
—¿Todo bien con Irene? —preguntó Patricia.
—Sí.
—¿Seguís sin ser novios?
Álvaro la miró.
—Sí.
—Perfecto.
—¿Por qué os importa tanto?
—A mí ya no —dije.
—Mentira.
—He aceptado que vuestra generación ha decidido que las palabras solo son orientativas.
—No es una cosa generacional.
—Claro.
Álvaro señaló el táper que había encima de mi mesa.
—¿Qué hay ahí?
Lo cogí.
—Nada.
—¿Comida?
—No.
—Son las croquetas —dijo Patricia.
Traición.
—¿Qué croquetas?

—Ninguna.
Álvaro abrió el táper.
—Hostia.
—Cierra.
—Tienen buena pinta.
—Cierra.
Cogió una.
—Álvaro.
Se la metió en la boca.
Cinco.
Me quedaban cinco.
—Están buenísimas.
Miré a Patricia.
—Esto es culpa tuya.
—¿Mía?
—Has revelado información protegida.
Álvaro cogió el cargador.
—Gracias.
—Devuelve la croqueta.
—Ya no quieres que haga eso.
Tenía razón.
Se fue.
Comí cinco croquetas.
Estaban buenísimas.
O quizá la pérdida de una había aumentado el valor de las restantes.
La economía era compleja.

* * *

Por la tarde Cristina mandó la ubicación.
Un bar que no conocía.
Miré fotos.
Terraza.
Mesas pequeñas.
Nada raro.
No investigué las reseñas.

Eso me pareció madurez.

* * *

A las siete me escribió Miguel.

Miguel: cerveza?

Contesté:

Raúl: Hoy no.

Miguel: tienes cita?

Raúl: Mañana.

Miguel: entonces?

Miré la pantalla.

Era una buena pregunta.

Raúl: Hoy no me apetece.

Miguel: 👍

Eso fue todo.

Me gustó.

No necesitaba un motivo.

Cené.

Vi un partido.

Preparé la ropa del día siguiente para trabajar.

No para la cita.

Para trabajar.

Después pensé que podía llevar la misma camisa por la tarde.

La saqué.

La miré.

La volví a guardar.

Cogí otra.

Entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo.

—No.

Lo dije en voz alta.

Mi casa no respondió.

Abrí el armario.

Tenía demasiadas camisas para una persona que utilizaba casi siempre las mismas cuatro.

Elegí una azul.

La dejé preparada.

La cambié por una negra.
Volví a la azul.
Me senté en la cama.
Aquello era ridículo.
Once años sin una cita.
Después Amparo.
Cristina.
Sonia.
Cristina otra vez.
Sonia otra vez.
Y mañana Cristina otra vez.
Había pasado de no saber si volvería a besar a alguien a discutir conmigo mismo por una camisa.
No era una transformación espectacular.
Nadie compraría los derechos cinematográficos.
Pero era algo.
El móvil vibró.
Cristina.
Cristina: Por cierto
Esperé.
Cristina: Ven con hambre.
Miré el mensaje.
Raúl: Eso suena amenazante.
Cristina: Lo es.
Raúl: Debo llevar documentación?
Cristina: Solo todos tus dientes.
Me quedé mirando.
Todos mis dientes.
Tardé unos segundos en reconocerlo.
Mi perfil.
Tengo trabajo y todos mis dientes.
Sonreí.
Raúl: Siguen todos.
Cristina: Entonces cumples requisitos.
Dejé el móvil.
Miré las dos camisas.

Guardé la negra.
Dejé la azul.
No porque fuera mejor.
Porque había que acabar aquello en algún momento.
Apagué la luz.
La tercera cita era mañana.
No sabía qué se suponía que ocurría en una tercera cita.
Por suerte, no había pulsado Enter.

CAPÍTULO 23

CON HAMBRE

El miércoles trabajé.

Esto merece ser señalado porque Patricia parecía convencida de lo contrario.

—Llevas toda la mañana muy concentrado.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Pues lo acepto igualmente.

—¿No estás nervioso?

—No.

—Ayer sí.

—Ayer era ayer.

—Interesante.

—¿Qué?

—Nada.

Seguí trabajando.

Dos minutos después:

—¿La azul?

Levanté la cabeza.

—¿Qué?

—La camisa.

Miré hacia abajo.

Azul.

—Trabajo con esta ropa muchas veces.

—Claro.

—Patricia.

—Qué.

—Como vuelvas a hablar de mi camisa, mañana vengo en chándal.

—No tienes valor.

Tenía razón.

* * *

A las tres me fui a casa.

Comí poco.

No porque Cristina hubiera dicho que fuera con hambre.

Bueno.

Sí.

Exactamente por eso.

* * *

A las siete y veinticinco estaba cerca del sitio.

No delante.

Cerca.

Eso era diferente.

Había aprendido.

A las siete y veintinueve decidí que estar escondido a cuarenta metros para no parecer demasiado puntual era bastante más preocupante que ser puntual.

Fui.

Cristina ya estaba allí.

—Hola.

—Hola.

Nos besamos.

En la boca.

Directamente.

Sin negociación internacional.

Eso también era nuevo.

—Bonita camisa —dijo.

La miré.

—No.

—¿Qué?

—Nada.

—Es azul.

—Lo sé.

—¿He dicho algo malo?

—Una historia larga.

—Tenemos tiempo.

Aquella frase otra vez.
Me gustó.
—Otro día.
—Vale.
Miré el restaurante.
—¿Qué es esto?
—Coreano.
—Ah.
—¿Te gusta?
—No lo sé.
—Perfecto.
—¿Por qué perfecto?
—Porque así, si no te gusta, la culpa es mía.
—Buen sistema.
Entramos.
Cristina había reservado.
Nos sentamos.
Cogí la carta.
No entendí aproximadamente el setenta por ciento.
—¿Qué se come aquí?
—Comida.
—Gracias.
—Para eso me tienes.
Me detuve.
Ella también.
Había dicho *me tienes*.
No significaba nada.
Una expresión.
Seguimos mirando la carta.
Bien.
—Vamos a pedir varias cosas —dijo.
—Confío en ti.
—Error.
Pidió.
Nombres que olvidé inmediatamente.
Carne.

Algo frito.
Algo fermentado.
Un plato que requería envolver cosas dentro de otras cosas.
—¿Y esto?
—Kimchi.
Lo probé.
—Está enfadado.
Cristina se rio.
—¿Qué?
—No sé qué esperaba, pero esto tiene problemas.
—Pica.
—Eso lo he notado.
Bebí agua.
—Te acostumbras.
—No quiero.
La conversación fue fácil.
Más que la primera vez.
Más incluso que la segunda.
Quizá porque ya no teníamos que descubrir los datos básicos.
Sabía dónde trabajaba.
Sabía que tenía dos hijos.
Sabía que estaba divorciada.
Ella sabía dónde trabajaba yo.
Sabía que no tenía hijos.
Sabía que llevaba muchísimo tiempo fuera de todo aquello.
Información suficiente para destruir cualquier misterio.
Y, sin embargo, quedaban cosas.
Muchas.
—¿Siempre supiste que querías tener hijos? —pregunté.
Cristina dejó los palillos.
—No.
Aquello me sorprendió.
—¿No?
—No.
—Pensaba que...
—¿Qué?

—Nada.

—Dilo.

—Que la gente que tiene hijos suele contar que siempre quiso tenerlos.

—La gente reescribe mucho su vida después de que ocurran las cosas.

—¿Tú qué pensabas?

Cristina se encogió de hombros.

—Dependía del momento. Hubo años en los que te habría dicho que probablemente sí. Otros en los que no tenía ni idea. Y poco después estaba embarazada.

—Proceso impecable.

—Muy planificado.

Sonrió.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Nunca quisiste?

La pregunta había llegado otras veces.

Pero no así.

—No lo sé.

—Respuesta de funcionario.

—Respuesta de persona que no lo sabe.

—Vale.

Pensé.

—Con Marta salió el tema.

—¿Tu ex?

—Sí.

—¿La relación larga?

Asentí.

—Ella sí quería.

—¿Y tú?

—Yo siempre pensaba que todavía había tiempo para decidirlo.

—Hasta que dejó de haberlo.

—Más o menos.

Cristina cogió el vaso.

—¿Fue por eso por lo que lo dejasteis?

—No solo.
—¿Pero influyó?
—Sí.
No me incomodó hablar de Marta.
Eso también era nuevo.
No porque antes me doliera.
Simplemente llevaba mucho tiempo sin tener motivos para explicar aquella parte de mi vida.
—¿Y ahora? —preguntó Cristina.
—¿Ahora qué?
—¿Querrías tener hijos?
Me reí.
—Tengo cuarenta y cinco.
—Los hombres podéis hacer esas cosas hasta los ciento doce.
—Biológicamente no es el único criterio.
—Menos mal.
Pensé un momento.
—No creo.
Cristina asintió.
Sin sorpresa.
Sin juicio.
—¿Es una respuesta peligrosa?
—Para mí no.
—Tú ya tienes.
—Exacto.
—Dos.
—Los dos necesarios.
—¿Número cerrado?
—Cerradísimo.
—Entonces estamos bien.
Estamos.
Otra palabra.
No hice nada con ella.
Estaba aprendiendo.
Llegó más comida.
Una especie de pollo frito.

Probé.
—Esto sí.
—¿Ves?
—Podría comer diecisiete.
—Por eso te dije que vinieras con hambre.
—Ahora entiendo todo.
Hablamos de sus hijos.
No demasiado.
Su hija, diecisiete, estaba empezando a mirar universidades.
Todavía no sabía qué quería estudiar.
Su hijo, catorce, había decidido que ducharse después de hacer deporte era una vulneración de derechos fundamentales.
—¿No huele?
Cristina me miró.
—Tengo ambientadores.
—Buena estrategia.
—Y amenazas.
—Mejor.
—La adolescencia es preciosa.
—Eso dice la publicidad.
—¿Y cómo lo llevas? —pregunté.
—¿Qué?
—Que tu hija pueda irse.
Cristina tardó en responder.
—Mal.
—Ah.
—Pero intento que no lo note.
—¿Por qué?
—Porque quiero que se vaya.
La miré.
—Eso suena contradictorio.
—Lo es.
Bebió.
—Quiero que estudie donde quiera. Que viaje. Que se vaya fuera si le apetece. Que haga todas esas cosas.
—Pero.

—Pero también quiero que tenga ocho años y esté viendo dibujos en mi salón.

No dije nada.

—Es una estupidez.

—No.

—Un poco.

—Puedes querer dos cosas incompatibles.

Cristina me miró.

—Mira quién se pone profundo.

—Ha sido el kimchi.

Después de cenar salimos a caminar.

No lo habíamos planeado.

Simplemente ninguno se fue hacia su coche.

Eso me pareció mejor que planearlo.

Cristina me cogió del brazo mientras cruzábamos una calle.

No me soltó después.

Seguimos andando así.

Yo intenté no pensar en ello.

Pensé muchísimo.

Pero externamente parecía normal.

Progreso.

—Te voy a hacer una pregunta —dijo.

—Eso nunca acaba bien.

—¿Sigues usando Tinder?

Ah.

—Sí.

Cristina asintió.

—¿Tú?

—Sí.

—Vale.

Seguimos andando.

—¿Eso era todo?

—No sé.

—Buena pregunta entonces.

Sonrió.

—¿Has quedado con alguien más?

Podía mentir.

No tenía sentido.

—Quedé.

—¿Después de nuestra primera cita?

—Sí.

—¿Y?

—Dos veces.

Cristina me miró.

—Ah.

—Se llama Sonia.

No sabía por qué había dicho el nombre.

—¿Y qué pasó?

—Nada malo. Nos gustamos, pero no lo suficiente.

—¿Los dos?

—Sí.

—Qué civilizado.

—Fue decepcionante.

Se rio.

—¿Y tú? —pregunté.

Cristina miró al frente.

—He quedado con el otro chico.

Ah.

Ahí estaba.

—Vale.

—Una vez.

—¿Qué tal?

—Bien.

Odiaba esa palabra.

—Bien.

—Sí.

Seguimos caminando.

Cristina todavía llevaba su brazo enlazado con el mío.

Mi cerebro intentaba procesar simultáneamente ambas informaciones.

No estaba preparado.

—¿Vas a volver a verlo?

Cristina tardó un poco.
—Probablemente.
—Vale.
Otra vez.
—¿Te molesta?
Buena pregunta.
—Un poco.
Me miró.
—Gracias.
—No sé si era la respuesta correcta.
—Era la verdad.
—¿A ti te molestó Sonia?
—Un poco.
—Entonces estamos empatados.
—No sabía que hubiera marcador.
—Siempre hay marcador.
Miguel estaría orgulloso.
Llegamos a una plaza.
Nos sentamos un rato.
—Esto es raro —dije.
—¿Qué?
—Todo.
—Muy concreto.
—Hace tres semanas no tenía una cita desde hacía muchísimo tiempo y ahora estoy sentado con una mujer que me gusta hablando de otras personas con las que estamos quedando.
Cristina sonrió.
—Bienvenido a 2026.
—No me gusta.
—A mí tampoco demasiado.
—¿Entonces por qué lo hacemos?
—Porque llevamos tres citas.
—Eso es verdad.
—Y no sabemos qué somos.
—También.

—Y yo tengo dos hijos, poco tiempo y una vida bastante montada.

—Yo también tengo una vida bastante montada.

—Sin hijos.

—Tengo una PlayStation.

—No es exactamente lo mismo.

—Depende del juego.

Se rio.

Después se quedó seria.

—No busco casarme mañana.

—Bien.

—Ni meter a nadie en casa.

—Mejor.

—Mis hijos no van a conocer a nadie porque yo haya tomado dos cervezas con él.

—Completamente razonable.

—Pero tampoco quiero pasar dos años quedando con alguien sin saber qué estamos haciendo.

Pensé en Álvaro.

El universo tenía sentido del humor.

—Eso también me parece razonable.

—¿Y tú qué quieres?

Ahí estaba.

La pregunta.

Podía haber dicho:

Conocer gente.

Ver qué pasa.

No cerrarme.

Dejar que fluya.

Tenía un catálogo entero de respuestas que no significaban nada.

—No lo sé todavía.

Cristina asintió.

—Vale.

—Pero quiero seguir viéndote.

Me miró.

—Eso sí lo sé.

Sonrió.
—Yo también.
Mucho mejor.
Volvimos andando.
Cuando llegamos a su coche nos besamos.
No como la segunda vez.
Aquello no fue comprobar nada.
Tampoco fue especialmente cinematográfico.
Un coche pasó demasiado cerca.
Alguien tocó el claxon.
Cristina se separó.
—Qué romántico.
—Granada tiene sus métodos.
Volvimos a besarnos.
Esta vez fue ella quien se apartó.
—Me tengo que ir.
—Sí.
—Mañana madrugo.
—Yo también.
Ninguno se movió.
—Esto es la parte en la que nos despedimos —dijo.
—Lo sé.
—No lo parece.
—Estoy procesando.
—Piensa menos.
La frase.
La primera cita.
Sonreí.
—Estoy intentando aprender.
Me dio otro beso.
—Buenas noches, Raúl.
—Buenas noches.
Subió al coche.
Fui hacia el mío.
No miré el móvil.
No abrí Tinder.

No pensé en la otra cita de Cristina.
Mentira.
Pensé bastante.
Pero había otra cosa por encima.
Quería volver a verla.
Ella quería volver a verme.
No habíamos decidido nada más.
En casa tenía un mensaje.
Cristina: Me lo he pasado muy bien.
Contesté:
Raúl: Yo también.
Aparecieron los tres puntos.
Cristina: Incluso hablando de Tinder.
Raúl: Esa parte podemos eliminarla de la próxima.
Cristina: Hay próxima?
Miré el mensaje.
Sonreí.
Raúl: Si quieres.
Tardó unos segundos.
Cristina: Quiero.
Dejé el teléfono sobre la mesa.
Cuarta cita.
No sabía cuándo.
No sabía dónde.
No sabía si ella volvería a quedar con el otro hombre.
No sabía si yo volvería a quedar con alguien.
No sabía qué éramos.
Álvaro habría estado orgulloso.
Por primera vez entendía perfectamente su situación.
Eso sí me preocupó.

CAPÍTULO 24

EQUIPAJE

El jueves Miguel me escribió a las once y media.

Miguel: Necesito un favor.

No contesté.

Había aprendido que los favores mejoraban si uno esperaba a conocer su naturaleza.

Miguel: No es dinero.

Aquello eliminaba una posibilidad.

Miguel: Ni mudanza.

Dos.

Miguel: Ni cadáver.

Contesté.

Raúl: Qué necesitas.

Miguel: Una maleta.

Tenía una.

Varias, en realidad.

Una grande que había comprado para un viaje a Italia.

Otra pequeña que cabía en cabina si la compañía aérea estaba de buen humor.

Y una mochila que llevaba conmigo desde hacía tantos años que probablemente podía votar.

Raúl: Grande o pequeña?

Miguel: Grande.

Raúl: Cuántos días?

Tardó en responder.

Miguel: 2.

Miré el mensaje.

Raúl: Pequeña.

Miguel: Grande.

Raúl: Para dos días?

Miguel: Sí.

Raúl: Qué vas a llevar?
Miguel: Cosas.
Raúl: Pequeña.
Miguel: Paso esta tarde.
Perfecto.
—¿Con quién hablas? —preguntó Patricia.
—Miguel.
—¿Todo bien?
—Necesita una maleta grande para dos días.
Patricia dejó de escribir.
—Mujer.
—¿Por qué?
—Dos días. Maleta grande. Mujer.
—Eso no demuestra nada.
—¿Dónde va?
—No lo sé.
—Mujer.
—Podría ser un viaje con los niños.
—Entonces tendría tres maletas y una bolsa con comida.
No tenía hijos, pero la lógica me pareció sólida.
—Podría ser trabajo.
—¿Miguel viaja por trabajo?
—No.
—Mujer.
Seguí con lo mío.

* * *

A las tres y cuarto tenía otro mensaje.
Miguel: A las 7?
Raúl: Vale.
Miguel: Gracias.
Esperé.
No añadió nada.
Aquello empezaba a parecer sospechoso.
Miguel llegó a las siete y diez.
Subió.

—¿Dónde está?
—Hola.
—Hola. ¿Dónde está?
—En el armario.
—Perfecto.
—¿Quieres una cerveza?
—No puedo.
—¿Por qué?
—Tengo que hacer cosas.
—¿Qué cosas?
—Preparar la maleta.
—Tienes aproximadamente cuatro camisetas y dos pantalones.
—Tengo más ropa.
—Desde el divorcio no.
—Qué cabrón.
Fui al dormitorio.
Saqué la maleta de la parte alta del armario.
Miguel la vio.
—Perfecta.
—Esto es para quince días.
—Ya.
—Tú te vas dos.
—Ya.
—¿A invadir un país?
—A Málaga.
Lo miré.
—Necesitas una mochila.
—Dame la maleta.
La puse encima de la cama.
—¿Con quién vas?
—Con alguien.
—Patricia tenía razón.
—¿Quién es Patricia?
—Una mujer que entiende mejor tu vida que tú.
Miguel abrió la maleta.
—Está bien esta.

—¿Quién?
—¿Qué?
—La mujer.
—Se llama Nuria.
—No conozco ninguna Nuria.
—Por eso no sabes quién es.
—Buen argumento.
Se sentó en la cama.
—La conocí en Tinder.
—Claro.
—Hemos quedado un par de veces.
—¿La del lunes?
—No.
Necesité un segundo.
—¿Cuántas llevas?
—¿Qué?
—Personas.
—No sé.
—¿Cómo que no sabes?
—No llevo una hoja de Excel.
—Yo tampoco.
—Tú podrías.
—Perfectamente.
—Nuria es de aquí —dijo—. Pero tiene una amiga en Málaga que le deja un apartamento.
—Ah.
—Y me dijo de ir este fin de semana.
—¿Después de dos citas?
—Sí.
—Dos noches.
—Sí.
—En un apartamento.
—Sí.
—Juntos.
—Raúl.
—Estoy recopilando información.

—Pues recopila más rápido.
Miguel se levantó.
—¿Dónde tienes las toallas?
—¿Para qué quieres una toalla?
—Para llevármela.
—¿No hay toallas en el apartamento?
—Supongo.
—Entonces no necesitas una.
—Por si acaso.
—¿Por si Málaga todavía no ha descubierto el tejido absorbente?
—Dame una toalla.
Le di una.
No de las buenas.
Hay límites incluso en la amistad.
—¿Y qué vais a hacer? —pregunté.
—Pues no sé. Comer. Salir. Playa si hace bueno.
—¿Playa?
—Sí.
—¿Ahora?
—Si hace bueno.
—Vale.
—¿Qué pasa?
—Nada.
—Estás raro.
—No estoy raro.
—Sí.
Pensé.
—¿No te parece rápido?
Miguel me miró.
—¿El qué?
—Irte un fin de semana con alguien a quien has visto dos veces.
Se encogió de hombros.
—Puede.
—Ah.
—Pero me apetece.
No había mucho que discutir con eso.

Miguel dobló la toalla y la metió dentro.
—Además, si sale mal, volvemos.
—Estáis en Málaga.
—Hay autobuses.
—Vais en tu coche.
—También.
—Entonces no necesitas autobús.
—Era una forma de hablar.
—Pues ha sido bastante mala.
Cerró la maleta vacía.
—¿Tú qué tal ayer?
—Bien.
—¿Cristina?
—Sí.
—¿Tercera?
—Sí.
—¿Y?
—Bien.
Miguel esperó.
—¿Qué?
—Nada más.
—Nos besamos.
—Eso ya lo hacíais.
—Exacto.
—¿Y?
—Queremos volver a vernos.
Miguel sonrió.
—Mira.
—¿Qué?
—Nada.
—No pongas esa cara.
—¿Qué cara?
—Esa.
—No estoy haciendo nada.
—Estás pensando «ya está».
—¿Ya está qué?

—Lo que sea.
—No.
—Bien.
—¿Seguís en Tinder?
—Sí.
—Entonces no está.
Me molestó ligeramente que tuviera razón.
—Ella ha quedado con otro.
Miguel levantó las cejas.
—Ah.
—Una vez.
—¿Y va a repetir?
—Probablemente.
—¿Y tú?
—¿Yo qué?
—¿Vas a quedar con otra?
—No tengo ninguna otra.
—Instala otra aplicación.
—No funciona así.
—Claro que funciona así.
—No quiero fabricar mujeres para compensar.
—No he dicho eso.
—Lo estabas pensando.
—No puedes saber lo que pienso.
Todo el mundo.
Miguel cogió la maleta.
—Yo no podría.
—¿Qué?
—Estar tres citas con una mujer que me gusta sabiendo que está quedando con otro.
—Tú has quedado con media provincia.
—Pero no me gustan todas.
—Magnífica defensa.
—Sabes lo que quiero decir.
Sí.
Lo sabía.

—No hemos hablado de exclusividad —dije.
—Pues ya está.
—Exacto.
—¿Y te molesta?
—Un poco.
—Pues díselo.
—Ya se lo dije.
—¿Y?
—A ella le molestó Sonia.
—¿Quién es Sonia?
Lo miré.
—Una mujer con la que quedé dos veces.
—Ah, sí.
—¿Cómo que «ah, sí»?
—Me pierdo con tus dos matches.
—Vete a Málaga.
Miguel se rio.
Cogió la maleta y fue hacia la puerta.
—Te la devuelvo el domingo.
—Limpia.
—Es una maleta.
—Limpia.
—Sí, mamá.
—Y la toalla.
—La toalla te la lavo.
—No.
Miguel se detuvo.
—¿No qué?
—Me la devuelves sin utilizar.
—¿Para qué me la has dado?
—No había pensado suficientemente en las implicaciones.
Empezó a reírse.
—Eres gilipollas.
—Hay cosas que no necesito saber de mis textiles.
—Buenas noches, Raúl.
—Compra una en Málaga.

—Adiós.

Cerré la puerta.

Dos citas.

Fin de semana.

Apartamento.

Málaga.

Miguel llevaba divorciado unos meses y parecía estar intentando recuperar quince años por el método de entrega urgente.

Yo llevaba tres citas con Cristina y todavía analizaba pronombres.

Cada uno tenía su ritmo.

Cené.

Jugué un rato.

Cristina escribió cerca de las diez.

Cristina: Mi hijo acaba de recordar que mañana necesita una maqueta.

Sonreí.

Raúl: De qué?

Cristina: Sistema solar.

Raúl: Fácil. El Sol en medio y lo demás alrededor.

Cristina: Gracias, Galileo.

Raúl: Copérnico.

Tardó unos segundos.

Cristina: Profesor de historia?

Raúl: Google.

Cristina: Ya decía yo.

No hablamos de la cita.

Ni del otro hombre.

Ni de cuándo volveríamos a vernos.

Hablamos de bolas de poliespán.

De Saturno.

De que nadie sabía dónde comprar Urano a aquellas horas.

Era una conversación completamente inútil.

Duró cuarenta minutos.

Cuando nos despedimos no habíamos solucionado nada.

Ni nosotros.

Ni el sistema solar.

Me fui a dormir bastante contento.

Miguel se iba a Málaga con una mujer después de dos citas.

Yo acababa de pasar cuarenta minutos buscando planetas de poliespán para un niño al que no conocía.

No sabía cuál de los dos estaba gestionando peor Tinder.

Probablemente los dos.

CAPÍTULO 25

PLANES

El viernes por la mañana Miguel mandó una foto al grupo.

Una maleta.

Mi maleta.

En el maletero de su coche.

Miguel: Nos vamos.

Sergio contestó primero.

Sergio: Disfruta.

Después:

Sergio: Y no hagas nada que yo no haría.

Miguel: Eso reduce mucho las opciones.

Sergio: Tengo dos hijos. He hecho cosas.

Raúl: Devuelve la toalla.

Miguel respondió con una foto.

Mi toalla.

Encima de la maleta.

Miguel: Viaja con nosotros.

Raúl: No la saques de ahí.

Sergio: Qué cojones pasa con la toalla?

Raúl: Nada.

Miguel: Raúl me ha dado una toalla pero no quiere que la use.

Pasaron unos segundos.

Sergio: No quiero saber más.

Por una vez estábamos de acuerdo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Patricia.

—Miguel.

—¿Se va con la mujer?

—A Málaga.

—Mujer.

—Ya sabemos que es una mujer.

—Te lo dije ayer.

—Sí.
—Me gusta que quede constancia.
—Dos citas y fin de semana juntos.
Patricia levantó las cejas.
—Rápido.
—Eso dije yo.
—¿Y qué te contestó?
—Que le apetece.
—Buen argumento.
—Eso pensé yo.
Patricia me miró.
—¿Te da envidia?
—No.
—¿Nada?
Pensé.
—Málaga un poco.
—La ciudad.
—Tiene espetos.
—Claro.
—Y mar.
—Por supuesto.
—No todo es follar, Patricia.
—No he dicho nada de follar.
—Lo estabas pensando.
—No puedes saber lo que pienso.
Otra vez.
Aquello se estaba convirtiendo en una epidemia.

* * *

A media mañana apareció Álvaro.
—¿Qué hacéis este finde?
Patricia contestó primero.
—Comer con mis padres mañana. ¿Tú?
—Cumpleaños esta noche. Mañana pádel. El domingo Irene y yo vamos a una casa rural.
Patricia y yo lo miramos.

—¿Qué?
—Nada —dije.
—No empecéis.
—No he dicho nada.
—Es una casa rural.
—Eso he entendido.
—Vamos más gente.
—No he preguntado.
—Dos parejas y nosotros.
Patricia bajó la cabeza.
Yo aguanté.
Lo intenté.
De verdad.
—Álvaro.
—No.
—Solo una pregunta.
—No.
—¿En la reserva qué pone?
—¿Qué?
—Dos parejas y...
Patricia empezó a reírse.
Álvaro me señaló.
—No.
—¿Qué palabra utiliza Booking para vosotros?
—Vete a la mierda.
Se marchó.
Patricia esperó.
—Son novios.
—Muchísimo.

* * *

A las doce recibí un mensaje de Laura.
Laura: Mañana comemos en casa de mamá. Vienes?
Miré el mensaje.
Raúl: Quién?
Laura: Mamá, nosotros y tú.

Raúl: Eso son cinco.
Laura: Sé contar.
Raúl: Incluyes a los niños.
Laura: Evidentemente.
Raúl: Entonces seis.
Tardó.
Laura: Mamá, Carlos, yo, los dos niños y tú.
Raúl: Seis.
Laura: Gracias por la auditoría.
Raúl: A qué hora?
Laura: 14:00.
Raúl: Voy.
Ya tenía un plan.
A la una Sergio escribió.
Sergio: Mañana por la tarde cerveza?
Contesté:
Raúl: No puedo. Comida familiar.
Sergio: Domingo?
Raúl: Puede ser.
Sergio: Te digo.
Dos planes potenciales.
La vida se estaba descontrolando.

* * *

A las tres salí del trabajo.
Fui al supermercado.
No porque necesitara nada urgente.
Necesitaba cosas.
Papel higiénico.
Leche.
Huevos.
Detergente.
Cerveza.
Una bolsa de patatas.
Compré también una pizza.
No estaba en la lista.

La pizza nunca estaba en la lista.
Por eso seguía existiendo la libertad.
En la cola miré el móvil.
Nada de Cristina.
Lo guardé.
Pagué.
Fui al coche.
Metí las bolsas.
Volví a mirar.
Nada.
Esta vez tardé un poco más en guardarlo.
Conduje hasta casa.
Subí la compra.
Coloqué todo.
La leche.
Los huevos.
El detergente.
El papel.
La cerveza.
La pizza.
Las patatas.
Me senté.
Cogí el móvil.
Nada.
—Muy bien.
Lo dije en voz alta.
No estaba claro a quién.
Cristina no tenía obligación de escribirme.
Habíamos hablado cuarenta minutos la noche anterior.
Tenía trabajo.
Dos hijos.
Una maqueta del sistema solar.
Una vida.
Yo también.
Aquello era importante.
Yo también.

Encendí la PlayStation.
Jugué.
Veinte minutos.
Miré el móvil.
Nada.
Seguí.
Media hora.
Nada.
A la tercera vez me molesté conmigo mismo.
No con Cristina.
Conmigo.
Llevaba años dejando el teléfono en cualquier sitio.
Podía pasar una tarde entera sin saber dónde estaba.
Una vez lo había encontrado dentro del armario de la cocina.
No recordaba por qué.
Ahora parecía un controlador aéreo.
Lo dejé en el dormitorio.
Volví al salón.
Jugué.
Duré diecisiete minutos.
Fui al dormitorio.
No por el teléfono.
Necesitaba...
Me quedé en la puerta.
No necesitaba nada.
El teléfono estaba encima de la cama.
No lo toqué.
Eso contó como victoria.
Volví al salón.
Me senté.
Pensé en Cristina.
Pensé en el otro hombre.
Ahí estaba el problema.
No que no escribiera.
El otro.
Podía estar con él.

Era viernes.

Podían haber quedado.

Probablemente no.

O sí.

No lo sabía.

Y no tenía ninguna forma legítima de saberlo.

Eso era lo peor.

Las aplicaciones habían conseguido poner en contacto a millones de personas y, sin embargo, seguían sin incluir una pestaña que dijera:

LA PERSONA QUE TE GUSTA ESTÁ AHORA MISMO:

A) En casa.

B) Trabajando.

C) Con sus hijos.

D) Follándose a otro.

Entendía que podía generar problemas de privacidad.

Pero solucionaría muchas dudas.

Volví al dormitorio.

Cogí el móvil.

Nada.

Abrí Tinder.

No sabía exactamente por qué.

No tenía mensajes.

Pasé dos perfiles.

Una mujer de cuarenta y tres.

Fotos viajando.

Una frase sobre vivir intensamente.

X.

Otra de cuarenta y ocho.

Perro.

Montaña.

«Si no sabes lo que quieres, pasa de largo.»

Me quedé mirando.

No sabía lo que quería.

Técnicamente debía obedecer.

X.

Cerré la aplicación.

Aquello tampoco me apetecía.

Interesante.

Dos semanas antes habría considerado un nuevo match una pequeña victoria.

Ahora estaba deslizando perfiles sin ganas mientras esperaba un mensaje de una mujer que probablemente estaba ayudando a construir Júpiter.

No sabía si eso era progreso.

Preparé la pizza.

Abrí una cerveza.

Puse una película.

El teléfono siguió en el dormitorio.

Esta vez aguanté.

A mitad de la película sonó.

No fui.

Cinco segundos.

Diez.

Quince.

Pausé.

—Me cago en la puta.

Fui.

Era Laura.

Laura: Mamá dice que mañana no llegues tarde.

Me quedé mirando el mensaje.

Todo aquel esfuerzo emocional.

Para eso.

Raúl: Dile que tengo 45 años.

Laura: Dice que precisamente.

Guardé el móvil.

Terminé la película.

No era especialmente buena.

Eso ayudó.

Más tarde saqué otra cerveza de la nevera.

Quizá la primera estaba haciendo efecto.

El móvil sonó otra vez.

Esta vez no hice ningún ejercicio de autocontrol.
Fui.
Cristina.
Cristina: Hemos sobrevivido.
Sonreí.
Raúl: Los nueve?
Tardó unos segundos.
Cristina: 8.
Fruncí el ceño.
Entonces entendí.
Plutón.
Raúl: Has eliminado a Plutón.
Cristina: No cumple requisitos.
Raúl: Eso es discriminación.
Cristina: Que reclame.
Me mandó una foto.
Una maqueta.
Bolas de distintos tamaños.
Pintura.
Órbitas torcidas.
Saturno parecía haber sufrido un accidente.
Raúl: Saturno está bien?
Cristina: Ha tenido una noche complicada.
Raúl: Se nota.
Cristina: Mi hijo dice que es perspectiva.
Raúl: Tu hijo tiene futuro en política.
Hablamos unos minutos.
No cuarenta.
Diez, quizá.
Antes de despedirse escribió:
Cristina: Mañana tengo día familiar. Si desaparezco no he muerto.
Raúl: Yo también. Comida con mi madre.
Cristina: Suerte.
Raúl: La necesitaré.

Cristina: Y cuidado con la farmacéutica 😂

Me quedé mirando aquello.

Ana.

Había olvidado que le había contado la historia.

Raúl: Eso fue una campaña de difamación de mi madre.

Cristina: Seguro.

Raúl: Hay pruebas.

Cristina: Buenas noches Raúl.

Raúl: Buenas noches.

Dejé el móvil.

Me senté otra vez.

Estaba contento porque Cristina había escrito.

Eso era evidente.

También ligeramente avergonzado por haber pasado parte de la tarde esperando que lo hiciera.

Eso era nuevo.

Durante once años nadie había tenido que escribirme.

Bueno.

La gente me escribía.

Mi madre.

Laura.

Miguel.

Sergio.

Patricia.

El banco.

Vodafone.

Pero no era lo mismo.

Ninguno de ellos podía arruinarme una tarde tardando tres horas en mandar un mensaje.

Excepto el banco.

El banco sí.

Apagué la televisión.

Recogí.

Metí el vaso en el lavavajillas.

Fui al dormitorio.

El teléfono estaba encima de la cama.
Lo puse a cargar.
Mañana comida familiar.
El domingo quizá cerveza con Sergio.
Miguel estaba en Málaga.
Álvaro se iba a una casa rural con su no novia.
Cristina estaría con sus hijos.
Y yo tenía planes.
No muchos.
Los suficientes.
Me metí en la cama.
Entonces llegó una foto al grupo.
Miguel.
Una terraza frente al mar.
Dos cervezas.
Al fondo, Málaga.
Miguel: La vida.
Sergio respondió:
Sergio: Cabrón.
Yo amplié la foto.
No aparecía Nuria.
Solo las dos cervezas.
Raúl: Dónde está mi toalla?
Miguel contestó casi inmediatamente.
Miguel: En el apartamento.
Bien.
Seguía limpia.
Dormí tranquilo.

CAPÍTULO 26

SEIS

El sábado llegué a casa de mi madre a las dos menos cinco.
No porque me hubiera dicho que no llegara tarde.
Porque habíamos quedado a las dos.
Hay diferencias importantes.
Laura abrió la puerta.
—Milagro.
—Son menos cinco.
—Mamá lleva preguntando por ti desde la una y media.
—Ese problema no es mío.
—Ahora sí.
Entré.
Carlos estaba en el salón.
Mi sobrino pequeño estaba tumbado en el sofá.
El mayor miraba el móvil.
—Hola.
Recibí respuestas.
Algunas incluso verbales.
Mi madre apareció desde la cocina.
—Ya era hora.
Miré el reloj.
—Faltan cuatro minutos.
—Podías haber venido antes.
—Entonces habríamos quedado antes.
—Ayúdame con esto.
Eso significaba que había perdido.
Llevé una fuente al comedor.
Después otra.
—¿Cuánta gente viene?
—Nosotros.
—Hay comida para catorce.

—Pues sobrará.
—Eso espero.
—¿Por qué?
—Porque si nos la comemos toda habrá que llamar a emergencias.
Mi madre me ignoró.
Nos sentamos.
Seis.
Mi madre.
Laura.
Carlos.
Mis dos sobrinos.
Yo.
El cálculo seguía funcionando.
Esperé.
No conscientemente.
Pero esperé.
Mi madre empezó a comer.
Laura le preguntó a Carlos por una cosa del coche.
El pequeño dijo que no quería tomate.
El mayor dijo que le daba igual.
Carlos explicó algo sobre una revisión.
Mi madre le dijo al pequeño que probara el tomate.
El pequeño explicó que ya sabía a qué sabía.
Mi madre respondió que entonces no entendía por qué no quería probarlo.
Era una discusión filosófica interesante.
Pasaron cinco minutos.
Nadie preguntó por Tinder.
Bien.
Eso era exactamente lo que quería.
—¿Y tú qué tal? —me preguntó mi madre.
Ahí estaba.
—Bien.
—Me alegro.
Y siguió comiendo.

Me quedé esperando.
Nada.
Laura estaba discutiendo con el mayor.
—Te dije que a las once.
—Pero si llegué a las once y diez.
—Precisamente.
—Son diez minutos.
—Diez minutos después de las once.
—Mamá.
—Qué.
—Nada.
—No, dime.
—Nada.
El chico siguió comiendo.
Yo observé.
—¿Qué pasa? —pregunté.
Laura me miró.
—Nada.
—Ha llegado tarde —dijo Carlos.
—Diez minutos —añadió mi sobrino.
—Sin avisar —dijo Laura.
—Tenía el móvil sin batería.
Laura abrió las manos.
—¿Ves?
No sabía qué tenía que ver yo.
—Sí.
—¿Sí qué?
—Que lo veo.
—Pues dile algo.
Miré a mi sobrino.
Él me miró.
—Tu madre tiene razón.
—Tito.
—¿Qué quieres que haga? Es mi hermana.
—Podrías apoyarme.
—Tengo que volver a comer aquí.

—Cobarde.

—Superviviente.

La conversación siguió.

Por lo visto había salido con unos amigos.

Habían estado dando una vuelta.

Después se habían sentado en un parque.

Después habían ido a casa de uno.

Después el móvil se había quedado sin batería.

Una concatenación de acontecimientos que, a los dieciséis años, parecía completamente inevitable.

—¿Y no podías pedirle un teléfono a alguien? —preguntó Laura.

—No me sé tu número.

Silencio.

Laura lo miró.

—¿Cómo que no te sabes mi número?

—Está en el móvil.

—Soy tu madre.

—Ya.

—¿Y si pasa algo?

—Llamo al 112.

Carlos bajó la cabeza.

Yo también.

No podíamos ayudarnos.

—No tiene gracia —dijo Laura.

—Nadie se está riendo —dije.

Mi sobrino me miró.

—Tú sí.

—Por dentro.

—Raúl.

—Estoy de tu parte.

—No lo parece.

—Puedo estar de tu parte y reconocer que el 112 ha sido una respuesta sólida.

El chico sonrió.

Error.

—No lo animes.

—No lo estoy animando.
—Le estás dando aura —dijo el pequeño.
Lo señalé.
—Tú come tomate.
Se acabó su intervención.
Mi madre miró al mayor.
—Pues yo me sé el teléfono de todo el mundo.
—Porque eres antigua —dijo el pequeño.
—Porque tengo memoria.
—Abuela, tienes los números apuntados en una libreta al lado del teléfono.
—¿Y?
—Eso no es memoria.
—Sé dónde está la libreta.
No encontré fallos.
La conversación derivó hacia los teléfonos.
Después hacia cuánto tiempo pasaban los niños con ellos.
Después hacia cuánto tiempo pasábamos los adultos con ellos.
Aquello fue un error.
—Tú estás todo el día con el móvil —me dijo Laura.
—No.
—Últimamente sí.
—¿Cómo sabes lo que hago últimamente?
—Porque cuando te escribo contestas enseguida.
—Eso debería jugar a mi favor.
—Antes tardabas horas.
—He mejorado como hermano.
—Claro.
Mi madre intervino.
—El otro día me llamó sin querer nada.
Miré hacia ella.
No.
—¿Cómo que sin querer nada? —preguntó Laura.
—Me llamó por hablar.
—Mamá.
—¿Qué?

—No hace falta informar.
—¿Informar de qué?
Laura sonrió.
—¿Tú llamaste a mamá solo por hablar?
—Sí.
—Qué bonito.
—El padre de Patricia se había caído de una silla.
Silencio.
—Eso lo hace menos bonito —dijo Carlos.
—Muchísimo —dijo Laura.
—Estaba preocupado.
Mi madre me miró.
—Ya le dije que no me voy a caer.
—Eso no se puede prometer.
—También me ha prohibido subirme a las sillas.
Laura giró hacia mí.
—¿Tú?
—Sí.
—El hombre que a los diecisiete saltó desde el tejado del garaje.
Mis sobrinos levantaron la cabeza.
—¿Qué? —preguntó el pequeño.
—No.
—¿Saltaste de un tejado?
—No era un tejado.
Laura empezó a reírse.
—Era el tejado del garaje.
—Era bajo.
—Te hiciste un esguince.
—Eso no demuestra que fuera alto.
—¿Por qué saltaste? —preguntó el mayor.
No recordaba exactamente por qué.
Eso empeoraba todo.
—Éramos jóvenes.
—Tú eras joven —dijo Laura—. Yo te dije que no saltaras.
—Eso no lo recuerdo.
—Porque eres antiguo —dijo el pequeño.

Mi madre sonrió.

—Yo sí me acuerdo.

Aquella familia almacenaba demasiada documentación.

Durante un rato hablamos de cosas que había hecho de adolescente y que, convenientemente, habían permanecido fuera de la memoria colectiva hasta aquel momento.

Una bicicleta.

Un bordillo.

Una ventana.

Un petardo.

No había relación entre los cuatro acontecimientos.

Por suerte.

—Eras más tonto de lo que pareces —dijo mi sobrino mayor.

—Gracias.

—Lo digo bien.

—No existe una forma buena de decir eso.

—Ahora pareces muy serio.

—Eso demuestra que he sabido ocultar mi pasado.

—A mí no —dijo Laura.

—Tú eres parte del problema.

Terminamos de comer.

Nadie había preguntado por Tinder.

Nadie había preguntado por mujeres.

Nadie había preguntado si estaba quedando con alguien.

Me parecía perfecto.

Absolutamente perfecto.

Me levanté para ayudar.

Laura cogió platos.

Carlos consiguió desaparecer hacia el salón con una habilidad perfeccionada durante años.

—Qué listo es tu marido.

—Mucho.

—Ha visto venir la cocina.

—Siempre.

Entramos.

Mi madre abrió el lavavajillas.

Yo empecé a guardar comida.
—Llévate esto —dijo.
—No.
—¿Por qué?
—Porque tengo comida.
—¿Qué tienes?
—Cosas.
—¿Qué cosas?
—Comida.
—Eso no es comida.
—No sabes lo que tengo.
—Pizza.
Me detuve.
—¿Cómo sabes que tengo pizza?
—Siempre tienes pizza.
No podía discutir.
Me dio un recipiente.
—Carne.
—Vale.
Otro.
—Croquetas.
—Sí.
Laura me miró.
—Qué rápido has aceptado esas.
—Tengo prioridades.
Otro recipiente.
—Ensaladilla.
—No.
—¿Por qué?
—No quiero.
—Está buenísima.
—No he dicho que esté mala.
—Pues llévatela.
—Mamá —dijo Laura—, si no la quiere, no la quiere.
Mi madre la miró.
—Tú también te llevas.

—Vale.
Aquella mujer no necesitaba argumentos.
Necesitaba recipientes.
Mi móvil vibró encima de la encimera.
No lo cogí.
Mi madre estaba intentando introducir un trozo de carne en un recipiente físicamente incompatible con él.
Volvió a vibrar.
Laura miró la pantalla.
No por cotillear.
Estaba delante.
Eso habría dicho Patricia.
—Cristina —dijo.
Levanté la cabeza.
—Sí.
Laura me miró.
Yo la miré.
—Ah.
—¿Qué?
—Nada.
—Has dicho «ah».
—Sí.
—¿Qué significa «ah»?
—Que te ha escrito Cristina.
—Eso ya lo sé.
—Pues entonces tenemos la misma información.
Volvió a guardar comida.
Esperé.
Nada.
—¿No vas a preguntar?
Laura levantó la cabeza.
—¿El qué?
—Nada.
—Pues no.
Seguí colocando recipientes.
Aquello era extraño.

Mi madre estaba de espaldas.

No había oído el nombre.

Bien.

No sabía por qué era importante que no lo oyera.

Pero bien.

Cogí el teléfono.

Cristina: Mi madre acaba de mandar a mi hija a cambiarse porque dice que va enseñando el ombligo.

Sonreí.

Raúl: Cuánto ombligo?

Cristina: Al parecer una cantidad socialmente inaceptable.

Raúl: Hay normativa?

Cristina: Mi madre es la normativa.

Miré a la mía.

Estaba intentando meterme ensaladilla en la bolsa aprovechando que yo no prestaba atención.

Las instituciones fundamentales del Estado.

Raúl: Te entiendo perfectamente.

Guardé el teléfono.

Laura seguía a mi lado.

—¿Qué?

—Nada.

—Otra vez esa cara.

—¿Qué cara?

—La que pone mamá cuando sabe algo.

—No sé nada.

—Sabes que existe Cristina.

—Correcto.

—Y no vas a preguntar.

—No.

—¿Por qué?

Laura cerró un recipiente.

—Porque si quieres contármelo, me lo contarás.

Eso fue inesperadamente adulto.

—Ah.

—¿Qué significa «ah»?

—Nada.
—Pues entonces tenemos la misma información.
Era insoportable.
Mi madre apareció con una bolsa.
—Aquí.
La cogí.
Pesaba demasiado.
Miré dentro.
—Has metido la ensaladilla.
—¿Qué ensaladilla?
La miré.
Ella me miró.
Cerré la bolsa.
Había batallas que no merecían las bajas.
En el salón, mis sobrinos seguían con sus teléfonos.
—Nos vamos —dijo Laura.
—Yo también.
Mi madre me miró.
—¿Ya?
—Llevo aquí tres horas.
—¿Y?
Nunca había una respuesta correcta.
Me despedí.
Carlos levantó la mano.
El pequeño también.
El mayor dijo:
—Tito.
—Qué.
—¿Lo del tejado es verdad?
Miré a Laura.
Sonreía.
—No hagas nunca nada que yo hiciera con diecisiete años.
—Eso no responde.
—Precisamente.
Laura salió conmigo.
En el ascensor no dijo nada.

Yo tampoco.
Bajamos un piso.
Dos.
Tres.
—Cristina tiene cuarenta y seis —dije.
Laura me miró.
—No te he preguntado.
—Ya.
—¿Y?
—Y nada.
—Vale.
Otro piso.
—Es profesora.
—Vale.
—Tiene dos hijos.
—Raúl.
—Qué.
—No tienes que hacerme una ficha.
—No estoy haciendo una ficha.
—Acabas de darme edad, profesión y descendencia.
—Información básica.
—¿Te gusta?
La miré.
Por fin.
—Sí.
Laura sonrió.
—Vale.
—¿Eso es todo?
—¿Qué quieres que haga?
—Nada.
—Pues ya está.
Se abrió el ascensor.
Salimos al portal.
—Mamá no sabe nada —dije.
—Ya.
—Y preferiría que siguiera así.

—Tranquilo.
—Ni el nombre.
—No voy a decirle nada.
—Gracias.
Laura abrió la puerta.
—Aunque me parece fascinante que después de pasarte toda la comida esperando que alguien te preguntara hayas acabado contándomelo tú.
Me quedé quieto.
—Yo no estaba esperando.
—Claro.
Salió.
—Hasta luego.
—Hasta luego.
La odiaba un poco.
Metí la bolsa en el coche.
Antes de arrancar miré el móvil.
Tenía otro mensaje.
No era Cristina.
Miguel.
Una foto del mar.
Miguel: Seguimos vivos.
Contesté:
Raúl: La toalla?
Aparecieron los tres puntos.
Desaparecieron.
Volvieron.
Miguel: Tenemos que hablar.
Me quedé mirando la pantalla.
No.
Raúl: Miguel.
Miguel: Ha habido un incidente.
Cerré los ojos.
Laura acababa de descubrir que existía Cristina.
Mi toalla había sufrido un incidente en Málaga.
Eran las cinco de la tarde del sábado.

El fin de semana avanzaba con demasiada información.

CAPÍTULO 27

CUARENTA Y OCHO HORAS

Llamé a Miguel.

No contestó.

Volví a mirar el mensaje.

Ha habido un incidente.

Esperé.

Un minuto.

Dos.

A los tres escribió.

Miguel: No puedo hablar ahora.

Eso mejoraba muchísimo la situación.

Raúl: Qué ha pasado?

Miguel: Luego te cuento.

Raúl: Está viva?

Los tres puntos aparecieron.

Miguel: Sí.

Raúl: Tú?

Miguel: También.

Bien.

Habíamos descartado dos cadáveres.

Subí a casa con la comida que me había dado mi madre.

Abrí la bolsa.

Carne.

Croquetas.

Ensaladilla.

La ensaladilla que había rechazado expresamente.

La mujer había aprovechado una distracción.

Profesional.

Guardé todo.

Dejé el móvil en la encimera.

Miguel seguía sin llamar.

Pensé en posibilidades.
Una discusión.
Una intoxicación.
Un accidente.
Un exnovio.
Un marido.
Un marido sería interesante.
También bastante inconveniente.
El teléfono sonó.
Miguel.
—¿Qué ha pasado?
—Nada.
—Has escrito «ha habido un incidente».
—Con la toalla.
Cerré los ojos.
—No.
Miguel empezó a reírse.
—Eres gilipollas.
—¿Qué has hecho?
—Nada.
—Miguel.
—La he usado.
Silencio.
—Te dije que no la usaras.
—¿Para qué coño me prestas una toalla que no puedo usar?
—Ya reconocí que fue un error.
—Pues la he usado.
—¿Para ducharte?
—Sí.
—¿Solo para ducharte?
—Raúl.
—Necesito una respuesta.
—No la necesitas.
—Es mi toalla.
—Era tu toalla.
Eso cambió las cosas.

—¿Qué significa «era»?
—Que te compro otra.
—¿Por qué?
—Porque después de todo lo que me dijiste ayer no pienso devolvértela.
Me quedé callado.
—¿Ha pasado algo con ella?
—No.
—¿Seguro?
—Es una puta toalla.
—Entonces ¿por qué no vuelve?
—Porque ya no quiero participar en esto.
Tenía sentido.
—Vale.
—¿Vale?
—Sí.
—¿Ya está?
—Cómprame una parecida.
—Te compro una mejor.
—No hace falta.
—Pues una peor.
—Tampoco.
—Voy a elegir yo.
—Eso me preocupa.
—Te jodes.
Asunto resuelto.
—Entonces ¿ese era el incidente?
—Sí.
—Eres imbécil.
—Llevas desde ayer preguntando por ella.
—Pensaba que había pasado algo.
—Ha pasado. Me he duchado.
—Eso no es un incidente.
—Para ti parecía serlo.
No podía discutirlo.
Hubo un silencio.

—¿Qué tal por ahí?
—Bien.
La respuesta tardó una fracción de segundo demasiado.
—¿Bien?
—Sí.
—Vale.
—¿Qué?
—Nada.
—Has dicho «vale» raro.
—No se puede decir vale raro.
—Tú acabas de hacerlo.
Me senté.
—¿Ha pasado algo con Nuria?
—No.
—Entonces perfecto.
—Sí.
Silencio.
—Es raro —dijo.
—¿Qué?
—Esto.
—Málaga.
—No. Pasar todo el fin de semana con alguien.
—Era el plan.
—Ya sé que era el plan.
—Lo propusiste tú.
—También lo sé.
—Estoy aportando contexto.
—No hace falta.
Esperé.
—En una cita estás dos horas —dijo—. Tres como mucho.
—Sí.
—Y luego cada uno se va a su casa.
—Normalmente.
—Pero aquí te levantas y la otra persona sigue ahí.
—Miguel, eso era previsible.
—Ya sé que era previsible.

—Estaba incluso implícito en lo de «fin de semana».
—No me estás ayudando.
—No sé qué necesitas.
Miguel suspiró.
—Nada. Es solo que es intenso.
—¿Nuria?
—Todo.
Eso tenía más sentido.
—Llevamos desde ayer juntos.
—Sí.
—Cena. Dormir. Desayuno. Paseo. Comer. Playa.
—Parece un fin de semana.
—Ya.
—¿Te cae mal?
—No.
—¿Te gusta?
—Sí.
—¿Habéis discutido?
—No.
—¿Entonces?
—Que no tengo nada más que contar.
—Eso nunca te había detenido.
Se rio.
—Hay momentos en los que no sé qué decirle.
—No digas nada.
—Eso hago.
—Problema resuelto.
—Y entonces me pregunta si me pasa algo.
—Ah.
—Sí.
—Complicado.
—¿Ves?
—No demasiado.
—Esta mañana hemos desayunado y hemos estado hablando una hora.
—Bien.

—Luego hemos ido a dar una vuelta.
—Bien.
—Hemos seguido hablando.
—Normal.
—Después hemos comido.
—¿Hablando?
—Sí.
—Esto se está poniendo serio.
—Vete a la mierda.
Me reí.
—¿Sabes lo que creo?
—Qué.
—Que llevas quince años sin conocer a alguien.
Se quedó callado.
—¿Cómo?
—Conocer desde cero.
—He conocido gente.
—No así.
Pensé cómo explicarlo.
—Con Natalia ya estaba todo hecho.
—No estaba todo hecho.
—Ya me entiendes. Sabías cuándo quería hablar. Cuándo quería estar tranquila. Qué le molestaba. Qué podía hacerte gracia y qué iba a cabrearla.
Miguel no dijo nada.
—Con Nuria no sabes nada.
—No.
—Y ella tampoco sabe nada de ti.
—Ya.
—Pues tiene que ser agotador.
Silencio.
—Un poco.
Ahí estaba.
Miguel sabía estar casado.
Sabía convivir.

Sabía organizar colegios, vacaciones, compras, cumpleaños y fines de semana.

Lo que llevaba mucho tiempo sin hacer era empezar.

Yo llevaba once años sin hacer casi ninguna de las dos cosas.

Cada uno tenía su currículum.

Ninguno servía para el puesto.

—Además ella tiene mucha energía —dijo.

—¿Eso es malo?

—No.

—Miguel.

—No es malo.

—Pero.

—Esta mañana a las nueve ya quería salir.

—Una barbaridad.

—Es sábado.

—Precisamente por eso la gente sale.

—Yo quería desayunar tranquilo.

—¿Se lo dijiste?

—No.

—¿Por qué?

—Porque acabamos de empezar.

—Pues empieza diciéndole que quieres desayunar tranquilo.

—Qué fácil lo haces.

—Estoy en mi sofá. Desde aquí todo es facilísimo.

—¿Y tú qué has hecho?

—Comer con mi familia.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Tu madre?

—Mi madre.

—Entiendo.

—Me ha colocado ensaladilla en una bolsa contra mi voluntad.

—Denúnciala.

—Estoy valorándolo.

—¿Y Cristina?

La pregunta me pilló desprevenido.

—Nada.
—¿Nada?
—Tiene día familiar.
—Ah.
—¿Qué?
—Nada.
—No empieces.
—¿Cuándo volvéis a quedar?
—No lo sé.
—Pensaba que había próxima.
—Hay próxima.
—¿Cuándo?
—No está fijada.
—Pues fíjala.
—Gracias.
—De nada.
—Qué haría sin ti.
—Tendrías una toalla.
Eso fue bueno.
Escuché una voz al fondo.
Nuria.
Miguel contestó algo que no entendí.
—Tengo que dejarte.
—¿Todo bien?
—Sí.
—¿Seguro?
—Sí.
—¿Quieres volver?
—No.
Respondió demasiado rápido para estar dudando.
Eso también era información.
—Pues pásalo bien.
—Lo estoy pasando bien.
—Ya.
—De verdad.
—Te creo.

—Solo estoy cansado.
—También te creo.
—Mañana vuelvo por la tarde.
—Sergio y yo hemos quedado a la una.
—Lo he visto.
—Si llegas pronto...
—No creo.
—Pues otro día.
—Sí.
Otra pausa.
—Raúl.
—Qué.
—No quiero otra relación.
—Vale.
—Lo digo en serio.
—Ya.
—Esto no significa nada.
—No he dicho que signifique nada.
—Ya.
—Miguel.
—Qué.
—Estás explicándomelo a mí.
Silencio.
—Vete a la mierda.
—Pásalo bien.
Colgó.
Me quedé un momento con el teléfono en la mano.
No sabía si Miguel intentaba convencerme a mí.
Probablemente no.
Jugué un rato.
Después me comí dos croquetas.
Luego una tercera.
Había que evitar que se estropearan.
Cristina no escribió.
Yo tampoco.
No pasó nada.

Esta vez de verdad.

* * *

A las nueve llegó un mensaje de Laura.

Laura: Mamá pregunta si has visto la ensaladilla.

Miré el recipiente en la nevera.

Raúl: Qué ensaladilla?

Laura respondió con un emoji riéndose.

Había aprendido de los mejores.

Más tarde Sergio escribió al grupo.

Sergio: Mañana 13:00?

Raúl: Sí.

Miguel tardó un poco.

Miguel: Yo vuelvo por la tarde.

Sergio: Sigue vivo?

Miguel: De momento.

Raúl: Y mi toalla?

Miguel: Supera la pérdida.

Sergio: Por favor no quiero saber qué ha pasado.

Miguel: Me he duchado.

Pasó casi un minuto.

Sergio: Raúl está fatal.

Raúl: Buenas noches.

Dejé el teléfono.

Domingo.

Una cerveza con Sergio.

Nada más.

Me pareció un plan excelente.

Antes de acostarme fui a la cocina a beber agua.

Abrí la nevera.

Vi la ensaladilla.

La miré.

Mi madre había ganado.

Cogí un tenedor.

Estaba buenísima.

Eso era lo peor.

CAPÍTULO 28

EL MANDO

Sergio llegó a la una y diez.

No dije nada.

Estaba creciendo como persona.

Llevaba una bolsa.

—He traído cerveza.

—Tengo.

—Más cerveza.

—Pasa.

Entró.

Miró hacia el salón.

—¿Qué hacemos?

—No sé. Tú querías quedar.

—Tomar algo.

—Pues tomamos algo.

—¿Aquí?

—¿Qué problema hay?

—Ninguno.

—Entonces aquí.

Metió las cervezas en la nevera.

—¿No íbamos a salir?

—No habíamos dicho eso.

—Cuando dos personas quedan para tomar una cerveza normalmente salen.

—Tenemos cerveza. Tenemos sillas. Podemos completar el proceso.

Sergio me miró.

—Qué domingo más triste.

—La puerta sigue ahí.

—Pon una cerveza.

Eso pensé.

Nos sentamos en el salón.
Puse el fútbol.
No jugaba ninguno de nuestros equipos.
Eso mejoraba bastante el partido.
—¿Qué tal ayer? —preguntó.
—Comida familiar.
—Ya.
—Mi sobrino llegó diez minutos tarde el viernes y Laura está valorando retirarle la nacionalidad.
—Normal.
—Tiene dieciséis.
—Más normal todavía.
—Dice que el móvil se quedó sin batería.
Sergio asintió.
—Mentira.
—¿Por qué?
—Porque tiene dieciséis.
—Buen argumento.
—Mi hija me dice lo mismo.
—Tiene catorce.
—Lleva dos años preparándose.
En la televisión un delantero cayó dentro del área.
—Penalti —dijo Sergio.
—No.
—Clarísimo.
Repitieron la jugada.
No era penalti.
—Penalti —repitió.
—La repetición demuestra que no.
—La repetición está mal.
Había cosas que no cambiaban.
Bebimos.
Vimos unos minutos.
—Mónica está enfadada conmigo —dijo.
Ah.
—¿Qué has hecho?

—Nada.
—Entonces estás jodido.
—Ya.
—¿Qué nada?
—Nada.
Lo miré.
—Sergio.
—Ayer salimos a cenar.
—Eso parece positivo.
—Los dos solos.
—Más positivo.
—Los niños se quedaron con mis suegros.
—Esto mejora por momentos.
—Sí.
Esperé.
—¿Y?
—Pues eso.
—¿Eso qué es?
—Que cenamos.
—¿Y Mónica esperaba que ocurriera algo después?
—No.
—¿Tú esperabas que ocurriera algo después?
—Sí.
—¿Ocurrió?
—No.
—¿Por eso está enfadada?
—No.
La historia tenía demasiadas capas.
—Explícate.
—Durante la cena me preguntó qué quería hacer este verano.
—¿Y?
—Le dije que ya veríamos.
Me quedé quieto.
—Ah.
—¿Qué?
—Nada.

—Has dicho «ah».
—Sí.
—¿Qué significa?
—Que empiezo a entender a Mónica.
—No hay nada que entender.
—¿Cuántos años lleváis casados?
—Diecisiete.
—¿Y todavía respondes «ya veremos» a preguntas de vacaciones?
—¿Qué tiene de malo?
—Nada.
—Pues eso.
—Si quieres morir.
—No era para tanto.
—¿Qué quería hacer ella?
—Ir unos días a Italia.
—¿Y tú?
—No sé.
—¿No quieres ir?
—Sí.
—¿Entonces?
—Que estamos en septiembre.
—Para el verano que viene.
—Sí.
—Quedan nueve meses.
—Exacto.
—¿Y?
—Pues que falta muchísimo.
—Para ti.
—Para todo el mundo.
—El tiempo funciona igual, sí.
—Entonces.
—Pero Mónica no te estaba preguntando cuándo es verano.
Sergio bebió.
—Me dijo que nunca organizo nada.
—¿Es verdad?
—No.

Esperé.
—¿Qué organizas?
—Cosas.
—Dime una.
—El fútbol del niño.
—Eso no lo organizas tú.
—Lo llevo.
—Eso es transporte.
—También hay que organizarlo.
—Dime otra.
Pensó.
Mala señal.
—La barbacoa de junio.
—La organizó Carlos.
—Yo compré hielo.
—Fundamental.
—Sin hielo aquello habría sido una mierda.
No podía negarlo.
—¿Sabes qué pasa? —dijo—. Que al final parece que todo lo hace ella.
—¿Y lo hace?
—Muchas cosas.
—Pues quizá por eso lo parece.
Me miró.
—He venido a verte para sentirme mejor.
—Te has equivocado de amigo.
—Miguel estaría de mi parte.
—Miguel está en Málaga con una mujer que hace planes con horario.
—Es verdad.
—Ahora mismo eres el que mejor está de los dos.
—Gracias.
El partido siguió.
Sergio sacó el móvil.
Escribió.
Lo dejó.

—¿Qué has hecho?
—Nada.
—Has escrito algo.
—A Mónica.
—¿Qué?
—Que podemos mirar lo de Italia esta noche.
—Bien.
—No pongas esa cara.
—¿Qué cara?
—De superioridad.
—No tengo pareja desde hace once años. Sería muy atrevido sentirme superior en esto.
—Pues lo pareces.
—Estoy sentado en chándal comiendo patatas. Intenta resistir la intimidación.
Su móvil vibró.
Sergio miró.
—¿Qué dice?
—Un corazón.
—Problema resuelto.
—No funciona así.
—Entonces no entiendo los corazones.
—Eso ya lo sabíamos.
Seguimos viendo el partido.
Al descanso Sergio se levantó.
—¿Tienes algo de comer?
—Sí.
—¿Qué?
Abrí la nevera.
La cantidad de recipientes seguía siendo ofensiva.
—Carne.
—Bien.
—Croquetas.
—Muy bien.
—Ensaladilla.
—Perfecto.

—Todo de mi madre.
—Tu madre cocina de puta madre.
—Por eso no consigo independizarme del todo.
—Tienes cuarenta y cinco años y una hipoteca.
—Emocionalmente.
Sacamos comida.
Sergio probó la ensaladilla.
—Joder.
—Ya.
—¿Te la ha dado tu madre?
—Me la introdujo clandestinamente.
—Dile que me adopte.
—Tiene suficiente trabajo conmigo.
Comimos delante de la televisión.
Durante unos minutos no hablamos.
No hacía falta.
Aquello era algo que Miguel había dicho el día anterior.
Con Nuria no sabía qué hacer con los silencios.
Con Sergio podía pasar medio partido sin decir una palabra.
Veinticinco años de amistad tenían algunas ventajas.
—¿Cristina? —preguntó de pronto.
Casi me atraganto.
—¿Qué?
—Miguel dijo el otro día algo de Cristina.
Lo miré.
—¿Cuándo?
—En el grupo no. Cuando hablamos.
Aquello reducía mis opciones de asesinato.
—¿Qué quieres saber?
—Nada.
—Entonces ¿por qué preguntas?
—Por preguntar.
—Eso no existe.
—¿Va bien?
Pensé.
—Creo que sí.

—¿Cuántas veces habéis quedado?

—Tres.

—Ah.

Otra vez.

—¿Qué significa ese «ah»?

—Nada.

—Todo el mundo dice «ah» y luego pretende que no significa nada.

—Tres está bien.

—¿Qué número estaría mal?

—No sé.

—Entonces tu sistema carece de utilidad.

Sergio cogió otra croqueta.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Pues ya está.

Eso fue todo.

Esperé algo más.

No llegó.

—¿No vas a darme ningún consejo?

—¿Quieres un consejo?

—No.

—Pues no.

—Bien.

—Además, mírame.

Señaló su teléfono.

—Acabo de necesitar tu ayuda para reservar unas vacaciones con la mujer con la que llevo media vida.

—No te he ayudado.

—Me has hecho sentir culpable.

—Es distinto.

—Ha funcionado.

Terminó el partido.

Empate a uno.

Ninguno recordaría el resultado el martes.

Perfecto.

—¿Otra? —pregunté.
Sergio miró la hora.
—No puedo.
—¿Por?
—Comemos en casa de mis suegros.
Miré los platos vacíos.
Luego a él.
—Sergio.
—Qué.
—Acabas de comer.
—Ya.
—Has comido bastante.
—Ya.
—Y ahora vas a comer otra vez.
—Tengo dos hijos y estoy casado. Los domingos no me pertenecen.
—Podías haber dicho que no querías.
—¿A tu ensaladilla?
—A la comida de tus suegros.
Me miró.
—Tú no entiendes nada.
Era posible.
Recogimos.
Sergio se puso la chaqueta.
—Esta noche miro Italia.
—Muy bien.
—Deja de decirlo como si fueras mi padre.
—Organiza algo alguna vez y dejaré de hacerlo.
—Cabrón.
Abrió la puerta.
—Ah, y dile a tu madre que la ensaladilla está increíble.
—No pienso fomentar esto.
—Egoísta.
Se fue.
La casa volvió a quedarse en silencio.
Miré el salón.

Dos botellas.
Platos.
La bolsa de patatas abierta.
El partido ya terminado.
Recogí.
No tenía nada que hacer.
De verdad.
Nada.
Me senté.
Cogí el mando de la PlayStation.
Lo dejé.
Miré el móvil.
Ningún mensaje.
Lo dejé también.
Podía jugar.
Podía ver una película.
Podía dormir la siesta.
Podía salir.
Podía quedarme.
Nadie esperaba que fuera a ningún sitio.
Nadie necesitaba que decidiera dónde estaría el verano siguiente.
Nadie se enfadaría si cenaba pizza.
Era una libertad considerable.
También era domingo por la tarde.
Las dos cosas podían ser verdad.
Cogí el mando.
Encendí la consola.
Jugué durante casi una hora.
Entonces sonó el telefonillo.
Miré hacia la entrada.
No esperaba a nadie.
Volvió a sonar.
Pausé.
Fui.
—¿Sí?
—Soy yo.

Miguel.
Miré la hora.
Había vuelto antes de lo previsto.
—Sube.
Abrí.
Un minuto después llamaron a la puerta.
Miguel estaba allí.
Con mi maleta.
Y una bolsa.
—Hola.
—Hola.
Miré la bolsa.
—¿Qué es eso?
Miguel me la dio.
Dentro había una toalla nueva.
—No me jodas.
—Cien por cien virgen.
La saqué.
No se parecía en nada a la mía.
Era enorme.
—Esto es una toalla de playa.
—Estaba de oferta.
—¿Y la otra?
—Se ha quedado en Málaga.
—Bien.
—Nuria dice que eres muy raro.
Lo miré.
—¿Nuria sabe lo de la toalla?
—Toda la historia.
—Perfecto.
—Le has caído bien.
—No me conoce.
—Precisamente.
Dejé la toalla sobre una silla.
Miguel entró.
—¿Tienes cerveza?

—Sí.
—Necesito una.
Lo miré.
Ya no parecía tan descansado como el viernes.
—¿Qué tal Málaga?
Miguel dejó la maleta junto a la pared.
Pensó la respuesta.
—Bien.
Otra vez.
Bien.
Abrí la nevera.
—¿Una?
—Dos.
Saqué dos cervezas.
El domingo todavía no había terminado.

CAPÍTULO 29

LA SEGUNDA CERVEZA

Miguel abrió la primera cerveza.

Bebió.

—Joder.

—¿Qué?

—Nada.

—Has pedido dos.

—La segunda es preventiva.

Me senté.

Miguel hizo lo mismo.

La maleta seguía junto a la puerta.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien.

—Eso ya lo dijiste ayer.

—Pues sigue bien.

—Perfecto.

Bebimos.

Esperé.

Miguel miró la televisión.

La PlayStation seguía pausada.

—¿Estabas jugando?

—Sí.

—Sigue.

—No voy a jugar mientras estás aquí.

—¿Por qué?

—Porque has venido.

—Puedo mirar.

—Eso es tristísimo.

—Más triste es que apagues por mí.

Tenía un punto.

Cogí el mando.

Reanudé.
Miguel miró durante treinta segundos.
—Por ahí no.
—¿Qué?
—Que por ahí no es.
—Sí es.
—Te estás dejando una puerta.
—Ya he estado.
—No.
Pausé.
—Miguel.
—Qué.
—Llevas treinta segundos.
—Y ya he visto una puerta que tú no.
—He pasado por ahí.
—Pues no la has abierto.
Volví.
Había una puerta.
La abrí.
—Cállate.
—De nada.
Jugué unos minutos.
Miguel bebía.
—Nuria quiere volver a quedar.
No aparté la vista de la pantalla.
—Bien.
—Sí.
Esperé.
—¿Y?
—Nada.
—Vale.
—¿No vas a preguntar?
Pausé.
—¿Quieres volver a quedar tú?
—Creo que sí.
—Entonces bien.

—Ya.
—¿Qué problema hay?
—Ninguno.
—Estupendo.
Reanudé.
—Eres un hijo de puta.
—¿Por qué?
—Porque sabes que quiero hablar.
Volví a pausar.
—Entonces habla.
—No sé qué decir.
—Esto va a ser largo.
Miguel dejó la cerveza en la mesa.
—Me lo he pasado bien.
—Sí.
—Nos hemos reído.
—Bien.
—El sexo bien.
—No necesito el informe.
—No te estoy dando detalles.
—Mantengamos esa política.
—Pero...
Ahí estaba.
—¿Pero qué?
—Cuando veníamos para acá me ha preguntado qué estaba buscando.
—Pregunta razonable.
—Sí.
—¿Qué has dicho?
—Que nada serio.
—Es lo que llevas diciendo desde que te separaste.
—Ya.
—Entonces fácil.
—Sí.
—¿Y?
—Que después me ha preguntado qué significa «nada serio».

Me quedé pensando.
—También es razonable.
—Ya.
—¿Y qué significa?
—Pues eso.
—¿Eso qué?
—Nada serio.
—Miguel.
—No empieces tú también.
Dejé el mando.
—¿Quieres seguir quedando con ella?
—Sí.
—¿Quieres acostarte con ella?
—Sí.
—¿Quieres conocer a otras?
Miguel tardó.
—Supongo.
—Mala respuesta.
—¿Por qué?
—Porque has dicho «supongo».
—¿Qué quieres que diga?
—A mí me da igual.
—Pues entonces.
—Pero si Nuria te pregunta, «supongo» no parece una filosofía vital muy elaborada.
Miguel cogió la cerveza.
—No quiero novia.
—Vale.
—Acabo de salir de un matrimonio.
—Lo sé.
—Quince años.
—También.
—No voy a meterme ahora en otra relación.
—Nadie te ha pedido que te cases con Nuria.
—Ya lo sé.
—¿Ella quiere una relación?

—Dice que no lo sabe.
—Pues estáis avanzando.
—Muchísimo.
—Me ha dicho que no necesita decidirlo ahora, pero que tampoco quiere estar tres meses quedando conmigo para descubrir que yo solo quería follar.
—Tiene sentido.
—Ya.
—¿Y tú solo quieres follar?
—No.
Lo dijo rápido.
—Pues ya sabes una cosa.
Miguel se quedó callado.
—No quiero una relación —repitió.
—También sabes otra.
—¿Y qué hago con las dos?
—Ni puta idea.
—Gran ayuda.
—No soy un profesional.
—Tú estás quedando con Cristina.
—Precisamente. Tres citas. Estoy altamente cualificado.
Miguel sonrió.
—¿Cuándo es la cuarta?
—No lo sé.
—¿Todavía?
—No.
—Pues escríbele.
—Tiene día familiar.
—Son las seis.
—¿Y?
—Que el día familiar terminará.
—O no.
—Escribe luego.
—Ya veremos.
Miguel me señaló.
—Eso.

—¿Qué?
—Eso mismo le dijiste a Sergio con lo de Italia.
—No es comparable.
—Has dicho «ya veremos».
—Es una expresión.
—De cobardes.
—Hace media hora no sabías explicar qué significa «nada serio».
—No estamos hablando de mí.
—Llevamos media hora hablando de ti.
—Pues cambiemos.
Se levantó.
—¿Otra?
—¿No era preventiva?
—Ha cumplido su función.
Fui a la cocina.
Cogí dos.
Cuando volví, Miguel tenía el móvil en la mano.
—Nuria.
—¿Qué dice?
—Que ha llegado.
—Bien.
—Y que se lo ha pasado muy bien.
—Bien.
—Y un corazón.
—Problema resuelto.
—Eso le has dicho antes a Sergio.
—Tengo un repertorio limitado.
Miguel escribió.
—¿Qué le has puesto?
—Que yo también.
—¿Corazón?
—No.
—Cobarde.
—Vete a la mierda.
Dejó el teléfono.
—Mañana le escribiré.

—Perfecto.
—No pongas esa cara.
—Es mi cara.
Terminamos la cerveza.
Miguel se fue poco después.
Dejó la maleta.
La toalla nueva también.
Antes de salir la señaló.
—Espero que seas feliz con ella.
—Necesitamos tiempo.
—No está usada.
—Eso ayuda.
—Estás enfermo.
—Buenas tardes.
Cerré la puerta.
Eran algo más de las siete.
Había pasado prácticamente todo el domingo en casa.
No me molestaba.
Pero me apeteció salir.
Sin objetivo.
Eso todavía estaba permitido.
Me puse unas zapatillas.
Cogí las llaves.
Bajé.
Caminé hacia el centro.
Había gente.
Familias.
Parejas.
Turistas.
Perros.
Niños.
Un señor discutiendo por teléfono.
Lo normal.
Estaba cruzando una calle cuando algo pasó a mi lado.
Rápido.
Demasiado.

Di un paso atrás.

—¡Joder!

Un patinete eléctrico siguió adelante.

El conductor tendría treinta y muchos.

Pantalón chino.

Camisa.

Mochila.

Casco.

Todo muy responsable salvo la parte de intentar matarme.

De pequeño pensaba que en el futuro habría coches voladores.

Era lo que nos habían prometido.

Coches voladores.

Robots.

Ciudades en otros planetas.

Nadie me había advertido de que el futuro consistiría en señores de treinta y siete años yendo a trabajar en patinete.

No lo vi venir.

Tampoco soy Julio Verne.

Otro pasó por el carril bici.

Este llevaba americana.

Un hombre adulto.

Con americana.

Sobre una tabla con ruedas.

Aquello era el futuro.

No había coches voladores.

Habíamos conseguido que un director financiero pareciera un niño que se había escapado del parque.

Seguí andando.

Me senté en una terraza.

Pedí un café.

Solo.

No me importó.

Nunca me había importado demasiado.

Miré alrededor.

Una pareja hablaba en la mesa de al lado.

Dos mujeres compartían una tarta.

Un hombre leía.
Tres chavales discutían sobre fútbol.
Nadie estaba protagonizando nada.
Eso también me gustaba de las ciudades.
Podías estar solo sin estar realmente solo.
Saqué el móvil.
Tenía un mensaje de Cristina.
Lo había enviado hacía doce minutos.
Cristina: Sigo viva.
Sonreí.
Raúl: Me alegro. Empezaba a valorar avisar a emergencias.
Cristina: Mi madre cocina para 14 aunque seamos 7.
Miré el mensaje.
Genética nacional.
Raúl: La mía hoy para 14 siendo 6.
Cristina: Compiten.
Raúl: La mía me ha metido ensaladilla clandestinamente.
Cristina: La mía croquetas.
Raúl: Cambio.
Cristina: Ni de coña.
Sonreí.
Podía dejarlo ahí.
No había ningún problema.
Habíamos hablado.
Ella había escrito.
Todo bien.
Bebí café.
Miré la calle.
Pasó otro patinete.
Esta vez no intentó matarme.
Se agradecía.
Cogí el teléfono.
Raúl: Oye, cuándo te viene bien que nos veamos?
Lo envié antes de poder analizarlo.
Me quedé mirando la pantalla.
Nada ocurrió.

Claro.
Habían pasado dos segundos.
Dejé el móvil boca abajo.
Bebí.
Esperé.
No miré.
Cinco segundos.
Diez.
Aquello era ridículo.
Miré.
Nada.
Volví a dejarlo.
Una camarera pasó.
Una moto arrancó.
Un niño empezó a llorar.
El mundo continuaba funcionando pese a que Cristina no hubiera contestado en veinticinco segundos.
Dato tranquilizador.
Vibró.
Cogí el teléfono.
Cristina: Esta semana la tengo complicada.
Ah.
Leí otra vez.
Esta semana la tengo complicada.
No era exactamente la respuesta que esperaba.
Aparecieron los tres puntos.
Desaparecieron.
Volvieron.
Cristina: Pero el sábado por la noche podría.
Bien.
Noté físicamente el cambio.
Ridículo.
Raúl: Sábado me va bien.
Cristina: Entonces sábado 😊
Raúl: Hecho.

Guardé el móvil.
Cuarta cita.
Sábado.
Seis días.
Terminé el café.
Pagué.
Me levanté.
De camino a casa pasó otro patinete.
Lo vi venir.
Me aparté.
Estaba aprendiendo.
A los cuarenta y cinco años eso ya contaba como evolución.

CAPÍTULO 30

LA MESA

El lunes Patricia llegó con una mesa.

No una mesa entera.

Eso habría sido más interesante.

Una foto.

La dejó abierta en la pantalla del ordenador.

—¿Te gusta?

Miré.

Madera.

Cuatro patas.

Rectangular.

—Sí.

—No has mirado.

—He visto suficiente.

—Raúl.

Me acerqué.

—Es una mesa.

—Gracias.

—¿Qué quieres que valore?

—Si te gusta.

—¿Para comer?

—No. Para practicar cirugía.

—Entonces no.

Patricia llevaba tres semanas buscando una mesa para el salón.

Yo no lo sabía.

Aquello demostraba que nuestra amistad todavía conservaba zonas de misterio.

—¿Qué le pasa a la que tienes?

—Que era de Andrés.

—Ah.

—No pongas «ah».

—No he dicho nada.
—Lo has pensado.
—No puedes saber lo que pienso.
—Llevo ocho años sentada a tu lado.
Buen argumento.
Andrés había sido su marido.
Yo lo había visto dos veces.
Una en una cena de Navidad.
Otra cuando vino a recogerla porque su coche estaba en el taller.
Parecía normal.
Luego se divorciaron.
Eso demostraba lo poco fiable que era parecer normal.
—¿Se la quiere llevar? —pregunté.
—No.
—¿Entonces?
—La quiero quitar yo.
—¿Por qué?
—Porque sí.
—Eso es una razón.
—Gracias.
—No he dicho que sea buena.
Patricia me miró.
—¿Te gusta la mesa o no?
Volví a mirar.
—Sí.
—¿La comprarías?
—No.
—¿Por qué?
—Tengo mesa.
—Imagina que no.
—Compraría una.
—¿Esta?
—No sé.
—Eres desesperante.
—Tú me has pedido opinión sobre un rectángulo.
Álvaro apareció.

—¿Qué hacéis?
—Patricia quiere comprar una mesa.
Miró la pantalla.
—Está guapa.
Patricia me señaló.
—¿Ves?
—Álvaro dice «está guapa» de una mesa.
—Porque está guapa.
—No sé si eso mejora tu caso.
—¿Cuánto cuesta? —preguntó.
Patricia se lo dijo.
Álvaro abrió los ojos.
—Por cuatro patas.
—Y una tabla —dije.
—Es madera maciza.
—Retiro lo dicho. Una tabla buena.
Patricia cerró la página.
—Sois gilipollas.
—Has venido al departamento equivocado para buscar sensibilidad decorativa.
Se quedó mirando la pantalla.
—Es la primera cosa que compro para la casa desde que Andrés se fue.
Eso cambió un poco el asunto.
Álvaro también lo notó.
—Pues cómprala —dijo.
—¿Aunque sea cara?
—Sí.
—Hace diez segundos te parecía un robo.
—Sigue pareciéndomelo.
—Gran asesoramiento.
—Pero si te mola...
Patricia lo miró.
—Gracias.
Álvaro sonrió.
—De nada.

Se marchó.
—El niño ha crecido —dije.
—Un poco.
—La casa rural.
—Puede.
No pregunté más.
Patricia tampoco volvió a abrir la página.
Durante un rato trabajamos.

* * *

A media mañana recibí un correo que empezaba con:

Estimado usuario:

Nunca había llegado nada bueno después de aquello.
Lo abrí.
Contraseña.
Caducaba en tres días.
Perfecto.
Había que cambiarla.
Mínimo doce caracteres.
Una mayúscula.
Una minúscula.
Un número.
Un símbolo.
No podía contener mi nombre.
No podía coincidir con las últimas diez.
No podía incluir secuencias.
Probé una.
Rechazada.
Otra.
Rechazada.
Una tercera.
Rechazada.
—¿Qué haces? —preguntó Patricia.
—Intentar demostrar que soy yo.
—¿Y?
—El sistema tiene dudas.

Probé otra.
Aceptada.
Entonces apareció:
Su contraseña caducará dentro de 90 días.
—Qué bonito.
—¿Qué?
—Ya tenemos fecha para volver a vernos.
Patricia se rio.
—¿Tú reutilizas contraseñas?
—No voy a responder a eso delante de un ordenador.
—Paranoico.
—Prudente.
—¿Sabes mi contraseña?
—No.
—Mi perro.
La miré.
—Acabas de decirme tu contraseña.
—No sabes qué perro.
—¿Cuántos has tenido?
Patricia dejó de sonreír.
—Cállate.
A la hora del café apareció Álvaro otra vez.
—Al final la compro.
Miré a Patricia.
—¿La mesa?
—Sí.
—Enhorabuena.
—No necesito tu aprobación.
—Entonces retiro la enhorabuena.
—¿Qué mesa? —preguntó Álvaro.
Patricia lo miró.
—La de antes.
—Ah.
—Tú me has dicho que la compre.
—Sí.
—Hace una hora.

—Ya.
—¿Y no te acordabas?
—Pensaba que hablabais de otra cosa.
Patricia me miró.
—Este es el futuro de la Administración.
—No metas a la institución.
Álvaro apoyó una mano en la mesa.
—Por cierto, Irene quiere que vayamos a una boda.
Patricia y yo levantamos la cabeza.
—Juntos —añadió.
—No —dijo Patricia.
—¿Qué?
—Nada.
—No empecéis.
—No hemos empezado —dije.
—Os conozco.
—¿De quién es la boda?
—Una amiga suya.
—¿Y tú estás invitado?
—Como acompañante.
Patricia cerró los ojos.
—No.
—¿Qué?
—Nada.
—Deja de hacer eso.
—¿Qué pone en la invitación? —pregunté.
—No lo sé.
—Necesitamos verla.
—No vais a ver nada.
—¿Pone Irene y acompañante?
—Supongo.
—Eso es muy serio.
—No es serio.
—Una boda.
—Sí.
—Juntos.

—Como amigos.
Patricia se levantó.
—Voy al baño.
—¿Por qué?
—Porque necesito alejarme de esta conversación antes de sufrir algo.
Álvaro me miró.
—No significa nada.
—Vale.
—La gente lleva amigos a bodas.
—Sí.
—Pues eso.
—¿Vas a dormir con Irene después?
—Raúl.
—Estoy recopilando datos.
—No es asunto tuyo.
—Entonces sí.
—Que te den por culo.
Se fue.
Patricia volvió.
—¿Ha reconocido que son novios?
—No.
—Qué decepción.
—Va a una boda con ella.
—Eso ya es prácticamente una hipoteca.
—No exageremos.
—Tienes razón. La hipoteca requiere menos compromiso.
Seguimos trabajando.
A la salida me encontré con Álvaro en el ascensor.
—¿Al final vas? —pregunté.
—A la boda.
—Sí.
—Claro.
—¿Cuándo es?
—Dentro de tres semanas.
—Bien.

—¿Qué?
—Nada.
—No digas «bien».
—Solo he dicho bien.
—Con intención.
Estábamos perdiendo el idioma.
Salimos.
Álvaro miró el móvil.
—¿Tú has ido a muchas bodas?
Pensé.
—Demasiadas.
—¿De amigos?
—Amigos. Familia. Ex.
Álvaro levantó la cabeza.
—¿Has ido a la boda de una ex?
—No.
—Has dicho ex.
—He dicho que mis ex se han casado.
—Ah.
Me detuve.
Otra vez.
—¿Qué?
—Nada.
—Ese «ah» tenía contenido.
—Pensaba que solo habías tenido la de los siete años.
—Marta.
—Sí.
—No nací a los veintisiete, Álvaro.
—Ya.
—Tuve novias antes.
—¿Muchas?
—No.
—¿Cuántas?
—Vete a casa.
Sonrió.
—Nos vemos mañana.

Se alejó.

Yo seguí andando.

No había pensado en aquello desde hacía mucho.

En las anteriores.

No porque hubieran sido importantes durante años.

Precisamente por eso.

Habían sido otra vida.

Marta se había casado.

Eso lo sabía.

También Silvia.

Y Elena.

Las tres.

No inmediatamente.

Tampoco era una maldición.

Pero las tres habían terminado casándose con la siguiente pareja seria que habían tenido después de mí.

Era curioso.

Llegué a un paso de peatones.

Esperé.

Pensé en Silvia.

Hacía más de veinte años.

Luego en Elena.

Después en Marta.

Tres.

La muestra estadística era pequeña.

Pero inquietantemente consistente.

Quizá esa era mi verdadera utilidad en el mundo.

No era una pareja.

Era una fase de preparación.

Un curso prematrimonial con sexo.

El semáforo cambió.

Crucé.

Me hizo gracia.

Durante años había considerado aquello una coincidencia.

A los cuarenta y cinco empezaba a sospechar que podía ser un servicio.

Salías conmigo.
Aprendías lo necesario.
Y el siguiente recibía el producto terminado.
Saqué el móvil mientras caminaba.
Cristina no había escrito.
Yo tampoco tenía nada que decirle.

* * *

El sábado seguía ahí.
No necesitábamos llenar los seis días que había en medio.
Guardé el teléfono.

* * *

Al llegar a casa pensé otra vez en las tres.
Silvia.
Elena.
Marta.
No sentía nada especial.
Ni pena.
Ni nostalgia.
Ni ganas de buscar qué hacían.
Solo curiosidad por el patrón.
Tres de tres.
Cien por cien de efectividad.
Había empresas que cotizaban en bolsa con peores resultados.
Calenté la carne de mi madre.
Cené.
Después recibí un mensaje de Patricia.
Una foto.
La mesa.
Patricia: Comprada.
Contesté:
Raúl: Espero que seáis muy felices.
Patricia: Gracias. De momento es la relación más estable que tengo.
Raúl: La mía es la suscripción de Netflix.
Tardó unos segundos.

Patricia: Y porque se renueva automáticamente.

Me quedé mirando el mensaje.

Eso había sido innecesario.

Raúl: Hay compromiso.

Patricia: Hay domiciliación bancaria.

No contesté.

Era difícil discutir con alguien que tenía razón.

Dejé el móvil.

Patricia tenía una mesa nueva.

Álvaro tenía una no novia con la que iba a una boda.

Miguel tenía una no relación que no sabía definir.

Yo tenía una cuarta cita el sábado.

Y Netflix seguía conmigo.

El mobiliario y las plataformas de streaming eran lo único que parecía saber exactamente qué era.

Apagué la luz.

CAPÍTULO 31

NORMAL

El miércoles Tinder me avisó de que tenía un nuevo like.

Llevaba varios días sin hacerlo.

La aplicación parecía preocupada.

Estaba desayunando.

Abrí.

Una mujer.

Cuarenta y dos.

Marta.

No mi Marta.

Otra.

El nombre había perdido exclusividad hacía mucho.

Morena.

Pelo corto.

Sonriendo en casi todas las fotos.

Una en una terraza.

Otra en la playa.

Otra con un perro.

Otra delante de un edificio que no reconocí.

La quinta era una puesta de sol.

Nunca había entendido por qué la gente incluía fotografías en las que no aparecía.

Yo también había visto puestas de sol.

Leí.

42. Fisioterapeuta. Sin hijos. Me gusta viajar, cocinar, el cine y la gente que sabe reírse de sí misma. Busco conocer a alguien y ver qué pasa.

Normal.

Extraordinariamente normal.

Nada de vibrar alto.

Nada de «si no puedes seguirme el ritmo».

Nada de exigir responsabilidad afectiva antes de decir hola.
Nada de «sorpréndeme».
Una persona.
Le di al corazón.
¡Es un match!
Miré la pantalla.
Hacía unas semanas aquello habría sido un acontecimiento.
Ahora estaba comiendo una tostada.
Eso también era información.
Podía no escribir.
Tenía una cita con Cristina el sábado.
Pero no tenía ninguna relación con Cristina.
Ella estaba hablando con otro hombre.
Incluso había quedado con él.
Yo podía hablar con Marta.
La nueva.
Necesitábamos urgentemente un sistema de nomenclatura.
Pensé una frase.
La borré.
Pensé otra.
También.
Al final volví a mirar sus fotos.
La última seguía siendo una puesta de sol.
Escribí:
Raúl: Tengo una duda importante.
Esperé.
Nada.
Seguí desayunando.
La respuesta llegó mientras me lavaba los dientes.
Marta: A ver 😂
Raúl: Por qué tienes una foto de una puesta de sol en Tinder?
Tardó unos segundos.
Marta: Jajajaja
Marta: Porque me gustó?
Raúl: Pero tú no sales.

Marta: Ya.
Raúl: Entonces ahora mismo estoy valorando sentimentalmente al sol.
Marta: Y qué te parece?
Miré otra vez la foto.
Raúl: Atractivo. Un poco intenso.
Marta: 😂😂😂
Raúl: Y parece bastante mayor que yo.
Marta: Tiene experiencia.
Bien.
Hablamos un poco.
Trabajo.
Miércoles.
El perro de la foto.
Se llamaba Otto.
No Coco.
Agradecí la diversidad.
Marta contestaba con frases completas.
Aquello parecía prometedor.
No demasiado.
Lo justo.

* * *

A las ocho menos cuarto salí de casa.
En el trabajo tenía otro mensaje.
Marta: Y tú qué buscas por aquí?
Otra vez.
La pregunta.
Parecía que Tinder había empezado a hacer exámenes.
Pensé.
No podía poner:
Intentando conocer a mi próxima ex.
Ya estaba en el perfil.
Repetir un chiste propio era una derrota.
Escribí:

Raúl: Conocer a alguien. Si luego pasa algo, estupendo. Si no, tampoco quiero hacer una planificación estratégica.

Lo releí.

Demasiado.

Borré la última frase.

Raúl: Conocer a alguien. Si luego pasa algo, estupendo.

Mejor.

Marta respondió:

Marta: Parecido 😊

Fácil.

—Estás con Tinder.

Patricia.

No la había oído llegar.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Estás con Tinder.

—Eso ya lo has dicho.

—¿Quién es?

—Una mujer.

—Gracias.

—Marta.

Patricia se quedó quieta.

—¿Marta?

—Otra Marta.

—Ah.

—No.

—¿Qué?

—No hagas «ah».

—Solo me ha sorprendido.

—Hay más de una.

—Ya.

—Muchas.

—Lo sé.

—No tengo ningún conflicto con el nombre Marta.

—No he dicho que lo tengas.

Guardé el móvil.
—Perfecto.
Patricia dejó el bolso.
—¿Y Cristina?
—¿Qué pasa con Cristina?
—Nada. Pregunto.
—El sábado hemos quedado.
—Ya.
—¿Entonces?
—Entonces nada.
—Puedo hablar con otra gente.
—Claro.
—Ella también lo hace.
—Sí.
—No somos pareja.
—Raúl.
—Qué.
—No te estoy acusando.
Ah.
—Ya.
—Te estás defendiendo solo.
—No me estoy defendiendo.
—Llevas cuatro frases.
—Estoy explicando.
—Una situación que nadie te ha pedido que expliques.
La odiaba.
Trabajamos.

* * *

A media mañana Marta volvió a escribir.
Me preguntó si tenía hijos.
Contesté que no.
Ella tampoco.
Me preguntó si había estado casado.
No.
Yo pregunté lo mismo.

Tampoco.

Marta: Entonces eres de los raros 😂

Miré el mensaje.

No sabía exactamente qué significaba.

Raúl: Necesito más datos para saber si sentirme ofendido.

Marta: Jajaja porque a nuestra edad casi todo el mundo viene de matrimonio o con niños.

Eso era bastante cierto.

Raúl: Yo vengo de una hipoteca.

Marta: También deja secuelas.

Bien.

A la hora del café tenía la sensación de que la conversación funcionaba.

No una sensación enorme.

Una sensación.

—¿Qué tal Marta dos? —preguntó Patricia.

—No la llames así.

—¿Marta nueva?

—Peor.

—¿Marta Tinder?

—Parece una categoría profesional.

—¿Cómo quieres que la llame?

—Marta.

—¿Y a la otra?

—No estamos haciendo una reunión conjunta.

—De momento.

La miré.

—Hay días que entiendo tu divorcio.

Patricia sonrió.

—Andrés también decía que tenía mucho carácter.

—Andrés tenía razón en algunas cosas.

—Cuidado.

—Retiro.

* * *

Por la tarde, ya en casa, Marta seguía contestando.

No constantemente.
Cada veinte minutos.
Media hora.
Normal.
Yo tampoco estaba pendiente.
Mucho.
Hablamos de películas.
Coincidimos en dos.
Discrepamos en una.
Nada grave.
Luego desapareció durante casi dos horas.
No pensé nada.
Bueno.
Pensé algo.
Pero poco.
A las ocho volvió.
Marta: Perdona estaba con mi chico.
Me quedé mirando.
Mi chico.
Interesante.
Quizá un hijo.
Aunque había dicho que no tenía.
Un novio.
Eso sería más interesante.
Un perro.
El perro era macho.
Otto.
Podía llamar «mi chico» al perro.
Había gente capaz.
Esperé.
Llegó otro mensaje.
Marta: Mi hermano quería decir 😂😂😂
Ah.
Había escrito mal.

Raúl: Durante unos segundos esto ha dado un giro bastante interesante.
Marta: JAJAJA perdón
Marta: Mi hermano vive cerca y ha venido a por unas cosas.
Raúl: Otto y yo estábamos preocupados.
Marta: 😂😂😂
Seguimos.
A las nueve y cuarto preguntó:
Marta: Oye te apetece tomar algo un día?
Miré el mensaje.
Eso había ido rápido.
No Miguel rápido.
Pero rápido.
Pensé en Cristina.
Sábado.
Cuarta cita.
Pensé en Marta.
Nueva.
Normal.
Agradable.
No tenía ninguna razón para decir que no.
Tampoco ninguna obligación de decir que sí.
Eso era algo que empezaba a entender.
Raúl: Sí, claro.
Marta tardó poco.
Marta: Mañana?
Mañana era jueves.
Podía.
Raúl: Mañana puedo.
Marta: Sobre las 8?
Raúl: Perfecto.
Quedamos.
Dejé el teléfono.
Una cita el jueves.
Otra el sábado.

Dos meses atrás aquello habría parecido ciencia ficción.
Dos semanas atrás habría parecido una competición.
Ahora solo me pareció agenda.

* * *

El jueves trabajé con normalidad.
Patricia no.
—¿Qué te vas a poner?
—Ropa.
—Buena elección.
—Gracias.
—¿Dónde vais?
Se lo dije.
—Está bien.
—Lo sé.
—¿Nervioso?
—No.
Y era verdad.
Eso me sorprendió un poco.

* * *

A las tres salí.
Fui a casa.
Comí.
Me duché.
No tardé cuarenta minutos decidiendo una camisa.
Elegí una.
No hice una reunión conmigo mismo.
Progreso.
Llegué al sitio.
Marta ya estaba.
La reconocí.
Era igual que en las fotos.
Eso siempre ayudaba.
—Hola.
—Hola.
Nos saludamos.

Nos sentamos.
Pedimos.
Los primeros diez minutos fueron bien.
Los siguientes también.
Marta era agradable.
Hablaba fácil.
Se reía.
Yo también.
A la media hora descubrimos que habíamos estudiado en institutos cercanos.
A los cuarenta minutos que conocíamos a una persona en común.
A los cincuenta que ninguno recordaba exactamente de qué.
Todo normal.
Y entonces ocurrió.
Nada.
No hubo un comentario extraño.
No dijo nada ofensivo.
No habló durante veinte minutos de su ex.
No intentó venderme criptomonedas.
No resultó ser otra persona.
No apareció un marido.
Nada.
Simplemente no me gustó.
No de esa forma.
Me caía bien.
Era atractiva.
La conversación funcionaba.
Pero no había nada.
Eso era incómodo.
Porque habría sido más fácil encontrar un motivo.
Algo.
Un defecto.
Una incompatibilidad.
Una bandera roja.
Una colección de muñecas antiguas en una habitación cerrada.
Lo que fuera.

Pero no.
Marta era perfectamente normal.
Yo también, con suerte.
Y no pasaba nada.
Terminamos la bebida.
Seguimos hablando.
No tuve prisa por irme.
Tampoco ganas de alargarlo.

* * *

Al salir caminamos unos metros juntos.
—Me ha caído bien conocerte —dijo.
—A mí también.
Era verdad.
—Ya hablamos.
—Claro.
Nos despedimos.
Sin beso.
Sin intento.
Sin momento raro.
Volví andando.
Pensé que quizá ella había sentido exactamente lo mismo.
O quizá no.
No podía saberlo.
A los diez minutos llegó un mensaje.
Marta: Me ha encantado conocerte 😊
Ah.
Entonces quizá no.
Miré la pantalla.
Podía dejarlo para mañana.
Podía contestar algo neutro.
Podía seguir quedando y ver si aparecía algo.
Durante años probablemente habría hecho eso.
No por maldad.
Por inercia.
Escribí.

Raúl: A mí también me ha gustado conocerte. Pero te voy a decir una cosa antes de que hagamos el tonto.

Me detuve.

Aquella frase me sonaba.

Sonia.

Sonreí.

La borré.

No necesitaba plagiar rechazos.

Volví a escribir.

Raúl: Me has caído genial, pero creo que por mi parte ha sido más de conocerte que de cita. Prefiero decírtelo y no hacerte perder el tiempo.

Lo envié.

Marta tardó.

Un minuto.

Dos.

Marta: Jajaja pues agradezco que me lo digas

Después:

Marta: Yo habría repetido pero tampoco voy a secuestrarte 😂

Sonreí.

Raúl: Se agradece.

Marta: Suerte por aquí!

Raúl: Igualmente.

Y ya.

Guardé el móvil.

No había salido mal.

Tampoco había salido bien.

Había salido.

Una mujer podía darme like.

Podíamos hacer match.

Podíamos hablar.

Podía parecer interesante.

Podíamos quedar.

Podía ser atractiva.

Podía caerme bien.

Y aun así no tenía por qué ocurrir nada.

Era extraordinariamente poco cinematográfico.

También bastante útil.

El sábado vería a Cristina.

Pensé en eso.

Y entonces entendí una diferencia que no había necesitado explicar hasta ese momento.

Con Marta había pasado una hora esperando sentir algo.

Con Cristina llevaba varios días esperando que llegara el sábado.

No garantizaba nada.

Pero tampoco era nada.

Seguí andando.

CAPÍTULO 32

EL REY ARTURO

El sábado llegó.

Eso era previsible.

Lo menos previsible era que yo llevara desde el jueves pensando en él.

Cristina había elegido un bar pequeño en el centro.

No restaurante.

No cena organizada.

—Tomamos algo y vemos —había dicho.

Me gustaba el plan.

Sobre todo la parte de no tener plan.

A media tarde me escribió.

Cristina: Mi hijo acaba de preguntarme si voy a salir "otra vez".

Raúl: Cuatro citas en un mes. Estás desatando rumores.

Cristina: En esta casa sí.

Raúl: Qué has dicho?

Cristina: Que voy a tomar algo.

Raúl: Técnicamente impecable.

Cristina: Soy profesora.

Después:

Cristina: Mi hija ha preguntado con quién.

Miré el mensaje.

Raúl: Y?

Cristina: Le he dicho que con un amigo.

Ah.

Amigo.

No tenía nada de malo.

Éramos muchas cosas antes que una pareja.

Dos personas que habían quedado cuatro veces.

Dos usuarios de Tinder.

Dos adultos que se habían besado.

Amigos era incluso generoso en algunos aspectos.
Aun así, me quedé mirando la palabra.
Raúl: Bien jugado.
Cristina: No sabía qué poner en el formulario.
Sonreí.
Raúl: Marca otros.
Cristina: 😂

* * *

A las nueve estaba allí.
Cristina llegó poco después.
Vaqueros.
Blusa negra.
Chaqueta.
La había visto tres veces y seguía produciéndose aquel pequeño instante en el que mi cerebro confirmaba que sí.
Que me gustaba.
Se acercó.
—Hola.
—Hola.
Nos besamos.
No en las mejillas.
Eso ya parecía resuelto.
Entramos.
Había bastante gente.
Encontramos una mesa pequeña al fondo.
Pedimos dos cervezas.
—¿Qué tal la semana? —preguntó.
—He rechazado a una fisioterapeuta.
Cristina levantó las cejas.
—Vaya.
—No empieces.
—No he dicho nada.
—La cara cuenta.
—¿Qué fisioterapeuta?
Le conté lo de Marta.

No todo.
No necesitaba saber lo del sol.
Bueno.
Sí.
Se lo conté también.
—¿Y no te gustó?
—Me cayó muy bien.
—Eso no es lo que he preguntado.
—Entonces no.
Cristina bebió.
—Pobre Marta.
—Gracias por ponerte de su parte.
—Siempre con la víctima.
—No hubo víctima.
—Eso dirías tú.
—Ella quería volver a quedar —dije.
—Y tú no.
—No.
Cristina dejó el vaso.
—¿Por qué?
Pensé.
—Porque no eras tú.
Silencio.
Mierda.
No había planeado decir eso.
Ni siquiera sabía si era exactamente lo que quería decir.
Cristina me miró.
—Eso ha sido bastante bonito.
—Ha salido sin supervisión.
—Se nota.
—Podemos ignorarlo.
—No.
Sonrió.
—Ese me lo quedo.
Bebí.
Necesitaba cerveza.

—¿Y tú? —pregunté.

Cristina sabía perfectamente qué preguntaba.

No fingió.

—He vuelto a ver a Javier.

Así que tenía nombre.

Javier.

Por supuesto.

Todos los hombres que competían conmigo acabarían llamándose Javier.

Era una ley estadística que acababa de inventar.

—Vale.

—Ayer.

Ah.

Viernes.

—Vale.

—No digas vale dos veces.

—Solo conozco una.

—Raúl.

—Qué.

—Que podemos hablar de esto.

—Estamos hablando.

—Estás contando «vales».

Tenía razón.

—¿Qué tal?

Cristina apoyó los brazos en la mesa.

—Bien.

Odiaba bien.

Bien era una palabra construida específicamente para no proporcionar información.

—¿Bien de bien?

—Bien de bien.

Perfecto.

—¿Vas a volver a verlo?

Cristina tardó un poco.

—No.

Eso sí proporcionaba información.

—Vale.

—Y antes de que sigamos con esto, hay una cosa que prefiero contarte.

No me gustó la frase.

Nunca había llegado nada bueno después de una frase así.

—Eso ha sonado fatal.

—No es nada grave.

—Eso tampoco ayuda.

Cristina bajó la vista hacia el vaso.

—Ayer estuve con él.

—Eso ya lo sé.

—En su casa.

Ah.

Mi cerebro, que hasta ese momento había demostrado una madurez razonable, presentó la dimisión.

—Ah.

—Y me acosté con él.

No dije nada.

No porque no tuviera nada que decir.

Tenía unas cuarenta cosas.

El problema era elegir una que no me convirtiera en imbécil.

—Vale —dije al final.

Cristina me miró.

—Puedes decir otra palabra.

—Estoy buscando una.

—No tienes que fingir que no te molesta.

—No estoy fingiendo.

—Raúl.

—Estoy procesando.

Eso era verdad.

Ayer.

La palabra tenía cierta importancia.

No hacía dos semanas.

No antes de conocerme.

Ayer.

—No habíamos hablado de exclusividad —dije.

—No.
—Y tú podías hacerlo.
—Sí.
—Entonces no tengo nada que reprocharte.
—No te estoy preguntando si tengo permiso.
—Ya.
—Te lo cuento porque esta noche estamos hablando de nosotros y me parecería raro no hacerlo.
Asentí.
Eso también era verdad.
No conseguía que me gustara más.
—¿Y ahora no quieres volver a verlo?
—No.
—¿Por eso?
Cristina negó con la cabeza.
—No exactamente.
Esperé.
—Estuvo bien —dijo—. Javier me cae bien. Me atraía. Estuvimos a gusto.
Fantástico.
La información seguía mejorando.
—Puedes saltarte la crítica especializada.
Cristina sonrió.
—Lo que intento decirte es que no pasó nada malo.
—Ya.
—Pero cuando me fui sabía que no quería volver a quedar con él.
Eso sí lo entendí menos.
—¿Después de acostarte con él?
—Después de acostarme con él.
—Pensaba que normalmente funcionaba al revés.
—A veces acostarte con alguien también sirve para darte cuenta de cosas.
—Yo estoy un poco desactualizado en procedimientos.
Cristina me miró.
—No lo compares contigo.
—No lo estaba haciendo.

Lo estaba haciendo muchísimo.

—No he elegido entre Javier y tú —dijo—. No me acosté con él para decidir.

—Ya.

—Simplemente ayer descubrí que con él no quería seguir.

Se quedó callada un momento.

—Y hoy estoy aquí porque contigo sí quiero.

Aquello era bastante mejor información.

También llegaba después de una que mi cerebro todavía estaba intentando archivar.

Bebí.

—Necesito aproximadamente siete minutos para convertirme otra vez en un adulto moderno.

Cristina sonrió.

—Tómate ocho.

—Gracias.

No hicieron falta ocho.

Hicieron más.

No porque estuviera enfadado.

No lo estaba.

O eso creía.

Cristina no me debía nada.

Yo había quedado con Marta dos días antes.

La diferencia era evidente.

Yo había tomado una cerveza.

Cristina había tenido sexo.

Mi cerebro consideraba que aquello pertenecía a categorías distintas.

Mi cerebro también había crecido en una época en la que para llamar a alguien había que saber dónde estaba.

No siempre era una autoridad fiable.

—¿Te ha sentado mal? —preguntó Cristina.

Pensé antes de contestar.

—Sí.

Ella asintió.

—Vale.

—Pero eso no significa que hayas hecho nada mal.
—Ya.
—Son dos cosas distintas.
—Sí.
—Me gustaría que no me molestara.
—No tienes que aprobar un examen.
—Últimamente todo el mundo me dice eso.
—Por algo será.
Bebí.
—También quedé con Marta.
—Sí.
—Podría haber pasado algo.
—Pero no pasó.
—Ya.
—Y si hubiera pasado, estaríamos teniendo otra conversación.
—Probablemente.
—No sé cuál.
—Yo tampoco.
Eso era bastante honesto.
Nos quedamos callados.
No incómodos.
Solo callados.
—¿Quieres que cambiemos de tema? —preguntó.
—Sí.
—Perfecto.
—Háblame de algo que no tenga pene.
Cristina se echó a reír.
—Puedo intentarlo.
—Te lo agradezco.
Me contó que su hijo había suspendido un examen de Física y estaba convencido de que el profesor le tenía manía.
—¿Le tiene manía?
—No.
—Qué decepción.
—Ha sacado un tres.
—Quizá el profesor es muy exigente.

—Ha escrito que la velocidad se mide en kilómetros.
—Bueno.
—Sin «por hora».
—Ah.
—Solo kilómetros.
—Eso dificulta la defensa.
—Muchísimo.
Seguimos hablando.
La cerveza ayudó.
El tiempo también.
Javier fue convirtiéndose poco a poco en una persona que no estaba en la mesa.
Eso ayudó más.
Pedimos otra.
En algún momento Cristina dijo:
—Entonces, ¿ahora qué?
—¿Respecto a la velocidad?
—A nosotros.
Ah.
Cogí el vaso.
—Podemos hablar otra vez de Física.
—Cobarde.
—Estoy ganando tiempo.
—Lo sé.
Pensé.
En Marta.
En la otra Marta.
En Silvia.
En Elena.
En mi historial de preparación matrimonial involuntaria.
Pensé en once años.
Pensé en el perfil.
Mi próxima ex.
Todo aquello funcionaba muy bien como chiste hasta que había alguien sentado delante.
—No quiero empezar mañana a elegir cortinas contigo.

Cristina miró alrededor.

—Menos mal.

—Pero tampoco me apetece seguir quedando con otras mujeres ahora mismo.

No respondió enseguida.

—A mí tampoco con otros hombres.

Aquello tenía una lectura bastante reciente.

Intenté no hacerla.

No lo conseguí del todo.

—¿Desde hoy? —pregunté.

Cristina me miró.

La pregunta había salido sola.

—Desde hoy.

Asentí.

No necesitábamos fingir que el viernes no había existido.

—¿Eso significa que somos novios?

Cristina casi se atragantó.

—No.

—Perfecto.

—¿Te ha dado miedo?

—Un poco.

—A mí también.

—Bien.

—Pero significa que podemos dejar de mirar mientras vemos qué pasa.

—Eso puedo hacerlo.

—Yo también.

Cristina cogió el móvil.

Lo puso encima de la mesa.

—¿Hay que hacer algo?

—¿Cómo?

—En Tinder.

—No sé.

—¿Se comunica oficialmente?

—Creo que no mandan notario.

—Deberían.

—Puedes dejar de usarlo.
—Eso parece demasiado sencillo.
—También puedes borrar la aplicación.
—¿Y si luego necesito volver?
La miré.
—Gracias por la confianza.
Se rio.
—No por ti, idiota. Por la vida.
—Ah.
—No pienso borrar mi cuenta delante de ti como si estuviéramos firmando algo.
—Me parece razonable.
—Pero no voy a seguir mirando.
—Yo tampoco.
Y ya.
No hubo ceremonia.
No hubo apretón de manos.
No hubo cambio de estado civil.
Dos personas decidieron no deslizar el dedo durante un tiempo.
A los cuarenta y cinco aquello podía contar como compromiso.
Salimos del bar bastante más tarde.
Habíamos bebido dos cervezas cada uno.
Caminamos.
Hacía buena noche.
Cristina me cogió del brazo.
No pensé en ello.
Eso empezaba a ser una de las mejores cosas.
—¿Quieres tomar otra? —pregunté.
—No.
—Vale.
—Pero no quiero irme todavía.
Me miró.
Ah.
Seguimos andando.
—¿Dónde tienes el coche?
—No lo he traído.

—¿Has venido andando?
—En taxi.
—Planificación.
—Soy profesora.
—Eso ya lo has utilizado.
—Puedo repetir argumentos si funcionan.
Caminamos un poco más.
Entonces Cristina dijo:
—¿Vives muy lejos?
Ah.
Otra vez.
No.
No vivía muy lejos.
Lo sabía yo.
Lo sabía ella.
Probablemente lo sabía media ciudad.
—No —dije.
—Vale.
Silencio.
—¿Quieres venir?
Cristina me miró.
—Sí.
Once años.
Ahí estaban.
Hasta ese momento habían sido una cifra.
Una historia.
Algo que contar en una cita para provocar sorpresa.
De repente eran once años completos entrando conmigo en el portal.
Y, por si necesitaba algún estímulo adicional, hacía menos de veinticuatro horas que Cristina se había acostado con otro hombre.
Mi cerebro recuperó a Javier.
Lo había dejado en el bar.
Al parecer sabía volver solo.
Esperamos el ascensor.
No sabía qué hacer con las manos.

Aquello era nuevo.
O antiguo.
Mucho peor.
—Estás nervioso —dijo.
—No.
—Raúl.
—Muchísimo.
Sonrió.
—Yo un poco también.
—Tú has practicado más recientemente.
Cristina me miró.
Mierda.
—Perdón.
—No pasa nada.
—Sí pasa. Ha sido una gilipollez.
—Un poco.
—Estoy gestionándolo regular.
—Ya lo veo.
Entramos en el ascensor.
Me miré en el espejo.
Cuarenta y cinco años.
Camisa.
Barba.
Llaves en la mano.
Una mujer que me gustaba a mi lado.
Y once años sin acostarme con nadie.
Llevaba tanto tiempo sin meterla que, como llegara el momento, aquello no iba a ser sexo.
Iba a ser arqueología.
El rey Arturo tendría que venir a sacarla.
Me reí.
Cristina me miró.
—¿Qué?
—Nada.
—¿De qué te ríes?
—De una cosa.

—¿Qué cosa?
—No puedo contártela.
—Ahora tienes que contármela.
—No.
—Raúl.
—Perderías todo el respeto que puedas tenerme.
—Eso ya está bastante comprometido.
Se abrió el ascensor.
—Algún día.
—Me lo debes.
—No sabes cuánto.
Entramos.
Encendí la luz.
De repente vi mi casa como si no fuera mía.
El sofá.
La mesa.
La chaqueta que había dejado por la mañana.
Un mando.
Un vaso.
Todo parecía aportar información sobre mí que hasta entonces no había considerado confidencial.
—Bonito —dijo Cristina.
—Gracias.
—Muy ordenado.
—Vivo solo.
—Eso no garantiza nada.
—En mi caso sí.
Dejó el bolso.
—¿Quieres algo?
—Agua.
Perfecto.
Agua.
Sabía gestionar agua.
Fui a la cocina.
Cogí dos vasos.
Los llené.

Me tomé medio de uno antes de volver.
Cristina estaba mirando una foto.
Mi madre.
Laura.
Los niños.
—Tu familia.
—Sí.
—¿Cuál es Laura?
Señalé.
—¿La que sabe que existo?
—La única.
—Me siento especial.
—Mi madre todavía cree que estoy en una fase de investigación.
—Mejor.
Bebimos agua.
Nos sentamos en el sofá.
Había espacio.
Demasiado.
Cristina se acercó.
Yo también.
Nos besamos.
Esta vez no había coche esperando.
Ni restaurante cerrando.
Ni hora.
Ni una calle.
Solo mi salón.
La besé otra vez.
Su mano pasó por mi cuello.
La mía por su cintura.
Y entonces mi cerebro decidió participar.
Once años.
Javier.
Ayer.
Gracias.
Me separé un poco.
Cristina me miró.

—¿Todo bien?
—Sí.
—No parece.
—Es que...
Me callé.
Podía hacerme el interesante.
Podía fingir seguridad.
Podía intentar que no se notara.
También podía recordar que aquella mujer ya sabía exactamente cuánto tiempo llevaba sin acostarme con nadie.
—Estoy un poco acojonado.
Cristina sonrió.
No se rio.
Eso ayudó.
—Ya.
—No me digas «ya».
—¿Qué quieres que te diga?
—Que esto tiene garantía.
—No la tiene.
—Perfecto.
Me acarició la cara.
—No tenemos que hacer nada.
—Lo sé.
—Ni hoy ni nunca.
—Lo de nunca me parece una negociación agresiva.
Se rio.
—Idiota.
La besé.
Esta vez mi cerebro tardó un poco más en volver.
No sé cuánto estuvimos así.
Un rato.
Mucho.
Poco.
En algún momento Cristina apoyó la cabeza en mi hombro.
Yo tenía una mano sobre su pierna.
No ocurrió nada extraordinario.

Y no follamos.

Once años y cuatro citas no se convirtieron en una cuenta atrás.

No había un premio esperando al final.

No había recuperado nada.

No había demostrado nada.

Y, sobre todo, no quería acostarme con Cristina aquella noche para demostrar que podía hacerlo.

Ni para empatar nada.

No había nada que empatar.

Javier no estaba jugando.

Yo tampoco.

Cristina se quedó hasta tarde.

Nos besamos bastante.

Hablamos más.

En algún momento se quitó los zapatos y puso los pies debajo de las piernas.

Yo dejé de pensar en qué debía pasar después.

Cerca de las dos miró la hora.

—Tengo que irme.

—Sí.

—Mañana mis hijos esperan encontrar una madre.

—Exigentes.

—Muchísimo.

Pedimos un taxi.

Mientras esperábamos nos quedamos en la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Vale.

—¿Tú?

—También.

Me besó.

El taxi llegó.

Cristina bajó.

Yo me quedé en el portal hasta que se fue.

Subí.
El salón seguía igual.
Dos vasos.
Un cojín movido.
Nada más.
Me senté.
Seguían siendo once años.
Más o menos.
No tenía ninguna intención de calcularlo mejor.
Sonreí.
No me molestó.
Cogí el móvil.
Tinder seguía instalado.
Lo miré.
No lo abrí.
Lo moví a la última pantalla.
No era una declaración de amor.
Tampoco una promesa.
Solo quería dejar de verlo cada vez que buscaba la calculadora.
Cristina escribió.
Cristina: He llegado.
Raúl: Bien.
Después:
Cristina: Me ha gustado estar contigo.
Miré el mensaje.
Raúl: A mí también.
Aparecieron los tres puntos.
Cristina: Y no tienes que demostrarme nada.
Me quedé un momento mirando aquello.
Luego escribí:
Raúl: Menos mal porque el examen práctico lo llevaba regular.
Cristina: 😂😂😂
Cristina: Buenas noches, Raúl.
Raúl: Buenas noches.
Dejé el teléfono.

No había follado.

No tenía novia.

No había borrado Tinder.

No sabía qué iba a pasar con Cristina.

Javier había existido.

Marta también.

Nada de aquello desaparecía porque esa noche hubiéramos decidido dejar de mirar.

Seguía teniendo exactamente la misma vida que aquella mañana.

Solo que ahora había una persona más dentro.

No sabía cuánto tiempo se quedaría.

Por primera vez en mucho tiempo, tampoco necesitaba saberlo.

CAPÍTULO 33

TIEMPO

El domingo me desperté tarde.

No mucho.

Lo suficiente para que mi madre hubiera considerado que había perdido la mañana.

Miré el reloj.

Después el techo.

Después el otro lado de la cama.

Vacío.

Normal.

Durante unos segundos no pensé en nada.

Luego recordé a Cristina.

El bar.

Javier.

Mi salón.

El sofá.

Los besos.

El rey Arturo.

Eso último seguía siendo responsabilidad exclusivamente mía.

Cogí el móvil.

Había un mensaje.

Cristina: Buenos días.

Nada más.

Me gustó.

Raúl: Buenos días.

Esperé.

No llegó nada inmediatamente.

También me gustó.

Me levanté.

Preparé café.

Abrí la nevera.

Había comida.

Mi madre seguía presente incluso sin conocer los hechos.

Mientras calentaba una tostada pensé en la noche anterior.

Podía haber ocurrido.

Sexo.

La palabra seguía pareciendo demasiado grande para algo que la mayoría de la humanidad realizaba sin redactar un informe posterior.

No había ocurrido.

Y estaba bien.

Eso era nuevo.

No llevar once años sin follar.

Eso ya lo tenía dominado.

Lo nuevo era haber tenido una posibilidad bastante clara y no sentir que acababa de desperdiciar algo.

Sonó el móvil.

Cristina: Mi hija quiere saber por qué llegué a las dos.

Raúl: Le has dicho la verdad?

Cristina: Sí.

Me detuve.

Raúl: Ah.

Cristina: Le he dicho que estábamos tomando algo.

Muy bien.

Raúl: Técnicamente impecable otra vez.

Cristina: Soy constante.

Después:

Cristina: También me ha preguntado si eres el amigo.

Miré la pantalla.

Raúl: Y?

Tardó.

Cristina: Le he dicho que sí.

Ah.

Seguíamos siendo amigos.

Con beneficios aún en fase de licitación.

No.

Demasiado funcionario.

Descartado.

Raúl: Me parece correcto.
Cristina: Qué entusiasmo.
Raúl: Estoy preservando la estabilidad institucional.
Lo envié.
Mierda.
Otra vez.
Cristina: 😂😂😂
Me perdoné.

* * *

A media mañana llamó Miguel.
—¿Qué haces?
—Desayunar.
—Son las once y media.
—Desayunar tarde.
—¿Qué tal anoche?
Ah.
—Bien.
—¿Bien?
—Bien.
—¿Follaste?
Miguel nunca había sentido especial respeto por los procesos.
—Buenos días a ti también.
—¿Sí o no?
—No.
Silencio.
—¿No?
—No.
—¿Por qué?
—Porque no.
—Gran explicación.
—Gracias.
—¿Pasó algo?
—Sí.
—¿Qué?
—Nos besamos.

—Eso ya lo hacíais.
—Vino a casa.
Otro silencio.
—¿Y no follasteis?
—No.
—Raúl.
—Qué.
—Tienes cuarenta y cinco años. No necesito protegerte.
—No te estoy pidiendo protección.
—¿Te pusiste nervioso?
—Sí.
—Ah.
Miguel tardó un poco.
Esperaba una broma.
No llegó.
—Normal.
Eso me sorprendió más.
—Gracias.
—Yo después de quince años con Natalia casi no sabía ni dónde poner las manos con Nuria.
—Tú llevabas quince años follando.
—No constantemente.
—Ya.
—Había temporadas malas.
—Miguel.
—Vale.
Se rio.
—¿Y Cristina?
—Bien.
—¿Sigue queriendo verte?
—Sí.
—Entonces ya está.
—No es una competición.
—No he dicho eso.
—Lo estabas pensando.
—No.

—Llevas un mes convirtiendo Tinder en la Champions.
—Eso fue al principio.
—Hace cuatro semanas.
—He madurado.
—Muchísimo.
—¿Y Nuria?
Silencio.
—Bien.
—Otra vez bien.
—Vamos a vernos esta semana.
—¿Quieres?
—Sí.
—Entonces perfecto.
—No sé si perfecto.
—Vale. Entonces imperfecto.
—Eso sí.
Colgamos.

* * *

A las doce y media me escribió Amparo.
No hablábamos desde hacía varios días.
Amparo: Jovencito, estás vivo?
Raúl: De momento.
Amparo: Café esta tarde?
Miré la agenda.
No tenía nada.
Raúl: Vale.
Quedamos a las cinco.
Amparo llegó cinco minutos tarde.
No lo comenté.
Estaba creciendo.
—Tienes cara rara —dijo antes de sentarse.
—Gracias.
—No mala.
—Mejora.
—Rara.

—Perfecto.
Pidió café.
Yo también.
—¿Qué te pasa?
—Nada.
—Raúl.
—Qué manía tenéis todos con decir mi nombre antes de interrogarme.
—Porque funciona.
Le conté lo suficiente.
Cristina.
Cuarta cita.
Que había venido a casa.
Que no habíamos hecho nada.
No mencioné a Javier.
No porque fuera secreto.
Porque era asunto de Cristina.
Amparo escuchó.
—¿Y?
—Nada.
—¿Nada de nada?
—Nos besamos.
—Eso no es nada.
—Gracias.
—Quiero decir que no es «nada».
—Ah.
—¿Te apetecía acostarte con ella?
Pensé.
—Sí.
—¿Y a ella contigo?
—Creo que sí.
—Entonces por qué no lo hicisteis.
—Porque no salió.
Amparo bebió café.
—Pues ya está.
La miré.

—¿Eso es todo?
—¿Qué esperabas?
—No sé. Sabiduría de jubilada.
—Te cobro aparte.
—Llevaba unos once años —dije.
—Y sigues llevándolos.
—Gracias por actualizar el marcador.
—De nada.
—No sé si me bloqueé.
—Puede.
—¿Y si vuelve a pasar?
—Pues volverá a pasar.
—Amparo.
—Qué.
—Ayuda un poco.
Dejó la taza.
—Mira. Llevas un montón de años sin acostarte con nadie y pretendes que la primera vez que estás en un sofá con una mujer todo funcione como si hubieras estado entrenando el martes.
—Miguel ha dicho algo parecido.
—Miguel parece listo a ratos.
—Muy a ratos.
—Pues eso.
Se inclinó un poco.
—Además, si te gusta de verdad, mejor.
—¿Por qué?
—Porque puedes volver a verla.
—Eso no responde.
—Sí responde. Si hubieras conocido a una mujer para una noche y te bloqueas, pues mala suerte. Si esta mujer te gusta y ella quiere seguir viéndote, tienes tiempo.
Tiempo.
Curioso.
Durante años yo había utilizado esa palabra para aplazar cosas.
Con Marta.
Con decisiones.

Con todo.
Ahora sonaba diferente.
—¿Y si no quiere esperar?
Amparo me miró.
—¿Te ha dicho eso?
—No.
—Entonces estás discutiendo con una mujer imaginaria.
—Se me da bien.
—Ya.
Bebimos.
—¿Y tú? —pregunté—. ¿Antonio?
—Antonio existe.
—Gran actualización.
—Vino el jueves.
—No quiero más detalles.
—No te los iba a dar.
—Te conozco.
—No tanto.
Tenía razón.
—También estoy viendo a otro.
Casi me atraganté.
—¿Cómo?
—Otro hombre.
—He entendido la parte semántica.
—Se llama Luis.
—¿Desde cuándo?
—Dos semanas.
—¿Y Antonio?
—Sigue existiendo.
—Amparo.
—Qué.
—Necesito un organigrama.
—Tú necesitas vivir.
—Estoy viviendo.
—Regular.
—Gracias.

Sonrió.
—Luis tiene sesenta y uno.
—Joven.
—Muchísimo.
—Prácticamente un niño.
—Para mí sí.
—¿Y qué haces con dos?
—Nada especial.
—Eso es exactamente lo que diría alguien haciendo algo especial.
—Raúl, tengo sesenta y siete años. No voy a pedir permiso.
—No te lo estoy pidiendo.
—Entonces deja esa cara.
—Es mi cara.
—Cristina ya te habrá dicho eso.
Me quedé quieto.
—¿Cómo sabes...?
—Porque eres muy previsible.
Amparo bebió.
—¿Te gusta esa mujer?
—Sí.
—Pues deja de contar días.
—No cuento días.
—Bien. No empieces.
Nos quedamos allí casi una hora.
Hablamos de otras cosas.
Un viaje que quería hacer.
Su hija.
Una avería en el coche.
Un vecino que se había comprado una moto a los sesenta y nueve.
Nada importante.
Al despedirnos me dio dos besos.
—Y una cosa.
—Qué.
—La próxima vez que estés con Cristina no pienses en los años.
—Muy fácil decirlo.

—Piensa en otra cosa.
—¿En qué?
—En ella.
Ah.
Volví andando.
Eso sí había sido sabiduría de jubilada.

* * *

El lunes Patricia me miró nada más entrar.
—¿Qué tal?
—Buenos días.
—Buenos días.
—¿Qué tal?
—Bien.
—¿Bien de bien?
La miré.
Aquella frase ya tenía demasiados propietarios.
—Bien.
—¿Has quedado con Cristina?
—Sí.
—¿Y?
—Nada.
—Raúl.
—Qué.
—Te estás poniendo rojo.
—Hace calor.
—Es septiembre.
—Cambio climático.
—Claro.
Encendí el ordenador.
—No voy a contártelo.
—Perfecto.
—Perfecto.
—No me interesa.
—Mentira.
—Muchísimo.

Trabajamos.
Duró siete minutos.
—¿Fue a tu casa?
La miré.
—Patricia.
—Eso es un sí.
—Eso es cotillear.
—Eso es tener ojos.
—No puedes ver mi casa desde aquí.
—Pero puedo verte a ti.
Sonreí.
—No pasó nada.
Patricia se quedó un segundo quieta.
—Vale.
Nada más.
No hizo bromas.
Eso me preocupó.
—¿Ya está?
—Sí.
—¿No vas a decir nada?
—No.
—¿Por qué?
—Porque si tú estás bien, está bien.
La miré.
—Qué decepción.
—Puedo llamarte impotente si te hace sentir mejor.
—Ahí estás.
—De nada.
Álvaro apareció.
—¿Qué pasa?
—Nada —dijimos los dos.
—Vale.
Se marchó.
Patricia me miró.
—¿La vas a volver a ver?
—Sí.

—Entonces de verdad que no hay nada más que hablar.
—Eso dijo Amparo.
—Me cae bien.
—No os conocéis.
—No hace falta.
Abrí el correo.
Tenía veintisiete mensajes.
Uno urgente.
Tres importantes.
Dos que llevaban «URGENTE» en mayúsculas y no lo eran.
La vida seguía.

* * *

A media mañana Cristina escribió.

Cristina: Mi hijo ha aprobado recuperación de Física.
Raúl: La velocidad vuelve a tener unidades?
Cristina: Ha puesto km/h.
Raúl: Progreso.
Cristina: Estoy emocionada.
Después:
Cristina: Te apetece verme el miércoles?
Sonreí.
No mucho.
Lo suficiente.
Raúl: Sí.
Guardé el móvil.
Los once años seguían ahí.
Pero empezaban a importar bastante menos.
El miércoles ya tenía otro plan.
Eso parecía bastante más útil que contarlos.

CAPÍTULO 34

UN MIÉRCOLES

* * *

El martes Álvaro vino a trabajar con una corbata.

Eso era preocupante.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada.

—Llevas corbata.

—Tengo una reunión.

—¿Con quién?

—Con el jefe de servicio.

Patricia levantó la cabeza.

—¿Te van a despedir?

—¿Por qué me iban a despedir?

—Por la corbata.

—No me van a despedir.

—Entonces quítatela.

Álvaro se sentó.

La corbata era azul.

No estaba mal.

Ese era quizá el problema.

—¿Te la ha comprado Irene? —pregunté.

Me miró.

—No.

—Ah.

—Es mía.

—Claro.

—Tengo corbatas.

—No lo dudo.

—¿Qué os pasa hoy?

Patricia señaló el cuello.

—Eso.
Trabajamos.
A los veinte minutos Álvaro se quitó la corbata.
—Me estáis poniendo nervioso.
—Mucho mejor —dije.
—Que os den por culo.
La guardó en un cajón.
A media mañana preguntó:
—Por cierto, ¿qué se regala en una boda?
Patricia dejó de escribir.
Yo también.
—Dinero —dijimos a la vez.
—Ya. ¿Cuánto?
—Depende.
—¿De qué?
—De muchas cosas.
—¿Cuáles?
—Parentesco. Amistad. Sitio. Si vas acompañado...
—Voy con Irene.
Patricia me miró.
Yo miré a Patricia.
Álvaro nos vio.
—No.
—No hemos dicho nada —dije.
—Pero lo vais a decir.
—Solo estamos calculando.
—¿Qué?
—Tu unidad familiar.
—No somos una unidad familiar.
—Unidad económica temporal —dijo Patricia.
—Tampoco.
—Pareja fiscal de fin de semana.
—Os odio.
Sacó el móvil.
—Ella dice que pongamos ciento cincuenta cada uno.
—Bien.

—¿Bien?
—Sí.
—¿No vais a hacer ninguna broma?
—No.
Álvaro sospechó.
—¿Por qué?
—Porque ciento cincuenta euros es un asunto serio.
Patricia asintió.
—Eso ya es una relación.
—No.
—Trescientos euros entre los dos —dije—. Hay matrimonios que han empezado por menos.
—No somos novios.
—Ya.
—En serio.
—Álvaro —dijo Patricia—, nadie intenta quitarte eso.
—¿El qué?
—Lo que sea que no tienes.
Se quedó mirándola.
—Hemos hablado.
Ah.
—¿De qué? —preguntó Patricia.
—De nosotros.
—¿Existe un nosotros?
—No empieces.
—Es una pregunta técnica.
Álvaro suspiró.
—Hemos decidido que estamos juntos.
Patricia y yo nos quedamos callados.
—¿Qué? —dijo.
—Nada.
—Decid algo.
—Estoy emocionado —dije.
—Que te den.
—¿Novios? —preguntó Patricia.
Álvaro puso una cara de sufrimiento real.

—Sí.
Patricia se llevó una mano al pecho.
—Dios mío.
—No hagas teatro.
—El niño.
—Patricia.
—Ha dicho la palabra.
—Sí.
—¿Puedes repetirla?
—No.
—Solo una vez.
—No.
Me levanté.
—Voy a por café.
—Tú no dices nada —me advirtió Álvaro.
—Estoy orgulloso de ti.
—Vete.
Volví con el café.
Álvaro estaba trabajando.
Patricia también.
Nadie dijo nada durante casi tres minutos.
—¿Desde cuándo? —pregunté.
Álvaro cerró los ojos.
—Desde el domingo.
—Tres días.
—Sí.
—¿Y qué tal?
—Igual.
Eso tenía sentido.
—¿Igual? —preguntó Patricia.
—Sí. No ha cambiado nada.
—Entonces para qué...
Se detuvo.
Álvaro la miró.
—¿Qué?
—Nada.

—No, dilo.
—Que para qué habéis tardado tanto.
—Porque no queríamos poner etiquetas.
—¿Y ahora?
—Ahora nos daba más trabajo no ponerla.
Eso también tenía sentido.
—Además —dijo—, lo de la boda era raro.
—¿Por qué?
—Porque Irene me dijo que no sabía cómo presentarme.
Patricia sonrió.
—¿Y qué opciones había?
—No sé.
—«Este es Álvaro, el hombre con el que me acuesto, viajo, paso cuatro días por semana y que no es mi novio».
—Más o menos.
—Ocupa mucho en una boda.
—Sí.
—Novio ahorra tiempo.
—Eso dijo ella.
Me gustaba Irene.
Cada vez más.

* * *

El miércoles no ocurrió nada interesante hasta las tres.
Eso era una buena noticia.
A media mañana Cristina me había escrito.
Cristina: Sigo libre esta tarde.
Raúl: Yo también.
Cristina: Qué hacemos?
Pensé.
No tenía ninguna idea.
Eso también era nuevo.
Hasta entonces cada encuentro había requerido elegir sitio.
Restaurante.
Bar.
Hora.

Plan.

Raúl: No sé.

Cristina: Gran propuesta.

Raúl: Podemos tomar algo.

Cristina: Podemos.

Después:

Cristina: O puedo pasar por tu casa después del trabajo y pedimos algo.

Me quedé mirando el mensaje.

Patricia seguía trabajando a mi lado.

No levantó la cabeza.

—No.

La miré.

—¿Qué?

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La del sábado.

—No tengo una cara del sábado.

—Ahora sí.

Volví al teléfono.

Raúl: Me parece bien.

Cristina: Sobre las 7?

Raúl: Perfecto.

Guardé el móvil.

—¿Viene a tu casa?

—No sé de qué hablas.

—Raúl.

—Sí.

—Vale.

Siguió trabajando.

—¿Ya está?

—Sí.

—Cada día me decepcionas más.

—Estoy madurando.

* * *

A las tres salí.
Fui al supermercado.
No necesitaba ir.
Tenía comida.
Pero de pronto consideré insuficiente la comida que tenía.
Compré cerveza.
Agua.
Patatas.
Queso.
Pan.
Aceitunas.
Algo para cenar.
Y una botella de vino.
La miré en la cesta.
Parecía que esperaba una inspección.
Compré también papel de cocina.
Eso no tenía ninguna relación.
Quería dejarlo claro.

* * *

Al llegar a casa recogí.
No mucho.
Ya estaba recogida.
Moví una camiseta.
Guardé unas zapatillas.
Limpié el baño.
El baño ya estaba limpio.
Lo limpié mejor.
A las seis y cuarto me di cuenta de lo que estaba haciendo.
Me detuve con un trapo en la mano.
Cristina ya había estado allí.
Había visto mi casa.
Había usado mi baño.
No necesitaba presentar otra candidatura.
Guardé el trapo.

* * *

A las siete sonó el telefonillo.
—Soy yo.
No dijo Cristina.
Soy yo.
Me gustó más de lo que debería.
Subió.
Abrí.
Llevaba una bolsa.
—Hola.
—Hola.
Nos besamos.
—He traído esto.
Sacó una botella de vino.
Miré la mía sobre la encimera.
—Tenemos un problema.
—¿Qué?
Señalé.
Cristina miró las dos botellas.
—Gravísimo.
—No estamos preparados para esto.
—Podemos pedir ayuda.
—A los niños no.
—A mi hija le faltan unos meses.
—Eso sigue siendo delito.
—Qué estricto.
Dejó el bolso.
Esta vez no miró la casa.
No comentó el orden.
No preguntó nada.
Fue directamente al sofá.
Se sentó.
—Estoy muerta.
—Bonita entrada.
—He tenido cinco clases, una guardia y una reunión.
—Retiro.
Me senté.

—¿Qué reunión?

—Una madre está convencida de que su hijo suspende porque un profesor le tiene manía.

—¿El de Física?

—Otro.

—Hay una epidemia.

—En los institutos todos los suspensos tienen un adulto responsable menos el alumno.

—Es tranquilizador.

Cristina se quitó los zapatos.

Otra vez.

Esta vez tardó aproximadamente treinta segundos.

—¿Pedimos algo? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Me da igual.

Ah.

La frase más peligrosa de cualquier convivencia humana.

—No.

—¿Qué?

—Elige.

—Me da igual de verdad.

—Eso no existe.

—Pizza.

—Perfecto.

—O chino.

—Cristina.

—Pizza.

Pedimos pizza.

Mientras esperábamos puso la televisión.

—¿Qué vemos?

Le di el mando.

—Lo que quieras.

—Error.

—Confío en ti.

—Segundo error.

Empezó a buscar.
Una serie.
Otra.
Una película.
Otra.
—¿Has visto esta?
—Sí.
—¿Esta?
—También.
—¿Y esta?
—No.
—Tiene mala pinta.
—Entonces por qué preguntas.
—Estoy recopilando información.
Acabamos poniendo un concurso.
No porque nos gustara.
Porque ninguno tenía que prestar demasiada atención.
Llegó la pizza.
Comimos en el sofá.
Cristina robó una aceituna de mi plato.
—Hay más.
—Ya.
—Puedes cogerlas directamente.
—No es lo mismo.
No pregunté.
Había batallas que no necesitaba comprender.
A mitad del concurso me di cuenta de algo.
No estábamos teniendo una cita.
O sí.
No sabía.

Cristina estaba descalza en mi sofá, comiendo pizza y criticando a un hombre que acababa de fallar una pregunta sobre provincias españolas.

Era fácil.
Mucho más fácil que las citas.
No sabía todavía si eso era bueno.

—Eso lo sabe mi hijo —dijo.
—Tiene catorce años.
—Precisamente.
—Yo no sabía la capital de Burkina Faso a los catorce.
—Ni ahora.
—Uagadugú.
Cristina me miró.
—Eso ha sido inquietante.
—Tengo conocimientos inútiles.
—Muchos, por lo que veo.
No había música.
No había velas.
No había un restaurante.
No había nadie intentando impresionar a nadie.
Estábamos allí.
Eso era todo.
Después de cenar dejamos las cajas en la cocina.
Cristina llevó los vasos.
No le dije dónde.
Abrió el lavavajillas.
—¿Aquí?
—Sí.
Metió el suyo.
Después el mío.
Cerró.
Una cosa completamente normal.
Aun así la vi.
Volvimos al sofá.
Cristina se sentó más cerca.
Me besó.
Yo la besé.
Esta vez no pensé inmediatamente en los once años.
Pensé en ella.
Amparo estaría insoportablemente satisfecha.
Seguimos besándonos.
Cristina se puso a horcajadas sobre mí.

Eso complicó considerablemente el concurso.

—Espera —dije.

Se detuvo.

—¿Qué?

—Nada malo.

—Vale.

Respiré.

—Estoy nervioso otra vez.

—Ya.

—Pero menos.

—Eso es progreso.

—No conviertas esto en una evaluación continua.

—Deformación profesional.

Me besó.

No había prisa.

Eso ayudaba.

Mi mano entró por debajo de su camiseta.

Cristina no se apartó.

La suya hizo algo parecido.

Mi cerebro intentó decir once años.

No le hice caso.

Después ocurrió una cosa muy concreta.

Mi cuerpo recordó que llevaba bastante tiempo sin necesidad de consultar conmigo.

Eso fue tranquilizador.

Cristina se separó un poco.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Bastante.

—Bien.

—No hagas seguimiento.

—Soy profesora.

—Otra vez.

Nos reímos.

Y eso terminó de arreglarlo.

No sé en qué momento dejamos el sofá.

Probablemente no fue elegante.

La dignidad tenía pocas funciones prácticas en aquellas circunstancias.

En el pasillo Cristina me besó contra la pared.

Seguimos hasta el dormitorio.

Y allí dejé de pensar.

En los años.

En Javier.

En Marta.

En si debía hacer algo de una manera determinada.

En si se notaba.

En si no se notaba.

En si estaba haciendo demasiado.

En si estaba haciendo poco.

Pensé en Cristina.

Después, bastante después, estaba tumbado boca arriba mirando el techo.

Cristina a mi lado.

Silencio.

—Bueno —dijo.

Giré la cabeza.

—No.

—¿Qué?

—No empieces una frase con «bueno».

—Solo iba a decir que tengo sed.

—Ah.

—¿Qué pensabas?

—Nada.

—Mentira.

—Voy a por agua.

Me levanté.

Cristina se rio.

—¿Qué?

—Nada.

—No.

—Qué.
—Tienes un calcetín puesto.
Miré.
Era verdad.
Solo uno.
No sabía en qué momento había perdido el otro.
Aquello no figuraba entre mis principales preocupaciones.
—Es una decisión estética.
—Claro.
—Da equilibrio.
—Tienes el otro debajo de la cama.
—Entonces todo está controlado.
Fui a por agua.
En la cocina me apoyé un momento en la encimera.
Esperé.
No sé exactamente qué.
Algo.
No llegó.
No había vuelto a ser joven.
No había recuperado una parte perdida de mí mismo.
No había demostrado nada.
Había follado.
Ya está.
Y había estado bien.
Muy bien.
Pero no arreglaba nada porque no había nada roto.
No completaba nada porque yo no estaba incompleto.
Cogí dos vasos.
Volví.
Cristina seguía en la cama.
—¿Qué haces? —preguntó.
—Agua.
—Has tardado.
—Estaba teniendo una revelación.
—¿Importante?
—No.

—Mejor.
Le di el vaso.
Bebió.
—El viernes no tengo a los niños.
—Vale.
—Podría quedarme.
—Claro.
Lo dije demasiado rápido.
Cristina me miró.
—¿Seguro?
—Sí.
—No tienes que decir que sí.
—Quiero que vengas.
Y era verdad.
Creo.
Hasta ese momento no había pensado en el viernes.
—Entonces me quedo —dijo.
—Vale.
—Vale.
Bebió otro poco.
—Tendré que traer cosas.
—¿Qué cosas?
—Cosas.
—Información insuficiente.
—Un pijama. Un cepillo de dientes. Ropa para el día siguiente.
Ah.
—Lo normal cuando una persona duerme fuera de casa —añadió.
—Sí. Conozco el concepto.
—No lo parece.
—He visto películas.
Se rio.
No era nada.
Un cepillo de dientes.
Había tenido cepillos de dientes de otras personas en mi casa.
Marta había tenido uno.
También champú.

Cremas.
Un secador.
Durante años.
Esto era diferente.
Claro que era diferente.
Cristina no se estaba mudando.
Iba a dormir una noche.
—¿Qué? —preguntó.
—Nada.
—Has puesto cara.
—Es mi cara.
—Esa respuesta ya la conozco.
—Estamos avanzando demasiado rápido.
—¿Por el cepillo de dientes?
—Por conocer mis respuestas.
—Ah. Sí. Gravísimo.
Me besó.
Un rato después se vistió.
Yo encontré el segundo calcetín.
Gran noche para todos.
En la puerta se puso los zapatos.
—Entonces el viernes.
—El viernes.
—Y esta vez elegimos algo mejor que ese concurso.
—Pensaba que te había gustado.
—No sé quién ha ganado.
—Yo tampoco.
—Entonces fatal.
La besé.
Pedimos un taxi.
Cuando se fue volví al salón.
Quedaban dos cajas de pizza.
Dos botellas de vino.
Una abierta.
La otra intacta.
Dos vasos.

Un cojín en el suelo.
Fui al dormitorio.
La cama estaba deshecha.
Eso sí era nuevo.
Me acosté.
Miré el techo.
Habían pasado muchos años.
Y ya no.
Esperé otra vez alguna sensación enorme.
Tampoco llegó.
Me alegré.

* * *

El jueves Álvaro entró sin corbata.
—Buenos días.
—Buenos días —dije.
Patricia llegó detrás.
Me miró.
Se quitó el abrigo.
Dejó el bolso.
Volvió a mirarme.
—No.
—¿Qué? —pregunté.
—No quiero saberlo.
—No he dicho nada.
—Precisamente.
Se sentó.
Álvaro nos miró.
—¿Qué pasa?
—Nada —dijo Patricia.
—Otra vez.
—Trabaja.
Encendí el ordenador.
Tenía treinta y dos correos.
Uno empezaba con **Estimado usuario**.
Lo eliminé sin abrir.

Patricia me miró.
—Eso puede ser importante.
—He decidido vivir peligrosamente.
—Has cambiado.
—Muchísimo.
El móvil vibró.
Cristina.
Cristina: El viernes llevo cepillo de dientes o eso es precipitarse?
Sonreí.
Raúl: Creo que venden en las farmacias.
Cristina: Idiota.
Guardé el móvil.
Patricia seguía mirándome.
—Eso es cotillear —dije.
—Eso es tener ojos.
Volví al ordenador.
El viernes.
Cepillo de dientes.
No era nada.
Absolutamente nada.
Por algún motivo, pensé en ello dos veces.

CAPÍTULO 35

LOS JUEVES

Cristina dejó un cepillo de dientes en mi casa.

No el viernes.

El viernes lo trajo.

El domingo se lo llevó.

El miércoles siguiente volvió a traerlo.

El sábado se lo volvió a llevar.

A la tercera semana lo dejó.

No hubo conversación.

Simplemente el domingo por la mañana entré al baño y había dos cepillos.

El mío.

Y uno verde.

Lo miré.

No sentí nada especial.

Era un cepillo de dientes.

Los vendían en paquetes de tres.

Cerré el armario.

Lo volví a abrir.

Seguía allí.

No tenía nada contra el cepillo.

Quería dejar eso claro.

Habían pasado casi tres semanas desde aquel miércoles.

Cristina y yo nos habíamos visto seis veces.

O siete.

No estaba seguro.

Eso era bueno.

Cuando dejabas de contar las citas probablemente significaba que ya no eran citas.

O que tenías mala memoria.

Habíamos vuelto a acostarnos.

Más de una vez.
La segunda había sido mucho más sencilla.
La tercera también.
A partir de ahí dejé de numerarlas.
Me pareció una medida saludable.
El sexo estaba bien.
Cristina estaba bien.
Yo estaba bien.
Todo estaba bien.
Empezaba a desconfiar de la palabra.
Los días que Cristina tenía a sus hijos era más complicado vernos.
Los días que no los tenía, bastante menos.
Así que sin decidirlo habíamos empezado a organizar las semanas alrededor de un calendario que yo no controlaba.
—Este jueves puedo —me dijo un martes.
Estábamos hablando por teléfono.
—El jueves he quedado con Sergio.
Silencio.
No malo.
Solo silencio.
—Ah.
—Podemos vernos el viernes.
—El viernes tengo a los niños.
—Entonces el sábado.
—El sábado mi hija tiene una cosa.
—¿Qué cosa?
—Una cosa de la universidad.
—¿Ya?
—Jornada de puertas abiertas.
—Ah.
Esperé.
—El domingo —dije.
—El domingo comen en casa mis padres.
—Vale.
Otro silencio.
—Pues la semana que viene.

—Raúl.
—Qué.
—No pasa nada por cambiar un día con Sergio.
Ah.
—Ya.
—¿Entonces?
—He quedado con él.
—Sí, eso lo he entendido.
—Hace dos semanas que no lo veo.
—Nosotros nos vimos ayer.
Silencio.
Esta vez un poco diferente.
—No estoy diciendo que tengas que verme todos los días.
—Ya.
—Pero el jueves estoy libre.
—Y yo he quedado.
—Vale.
—¿Te has enfadado?
—No.
La palabra universal que significaba que convenía seguir investigando.
—Cristina.
—No estoy enfadada. Solo me sorprende.
—¿Qué?
—Nada.
—Eso tampoco significa nada.
Suspiró.
—Que pensé que te apetecería aprovechar que puedo.
—Me apetece.
—Pero prefieres quedar con Sergio.
—No es una clasificación.
—Ya sé que no es una clasificación.
Me levanté del sofá.
No porque necesitara levantarme.
A veces el cuerpo consideraba que una conversación difícil se solucionaba cambiando de habitación.

Fui a la cocina.

No se solucionó.

—Podemos vernos otro día.

—Ese es el problema.

—¿Cuál?

—Que para ti siempre hay otro día.

Me quedé callado.

Tiempo.

Otra vez.

—No lo digo como algo malo —añadió—. Solo que creo que funcionamos distinto.

—Puede.

—Yo tengo menos huecos. Cuando aparece uno, intento aprovecharlo.

—Y yo tengo más.

—Exacto.

—Pero eso no significa que tenga que llenarlos todos.

Silencio.

Aquello había sonado peor de lo que pretendía.

—No me refiero a ti.

—Ya.

—Me refiero a...

—Sé a qué te refieres.

No parecía saberlo de una manera que me beneficiara.

—Tengo amigos. Mi familia. Cosas que hago solo.

—Raúl, no te estoy pidiendo que dejes nada.

—Ya lo sé.

—Pues parece que te estás defendiendo.

Mierda.

Tenía razón.

Un poco.

Eso era suficiente para resultar molesto.

—¿Quieres que cambie lo de Sergio?

—No.

—Puedo hacerlo.

—Ahora no quiero que lo cambies.

—Esto es muy eficiente.
Se rio.
Por suerte.
—Eres idiota.
—Eso me han dicho.
—Ve con Sergio.
—Gracias por la autorización.
—No tienes autorización.
—Mejor.
Antes de colgar dijo:
—Pero tenemos que hablar de esto.
—¿De qué?
—De cómo hacemos esto.
Otra palabra peligrosa.
Esto.
—Vale.
—No ahora.
—Mejor.
—Cobarde.
—Muchísimo.

* * *

El jueves fui a tomar una cerveza con Sergio.
No cancelé.
—Mónica dice que al final Italia —me dijo.
—Enhorabuena.
—Todavía no hemos comprado nada.
—Entonces no existe.
—Estamos mirando vuelos.
—Eso ya es prácticamente viajar.
—Para Mónica sí.
Bebió.
—¿Y tú?
—Yo qué.
—Cristina.
—Bien.

—¿Bien?
—Sí.
—¿Solo bien?
—¿Qué queréis todos de esa palabra?
—Nada. Es que llevas tres semanas diciendo bien.
Lo miré.
—¿Te ha enviado Mónica?
—No.
—¿Laura?
—No.
—¿Mi madre?
—Tu madre no sabe que existe.
—Correcto.
Sergio bebió.
—Entonces, ¿qué pasa?
—Nada.
—Vale.
—Estamos viéndonos.
—Ya.
—Nos acostamos.
—Enhorabuena.
—Gracias.
—¿Quieres que aplauda?
—No.
—Mejor.
—Ha dejado un cepillo de dientes.
Sergio me miró.
—Ah.
—¿Qué?
—Nada.
—No pongas esa cara.
—¿Qué cara?
—Esa.
—Raúl, llevo diecisiete años casado. En mi baño hay cosas cuya función desconozco y he aceptado que moriré sin saberla. Un cepillo no me impresiona.

—No es el cepillo.
—Ya.
—Es...
No terminé.
—¿Qué?
—No sé.
—Pues estupendo.
—Gracias.
—Para eso estamos los amigos.
Le expliqué lo del jueves.
Sergio escuchó.
—¿Y por qué no has quedado con ella?
—Porque había quedado contigo.
—Podías haberme mandado a la mierda.
—Gracias.
—No me habría importado.
—A mí sí.
Sergio dejó el vaso.
—¿Te apetecía más verla a ella?
Pensé.
—No sé.
—Eso sí es peor.
—¿Por qué?
—Porque si te apetecía más verme a mí, perfecto.
—Qué bonito.
—Pero si querías verla a ella y has venido porque te daba cosa cambiar un plan, eres gilipollas.
—También bonito.
—Soy tu amigo.
—Quería venir.
—Pues ya está.
—Y también quería verla.
—Raúl, se pueden querer dos cosas a la vez.
—Eso complica muchísimo la vida.
—Sí.
—No me interesa.

—Pues haber nacido planta.

Bebimos.

—¿Tú dejaste de ver a tus amigos cuando empezaste con Mónica?

Sergio se rio.

—Claro.

—¿Sí?

—Sí. Durante unos meses fui imbécil.

—Ah.

—Luego se me pasó.

—Qué esperanzador.

—También tenía veinticinco años.

—Más esperanzador todavía.

—No tienes que hacer lo mismo que yo.

—Ya.

—Ni lo contrario.

—Eso ayuda menos de lo que crees.

—No estoy intentando ayudarte.

—Perfecto.

Cambiamos de tema.

Fútbol.

Trabajo.

Italia.

Su hijo había metido un gol el sábado.

Su hija quería ir a un concierto que costaba una cantidad de dinero que Sergio consideraba incompatible con escuchar música de pie.

Volví a casa sobre las diez.

El cepillo verde seguía en el baño.

No había aprovechado mi ausencia para marcharse.

El viernes Cristina tenía a los niños.

El sábado su hija tenía la jornada de puertas abiertas.

El domingo comía con sus padres.

No nos vimos.

Nos escribimos.

Normal.

No mucho.
Normal.

* * *

El domingo por la noche Cristina llamó.
—¿Qué tal?
—Bien.
Se rio.
—Otra vez.
—Voy a dejar de utilizar esa palabra.
—Sería interesante.
Hablamos de su hija.
Le habían gustado dos carreras.
Una más que otra.
No sabía qué elegir.
—Tiene tiempo —dije.
—Sí.
Después pensé que quizá esa frase no era la mejor que podía decirle a Cristina.
No comentó nada.
—¿Y tú qué has hecho?
—Poca cosa.
—¿Has visto a tu madre?
—Ayer.
—¿Sigue sin saber que existo?
—Sí.
Silencio.
—Ah.
Ah.
—Laura sí lo sabe.
—Ya.
—Y Miguel.
—Y Patricia.
—Y Sergio.
—Prácticamente soy un secreto de Estado que conoce todo el país menos la presidenta.

—Mi madre no es la presidenta.
—No estoy segura.
Nos reímos.
Pero la pregunta se quedó.
—¿Te molesta? —pregunté.
—Un poco.
—Puedo decírselo.
—No quiero que se lo digas porque me molesta.
—Entonces no sé cómo funciona esto.
—Podrías querer decírselo tú.
Ah.
—No es por esconderte.
—Ya lo sé.
—Es que mi madre...
—Sé cómo es tu madre.
—No la conoces.
—Precisamente.
No había reproche.
Eso lo hacía más difícil.
—Tú tampoco se lo has contado a tus hijos.
Cristina tardó un segundo.
—Saben que estoy viendo a alguien.
No sabía eso.
—Ah.
—Mi hija me preguntó.
—¿Y qué le dijiste?
—Que estaba conociendo a alguien.
—¿Sabe mi nombre?
—Sí.
Otro ah.
—Mi hijo no. Creo que mi hijo piensa que «Raúl» es una marca de yogures.
—Me parece una posición razonable.
Cristina se rio.
Después volvió a ponerse seria.
—No quiero conocer a tu madre mañana.

—Bien.
—Ni que tú conozcas a mis hijos.
—Mejor.
—Raúl.
—Qué.
—Ese «mejor».
—¿Qué le pasa?
—Que a veces no sé si estás bromeando porque te hace gracia o porque quieres que dejemos de hablar de algo.
Me quedé callado.
—Yo tampoco —dije.
Aquello la hizo reír.
Menos.

* * *

El lunes Patricia tenía una foto de una mesa en el móvil.
—Ha llegado.
—¿Quién?
—Mi relación más estable.
Me enseñó la foto.
La mesa nueva.
—Bonita.
—Gracias.
—¿Cómo ha ido la convivencia?
—De momento no ronca.
—Dale tiempo.
—Y no deja calcetines.
—Eso es importante.
—Muchísimo.
Volvió a guardar el teléfono.
Me miró.
—¿Qué?
—Nada.
—Patricia.
—Qué.
—Tienes cara.

—Es mi cara.
—Esa respuesta es mía.
—No tienes derechos de autor.
Esperé.
—¿Cristina? —preguntó.
—Sí.
—¿Qué ha pasado?
—Nada.
—Bien.
—No uses esa palabra.
—¿Por qué?
—Se está complicando.
Le conté un poco.
No todo.
Lo del jueves.
Lo de Carmen.
Lo de los hijos.
Patricia escuchó sin interrumpir.
Eso era inquietante.
—Di algo.
—No sé qué quieres que diga.
—Lo que piensas.
—Que Cristina quiere saber qué sitio ocupa.
—Ya.
—Y tú también.
—Yo sé qué sitio ocupa.
—¿Cuál?
Abrí la boca.
La cerré.
—Ahí tienes —dijo.
—Eso no demuestra nada.
—No intentaba demostrar nada.
—Parece que sí.
—Pues no.
Volvió a trabajar.
—¿Tú sabías qué sitio ocupaba Andrés?

Patricia dejó de escribir.

Mierda.

—Perdón.

—No pasa nada.

—Ha sido...

—Una pregunta normal.

Esperé.

—Sí —dijo—. Lo sabía.

—¿Y funcionó?

—Durante bastante tiempo.

—Y luego no.

—Luego no.

Miró la pantalla.

—Saber lo que es una cosa no garantiza que vaya a salir bien.

—Eso es bastante deprimente.

—También funciona al revés.

—¿Cómo?

—Que una cosa salga mal no significa que estuviera mal mientras duró.

La miré.

—¿Eso es por Andrés o por la mesa?

—Trabaja.

Trabajé.

* * *

Esa tarde Cristina vino a casa.

No estaba previsto.

Me escribió a las cinco.

Cristina: Puedo escaparme un rato. Te viene bien?

Miré el mensaje.

Mi primera reacción fue mirar alrededor.

Tenía ropa tendida.

Un plato del almuerzo en el fregadero.

La PlayStation encendida.

Una bolsa del supermercado en el suelo de la cocina porque todavía no había guardado el papel higiénico.

Mi segunda reacción fue escribir:

Raúl: Sí.

Llegó una hora después.

Entró.

Miró el tendedero.

—Calzoncillos.

—Tengo.

—Lo sospechaba.

—No siempre.

—¿Cómo?

—Nada.

Me besó.

Fue a dejar el bolso en el dormitorio.

Se detuvo en el pasillo.

Volvió.

—¿Puedo dejarlo ahí?

La pregunta me sorprendió.

—Claro.

—Es tu habitación.

—Ya.

—No sé.

—Cristina.

—Qué.

—Has dormido ahí.

—Ya.

—Puedes dejar un bolso.

—Gracias.

Lo dejó.

Cenamos cualquier cosa.

No hubo sexo.

Tampoco lo buscamos.

En el sofá hablamos.

De nosotros.

Al final.

—No quiero que esto se convierta en una negociación cada semana —dijo.

—Yo tampoco.
—Pero necesito saber qué estamos haciendo.
—Nos estamos conociendo.
—Llevamos más de un mes conociéndonos.
—Eso no es mucho.
—No.
—Entonces.
—Entonces nada.
Cristina apoyó la espalda.
—Creo que tenemos ritmos distintos.
—Puede ser.
—Y vidas distintas.
—Eso seguro.
—Yo tengo dos hijos.
—Lo había detectado.
—Gracias.
—De nada.
Sonrió.
—Mi vida tiene huecos. No puedo improvisar tanto.
—Ya.
—Y cuando tengo un hueco, quiero saber si puedo contar contigo.
Aquello me incomodó.
No por ella.
Por la expresión.
Contar contigo.
—No siempre.
Cristina asintió.
—Ya.
—No porque no quiera verte.
—Lo sé.
—Pero a veces tendré otros planes.
—También lo sé.
—O no tendré ninguno.
Me miró.
—¿Y eso?
—A veces quiero estar solo.

—Vale.
—¿Vale de verdad?
—Sí.
Eso fue fácil.
Demasiado fácil.
—Pero yo no quiero sentir que tengo que pedir cita para verte —dijo.
—No tienes que hacerlo.
—El otro día prácticamente sí.
—Porque había quedado con Sergio.
—No hablo solo de Sergio.
Silencio.
—Cuando estoy aquí —dijo—, estás muy bien conmigo.
—Espero.
—Mucho.
—Mejor.
—Pero cuando no estoy, parece que vuelves a una vida en la que yo todavía no existo.
Eso dolió un poco.
Probablemente porque tenía algo de verdad.
—No sé hacerlo de otra manera todavía.
—Eso sí me lo creo.
No parecía enfadada.
Yo tampoco.
—¿Y tú? —pregunté.
—¿Yo qué?
—¿Qué hago yo que no te encaje?
—No he dicho que no me encajes.
—Ya sabes lo que quiero decir.
Pensó.
—Necesitas mucho espacio.
—Eso ya lo hemos establecido.
—Y conviertes casi todo en una broma.
—Eso es mentira.
Me miró.
—Vale. Casi todo.

—A veces me gustaría preguntarte algo y que simplemente me contestaras.

—Contesto.

—Raúl.

—Vale.

—Y a veces siento que, cuando una conversación empieza a ponerse incómoda, haces un chiste y esperas que eso la cierre.

No dije nada.

—Ahora podrías hacer uno —añadió.

—Estoy pensando.

—Eso también me preocupa.

Sonreí.

Ella también.

—No quiero cambiarte —dijo.

—Eso suele decirse justo antes de una lista.

—Cállate.

—Vale.

—¿Ves?

—Sí.

Me cogió la mano.

—Me gustas.

—Tú también.

—Mucho.

—Tú también.

—Pero no sé si eso basta.

Ah.

Ahí estaba.

No una pelea.

No un problema.

No una revelación.

Una pregunta.

—Yo tampoco —dije.

Cristina asintió.

Nos quedamos sentados.

De la televisión llegaba el menú de la PlayStation.

Llevaba encendido desde antes de que ella llegara.

La música se repetía cada pocos minutos.
Nunca me había molestado.
Aquella noche sí.
—¿Quieres que lo dejemos? —pregunté.
Cristina me miró.
—No.
La respuesta fue rápida.
—Yo tampoco.
—Entonces no lo dejemos.
—Vale.
Me besó.
Se quedó hasta las once.
Cuando se marchó cogió el bolso.
El cepillo de dientes se quedó.
Fui al baño.
Lo vi.
Verde.
Al lado del mío.
No me molestaba.
Ese era el problema.
Tampoco sabía si quería que estuviera allí para siempre.
Cerré el armario.
Esta vez no volví a abrirlo.

CAPÍTULO 36

LO QUE ERA

Durante las cuatro semanas siguientes Cristina y yo seguimos juntos.

O viéndonos.

O lo que fuera.

No discutimos el término.

Quizá porque ya habíamos descubierto que poner nombre a las cosas no hacía que fueran más sencillas.

Nos veíamos dos o tres veces por semana cuando podíamos.

A veces en mi casa.

A veces fuera.

Una noche fui a la suya.

Los niños estaban con su padre.

Fue extraño entrar en una casa que ya sabía cosas de Cristina que yo todavía no sabía.

Fotografías.

Imanes en la nevera.

Una mochila tirada junto al sofá.

Un calendario escolar.

Un dibujo antiguo pegado en un corcho.

Cristina me enseñó el piso sin enseñármelo.

—Ese es el cuarto de mi hija.

—Vale.

—Ese el de mi hijo.

—Vale.

—No entres.

—No pensaba hacerlo.

—Mejor.

Dormí allí.

Por la mañana utilicé una taza que decía **LA MEJOR PROFE DEL MUNDO**.

—¿Es oficial? —pregunté.
—Lo votaron treinta adolescentes.
—Entonces no.
—Cabrón.
A las siete y media se levantó porque tenía clase.
Yo no.
Eso también fue nuevo.
La vi prepararse mientras yo seguía en la cama.
Se vistió.
Buscó unas llaves.
Volvió a buscarlas.
Me acusó de haberlas movido.
No las había tocado.
Estaban en su bolso.
—No digas nada.
—No estaba diciendo nada.
—Lo estabas pensando.
—Muchísimo.
Me dejó solo en su casa durante veinte minutos hasta que yo también me fui.
Cerré con las llaves que me había dejado.
Las metí en el buzón.
Nada especialmente importante.
Y, sin embargo, cada semana parecía haber una cosa pequeña más.
Cristina en mi casa.
Yo en la suya.
Su cepillo de dientes.
Una camiseta mía que acabó en su dormitorio.
Una botella de champú que apareció en mi ducha porque el mío, según ella, «olía a vestuario masculino de 2004».
No sabía a qué olían los vestuarios masculinos de 2004.
Pero cambié de champú.
No por ella.
El nuevo estaba de oferta.
Eso me repetí.

Miguel seguía viendo a Nuria.

No eran pareja.

Según Miguel.

Nuria tampoco parecía especialmente interesada en definirlo.

Eso le molestaba.

—Pensaba que esto era lo que querías —le dije una tarde.

—Sí.

—Entonces.

—No sé.

—Muy bien explicado.

—Es que ahora me gustaría saber si ella está viendo a más gente.

—Puedes preguntarle.

—Ya.

—¿Y?

—No quiero parecer celoso.

—Eres celoso.

—No.

—Acabas de preguntarme tres veces si creo que está viendo a otros.

—Eso es curiosidad.

—Claro.

Lo dejamos ahí.

Álvaro, en cambio, había asumido oficialmente que tenía novia y parecía exactamente la misma persona.

La primera semana después de declararse novios siguió llamando a Irene «Irene».

Eso me tranquilizó.

Patricia recibió la mesa nueva.

La antigua terminó en casa de su hermano.

—¿Y Andrés? —pregunté.

—¿Qué pasa con Andrés?

—Nada. Pensaba que quizá querría la mesa.

—No.

—Ah.

—La odiaba.

—Entonces esto es una victoria póstuma.

—Raúl.
—Vale.
Mi madre seguía sin conocer a Cristina.
Sabía que estaba «quedando con alguien».
Eso ocurrió porque Laura habló más de la cuenta.
No dijo el nombre.
Al menos según Laura.
Mi madre esperó exactamente seis horas antes de llamarme.
—Tu hermana me ha dicho que estás viendo a una mujer.
—Laura habla demasiado.
—No me ha dicho nada.
—Entonces cómo sabes que es una mujer.
Silencio.
—Porque Laura me lo ha dicho.
—Ah.
—Pero nada más.
—Perfecto.
—¿Cómo se llama?
—Mamá.
—Solo pregunto.
—Cristina.
—Bonito nombre.
—Gracias. Lo eligieron sus padres.
—¿Qué edad tiene?
—Cuarenta y seis.
—Muy bien.
—¿Qué significa muy bien?
—Nada.
—Mamá.
—Que está en una edad estupenda.
—¿Para qué?
—Para todo.
Ahí terminé la conversación.
Cristina se rio cuando se lo conté.
—Entonces ya existo.
—Oficialmente.

—¿Me va a investigar?
—Probablemente.
—¿Tiene recursos?
—Tiempo libre.
—Peor.
No conoció a mi madre.
Yo tampoco conocí a sus hijos.
Eso seguía pareciéndonos bien.
Al menos durante un tiempo.
El problema fue que empezaron a aparecer preguntas que ninguno sabía responder de la misma manera.
No preguntas grandes.
Las grandes suelen avisar.
Las pequeñas llegan mientras estás recogiendo una mesa.
—¿Qué haces en el puente? —preguntó Cristina un martes.
Estábamos en mi casa.
Habíamos cenado.
Ella secaba un plato porque, según ella, meter una sartén húmeda en el armario era «de psicópata».
—No sé.
—Podríamos irnos fuera.
—Puede estar bien.
—¿Dónde?
—No sé.
—Raúl.
—Qué.
—Cuando dices «puede estar bien», ¿significa que quieres?
Me apoyé en la encimera.
—Sí.
—¿Sí seguro?
—Sí.
—Vale. Entonces miro algo.
—Vale.
Siguió secando.
Yo guardé un vaso.
—Aunque igual el sábado he quedado con Sergio y Miguel.

Se detuvo.
No mucho.
Lo suficiente.
—¿En el puente?
—Creo.
—¿No sabes?
—Lo hablamos hace tiempo.
—Vale.
—Puedo preguntar.
—No hace falta.
—Cristina.
—No pasa nada.
Aquella frase seguía siendo peligrosa.
—Podemos irnos otro fin de semana.
—Ya.
—O el domingo y lunes.
—Mi hijo vuelve el domingo por la tarde.
—Ah.
Volvió a secar.
—No importa.
—Sí importa.
—No, de verdad.
—Te has enfadado.
—No.
—Otra vez.
Dejó el plato.
—No estoy enfadada. Estoy cansada.
Eso fue peor.
—¿De qué?
—De que todo contigo sea provisional.
Me quedé quieto.
—No todo.
—Casi todo.
—Eso no es justo.
—Puede que no.
No levantó la voz.

Yo tampoco.

—Pero llevo semanas intentando no sentir que te estoy pidiendo demasiado cada vez que quiero hacer un plan contigo.

—No me estás pidiendo demasiado.

—Entonces por qué siempre parece que tengo que convencerte.

—No tienes que convencerme.

—Raúl, acabas de decirme que podríamos irnos juntos y treinta segundos después has recordado que quizá hayas quedado con Sergio y Miguel.

—Porque quizá he quedado.

—Ya.

—No voy a cancelar cosas cada vez que podamos vernos.

—Nunca te he pedido eso.

—Parece que sí.

—Pues entonces tenemos un problema.

Silencio.

No dramático.

Solo cansado.

Cristina dejó el paño sobre la encimera.

—Yo no quiero ser todo tu tiempo libre.

—Bien.

—Ni que dejes de ver a nadie.

—Bien.

—Pero tampoco quiero sentir que soy una actividad más.

Eso dolió.

Más porque sabía lo que quería decir.

—No eres una actividad.

—A veces lo parezco.

—Pues tú tampoco eres precisamente flexible.

—Tengo dos hijos.

—Ya lo sé.

—Entonces sabes por qué.

—Sí. Pero eso tampoco puede significar que yo tenga que adaptarme siempre a tus huecos.

—No he dicho eso.

—Lo haces sin decirlo.

Cristina cruzó los brazos.
—¿Ves? Esto es lo que pasa siempre.
—¿Qué?
—Que intentamos hablar de una cosa y tú lo conviertes en una defensa.
—Porque parece que todo lo hago mal.
—No he dicho que hagas nada mal.
—Has dicho que soy provisional.
—He dicho que todo contigo parece provisional.
—No es lo mismo.
—Raúl.
—Qué.
—Es exactamente lo mismo.
No respondí.
Porque probablemente tenía razón.
Nos sentamos en el sofá.
La televisión estaba apagada.
No recuerdo quién la apagó.
Quizá nadie la había encendido.
Cristina respiró hondo.
—No quiero discutir.
—Yo tampoco.
—Y no creo que estemos discutiendo.
—Eso es inquietante.
Sonrió un poco.
—Sí.
Me senté más atrás.
—¿Quieres dejarlo?
No contestó inmediatamente.
Esta vez tampoco.
—No sé.
Era la primera vez que lo decía ella.
Me sorprendió.
—Yo tampoco —dije.
Nos quedamos callados.
La frase debería haber sido terrible.

No lo fue.
Fue incómoda.
Triste, quizá.
Pero no terrible.
Cristina miró hacia el pasillo.
—Me gustas mucho.
—Tú también.
—Eso sigue siendo verdad.
—Sí.
—Y cuando estamos juntos estamos bien.
—Sí.
—Pero llevo varias semanas pensando que no sé si esto me sirve.
La palabra me hizo gracia.
No me reí.
—¿Te sirve?
—Ya sabes lo que quiero decir.
—Sí.
—Yo necesito algo que pueda entrar en mi vida.
—Estoy en tu vida.
—Un poco.
Ah.
—Y tú necesitas algo que no te cambie demasiado la tuya.
No me gustó.
No porque fuera falso.
—Puede ser.
Cristina me miró.
—No es una crítica.
—Suena un poco.
—No lo digo como algo malo.
—Ya.
—Tu vida te gusta.
—Sí.
—Eso siempre me ha gustado de ti.
—Pero.
—No hay pero.
—Hay uno enorme flotando en el salón.

Sonrió.

—Vale. Pero yo no quiero tener una relación en la que siempre esté intentando encontrar un hueco.

—Y yo no quiero una en la que cada hueco tenga que convertirse en un plan.

Ahí estaba.

Los dos lo entendimos.

Ninguno dijo nada durante un rato.

Cristina apoyó los codos en las rodillas.

—Qué putada.

—Bastante.

—Porque me caes muy bien.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo he aceptado igual.

Se rio.

Yo también.

Eso empeoró un poco las cosas.

O las mejoró.

No sabía.

—¿Entonces? —pregunté.

—Creo que deberíamos dejarlo.

No hubo música.

No se rompió nada.

No empezó a llover.

Yo miré el suelo.

—Creo que sí.

Cristina asintió.

Nos quedamos sentados otros diez minutos.

Quizá quince.

No había mucho más que negociar.

No existía una cláusula secreta.

No había una tercera persona.

Javier llevaba semanas fuera de la historia.

Marta también.

No nos habíamos engañado.

No nos habíamos tratado mal.

No había ocurrido nada suficientemente grave como para contárselo a nadie y recibir una respuesta satisfactoria.

Simplemente no funcionaba como los dos queríamos.

—Odio que esto sea tan razonable —dijo Cristina.

—Podemos insultarnos.

—No ayudaría.

—Depende del insulto.

—Eres un gilipollas.

—Flojo.

—No estoy inspirada.

—Yo puedo intentarlo.

—No.

Nos reímos otra vez.

Después Cristina se levantó.

Fue al baño.

Volvió con el cepillo verde en la mano.

Ah.

Lo guardó en el bolso.

—Esto sí parece una película —dije.

—Un poco.

—Falta que cierres una maleta.

—No tengo nada más aquí.

Miré hacia la ducha.

—El champú.

Cristina se quedó quieta.

—Es verdad.

Fue a buscarlo.

Volvió con la botella.

—Te lo puedes quedar.

—No.

—Raúl.

—No quiero tu champú de ruptura.

—No es champú de ruptura.

—Ahora sí.

—Pues tíralo.

—Eso es peor.
—Haz lo que quieras.
Lo dejó en la mesa.
—Te lo quedas.
—Perfecto.
Nos miramos.
—Qué conversación tan triste —dije.
—Muchísimo.
Se puso el abrigo.
En la puerta nos quedamos un segundo sin saber qué hacer.
Dos besos parecía ridículo.
Un abrazo demasiado solemne.
Beso en la boca, peor.
Cristina resolvió.
Me abrazó.
La abracé.
No duró mucho.
Tampoco poco.
—Me alegro de haberte conocido —dijo.
—Eso se dice cuando alguien muere.
—Pues dime otra cosa.
Pensé.
—Me alegro de que me dieras like.
Sonrió.
—Yo también.
Se separó.
—Cuídate.
—Tú también.
Abrió la puerta.
—Y dile a tu madre que ya no hace falta que investigue.
—Eso no la detendrá.
—Lo sé.
Se fue.
Cerré.
Volví al salón.
Había dos vasos.

Los recogí.
Metí uno en el lavavajillas.
Después el otro.
El champú seguía en la mesa.
Lo llevé al baño.
Lo puse en la ducha.
No porque quisiera conservarlo.
Porque todavía quedaba medio bote.
Tirar champú en buen estado me parecía una reacción emocional desproporcionada.
Me duché.
Lo utilicé.
Olía bien.
Mucho mejor que el anterior.
La ruptura no invalidaba el producto.

* * *

Al día siguiente Patricia me miró nada más llegar.
—¿Qué ha pasado?
—Buenos días.
—Buenos días. ¿Qué ha pasado?
—¿Por qué tiene que haber pasado algo?
—Porque tienes cara.
—Otra vez mi cara.
—Hoy sí.
Dejé el bolso en la mesa.
No llevaba bolso.
Eso habría sido raro.
Dejé la mochila.
—Cristina y yo lo hemos dejado.
Patricia tardó un segundo.
—Ah.
—Sí.
—¿Estás bien?
Pensé.
—Sí.

—¿Bien de verdad?
—Creo.
—Vale.
No preguntó nada más.
Eso agradecí.
Álvaro llegó unos minutos después.
—Buenos días.
—Buenos días.
Miró a Patricia.
Me miró a mí.
—¿Qué pasa?
—Nada —dije.
Patricia asintió.
—Nada.
Álvaro dejó la chaqueta.
—Siempre pasa algo cuando decís eso.
Nadie respondió.
Se sentó.

* * *

A media mañana Miguel escribió al grupo.

Miguel: Nuria me ha preguntado si somos pareja.

Sergio contestó primero.

Sergio: Y?

Miguel: Le he dicho que no sé.

Raúl: Bienvenido.

Miguel: A qué.

Miré el mensaje.

Pensé en Cristina.

En el cepillo.

En el champú.

En todas las conversaciones que habían parecido importantes durante aquellas semanas.

Escribí:

Raúl: Ya lo descubrirás.

Lo envié.

Patricia me miró.
—¿Qué?
—Nada.
—Eso es cotillear.
—Eso es tener ojos.
Sonreí.
Y seguí trabajando.

CAPÍTULO 37

LA PRÓXIMA EX

Tres meses después seguía soltero.

No fue una tragedia.

Tampoco una sorpresa.

Cristina y yo hablamos un par de veces después de dejarlo.

Nada importante.

Un mensaje por su cumpleaños.

Otro porque su hijo aprobó Física.

Eso sí me pareció un acontecimiento histórico.

No volvimos a quedar.

No porque hubiera pasado algo.

Precisamente porque no había pasado nada.

Habíamos terminado.

Y ya.

Mi madre aceptó la noticia con una serenidad sospechosa.

—Bueno.

—¿Bueno qué?

—Nada.

—Mamá.

—Que si no era, no era.

—Gracias por resumirlo.

—Habrá más.

Ah.

—No hace falta que haya más.

—No he dicho que haga falta.

—Lo estabas pensando.

—Solo digo que eres joven.

—Tengo cuarenta y cinco años.

—Para mí eres joven.

Eso era trampa.

No discutí.

Laura tardó algo más.
—¿Pero estabais bien?
—Sí.
—Entonces no entiendo.
—Eso nos pasó a nosotros también.
—¿No había ningún problema?
—Sí había.
—¿Cuál?
Pensé.
—Que estábamos bien.
—Eso no es un problema.
—A veces sí.
Laura me miró durante varios segundos.
—No te entiendo.
—Perfecto.
—Pero estás bien.
—Sí.
—Pues ya está.
Eso sí.
Miguel y Nuria seguían viéndose.
Seguían sin ser pareja.
Oficialmente.
Habían pasado un fin de semana en Cádiz, una Navidad por separado y dos discusiones sobre qué significaba exactamente «no ser pareja».
Miguel continuaba defendiendo su posición.
—No somos novios.
—Has comprado entradas para un concierto en abril.
—¿Y?
—Estamos en enero.
—Me gusta el grupo.
—Has comprado dos.
—Porque viene ella.
—Dentro de tres meses.
—Sí.
—Miguel.

—Qué.
—Eso ya es planificación emocional.
—Que te den.
No insistí.
Había cosas que necesitaban desarrollarse sin supervisión.
Álvaro e Irene seguían siendo novios.
Ya podía decirlo sin sufrir.
No siempre.
Pero bastante.
La boda había sido un éxito.
Según Álvaro.
—¿Qué significa éxito?
—Que nadie se peleó.
—Estándar bajo.
—Y comimos bien.
—Eso mejora.
—Y nos dieron una botella de vino.
—Entonces excelente.
Patricia preguntó:
—¿Cogisteis una habitación juntos?
Álvaro la miró.
—Sí.
—Ah.
—¿Qué?
—Nada.
—Patricia.
—Estoy orgullosa.
—Vete a la mierda.
Todo seguía en orden.
La mesa de Patricia duraba.
Eso era más de lo que podía decirse de algunas relaciones.
Una mañana me enseñó una foto.
Había comprado seis sillas nuevas.
—Te estás viniendo arriba.
—Las anteriores no pegaban.
—Eso es como empiezan las sectas.

—¿Comprando sillas?

—Primero una mesa. Después las sillas. Cuando quieras darte cuenta tienes una lámpara de diseño y has perdido tu identidad.

—Mi identidad sobrevivirá.

—Andrés estaría preocupado.

—Andrés puede comprarse sus propias sillas.

Bien.

Patricia también seguía avanzando.

A su manera.

Amparo había dejado de ver a Luis.

Antonio seguía existiendo.

—¿Qué pasó con Luis? —pregunté.

—Nada.

—Eso últimamente significa muchas cosas.

—Nos cansamos.

—¿Los dos?

—Yo antes.

—Ah.

—Él tardó una semana más en enterarse.

—Elegante.

—Siempre.

Seguía llamándome jovencito.

Eso no parecía tener solución.

Sergio y Mónica compraron finalmente los vuelos a Italia.

Me mandó una captura.

Sergio: Ya está.

Raúl: Enhorabuena.

Sergio: 1.284 euros.

Raúl: Lo siento mucho.

Sergio: Gracias.

Su hija consiguió las entradas del concierto.

Su hijo siguió jugando al fútbol.

Sergio seguía quejándose.

Mónica seguía organizando.

Diecisiete años.

Funcionaba.

No sabía cómo.

Ellos tampoco.

Probablemente ayudaba.

Yo seguía trabajando de ocho a tres.

La hipoteca seguía bajando.

El coche seguía arrancando.

La PlayStation seguía funcionando.

Mi madre seguía preparando comida para seis cuando éramos tres.

Carlos seguía contando chistes malos.

Mis sobrinos seguían creciendo de una manera ofensivamente rápida.

Todo estaba bastante parecido.

Excepto algunas cosas.

Había empezado a decir que sí más veces.

No a todo.

Eso sería agotador.

Pero alguna vez.

Un concierto con Sergio.

Una escapada con Miguel.

Una exposición que Patricia llevaba meses diciendo que quería ver.

Fui solo a una película un martes.

Eso ya lo hacía antes.

No todo tenía que convertirse en evolución personal.

Tinder seguía instalado.

Durante semanas no lo abrí.

No por Cristina.

No por fidelidad retrospectiva.

Simplemente no me apetecía.

Después un domingo apareció una notificación.

Tienes nuevos likes.

La miré.

La quité.

Seguí viendo una serie.

Dos semanas después lo abrí.

No ocurrió nada cinematográfico.

No apareció Cristina.

No apareció una mujer destinada a cambiarme la vida.

Apareció una señora de cuarenta y nueve años encima de una moto.

Después una de cuarenta y dos abrazada a un caballo.

Después una de cincuenta que solo tenía fotos con gafas de sol.

El mundo seguía girando.

Entré en mi perfil.

La foto de Patricia seguía siendo la principal.

La descripción también.

45 años. Funcionario. Sin hijos. Me gusta comer bien, reírme de casi todo y estar tranquilo. Tengo trabajo y todos mis dientes. Intentando conocer a mi próxima ex.

Me quedé mirando la última frase.

Ahora tenía un problema.

Ya había ocurrido.

Cristina había sido, técnicamente, mi próxima ex.

La previsión se había cumplido.

Eso me convertía en alguien con un índice de acierto bastante preocupante.

Pulsé editar.

Borré la frase.

Pensé.

Podía poner otra cosa.

Algo más maduro.

Más sincero.

Más evolucionado.

No se me ocurrió nada.

Escribí:

Intentando conocer a mi próxima ex.

Lo leí.

Seguía haciéndome gracia.

Lo guardé.

Deslicé un par de perfiles.

No muchos.

Una mujer de cuarenta y cuatro años que hacía senderismo.
Una de cuarenta y siete con un perro enorme.
Una de cuarenta y uno que decía que odiaba los domingos.
No sabía si eso era una personalidad.
Entonces apareció una mujer de cuarenta y seis.
Morena.
Sonriendo.
Dos fotos normales.
Una en una terraza.
Otra en una playa.
Sin frases motivacionales.
Sin «sorpréndeme».
Sin «si quieres saber algo, pregunta».
Perfil breve.
Me gusta viajar, leer y tomarme las cosas con humor.
Nada extraordinario.
Miré las fotos.
Podía darle a la derecha.
Podía darle a la izquierda.
Podía cerrar la aplicación.
Las tres cosas me parecieron aceptables.
Sonó el móvil.
Mi madre.
Contesté.
—Hola.
—¿Qué haces?
—Nada.
—¿Vas a venir a comer el domingo?
—Sí.
—Viene Laura.
—Bien.
—Y Carlos.
—Bien.
—Y los niños.
—Entonces somos seis.
Silencio.

—Sí.
Sonreí.
Habíamos avanzado.
—Voy a hacer pollo.
—Perfecto.
—¿Te gusta el pollo?
—Mamá.
—Qué.
—Tengo cuarenta y cinco años.
—¿Y?
—Sabes si me gusta el pollo.
—Era por confirmar.
—Sí. Me gusta.
—Vale.
Antes de colgar añadió:
—La farmacéutica preguntó por ti.
Cerré los ojos.
—Mamá.
—Solo te lo digo.
—Adiós.
—Adiós.
Colgué.
Volví a Tinder.
La mujer de cuarenta y seis seguía allí.
Mirándome desde una terraza que probablemente ya no recordaba.
No tenía ninguna razón para darle like.
Tampoco para no hacerlo.
Lo pensé un segundo.
Después dejé el móvil sobre la mesa.
Me levanté.
Fui a la cocina.
Abrí la nevera.
No había nada interesante.
La cerré.
Volví al salón.

El teléfono seguía allí.
La vida también.
Me senté.
Cogí el mando.
Encendí la consola.
El móvil vibró.
No miré.
Todavía.